PROCOPIO
DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS III-IV
GUERRA VÁNDALA

EDITORIAL GREDOS

PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS III-IV
GUERRA VÁNDALA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO FLORES RUBIO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 282

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2006.
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 2000
1ª REIMPRESIÓN

Depósito Legal: B. 44.222-2006.

ISBN 84-249-2276-X. Obra Completa.
ISBN 84-249-2281-6. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Book Print Digital, S. A.
Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat

INTRODUCCIÓN

1. *La «Guerra Vándala» de Procopio de Cesarea: obra literaria y crónica histórica oficial*

Sin duda alguna, la primera cuestión a considerar antes de comenzar la lectura de la parte de la obra de Procopio de Cesarea *Historia de las guerras* dedicada al conflicto contra los vándalos, es la de por qué razón el autor ha consagrado dos libros completos —exactamente lo mismo que a las guerras contra los persas— a relatar pormenorizadamente un episodio bélico cuya duración no va más allá de un año e incluso aún menos que eso[1]. Pues bien, la respuesta a esta primera interrogante la tenemos ya nada más comenzar la lectura del libro III: En primer lugar, el autor nos aclara expresamente que se dispone a relatar «cuantas acciones fueron llevadas a cabo por el emperador Justiniano contra los vándalos y los moros»[2]. Lo cual implica, es evidente, una ampliación del conflicto al referirse también la obra a la intervención de los moros (es decir, una serie de tribus bereberes que habitaban en el norte de África) en el mismo; y es que, en efecto, apro-

[1] En realidad, unos 10 meses: desde finales de agosto del año 533 d. C. hasta la primavera del 534.

[2] Cf. III 1, 1.

vechando la debilidad del reino vándalo de África, estas tribus con sus diferentes líderes a la cabeza (entre los cuales destaca la figura de Yaudas, jefe de los moros del monte Aurasio) van a tomar el testigo del enfrentamiento con las fuerzas de Justiniano y es de ese lado de donde van a venir los nuevos quebraderos de cabeza que hubo de sufrir el emperador: para Procopio, sin ningún lugar a dudas, a partir de entonces son los moros los verdaderos enemigos y las fuerzas a las que de verdad había que hacer frente[3]. Aun siendo esto importante, sin embargo la cuestión fundamental es que el relato de la guerra contra los vándalos se encuentra englobado, desde un principio, dentro de un conflicto de mayor envergadura y así es como se le presenta: en realidad, se trata de la amenaza constante, hecha efectiva en multitud de ocasiones, como más adelante comprobaremos, que en los últimos tiempos del Imperio romano supusieron los pueblos de origen germánico en general, sobre todo para la zona occidental del mismo. Pues bien, si Procopio nos amplía la magnitud del conflicto hacia su final con la intervención de las tribus bereberes, al encuadrarlo en un problema más de fondo y de mayor calibre, el autor desde el mismo comienzo del libro III, y, por tanto, del relato de la *Guerra Vándala*, es claro que no va a limitarse ni mucho menos a referir una serie de operaciones militares y enfrentamientos bélicos entre las fuerzas de Justiniano, emperador de Oriente y los ván-

[3] Con respecto al conflicto entre los vándalos y los bizantinos y su continuación al entrar en juego las tribus bereberes de esta zona del norte de África, centrándose, especialmente, en las características y devenir histórico del reino vándalo de África, nos parece de consulta obligada el completísimo estudio de reciente aparición de M.ª E. Gil Egea, *África en tiempos de los vándalos: Continuidad y mutaciones de las estructuras socio-políticas romanas;* Memorias del Seminario de Historia Antigua VII, Universidad de Alcalá de Henares, 1998. Aporta además abundante bibliografía, incluyendo las fuentes epígraficas y literarias.

dalos instalados en «Libia» (= Norte de África, como se ve a lo largo de toda la obra), en un momento dado y concreto, sino que sus miras como historiador en sentido pleno (grande ya es aquí la influencia de Tucídides) son mucho más amplias, pues nos sitúa perfectamente en su contexto y desde un principio el conflicto bélico real, que, por otra parte, se relata, como antes hemos comentado, de forma muy pormenorizada y precisa, pero que queda enmarcado y, consecuentemente, explicado en el reflejo perfecto de sus causas y antecedentes, aproximadamente como podría haberlo hecho Tucídides, modelo evidente de Procopio nada más comenzar esta parte de la obra[4]. De hecho, nuestro autor va a irse bastante atrás en el tiempo, con toda la razón, pues, en concreto, va a retomar el relato —no olvidemos que éste forma parte de la historia de todas las acciones bélicas de Justiniano durante varias décadas— en un momento y un contexto muy claros: la muerte del emperador Teodosio (395 d. C.), último emperador que reina sobre la totalidad del Imperio Romano. Sin duda, tan significativo punto de partida es toda una pista a seguir, pues el desarrollo ulterior de los hechos nos van a venir a demostrar que los mas graves problemas causados por los pueblos germánicos contra los dominios del Imperio datan precisamente de la época en que éste queda dividido en dos partes: pues son ya los visigodos, con Alarico a la cabeza, los primeros en lanzarse contra ambas zonas del Imperio[5], llegando incluso a apoderarse de la propia Roma[6]. Y ésta va a ser precisamente la ta-

---

[4] De hecho, ya lo es desde el comienzo de la obra: cf. I 1, 1 ss. y también Introdución a la *Guerra Persa.*

[5] Cf. III 2, 7.

[6] El relato pormenorizado de la conquista de Roma por parte de Alarico por medio de un ardid (Cf. III 2, 14-24) es uno de los trece ejemplos que aparecen, diseminados a lo largo de los libros III y IV, de estratage-

rea primordial para Justiniano: recuperar todos los territorios que les habían sido arrebatados por los bárbaros y restaurar el Imperio hasta dejarlo justo tal como estaba durante el reinado de Teodosio. Además, esta difícil situación se vio agravada aún más dado que algunos de los emperadores de la parte occidental, sobre todo, ni mucho menos supieron estar a la altura de las circunstancias (más bien todo lo contrario), ya desde el propio Honorio, cuya personalidad nos retrata a la perfección nuestro autor a través de un procedimiento muy del gusto de Heródoto, el otro gran historiador modelo de Procopio, como es el uso de la anécdota —la del gallo «Roma», en concreto—[7]. Un factor va claramente ligado a esta etapa de decadencia del Imperio, característico por otra parte, de este tipo de situaciones y momentos históricos: las intrigas de palacio, los manejos, las simpatías y odios de los personajes influyentes y decisivos en el acontecer histórico, que Procopio, tan cercano él mismo a la corte imperial de Constantinopla, conocería en muchos casos de primera mano. Esta situación aparece ya incluso al principio

---

mas o argucias militares —al final de éste último tenemos otro: el de los trozos de flecha de Artasires, cf. IV 28, 10-11— y que, es evidente, demuestran el gusto del autor por este tipo de episodios en la narración de los cuales se detiene grandemente, desde luego, para satisfacción del lector. Como muy bien indican, entre otros, D. Roques (Cf. Introducción a su traducción de *La Guerre contre les Vandales,* Les Belles Lettres (Colección La Roue A Livres), París, 1990, págs. 18-19), esta atracción por las demostraciones de ingenio para salir de una situación comprometida arranca del propio Homero, sobre todo en lo que se refiere a hazañas de carácter individual (Ulises es el modelo más significativo), si bien las empresas colectivas (las de Adrumeto, por ejemplo, auténticas estratagemas de guerra, cf. IV 23, 11-15 y 22-25), adquieren carta de naturaleza en Tucídides y en los tratados especializados de poliorcética, tan abundantes en época helenística: por tanto, también en esto Procopio se muestra como el continuador de una tradición eminentemente literaria.

[7] Cf. III 2, 25-26.

con las desavenencias entre Alarico y Átalo con motivo del envío por parte de este último de unos jefes militares a Libia. Este desacuerdo va a provocar que Alarico cambie sus intenciones iniciales de ir contra Honorio, que seguía recluido en Rávena, y de convertir a Átalo en emperador de Occidente. Pero he aquí que Honorio gracias según Procopio a la intervención de Dios, consigue salvar la situación con la ayuda de una serie de contingencias favorables a sus intereses como fueron la muerte de los comandantes enviados por Átalo, el encarcelamiento de éste y la muerte por enfermedad de Alarico. Los visigodos se retiran a la Galia, aunque Britania, que se había separado del Imperio Romano, se pierde definitivamente. Los ostrogodos ocupan Panonia y después Tracia, pero por poco tiempo, pues enseguida se lanzan a conquistar la zona occidental. Termina el capítulo aclarándonos Procopio que estos sucesos se referirán en la parte de la obra que corresponda: la dedicada a las guerras góticas.

¿Y los vándalos? No aparecen hasta el capítulo III. Presionados por el hambre[8], llegan hasta el Rin donde se asocian con los alanos y, desde allí, se establecen en Hispania bajo su rey Godigisclo, que pacta con el emperador Honorio. Continuarán los odios y rivalidades entre personajes relevantes, en este caso, entre los generales Aecio y Bonifacio, rivalidad que va a resultar decisiva para el desarrollo ulterior de los acontecimientos, puesto que Bonifacio, engañado por las maquinaciones de Aecio, va a entrar en alianza con los vándalos y, más concretamente, con los dos hijos de Godigisclo: Gontaris y Gicerico: entre los tres se reparten Libia, pero cuando Bonifacio se entera de la verdad, es ya

---

[8] En realidad, empujados por los hunos: cf. libro III, nota 65.

demasiado tarde: los vándalos, bajo el mando solamente ya de Gicerico, sitian Hipo Regio, donde se había pertrechado Bonifacio tras haber sido vencido en batalla. A pesar de recibir Bonifacio refuerzos de Roma y de Bizancio, termina siendo derrotado en combate contra los vándalos que anteriormente habían levantado el asedio de Hipo Regio. Así fue como los vándalos se apoderaron de África[9]. Esta parte del relato, personalmente, nos parece especialmente importante, pues de hecho, marca el momento en que los vándalos ponen el pie en África por vez primera.

Volviendo a la época del propio autor, la tarea que le ha sido legada a Justiniano por los acontecimientos anteriores es, evidentemente, difícil de afrontar. Los antecedentes que el autor nos señala son bien claros y confirman la idea de partida de todo el plan de la obra: Justiniano ha de luchar simultáneamente contra una serie de poderosos enemigos que le van a acometer desde todas direcciones: su tarea pacificadora y continuadora de la obra de Roma no tiene prácticamente parangón, pues comienza con la obligación de conjurar el peligro ancestral de Oriente: el enemigo de siempre y que nunca ha dejado de hacer sentir su presencia amenazadora: los persas. La primera parte de la guerra contra ellos (528-532 d. C.) va a concluir con la llamada «Paz eterna», que, más bien, fue todo lo contrario: efímera, de tal forma que el conflicto se reabre en el año 540 y durará hasta el 560, año en que firma una nueva paz tan breve como la primera, puesto que ya con el sucesor de Justiniano, Justino II (565-578 d. C.) se reavivarán las hostilidades. Pero la cuestión es que, al mismo tiempo, Justiniano hubo de poner todo su empeño en reconquistar nada más y nada menos que la propia cuna del Imperio Romano: Italia, que había caído

[9] Cf. III 4, 1.

en poder de los ostrogodos desde hacía ya demasiado tiempo, en concreto desde el año 493 d. C., para lo cual comenzó con la invasión simultánea de Dalmacia y de Sicilia en el año 535, el año siguiente al del final de la expedición contra los vándalos de África y a la que Procopio se ve obligado a referirse a comienzos del capítulo 14 del libro IV. Continuó la contienda con los ostrogodos, sin embargo, hasta el año 540, año en que, aparentemente, terminó. Pero la realidad fue que en el otoño del 541 se reanudaría el conflicto, que ya persistiría hasta el 552, fecha en que se puede dar por finiquitada la presencia de los ostrogodos en Italia. Sin embargo, la reconquista definitiva de Italia no llegará hasta finales del 561.

Y es precisamente entre estos dos conflictos tan trascendentales donde hay que encuadrar la guerra contra los vándalos, o lo que equivale a decir: la lucha que sostuvieron las fuerzas militares enviadas por Justiniano exactamente desde agosto del 533 hasta el verano del 534 en Libia, nombre que otorgará Procopio al territorio correspondiente al Túnez actual, Argelia oriental y la zona noroccidental de la provincia Tripolitana. Esta zona se consideraba conquistada por los vándalos desde el año 439 d. C., fecha en que los vándalos se hicieron con la ciudad más importante e influyente de dicho sector: Cartago. Éste es el verdadero punto de arranque del conflicto con los vándalos. Pero, ¿tan importante era para Justiniano y los bizantinos reconquistar una zona tan alejada de ellos tanto geográfica como culturalmente? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta que el Norte de África fue ya conquistado por Roma en una época bien temprana, los siglos III y II a. C., y que, sin duda alguna, esta conquista, marcó el comienzo del formidable imperio que consiguieron y fue la llave del Mediterráneo occidental o por tanto si Justiniano quería restaurar el Imperio de Roma se

sentía como una auténtica obligación el volver a poseer tan señera y significativa parte del Imperio, que, además era romana desde tan antiguo.

Así pues, según lo explicado en las líneas anteriores, el contenido de los libros III y IV se estructura en tres partes: en la primera (capítulos 1-11 del libro III) se incluyen las causas y antecedentes históricos que llevaron al emperador Justiniano a preparar una expedición de reconquista de los territorios del norte de África. Procopio se sitúa al comienzo en el momento histórico de la división del Imperio Romano en dos partes a la muerte del emperador Teodosio (395 d. C.). Al poco tiempo después, los romanos van a empezar a sufrir las acometidas sucesivas de visigodos, ostrogodos y vándalos y hunos[10]. En esta parte de la obra, sin duda, el protagonista es el rey vándalo Gicerico. Claro es que el conflicto con los vándalos ha comenzado en verdad desde el momento en que éstos han puesto su pie en África, conflicto que traerá consecuencias más graves, pues, además, Gicerico va a lanzarse al saqueo de diferentes zonas del Imperio: así lo vemos devastando Italia y Sicilia en Occidente e Iliria y gran parte de la Grecia continental y de sus islas, para volver de nuevo a tierras itálicas[11]. Finalmente Procopio ilustra de manera muy clara la personalidad de este cruel rey, de nuevo por medio del recurso literario de la anécdota, dialogada en este caso, para concluir el capítulo[12]. Estando abocados al enfrentamiento bélico entre bizantinos y vándalos, éste se producirá de hecho con la expedición preparada por el emperador oriental León, expedición que quedará al mando de Basilisco: una vez más las intrigas palaciegas, mal en-

---

[10] Cf. III 4, 29-35, donde se relata pormenorizadamente la toma de la ciudad de Aquilea por parte de Atila.

[11] Cf. III 5, 22-23.

[12] Cf. III 5, 24-25.

démico que parece sufrir a lo largo de toda esta contienda la corte de Bizancio, provocan la indolente actuación del general, que podría haber vencido a los vándalos sin dificultad alguna[13]. Pero hay que tener en cuenta que «la suerte no quiso que esta expedición llevara a la eliminación de los vándalos»[14] al quedar dicha expedición a cargo de Basilisco. Una nueva oportunidad llegaría para el bando romano con el emperador de occidente Mayorino, que hizo abrigar esperanzas a los romanos de poder recuperar Libia[15], pero el azar, la *týchē*[16], seguía dirigiendo las operaciones y también éste muere de enfermedad[17]. Se suceden los emperadores hasta llegar a la firma del tratado de paz entre Gicerico y Zenón, emperador de Oriente. Muere Gicerico, tras haber reinado sobre los vándalos del 428 al 477. En los capítulos 8 y 9 se nos presenta a los reyes vándalos anteriores a Gelimer, que va a acceder al trono antes de lo que le correspondía (por lo tanto se convertirá en un *týrannos*[18]) y este ansia desenfrenada de poder por parte del que se va a convertir en protagonista de la parte central del relato de Procopio va a ser uno de los motivos que lleven al emperador Justiniano a de-

[13] Cf. III 6, 10.

[14] Aparece aquí el concepto de *týchē*, que podría considerarse una especie de instrumento al servicio de Dios, para que pueda llevarse a término su plan establecido en lo que se refiere al desarrollo de los acontecimientos históricos. La suerte, la fortuna, el azar quiso que fuese Basilisco, con su afán de poder, el que provocase que el poder de los vándalos se acrecentase en realidad todavía más.

[15] Cf. III 7, 13.

[16] Cf., con respecto al concepto de *týche* y el problema de la causalidad histórica, el interesante artículo de Evans, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), esp. 93-100.

[17] Cf. III 7, 14.

[18] Término que emplea constantemente Procopio para designar al usurpador de un trono.

cidirse a emprender la campaña militar contra los vándalos en Libia: la expedición de Justiniano va a ir dirigida contra él. Los dos capítulos finales de esta primera parte de la *Guerra Vándala* sirven de transición y presentación a la segunda y central: en el capítulo 10 se deja constancia de los pros y contras que tendría el llevar a cabo una campaña militar contra los vándalos: Juan, prefecto del pretorio y un obispo de la zona oriental representan ambas posturas contrarias. Triunfará la segunda, una vez más, por razones de índole religiosa: Dios se presenta en sueños al obispo prometiendo su ayuda a Justiniano si éste es capaz de enarbolar la bandera de los católicos en Libia[19]. Por tanto y en buena medida esta campaña va a ser una guerra santa (arrianismo frente a catolicismo). Como vemos la presencia de la religión es constante en la obra, de forma similar a como los dioses en los poemas homéricos dirigían el curso de los acontecimientos, Dios va a decantarse claramente, y así lo ha prometido en el sueño expresamente, por el bando de Justiniano. Asimismo plenamente justificada queda ya y sancionada por la divinidad la expedición que el Imperio de Oriente va a mandar para recuperar una antigua zona del Imperio Romano tan alejada y, teóricamente, tan poco significativa para los bizantinos. Belisario aparece por fin en el capítulo final de esta primera parte: el protagonista de la expedición, general con plenos poderes, que, sin embargo, no va a ser un personaje en el que se centre demasiado Procopio en lo que se refiere a las características de su personalidad[20]. Es justa-

---

[19] Cf. III 10, 19-20.

[20] En realidad, como comenta muy acertadamente D. ROQUES, *La Guerre contre les Vandales*, Les Belles Lettres, París, 1990, págs. 8-9, el emperador Justiniano prácticamente no aparece en toda esta parte de la obra y, en cuanto a Belisario, Procopio se limita, por regla general, a dar cuenta de su actuación en el transcurso de la campaña militar; todo lo

mente su rival, el usurpador Gelimer quien más va a interesar a nuestro autor como personaje histórico-literario (desde este segundo punto de vista Procopio va a saber explotar su riqueza psicológica, como seguidamente vamos a ver). Como nos resume perfectamente D. Roques[21], Procopio nos lo presenta como un irreductible y excelente guerrero pero que se vería obligado a ceder ante un ejército extraordinariamente poderoso, demasiado organizado como para no vencer a uno claramente inferior como el vándalo. Por tanto, los méritos militares van a ir siempre del lado de Gelimer, que, como ya hemos visto, tiene incluso a Dios en su contra. La pintura de este personaje es amplia y detallada en la segunda parte (libro III, capítulos 12-25 y libro IV, del 1 al 9), de la cual es el verdadero protagonista[22], un personaje extraordinariamente contradictorio y, sobre todo, de gran sensibilidad: así, nos sentimos conmovidos al verlo postrado ante el cadáver de su hermano Amatas[23], profundamente emocionado en la escena final (de un carácter dramático muy conseguido, por cierto, casi puramente teatral) con la que concluye el libro III: el reencuentro de los dos hermanos, Gelimer y Tzazón y los vándalos que estaban a las órdenes de uno y

más podemos entresacar (a través de los discursos, rasgo literario tomado también, por supuesto, de su modelo Tucídides) algunos rasgos del que se preveía sucesor ideal y, quizás, deseado del propio emperador.

[21] *Op. cit.*, pág. 7 (de la Introducción).

[22] En realidad todo esto nos lleva a considerar que, entre otras cosas, los libros III y, hasta el capítulo 9, por lo menos, del IV, constituyen una Historia del pueblo vándalo, desde su partida obligada por la presión de los hunos a finales del s. IV d. C. pasando por su conquista del reino del norte de África y su final provocado por su derrota militar frente a las poderosas fuerzas militares de Justiniano (439 d. C., toma de Cartago por Gicerico, hasta el 533-534 d. C., desarrollo de la guerra contra los bizantinos).

[23] Cf. III 19, 29.

de otro: dos semicoros trágicos para dos protagonistas en el escenario del dolor y de la muerte, sobre el cual ambos personajes sopesan los estragos causados por la guerra en el ejército vándalo[24]. Ahora bien, esta sensibilidad del usurpador Gelimer, que no duda por otra parte en mandar matar al legítimo rey Ilderico, llega a su punto culminante en la compasión que siente ante los dos niños hambrientos que luchan por una diminuta hogaza de pan: escena de un carácter trágico (en el sentido más teatral de la palabra) considerable[25]. Este jefe cruel y despiadado que es capaz de enfrentarse ante unas fuerzas militares tan poderosas como las de Belisario, es el mismo que no puede evitar las lágrimas ante la lectura de una carta[26] y que, llevado a presencia de Belisario, se va a convertir en el símbolo y ejemplo más significativo de la inestabilidad de la fortuna *(týchē)* de los hombres[27]. Sin embargo, este concepto fundamental, lo variable de la suerte, va a llegar a su clímax justamente al final de la segunda parte de la *Guerra Vándala,* cuando delante del emperador Justiniano no deja de repetir una y otra vez la frase

[24] Cf. III 25, 22-26.

[25] Frente a estas pinceladas con las que Procopio, poco a poco a lo largo de los capítulos, va pintando tanto el retrato personal del rey Gelimer, como el de otros grandes hombres que van apareciendo según el curso de los acontecimientos, el relato de nuestro autor tampoco es parco en la presentación de grandes cuadros de conjunto o composiciones colectivas, como podrían ser la descripción de la expedición militar de III 1, 1, o la escena del banquete en el *Délphix* del palacio de Gelimer en Cartago (III 21, 4, aderezada además con una demostración fallida de erudición al explicar el origen de esa palabra y de *palatium),* que nos dan la impresión a menudo de encontrarnos ante un drama o una novela, dos géneros eminentemente literarios (y son abundantes los ejemplos al respecto).

[26] Cf. IV 6, 27.

[27] Cf. IV 7, 15.

del *Eclesiastés:* «Vanidad de vanidades, todo es vanidad»[28]: es decir, la suerte de los hombres varía, pero es Dios el responsable último de esos cambios de fortuna que sufrimos los humanos. Gelimer es, por lo tanto, y en ello estamos totalmente de acuerdo con Roques[29], una personalidad extraordinariamente atractiva que se convierte en el símbolo de la grandeza y la decadencia de su pueblo en particular y también de todo el género humano, con sus triunfos y miserias: y todo ello, añadiríamos nosotros, dentro de una plan preestablecido por Dios, que, concretamente en este caso, sería castigar en sus descendientes, el pueblo vándalo y sus reyes, las crueldades y abusos, a menudo gratuitos, cometidos por Gicerico, especialmente en Zacinto, desastre que en su momento le fue ya presagiado (elemento sobrenatural omnipresente en toda la obra) al propio Gicerico por un súbdito suyo[30].

Pues bien, si la primera parte de la obra abarca, en lo que se refiere al conflicto vándalo propiamente dicho el período comprendido entre el 439 y el 533, la segunda y central de la *Guerra Vándala* sólo comprendería desde finales del 533 d. C. hasta la primavera del 534: esto es, la expedición militar mandada por Justiniano contra los vándalos en Libia, lo que equivale a decir la guerra emprendida para reconquistar los territorios que desde más antiguo pertenecían al Imperio Romano y que, en época de Teodosio, último emperador que reinó sobre la totalidad del Imperio, todavía eran de Roma. La sanción divina da comienzo a esta parte en el capítulo 12, que se inicia con las oraciones pronunciadas por el arzobispo de Constantinopla delante del palacio

---

[28] Cf. IV 9, 11.

[29] Cf. *op. cit.*, pág. 7.

[30] Cf. IV 22.

imperial rogando por la suerte de la flota. Las peripecias del largo viaje son narradas en detalle por el autor, que hace acto de aparición en ese mismo capítulo, pues tuvo un sueño que presagiaba el feliz desenlace de la guerra[31] (nueva intervención de lo sobrenatural con dos funciones claramente delimitadas, una de carácter religioso: Dios anuncia una vez más que el bando favorecido va a ser el bizantino, y una segunda de índole literaria: relajar al lector de la narración de los hechos por medio de un inciso o digresión que siempre suscita interés).

En esta parte nuclear de la obra destaca sobremanera la abundancia de discursos pronunciados por los personajes más importantes del relato: como muy atinadamente comen-

[31] Cf. III 12, 3-5. Además, la presencia física y la intervención directa del autor en el desarrollo de los hechos históricos que él mismo nos relata, como ya ha quedado claramente reflejado en la Introducción a la *Guerra Persa,* págs. 8 ss., en esta misma colección (B. C. G. 280), convierten, indudablemente, a Procopio en un eslabón más de la cadena de historiadores griegos y también, en parte, latinos, que vivieron en primera persona los acontecimientos históricos que constituyen el tema de sus obras histórico-literarias: partiendo de Heródoto, siguiendo por Tucídides y Jenofonte (recordemos su intervención directa en la expedición de los Diez Mil narrada en su obra *Anábasis* y refiriéndose a sí mismo en tercera persona), Polibio, César y Salustio para el mundo romano y ya finalmente, después de nuestro autor, Amiano Marcelino y Teofilacto Simocates. Procopio utiliza una y otra vez el método de la *autopsía* (visión directa de los acontecimientos) para la ulterior narración fidedigna de los hechos históricos, normalmente de carácter bélico, al igual, por ejemplo, que Tucídides; lo mismo que a éste, también a Procopio hay que reconocerle su objetividad, pues en ningún momento se decanta por mostrarnos simpatía hacia el bando al que él mismo pertenecía, sino más bien al contrario, pues en ciertas ocasiones muestra nuestro autor una cierta cercanía y comprensión hacia los vándalos (recordemos su interés evidente por la personalidad de Gelimer); todo ello con una clara finalidad: que estos hechos no caigan en el olvido y sirvan de enseñanza a las generaciones futuras (cf. *Guerras* I 1, 1 ss.).

ta D. Roques[32], teniendo en cuenta que la *Guerra Vándala* es, por encima de todo, una obra literaria, un escritor como Procopio, con una formación cultural griega muy completa y que, como ya se ha comentado, es un eslabón más de esa cadena de historiadores con la que nos ha obsequiado la *paideía,* no se debe menospreciar la importancia que tiene en la obra la presencia de lo estético, de lo puramente artístico. Y a tal fin contribuye extraordinariamente el procedimiento del discurso en sentido amplio[33], recurso que ya casi huelga decir que representa uno de los influjos más evidentes en Procopio de Tucídides. La lectura de la casi veintena de discursos que se incluyen en esta parte de la obra, los libros III y IV, recuerda inmediatamente al gran historiador ateniense y, conforme a su método, las arengas o alocuciones de los generales sirven de pretexto, primero para alejar momentáneamente al lector de la aridez del relato y descripción de las operaciones militares, y, en segundo lugar, para que, por boca de estos personajes, el autor pueda pasar de lo particular a lo general, de lo concreto y accidental a lo abstracto y trascendental, pues los discursos no incluyen solamente consideraciones de índole estratégico o militar, sino también morales e, incluso, metafísicas. Pues bien, dentro de esta tónica general del papel destacado del discurso, sea oral, sea escrito, en la *Guerra Vándala* encontramos uno de los re-

[32] Cf. *op. cit.*, pág. 17.

[33] Sea oral o sea por escrito, esto es, por carta. Tenemos en la *Guerra Vándala* diecisiete cartas y diecinueve discursos, de los cuales diez son pronunciados por Belisario y Salomón. Las primeras pueden ser muy bien —y en ello estamos de acuerdo con D. Roques (cf. *op. cit.*, pág. 17)— documentos oficiales que Procopio obtuvo en los archivos vándalos de Cartago y en los del palacio imperial de Constantinopla, pero que habrían sido reelaborados y adaptados a las exigencias de una obra literaria, ateniéndose, por tanto, más bien sólo al contenido de los mismos.

cursos más del gusto de Tucídides: las antilogías[34]: así, en la segunda parte, el desembarco de las tropas imperiales en la costa africana sirve de pretexto para la inclusión de dos discursos contrapuestos: el de Arquelao y, a continuación, el de Belisario[35] y, más adelante, la decisiva batalla de Tricamaro sólo es narrada después de que el autor haya insertado, con la finalidad fundamentalmente literaria de retardar en el desarrollo del relato la narración del episodio decisivo, tres arengas militares paralelas: una de Belisario y, en clara contraposición, otras dos pronunciadas por los líderes rivales, Gelimer y Tzazón[36]. Resulta bien evidente al leer estas exhortaciones que Procopio, tomando como modelo a Tucídides, trasciende lo puramente anecdótico, la lineal y mera narración de unos hechos concretos, y se sitúa en un plano más general y, en cierta forma, universal: no olvidemos que la finalidad principal de la historiografía es que la narración de los hechos particulares de una época o situación histórica determinadas sea útil a las generaciones futuras, pero para enseñar hay que deleitar y el deleite se llama literatura: Procopio, desde la introducción general a su obra[37], tiene muy bien aprendida esta lección.

Resulta bien evidente la necesidad continua que tiene Belisario, dadas las circunstancias, de recordarles a sus soldados que actúen con moderación y conserven la disciplina: esta moderación llevará a obtener la buena disposición de

---

[34] Los discursos contrapuestos o enfrentados, donde dos personajes exponen sus puntos de vista u opiniones sobre un tema determinado.

[35] Cf. III 15, 12-17 y III 15 18-30.

[36] Cf. IV 1, 13-25 (arenga de Belisario) frente a IV 2, 9-22, donde tenemos la alocución de Gelimer, que se complementa con la dirigida a sus tropas por su hermano Tzazón en IV 2, 24-32.

[37] Cf. una vez más los presupuestos generales incluidos en la introducción general a la obra: I 1, 1 ss.

los africanos: así, tras la capitulación de Silecto[38], las tropas de Belisario siguen los consejos de su general, lo que provoca que los habitantes de la ciudad estén en muy buena disposición hacia ellos[39]. Y es que la historia ha demostrado que no se conquista y controla un territorio por las armas, sino que, más bien, ese territorio pertenece de verdad al vencedor militar una vez que éste, a través de una conducta moderada y ajena a cualquier tipo de abusos, «conquista» el favor de los pueblos dominados[40].

En los capítulos siguientes, la llegada de las fuerzas militares de Belisario a Cartago está enmarcada, una vez más, primero entre las reflexiones de carácter religioso trascendental por parte del propio autor, que explican el devenir de los acontecimientos a través de un plan preestablecido por la divinidad, en este caso Dios, y, en segundo lugar, dos presagios de victoria, uno que podríamos considerar de índole pagana, y otro directamente enviado por el santo «local»: San Cipriano[41], a través del cual él mismo anunciaba a los que

---

[38] Cf. III 16, 9-11.

[39] Cf. III 17, 6.

[40] Cf. las interesantes consideraciones que al respecto incluye D. Roques en su Introducción *(op. cit.*, págs. 3-4), donde establece un paralelo entre la llegada de las tropas imperiales a África en el 533 d. C. y la de los franceses a Argelia en 1830.

[41] Cf. en primer lugar III 21, 14-16, donde se nos cuenta la existencia de una especie de oráculo que servía de juego a los niños desde tiempos muy antiguos y, en claro contraste con él, la parte seria y trascendente: el sueño enviado por San Cipriano a numerosas personas (cf. III 21, 21), con el que se nos recuerda una vez más el carácter de guerra santa que tenía también este conflicto entre los bizantinos y los vándalos, o lo que equivale a decir: entre los católicos y los seguidores de Arriano. Ésta precisamente era una de las motivaciones que llevaron a Justiniano a entrar en guerra contra este pueblo: la doctrina arriana había sido condenada por el primer Concilio ecuménico, el de Nicea, celebrado en el año 325 d. C.,

tuvieron la visión que se convertiría en su propio vengador: nueva aparición, por tanto, del elemento sobrenatural, tan frecuente en toda la obra. Ahora bien, el punto culminante de la reflexión de carácter religioso trascendente, pues constituye la explicación del desenlace futuro de la guerra, está, en nuestra opinión, en el capítulo 22, donde se nos sugiere[42] que Dios va a castigar en sus descendientes las crueldades y tropelías cometidas por el primer rey vándalo, Giceríco, en especial contra los habitantes de Zacinto[43].

Todo nos conduce ya, pues, al momento decisivo de la batalla de Tricamaro, en cuyo relato apreciamos una vez más la estrecha relación entre geografía y estrategia militar[44], o, en un sentido más amplio, entre geografía e historia[45]. Y es precisamente en las descripciones de las manio-

---

Concilio que fue reunido por Constantino, el fundador del Imperio de Oriente y de la ciudad de Constantinopla.

[42] Cf. especialmente III 22, 15 ss.

[43] Con esta interesante reflexión, Procopio vuelve a demostrar, por un lado, su formación fundamentalmente griega, pues la idea del castigo que trasciende al propio «pecador», para pagar su culpa en sus hijos o descendientes en general es un concepto típicamente griego desarrollado a lo largo de buena parte de su literatura (en especial, en la tragedia); por otro, la mezcla que en su pensamiento y en sus sentimientos religiosos tiene el autor entre lo griego y lo cristiano: ¿qué divinidad se encarga de castigar al vándalo Giceríco en sus descendientes, esto es, en los miembros de su pueblo que habitan en el reino de África? Dios, el Dios de los cristianos (es decir, de los católicos: los vándalos son también cristianos, pero de fe arriana).

[44] Cf., con respecto a la abundancia de datos y descripciones geográficas incluidos en la *Guerra Vándala*, las interesantes consideraciones desarrolladas por D. Roques en su Introducción a la obra *(op. cit.,* págs. 14-17).

[45] Esta relación arranca ya de Heródoto. Los datos geográficos que nos aporta Procopio son en muchos casos únicos dentro de la literatura antigua, como muy bien indica D. Roques *(op. cit.,* pág. 15), con lo cual pensamos que no hay que insistir demasiado en la importancia de la obra

bras estratégicas y tácticas de los ejércitos de ambos bandos (incluyamos también aquí las de los moros[46]) donde mejor se manifiesta esta relación. Ahora bien, en lo que se refiere en concreto a la descripción del dispositivo táctico y el desarrollo de la batalla de Tricamaro[47], prácticamente no aparece ninguna referencia geográfica[48]. Esta claro que las des-

---

del de Cesarea también en este aspecto. Por ejemplo, todo lo relativo al Monte Aurasio (cf. III 8, 5), al paradisíaco Grase (III 7 8-10), al monte Papúa (IV 6) o al Burgaón (IV 12): ahora bien, el hecho de que Procopio sea nuestra única fuente hace que tengamos unas dificultades considerables para localizar con exactitud dichos parajes. El interés de Procopio por la geografía y, lo que es más importante, por integrarla en el desarrollo del relato, se aprecia ya desde el comienzo mismo de la *Guerra Vándala,* pues al mostrarnos en detalle los dominios del Imperio Romano en sus dos partes, estamos ya en condiciones de valorar todavía más la trascendencia de las incursiones de los pueblos germánicos en tan vasto territorio. Ahora bien, son asimismo numerosos los errores que nuestro autor comete en materia de geografía, pero en este punto, como muy bien matiza ROQUES *(op. cit.,* págs. 15-16), él no busca la precisión científica, sino el ornamento literario, el deleite más que la enseñanza. Sin embargo, siempre según D. ROQUES, a diferencia de Heródoto, los datos geográficos que aporta Procopio *siempre* están perfectamente integrados en el desarrollo de la narración, pues sirven para aclarar esos mismos hechos y, al mismo tiempo, adornarlos y desde luego, no podemos olvidar que es a través del deleite como el lector puede aprender.

[46] Por ejemplo, en IV 13, 5-9, la descripción de los movimientos llevados a cabo por las tropas de Altias, primero, en el monte Aurasio y, después, de las del jefe berebere Yaudas, para hacerse con el control de una fuente de agua, algo fundamental durante la estación veraniega, y que no va a poder resolverse sino a través de un combate singular. De la misma forma, el perfecto conocimiento del terreno por parte de Yaudas y sus fuerzas posibilita que éstos escapen una y otra vez de los ataques de Salomón, hasta el punto de que éste se vea obligado a regresar a Cartago sin haber obtenido ningún resultado (cf. IV 13, 30-38).

[47] Cf. IV 3, 4-18.

[48] Hay más ejemplos en la obra de descripciones tácticas sin referencia a la geografía del lugar: el dispositivo de combate del moro Cabaón

cripciones de los ejércitos formados en línea de batalla y del desarrollo de las mismas entronca con la tradición histórica más antigua desde Heródoto y Tucídides hasta convertirse en un elemento integrante del relato empleado sistemáticamente por Polibio.

Los capítulos restantes de esta parte nuclear de la *Guerra Vándala* son muy variados de contenido, pues tras la huida de Gelimer y el saqueo del campamento vándalo[49], Belisario, por una parte, se ve obligado a llamar al orden a sus soldados, que, sin tomar las más elementales precauciones, se habían lanzado a la captura del botín[50]. Tras el desdichado episodio de la muerte accidental de Juan de Armenia, a consecuencia de un disparo de flecha del guardia de corps Uliaris[51], Gelimer se refugia en el monte Papúa y allí va a sufrir el asedio de Faras[52]. En el capítulo siguiente, Belisario aprovecha para lanzarse a recuperar los territorios que estaban todavía en poder de los vándalos: Córcega, Cerdeña, Cesarea de Mauritania, Septo y las Baleares, y hace un intento sobre la fortaleza de Lilibeo en Sicilia, pero sus hombres son rechazados, ocasión para que reclame por escrito, a los ostrogodos su devolución al emperador[53]. En el

(III 8, 25 y IV 11, 19), el de Mames (IV 11, 20-56) o el de Escaleras Viejas (IV 17).

[49] Cf., respectivamente, IV 3, 20 y IV 3, 24 ss.

[50] Cf. IV 4, 1-8.

[51] Cf. IV 4, 17-19.

[52] Cf. IV 4, 26 ss.

[53] Cf. IV 5, 12-17 y, para la respuesta de los ostrogodos por orden de Amalasunta, IV 5, 19-25. Por tanto, nos encontramos una vez más con el recurso tucidideo de las antilogías, en este caso en forma de reclamación y respuesta por carta, con las consiguientes razones alegadas por unos y otros. Recuérdese que la fortaleza de Lilibeo había sido concedida como dote a Amalafrida por su hermano Teodorico, rey de los ostrogodos, con

capítulo 6 Faras ataca sin resultado a Gelimer, que se encuentra bien pertrechado en el monte Papúa[54] y cuenta con la colaboración de los moros de la zona. Las penalidades que tienen que sufrir los vándalos, poco acostumbrados a sufrir unas condiciones de vida duras, sirven de pretexto a Procopio para insertar un nueva digresión o inciso en el relato en la cual realiza una comparación entre el lujo y la suntuosidad que normalmente rodea a los vándalos y la durísima forma de vida a la que tan habituados están los moros y que para Procopio se acerca muy mucho a la de los animales[55]. Asimismo, esta comparación entre ambos pueblos es ya un primer acercamiento a los que van a recoger el testigo del conflicto y han de protagonizar, por tanto, la tercera y última parte: los moros, es decir, las tribus bereberes que habitaban entonces esta amplia zona norteña de África. El capítulo 7, por su parte, incluye la famosa rendición de Gelimer, que más arriba nos ha servido como prueba bien significativa de que el rey vándalo es uno de los personajes que intervienen en el conflicto que más interesan al autor, pues Procopio elabora un completo y sugerente retrato de su rica y atractiva personalidad, retrato que él va a ir realizando a lo largo de la obra a través de diferentes pinceladas[56]. Gelimer

motivo del matrimonio de aquélla con Trasamundo, rey de los vándalos en África.

[54] Cf. IV 6, 1-3. Una vez más la geografía de un lugar determinado, en este caso el terreno escarpado y de difícil acceso del monte Papúa, tiene una relación estrechísima con el desarrollo de los acontecimientos.

[55] Cf. IV 6, 5-13. Incluso aquí el influjo de Tucídides resulta patente, pues la referencia de Procopio a las chozas agobiantes en las que habitualmente vivían los moros recuerda extraordinariamente a la descripción que hace Tucídides de las que usaron los atenienses durante la epidemia que asoló el Ática en la Guerra del Peloponeso.

[56] Cf. IV 7 2-6: se trata del episodio de los dos niños que pelean por una mísera hogaza de pan.

es conducido a Cartago, donde lo espera el general Belisario: es el final de la guerra; así, el capítulo se cierra con unas consideraciones por parte de Procopio[57] sobre el desenlace del conflicto. En el capítulo 8 reaparece ese factor tan consustancial con el poder como son la envidia y las intrigas palaciegas: en este caso, es el propio Belisario el que es acusado falsamente de intentar establecer un reino independiente de Constantinopla en el norte de África[58]. Tampoco podía faltar en este punto del relato la presencia del elemento sobrenatural, en este caso, un oráculo pronunciado por las mujeres moras[59]. Sin embargo, más que la expedición militar en sí, prácticamente nada más terminar la misma, la tarea más difícil y costosa quedaba todavía por hacerse: aún no nos ha referido Procopio el desfile triunfal de Belisario en Constantinopla, cuando su sustituto Salomón se ve obligado a sofocar la primera revuelta de consideración[60]. Este episodio sirve de transición a la tercera y última parte de la *Guerra Vándala*[61], que comenzará propiamente tras la colorista descripción del triunfo de Belisario en Constantinopla[62] con

[57] Cf. IV 7 18 ss. Aquí Procopio reflexiona una vez más sobre lo caprichoso de la fortuna humana: cómo un hombre poderoso que estaba al frente de un reino pujante y lleno de riquezas pudo ser derrotado «en tan corto espacio de tiempo y por cinco mil hombres advenedizos».

[58] Cf. IV 8, 2 ss. Parece ser que fueron algunos de sus oficiales los que lo acusaron de intentar usurpar el poder en África, en calidad de sucesor al trono de los reyes vándalos.

[59] Cf. IV 8, 14.

[60] La de los moros de Bizacio y Numidia que se produjo en el mismo verano del 534 y a la que, al haber regresado ya Belisario a Constantinopla, hubo de hacer frente Salomón, su sucesor al frente de la administración de Libia: cf. IV 8, 9 ss.

[61] Que incluye los hechos sucedidos entre el 534 y el 548 d. C.

[62] Cf. IV 9. Otro ejemplo más de esa forma compositiva que podríamos denominar «gran cuadro o escena de conjunto»: la descripción colorista y detallada de una escena colectiva, donde, por otro lado, al final de

la que concluye el relato de la expedición militar enviada por Justiniano para reconquistar el reino vándalo del norte de África.

En el capítulo siguiente, se nos da cuenta de la muerte de los comandantes Aigán y Rufino[63], antes de que Procopio aborde un nuevo inciso en el relato para referirse al origen de los moros: nueva demostración de su saber por parte del autor[64]. La tercera parte de la *Guerra Vándala* describe con toda claridad y detalle —quizá incluso excesivos— la estrecha relación existente entre los conflictos bizantinos y las rivalidades bereberes[65]. Entre los diferentes líderes bereberes que aparecen en esta parte de la obra, destacan por en-

---

la misma (cf. parágrafos 10-12), Procopio traza la última pincelada que sirve para completar el excelente retrato de la personalidad individual de Gelimer, el personaje que ha sido protagonista de la parte nuclear de la obra y, simultáneamente, el ejemplo y símbolo del drama del pueblo vándalo en particular y de todos los hombres en general.

[63] Cf. IV 10, 4-11, donde se nos describe detalladamente la valerosa actuación militar de ambos personajes: es uno de los ejemplos que aporta D. Roques *(op. cit.,* pág. 18) del uso por parte de Procopio de otro recurso característico de la literatura griega: la *aristeía,* o narración pormenorizada de proezas o hazañas personales, equivalentes a las que se encuentran con cierta frecuencia tanto en la obra de Heródoto como, por supuesto, y todavía más si cabe, en la poesía homérica. Son abundantes los ejemplos de *aristeía* en la *Guerra Vándala:* hazaña de Juan, el lugarteniente de Basilisco (III 6, 22-23); las de Boríades en Silecto (III 16, 9-11); de Diógenes en las proximidades de Cartago (III 23, 5-18); de Altias frente a Yaudas (IV 13, 5-17); o del soldado Gezón en Tumar (IV 20, 12-16).

[64] Cf. IV 10, 13-29, extensa digresión que sirve al autor, además de para hacernos un alarde de erudición histórica (por lo demás fallida, en general), para introducirnos ya de lleno en el conflicto entre la confederación tribal de moros bereberes del norte de África y el Imperio Romano de Oriente (534-548 d. C.).

[65] Cf. D. Roques, *op. cit.,* págs. 12-13.

cima del resto Antalas y Cutcinas[66], que parecen haber dominado esta zona norteña de África en tiempos de Justiniano y que se van alineando sin rubor al lado de tal o cual personaje para defender sus intereses, una veces para beneficio y otras en detrimento de las fuerzas militares de Constantinopla. Esta inconstancia o versatilidad parece ser la característica que unifica a estos jefes y que, como afirma Procopio en más de una ocasión, caracteriza en realidad a todos los moros en general[67].

El capítulo 11 incluye la batalla de Mames librada entre las fuerzas bereberes[68] y las de Salomón. A pesar de la terrible derrota sufrida por los moros, éstos reanudan la guerra y tiene lugar durante el primer semestre del año 535 la batalla del monte Burgaón[69]. En el capítulo siguiente el protagonismo pasa al jefe de los moros del monte Aurasio, Yau-

[66] El primero controlaba la zona central del Túnez de hoy día (la antigua provincia Bizacena), mientras que Cutcinas dominaba la parte oriental de la actual Argelia. Otros líderes como Esdilasas, Yurputes o Medisinisas, nombrados ya en este capítulo —cf. IV 10 6 ss.— son personajes desconocidos que no aparecen en otras fuentes y que, por tanto, son casi imposibles de ubicar con exactitud. En lo que respecta al otro líder de cierta importancia, Yaudas, se estableció al frente de un reino independiente localizado en el macizo montañoso del Aurés, el monte Aurasio de Procopio.

[67] Es decir, su deslealtad: cf., por ejemplo, IV 8, 9-11.

[68] Al mando de Cutcinas, Esdilasas, Yurputes y Medisinisas: cf. IV 11, 15. La batalla (cf. IV 11, 47 ss.) arroja un saldo terrible para los moros, pues sufrieron diez mil bajas, según Procopio, mientras que los romanos tuvieron ocasión de celebrar en Cartago un segundo desfile triunfal (cf. § 56).

[69] Cf. IV 12, 3 ss. La batalla del Burgaón significó la segunda derrota consecutiva de las fuerzas bereberes frente a Salomón y los suyos, derrota que arrojó un saldo de bajas sencillamente espeluznante: cincuenta mil (cf. § 25) de los moros por ni uno solo del bando romano. Además, el jefe Esdilasas se entregó a los romanos y fue conducido a Cartago (cf. § 26).

das, al que encontramos devastando Numidia[70]. Por su parte Salomón se dirige al monte Aurasio[71] donde, tras efectuar una primera tentativa, decide sin embargo regresar a Cartago al no obtener ningún resultado. En el capítulo siguiente, Procopio se ve obligado a referirse a la campaña de Belisario para reconquistar la isla de Sicilia, que, como sabemos, estaba en poder de los ostrogodos[72]. Tras una nueva incursión por parte del autor en los dominios de lo maravilloso y sobrenatural[73], elemento de constante aparición a lo largo del relato, Procopio pasa a relatar la sublevación que se produjo en el seno de las tropas romanas de África en la primavera del año 536 d. C., en plena celebración de la festividad de la Pascua: la llamada «rebelión de Estotzas»[74] y la conjuración maquinada contra Salomón. Los amotinados se disponen incluso a sitiar Cartago[75], hasta que ha de acudir el propio Belisario. Tras dos arengas militares, una del general y otra del jefe de los sediciosos, Estotzas, tiene lugar la batalla de Membresa durante el segundo trimestre del año 536, batalla en la que vence Belisario[76], que regresa a Sicilia pues también allí había estallado una sublevación en el ejército[77]. Durante el segundo semestre del año 536, quizá a comienzos del otoño, se produce la sustitución de Salomón por Germano al frente de las fuerzas militares de Libia, en

[70] Cf. IV 13, 1.

[71] Cf. IV 13, 18 ss.

[72] Cf. IV 14, 1. Recordemos que la guerra contra los ostrogodos dio comienzo en junio del año 535 d. C.: al terminar este año, toda Sicilia estaba de nuevo en poder del Imperio Romano.

[73] En el año 536 d. C., el sol parece ser que dejó de brillar (durante todo un año entero, según nos dice Procopio: cf. IV 14, 5-6).

[74] Cf. IV 14, 7 ss.

[75] Cf. IV 15, 1-8.

[76] Cf. IV 15, 12 ss.

[77] Cf. IV 15, 48.

calidad de general con plenos poderes, circunstancia a la que Procopio se refiere nada más comenzar el capítulo siguiente[78]. Germano va a conseguir ganarse las simpatías de los soldados hacia su causa por medio de una convincente alocución[79]. En la primavera del 537 tiene lugar la batalla de Escaleras Viejas[80], en el transcurso de la cual estuvo a punto de morir el propio Germano, y que supone el final de la sublevación: Estotzas sale huyendo y llega a Mauritania para permanecer allí[81]. Tras ser aplastada la conjuración protagonizada por Maximino para hacerse con el poder, a cuyo relato se dedica Procopio en el capítulo 18, rebelión que se produjo en el 538 d. C., al año siguiente Germano regresa a Constantinopla y Salomón a África[82]. Éste se pone al frente de una segunda campaña militar contra los moros del monte Aurasio, de la que sale vencedor con la toma sucesiva de las fortalezas de Cerbule y Tumar, así como de la Roca de Geminiano, narradas por Procopio entre los capítulos 19 y 20. Se completa, por tanto, la conquista de Numidia y de la Mauritania Primera[83].

Sin embargo, durante el invierno del año 543 estalla la revuelta de Antalas, que va a durar hasta la primavera del 548 d. C. y que va a constituir el contenido de los capítulos

---

[78] Cf. IV 16, 1 ss.

[79] Cf. IV 16, 12-24.

[80] *Scalae Veteres:* cf. IV 17, 3 ss. Batalla muy sangrienta que se salda con la derrota de los sublevados.

[81] Cf. IV 17, 35.

[82] Cf. IV 19, 1. Como el propio autor nos indica, dicho relevo al frente de la administración de Libia se produjo durante el decimotercer año del reinado de Justiniano, es decir, el 539-540 d. C.

[83] Una vez que los moros se hubieron retirado de Numidia, la Mauritania Sitifense o Primera Mauritania queda anexionada al Imperio Romano como provincia tributaria (cf. IV 20, 30).

restantes a partir del 21[84]. En la primavera del 544 tienen lugar las batallas de Tebesta y *Cillium:* en pleno combate y a consecuencia de una caída del caballo, Salomón terminó cayendo en poder de los enemigos, que les dieron muerte a él y a varios de los miembros de su guardia[85]. Dentro del capítulo 22, destaca el episodio de la estratagema urdida por Salomón, el hijo de Sergio, en Láribo[86], de la cual, debido quizás a su juventud, se vanagloria en exceso y de forma imprudente, lo que va a causar serios problemas a los habitantes de la ciudad. Como podemos observar, también en esta parte de la obra Procopio hace uso de sus recursos literarios habituales, tónica que se continúa en el capítulo siguiente con la estratagema del sacerdote Pablo para posibilitar la recuperación de su ciudad, Adrumeto, que había caído en poder de los moros de Antalas[87]. Durante la primavera del año 545 se produce la llegada de Areobindo y de Atanasio[88]: al primero de ellos se le había encargado compartir el mando militar de África con el ineficaz Sergio y así, hacia el mes de septiembre de ese mismo año, va a tener lugar la batalla de Tacia, en las proximidades de Sicaveneria, batalla que propicia la ocasión para el encuentro en combate de Juan, el hijo de Sisiniolo, y Estotzas, los cuales dan rien-

---

[84] Cf. IV 21, 17, donde nos aclara Procopio cuáles son los motivos de la enemistad entre Antalas y Salomón.

[85] Cf. IV 21, 27-28.

[86] Cf. IV 22, 12-20: un ejemplo más del gusto que tiene nuestro autor por las estratagemas o demostraciones de ingenio (y más tratándose de un jovenzuelo), sean individuales o sean colectivas, para salir de una situación complicada.

[87] Cf. IV 23, 18-25: En este caso, la demostración de ingenio por parte del sacerdote va a ir acompañada de todo un alarde de heroísmo o, empleando el término griego, de *aristeía,* puesto que va a ser él personalmente el que, armándose de valor, lleve a cabo la acción.

[88] Cf. IV 24, 1-2.

da suelta al odio profundo que sienten el uno por el otro[89]. Durante el invierno del 545-546 d. C. tiene lugar un nuevo intento de usurpación del poder, esta vez protagonizado por Gontaris, antiguo oficial de la guardia personal de Salomón y que, en su afán de establecerse en el mando, no duda en movilizar a los moros contra los romanos y en pactar furtivamente con Antalas[90]. Por su parte Areobindo, que había entrado en negociaciones secretas con Cutcinas, va a ser víctima de un complot urdido por Gontaris[91], que no se materializará en el desarrollo el relato hasta el capítulo siguiente, donde Areobindo, que se había refugiado en un monasterio[92], es obligado a salir por Gontaris, para conseguir lo cual recurre al sacerdote de Cartago, Reparato. Por mediación de éste Gontaris le da garantías de que conservará la vida, pero termina matándolo. Al comienzo del penúltimo capítulo, Procopio nos muestra el disgusto de Antalas con Gontaris

[89] Cf. IV 24, 3 ss. El emperador Justiniano le había ordenado a Sergio llevar a término la guerra contra los moros de Numidia y a Areobindo encargarse de combatir contra los de Bizacio, al frente de los cuales seguía estando Antalas, pero contando ahora con la colaboración de Estotzas, el que había sido jefe de los sublevados y al que los moros habían hecho regresar de Mauritania (cf. al respecto IV 22, 5). En nuestra opinión, la descripción de la escena del combate singular entre Juan y Estotzas es una de las más conseguidas de la obra, desde el punto de vista literario, pues alcanza una intensidad y dramatismo considerables.

[90] Cf. IV 25, 1-11. En realidad todo este capítulo, y así ya prácticamente hasta el final del libro, no va ser sino una sucesión de intrigas, pactos furtivos, traiciones y complots protagonizados por los jefes de ambos bandos.

[91] Cf. IV 25, 28. Resulta también atractivo el retrato que dibuja Procopio de la personalidad de Areobindo, un hombre al que la guerra no interesaba lo más mínimo, hasta el punto de no saber siquiera cómo ponerse su equipo militar (cf. IV 25, 25-26).

[92] Cf. IV 26, 17 ss.

por varias y poderosas razones[93]: en primer lugar no se había cumplido nada de lo que habían acordado, y, segundo, no le gustó lo más mínimo la actuación del usurpador con respecto a Areobindo, pues estaba claro que una persona que faltaba de esa forma a los juramentos prestados no podía ser de fiar: por todo ello, decide pasarse al bando del emperador y, en consecuencia, replegarse hacia la retaguardia[94]. Por su parte Artabanes considera muy seriamente la posibilidad de dar muerte al usurpador, intención que es apoyada por su primo Gregorio[95]. Finalmente, sorprende bastante al lector la extensa y pormenorizada narración del asesinato de Gontaris[96]. Escena culminante de esta parte de la obra de Procopio, tanto la detallista descripción de los preparativos y precauciones tomados por los integrantes de la conjuración —centrándose el autor especialmente en la decidida, pero al mismo tiempo meditada actuación de Artasires y en las sensaciones que va experimentando Artabanes a medida que avanza el relato de los instantes inmediatamente anteriores a la ejecución del crimen—, como la narración pormenorizada de éste y de los hechos que se sucedieron, alcanzan una intensidad y suspense que mantienen en vilo en todo momento al lector y que recuerdan mucho, por una parte, al género dramático y, por otra, al novelístico: no olvidemos que hasta el final el relato de Procopio es, fundamentalmente, literatura. Tras la muerte del tirano, Artabanes, su asesino, es recompensado por el emperador con el

[93] Cf. IV 27, 1-3.
[94] Cf. IV 27, 4.
[95] Cf. IV 27, 10-18.
[96] Cf. IV 28, 1-41.

cargo de Jefe de los soldados en África[97]. Su sustituto, Juan Troglita, obtiene en la primavera del año 548 la victoria definitiva sobre los moros de Antalas en los Campos de Catón, al sur de la provincia Bizacena, con lo que se da por concluida la revuelta protagonizada por aquél[98]. Como muy atinadamente comenta D. Roques[99], el relato de Procopio concluye con la victoria de las tropas imperiales comandadas por Juan, el hijo de Papo, en el 548 d. C., pero este final de la obra, de un pesimismo llamativo y desconcertante, parece sugerir que, tras haber estado combatiendo duramente para conseguir que los pocos libios que quedaban con vida y en unas condiciones lamentables pudiesen conocer «tardíamente y a duras penas una cierta paz», la civilización romano-bizantina de África estaba condenada a desaparecer (lo mismo que antes la vándala) en el interior de las fauces de la hidra berebere[100].

Sin duda alguna, el mérito principal de Procopio, como hemos podido apreciar a lo largo de la lectura y comentario de la *Guerra Vándala,* consiste sobre todo en haber integrado en un conjunto armonioso toda una serie de elementos heredados de la tradición literaria griega, sea poesía épica,

---

[97] Cf. IV 28, 42. General de Libia entera, dice literalmente Procopio. Sin embargo, al poco tiempo, Artabanes solicita a Justiniano que se le releve de tal función, siendo sustituido por Juan, el hijo de Papo.

[98] En claro contraste con la extensión de la escena del asesinato de Gontaris, Procopio sólo necesita 11 parágrafos exactamente (IV 28, 42-52) para la narración de estos importantes sucesos históricos posteriores a la desaparición del usurpador y que llevarán al establecimiento de la paz en Libia.

[99] Cf. *op. cit.*, págs. 4-5 de su Introducción.

[100] Lo cierto y verdad es que, efectivamente, quince años más tarde, en el 563 d. C., se reanudaron las escaramuzas de las tribus bereberes, hasta que, a partir del s. VII, un mar de fondo proveniente de Arabia se lo llevó todo por delante.

dramática o historiografía, fundamentalmente (discursos, intervención del elemento sobrenatural o prodigioso, *aristeía*, estrategia militar, retratos de personajes, anécdotas, etc.) y todo ello sin hacer alarde de conocimientos literarios, pues prácticamente no cita a un solo autor. Pero además esta síntesis de elementos tan diversos no le impide componer un relato del que la impresión que queda en el lector es la de la naturalidad y la espontaneidad con la que el de Cesarea consigue interesarnos por los hechos históricos que se cuentan. La *Guerra Vándala* constituye, al mismo tiempo, un testimonio histórico fundamental para un conocimiento más completo de las civilizaciones vándala, berebere y bizantina y una obra literaria de gran calidad. Así pues, para terminar, hacemos nuestras las palabras con las que D. Roques[101] concluye su Introducción: «Homero, Heródoto, Tucídides, Polibio, Plutarco: en la *Guerra Vándala* Procopio es todo eso a la vez, sin olvidarse, no obstante, de ser él mismo»; esto es, la tradición literaria griega renovada al servicio de una obra histórica que narra unos hechos contemporáneos al autor, perfectamente situados, desde el principio, en sus coordenadas históricas y que el lector podrá retener en su memoria sin dificultad gracias a una narración variada y amena.

2. Hechos y personajes principales de la «Guerra Vándala»: Resumen.

En el siguiente resumen, incluimos los hechos y personajes fundamentales que aparecen a lo largo de la *Guerra Vándala*, capítulo por capítulo. No obstante, el lector podrá encontrar, en las págs. 51 y 197, las sinopsis de los contenidos correspondientes a cada uno de los capítulos de los libros III y IV.

---

[101] *Op. cit.*, pág. 22.

Libro III

25. Gelimer hace regresar de Cerdeña a Tzazón. Emotivo encuentro.

Libro IV

1. Gelimer tienta sin éxito a los cartagineses.
2. Belisario saca las tropas. Arengas de Gelimer y Tzazón.
3. La batalla. Huida de Gelimer y saqueo del campamento vándalo.
4. Persecución a Gelimer. Retirada de éste al monte Papúa.
5. Belisario recupera Córcega, Cerdeña, Cesarea, Septo, Ibiza, Mallorca y Menorca. Reclama Lilibeo a los ostrogodos.
6. Faras ataca a Gelimer sin resultado.
7. Rendición de Gelimer. Juicio de Procopio sobre la guerra.
8. Calumnias contra Belisario ante el emperador.
9. Triunfo de Belisario en Constantinopla.
10. Muerte de Aigán y Rufino. Origen de los moros.
11. Batalla entre los moros y Salomón.
12. Reanudación de la guerra entre moros y romanos.
13. Yaudas devasta Numidia. Tentativa inútil de Salomón sobre el Aurasio.
14. Belisario arrebata Sicilia a los godos. Motín de los soldados en África. Conjuración contra Salomón.
15. Los amotinados sitian Cartago.
16. Germano al frente de las tropas de África. Estotzas se dirige a Cartago.
17. Batalla entre las fuerzas de Germano y de Estotzas. Huida de éste.
18. Maximino intenta usurpar el poder. Se aplasta su conjuración.
19. Salomón de nuevo al frente de África. Expedición contra los moros del Aurasio.
20. Expulsión de los moros de Numidia.
21. Asesinato de los moros levatas. Estalla la guerra. Muerte de Salomón.
22. Sergio y su mal comportamiento. Carta de Antalas a Justiniano.

BIBLIOGRAFÍA

Para la consulta sobre los códices, ediciones y traducciones de la *Guerra Vándala*, remitimos al lector a los apartados correspondientes incluidos en la Introducción a la *Guerra Persa* (B. C. G. 280). En lo que respecta a nuestra versión, también nosotros hemos seguido fundamentalmente el texto de HAURY-WIRTH (reed. de HAURY, 1962), que aporta algunas variantes que hemos recogido en las pertinentes notas a pie de página. Para la elaboración de nuestra traducción hemos consultado, sobre todo, la de DEWING (reimpr. 1961 y 1979) y, en segundo lugar, la francesa de D. ROQUES *(La Guerre contre les Vandales: Guerres de Justinien, livres III et IV*, París, 1990).

En consecuencia, incluimos en este apartado bibliografía relativa sobre todo a la historia y rasgos más sobresalientes de los pueblos vándalo y berebere en general y, más concretamente, del reino vándalo de África y de la confederación de tribus bereberes que dominó la zona tras la caída de aquél. Además, dada la gran cantidad de referencias y datos topográficos que aparecen a lo largo de los libros III-IV, hemos insertado también alguna bibliografía, que hemos intentado sea lo más clarificadora posible en lo que se refiere a la localización y características de ciudades, accidentes geográficos y demás lugares de interés para la lectura de la obra, centrándonos especialmente en el complicado mapa geográfico de este sector del Norte de África donde

se desarrollan la mayor parte de los acontecimientos narrados en la *Guerra Vándala*.

Con respecto a la bibliografía específica sobre la obra de Procopio y sus rasgos literarios, consideramos suficiente la que puede consultarse también en las páginas introductorias a la *Guerra Persa*.

F. F. Abbot, Ch. Johnson, *Municipal administration in the Roman Empire,* Nueva York, 1968 (2).

S. Aounallah, «Le fait urbain dans le cap Bon antique (Tunisie du Nor-est)», *L'Africa Romana. 10. Atti del X Convegno di studio,* Oristano, 1992, págs. 615-623.

A. Audollent, «La diffusion du christianisme en Afrique au sud des territoires soumis à Rome après le V.e Siècle», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.* (1942), 200-216.

F. M. Ausbüttel, «Die Verträge zwischen den Vandalen und Römern», *Romano Barbarica. Contributi allo Studio dei Rapporti Culturali fra mondo romano e mondo barbarico,* 11, 1991, págs. 1-20.

B. Baldwin, «Peasant revolt in Africa in the Later Roman Empire», *Nottingham Medieval Studies,* VI (1962), 3-11.

N. H. Baynes, «The decline of the Roman power in Western Europe: Some modern explanations», en *Byzantine Studies and others Essays,* Londres, 1960 (2), págs. 83-96.

S. Belkahia, «Les structures politiques pre-romaines en Byzacène», *L'Africa Romana, 10. Atti del X Convegno di Studio,* Oristano, 1992, págs. 1086-1087.

F. M. Beltrán Torreira, «La iglesia norteafricana y el problema de la cristianización de los pueblos indígenas en la época vándala», *África Romana 7. Atti del VII Convegno di Studio,* Sassari, 1989, págs. 375-391.

A. Beschaouch, «Le territoire de *Sicca Veneria* (El Kef), nouvelle *Cirta,* en Numidie Proconsulaire (Tunisie)», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.* (1981), 105-122.

S. Bock, *Los Hunos: Tradición e Historia,* Murcia, 1988.

L. BREHIER, «Les colonies d'Orientaux en Occident au commencement du Moyen Age. V-VII siècles», *Byzantinische Zeitschrift* 12 (1903), 1-39.

P. BROWN, «Christianity and local cultures in later Roman Africa», *Journal of Roman Studies* 56 (1968), 85-95.

J. B. BURY, *History of the Late Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.)*, Amsterdam, 1966 reimpr.

M. CESA, «La politica di Giustiniano verso l'Occidente nel giudizio di Procopio», *Athenaeum* 59 (1981), 389-409.

F. M. CLOVER, *Geiseric the Stateman: a study of Vandal foreign policy*, Ph. D. Diss., Universidad de Chicago, 1966.

—, «Geiseric and Attila», *Historia*, 1973, págs. 104-117.

—, *The Late Roman West and the Vandals, Variorum*, Aldershot-Brookfield, 1993.

S. COSTANZA, *Vittore di Vita: Storia della persecuzione vandalica in Africa*, Roma, 1981.

CH. COURTOIS, *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955.

—, «Rapports entre Wisigoths et Vandales», *I Goti in Occidente, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Med*, III, Spoleto, 1956, págs. 499-507.

F. DECRET, *Le Christianisme en Afrique du Nord Ancienne*, París, 1996.

F. DECRET, M. FANTAR, *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Histoire et Civilisation (des origines au Ve. Siècle)*, París, 1981.

J. DESPOIS, R. RAYNAL, *Geographie de l'Afrique du Nord-Ouest*, París, 1977 (2).

H. J. DIESNER, *Kirche und Staat im spätrömischen Reich. Aufsätze zur Spätantike und zur Geschichte der Alten Kirche*, Berlín, 1964.

J. A. S. EVANS, *The Age of Justinian. The circunstances of imperial power*, Londres-Nueva York, 1996.

E. FENTRESS, *Numidia and the Roman Army. Social, Military and Economic Aspects of the Frontier Zone. British Archaeological Reports, Int. Ser.* 53, 1979.

P. A. FÉVRIER, *Approches du Maghreb Romain* I, Aix en Provence, 1989.

—, *Approches du Maghreb Romain* II. Pouvoirs, Différences et Conflicts, Aix en Provence, 1990.

W. H. C. FREND, «The Christian Period in Mediterranean Africa, AD. 200-700», en J. D. FAGE, *The Cambridge History of Africa* 2, Cambridge-Londres-Nueva York-Melbourne, 1978, págs. 410-489.

—, «The end of Byzantine North Africa: Some evidence of transitions», *Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord, II Colloque International, Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques,* n.s. 19B, 1985, págs. 387-397.

G. GAGGERO, «I Mauri nella storiografia del tardo impero», *L'Africa Romana 7. Atti del VII Convegno di Studio,* Sassari, 1989, págs. 299-308.

L. A. GARCÍA MORENO, *Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos* (siglos IV-X), en M. TUÑÓN DE LARA (dir.), *Historia de España,* v. II: Barcelona, 1981.

—, «La politique municipale de Rome en Afrique du Nord, II. Après la mort de Septime-Sévère», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 10.2 (1982), 230-322.

E. F. GAUTIER, *Le passé de l'Afrique du Nord: Les siècles obscurs du Magreb,* París, 1937.

M. E. GIL EGEA, *África en tiempos de los vándalos: continuidad y mutaciones de las estructuras socio-políticas romanas,* Memorias del Seminario de Historia Antigua, Universidad de Alcalá de Henares, 1998.

E. GONSALVES, «El problema de la Ceuta Bizantina», *Les Cahiers de Tunisie* 115-116 (1981), 23-53.

R. GROSSE, *Fontes Hispaniae Antiquae,* IX. Las fuentes de época visigoda y bizantina, Barcelona, 1947.

S. GSELL, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord,* 8 vols., París, 1913-1928.

R. GUILLAND, *Recherches sur les Institutions Byzantines,* Berlín-Amsterdam, 1967.

P. HEATHER, *Goths and Romans (332-489),* Oxford, 1981.

M. JAHN, «Die Wandalen», en H. REINERTH, *Vorgeschichte der deutschen Stämme. Germanische Tat und Kultur auf deutschem Boden,* vol. III, Leipzig, 1940.

M. JANON, «L'Aurès au VI siècle. Note sur le récit de Procope», *Antiquités Africaines* 7 (1973), 193-254.

A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire,* Oxford, 1964, reimpr. 1986.

W. E. KAEGI, «Arrianism and the Byzantine Army in Africa (533-546)», *Traditio* (1965), 23-53.

G. G. LAPEYRE, «La politique religieuse des rois vandales», en *L'Ancienne Eglise de Carthage, t. II,* París, 1933, págs. 11-151.

A. LEPELLEY, *Les cités de l'Afrique Romaine au Bas-Empire. La permanence d'une civilisation municipale,* tomo I, París, 1979, y tomo II, 1981.

PH. LEVEAU, *Caesarea de Maurétanie. Une ville romaine et ses campagnes,* Roma, 1984.

A. LEWIS, *Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500-1100,* Princeton, 1951.

J. H. G. W. LIEBESSCHÜTZ, «General, Federates and Bucellarii in Roman Armies around A.D. 400», *The Defense of the Roman and Byzantine East. Proceedings of the Colloquium at the Sheffield University. BAR. Int. Ser.,* 297, 1986, págs. 463-474.

J. L. MAIER, *L'épiscopat de l'Afrique romaine, vandale et byzantine,* Neuchâtel, 1973.

L. MARCUS, *Histoire des Vandales depuis leur premiêre apparition sur la scène historique jusqu'à la destruction de leur empire en Afrique,* París, 1836.

F. MARTROYE, *Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'empire d'Occident,* París, 1907.

A. J. MATTINGLY, «Lybians and the *limes:* Culture and Society in Roman Tripolitania, *AntAfr* 23 (1987), 71-94.

G. C. MAX, «The emperor Majorian's secret embassy to the Court of the Vandal Genseric», *Byzantine Studies* 9, 1 (1982), 57-63.

F. MILLER, *The emperor in the Roman World,* Londres, 1977.

Y. MODERAN, *De Bellis Libycis. Berbères et Byzantins en Afrique au VI.ᵉ Siècle,* Lille, 1991.

G. MOKHTAR, ed. *General History of Africa, vol. 2. Ancient Civilizations of Africa,* París, 1981.

P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique du Nord chrétienne depuis les origines jusqu'à l'invasion arabe,* 7 tomos, París, 1901-1923.

PAPENCORDT, *Geschichte der Wandalischen Herrenschaft in Africa,* Berlín, 1937.

H. G. PFLAUM, «La romanisation de l'Afrique», *Afrique Romaine. Scripta varia,* I, París, 1978, págs. 375-392.

—, «La romanisation de l'antique territoire de la Carthage punique», *Afrique Romaine. Scripta varia,* I, París, 1978, págs. 300-345.

A. PRINGLE, *The Defense of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, BAR, Int. Ser.,* 99 (i) y (ii), 1981.

P. RICHE, *Education et culture dans l'Occident Barbare,* VI-VIIè siècle, París, 1962.

P. ROMANELLI, *Storia delle province romane dell'Africa,* Roma, 1959.

J. J. ROSSITER, «Villas vandales; le suburbium de Carthage au début du VI siècle de notre ere», *IV Colloque sur l'Histoire et l'Archeologie de l'Afrique du Nord,* Estrasburgo, 1988, págs. 221-227.

J. M. SALRACH, «Del Estado romano a los reinos germánicos. En torno a las bases materiales del poder del Estado en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media», *De la Antigüedad al Medievo, siglos VI-VIII. III Congreso de Estudios Medievales,* León, 1990 (1993), págs. 99-142.

A. SAITTA, «La Sicilia tra incursione vandaliche e dominazione ostrogotica», *Quaderni Catanesi di Studi classici e medievali* 18 (1987), 363-417.

J. J. SAYAS, «La zona del Estrecho desde las invasiones a la ocupación bizantina», *I Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar,* Ceuta, 1987, págs. 1071-1093.

V. A. SIRAGO, *Galla Placidia e la transformazione politica dell'Occidente,* Lovaina, 1961.

L. SCHMIDT, *Histoire des Vandales* (trad. al francés de H. DEL MÉDICO) París, 1953.

J. L. TEALL, «The Barbarians in Justinianic Armies», *Speculum* 40 (1965), 294-327.

Y. Thevert, J. L. Biget, «L'Afrique après la disparition de la cité classique: cohérence et ruptures dans l'histoire maghrébine», *L'Afrique dans l'occident romain. Actes du colloque organisé par l'Ecole Française de Rome,* 1987 (1990), págs. 575-602.

M. Vallejo Girves, *Bizancio y la España Tardoantigua. Ss. V-VIII. Un capítulo de Historia mediterránea,* Alcalá de Henares, 1993.

A. H. Warmington, *The North African provincies from Diocletian to the vandal conquest,* Cambridge, 1954.

H. Wolfram, *History of the Goths,* trad. al inglés de la 2.ª edición en alemán, Los Ángeles, 1987.

J. Yanoski, *Histoire de la domination des Vandales en Afrique,* París, 1844.

LIBRO III
(GUERRA VÁNDALA I)

SINOPSIS*

1. División del Imperio Romano en dos partes. Antigua división del mundo en dos continentes: Asia y Europa. La plaza fuerte de Septo (Ceuta). Anchura del Estrecho de Gibraltar y de los Dardanelos. Extensión del Imperio occidental siguiendo las costas del mar Mediterráneo.—2. Los godos, los vándalos, los visigodos y los gepedes: quiénes eran y de dónde procedían. Irrupción de los gepedes. Perfidia de los visigodos. Huida del emperador Honorio. Conquista de Roma por Alarico. Anécdota del gallo de Honorio. Proba, matrona romana. Alarico proclama a Átalo emperador de Roma. Defección de Britania. Constantino es proclamado emperador por el ejército. Dios presta ayuda a Honorio. Irrupción de los godos.—3. Migraciones de los vándalos y alanos. La excepción judicial de los treinta años. El usurpador Juan. Las depravadas costumbres del emperador Valentiniano III. Aecio urde una estratagema contra Bonifacio. Éste hace venir a África a los vándalos, a los que, más tarde, se esfuerza inútilmente por alejar. Los bárbaros que sitiaban Hipo Regio levantan el asedio. Posteriormente, superan a los romanos en el campo de batalla.—4. Presagio del águila que designa al prisionero Marciano como futuro emperador; Gicerico lo deja libre. Honorico, hijo de Gicerico, rehén de Valentinia-

---

* La sinopsis de los libros III y IV ha sido extraída del resumen de los contenidos de la edición de *Maltretus* —tal como aparece, a su vez, en la de Haury—, con ligeras modificaciones.

no. Muerte de Placidia. Infame argucia urdida por Valentiniano contra el senador Máximo. Asesinato de Aecio. Atila toma la ciudad de Aquilea. Máximo elimina a Valentiniano. Eudoxia implora la ayuda de Gicerico.—5. Muerte de Máximo. Gicerico, una vez saqueada Roma, se lleva como prisioneras a la esposa y a las hijas de Valentiniano. Consolida la situación en África. Asola Sicilia, Italia y otras comarcas.—6. El emperador León se levanta en armas contra los vándalos: confía la dirección de la guerra a Basilisco, cuya lealtad corrompe Aspar. Antemio, emperador de Occidente. Marceliano ocupa Cerdeña y Heraclio, Trípolis, tras expulsar a los vándalos. Irresolución sospechosa de Basilisco. Argucia de Gicerico. Batalla naval. Valerosa acción de Juan en el transcurso de la misma. El peligro ronda a Basilisco por haber llevado mal la operación. Asesinato de Aspar y de Ardaburio.—7. Asesinato de Antemio y de Olibrio. Muerte del emperador León y de León el joven. Mayorino prepara la guerra contra los vándalos. Los emperadores Nepote, Glicerio y Rómulo Augústulo. Basilisco, traicionado por Hármato, paga su pena a Zenón. Se establece un tratado de paz sagrado y para siempre entre Gicerico y Zenón. Testamento y muerte de Gicerico.—8. Honorico sucede a Gicerico: ultraja a los católicos, que pueden hablar a pesar de tener cortada la lengua, salvo dos de ellos de conducta licenciosa. Los moros se independizan de los vándalos. Gundamundo y Trasamundo persiguen a los cristianos de credo ortodoxo, el primero, cruelmente; el segundo, con suavidad. Amalafrida se casa con Trasamundo. Extraordinaria demostración de respeto por parte del moro Cabaón hacia los templos de los católicos y victoria sobre los vándalos.—9. Ilderico, sucesor de Trasamundo, está en desacuerdo con los godos: amigo de Justiniano, es encarcelado por Gelimer. Justiniano y Gelimer se envían sendas cartas el uno al otro. Justiniano considera la posibilidad de una guerra contra los vándalos.—10. Problemas que conllevaría la posible guerra vándala. El prefecto del pretorio Juan le muestra su oposición a la idea. El obispo, por el contrario, aboga por ella. Trípolis queda bajo la jurisdicción de Justiniano.—11. Cirilo es enviado a Cerdeña. Número de soldados que integran las tropas que marchan a África. Nombres de los jefes militares. Des-

cripción de la flota. Mando con plenos poderes para Belisario. Intentona de Gelimer. Una orden dada por Justiniano se considera un presagio.—12. Epifanio, arzobispo de Constantinopla, ruega por la suerte de la flota. Sueño de Procopio. Partida de la flota. Severidad de Belisario. Arenga suya a las tropas, muy digna de un general cristiano.—13. Previsión de Belisario. La flota se ve obligada a separarse junto al cabo de Málea; la bonanza la retiene en Metone. Beneficio económico obtenido por Juan, el prefecto del pretorio, del pan mal horneado, cuya ingestión provoca la muerte a muchos soldados. La forma en que Antonina, la esposa de Belisario, conservó el agua potable sin que se echara a perder.—14. Tras arribar a Sicilia, Belisario envía a Procopio a Siracusa para que haga averiguaciones sobre la situación de los vándalos. Procopio cumple con su misión extraordinariamente. La flota se dirige a África.—15. Deliberación sobre cómo efectuar el desembarco en la costa de África. Una vez llevado a cabo el desembarco, ponen el campamento. Del agua que brota de manera inexplicable Procopio deduce un presagio de victoria.—16. Belisario exhorta a los suyos a mantener la disciplina militar y la moderación. Capitulación de Silecto. Unos caballos del Correo Público son entregados a Belisario, del cual un mensajero recibe una carta de Justiniano dirigida a los mandatarios vándalos.—17. Belisario avanza con el ejército en línea de combate. La moderación con que se comportaron en Silecto cautivó a los africanos. Gelimer encarga el asesinato del rey Ilderico a su hermano Amatas y sigue con precaución al ejército romano.—18. Juicio de Procopio sobre la Divina Providencia en relación con esta guerra. Derrota de Amatas y de Gibamundo. Privilegio del que gozaba cierto maságeta.—19. Arenga militar de Belisario; terror de los federados ante la llegada de Gelimer. Éste desaprovecha la oportunidad de obtener una victoria aplastante. Su vergonzosa huida posterior.—20. Llegada a Cartago de Belisario y de la flota romana. Excelente disposición de los ciudadanos hacia los romanos. Los que estaban en prisión son liberados. Belisario entra en la ciudad: se sienta en el trono de Gelimer. Animadversión divina contra el perjuro Calónimo.—21. Origen de las palabras *Délphix* y *palatium*. Elogio de Belisario

ante la moderación de sus soldados. La victoria es presagiada por un divertido oráculo infantil y prometida a los católicos por San Cipriano a través de una visión en sueños. Los católicos recuperan el templo del santo, que había sido adornado por los arrianos.—22. Consejo dado en otro tiempo a Gicerico por cierto vándalo que presagiaba el desastre que su pueblo sufriría en África. Dios castiga en sus descendientes la crueldad mostrada por Gicerico, especialmente en Zacinto.—23. Gelimer incita a los campesinos, por medio de recompensas, a dar muerte a los romanos que merodeaban por los campos. Hazaña especialmente valerosa de Diógenes. Las murallas de Cartago son reconstruidas por Belisario.—24. Carta de Tzazón a Gelimer comunicándole la recuperación de Cerdeña. Tardío ofrecimiento de Gelimer a Teudis, el rey de los visigodos, de una posible alianza militar. Cirilo navega rumbo a Cartago. Salomón es enviado como mensajero ante el emperador.—25. Gelimer reúne a los suyos. Los cabecillas de los moros solicitan de Belisario los distintivos del mando. Gelimer hace regresar de Cerdeña a Tzazón. Emotivo encuentro entre los vándalos de Gelimer y de Tzazón.

Así pues, de esta forma terminó la guerra que sostuvo el emperador Justiniano contra los persas[1]; ahora yo me dispongo a narrar cuantas acciones fueron llevadas a cabo por él contra los vándalos y los moros. Pero en primer lugar voy a explicar de dónde[2] partió el ejército de los vándalos para abatirse sobre el territorio del Imperio Romano. Después de que Teodosio, el emperador de los romanos, hubiera desaparecido de entre los hombres, habiéndose mostrado como un justo varón entre los que más, así como valiente en la guerra, se repartieron el Imperio sus dos hijos, correspondiéndole a Arcadio, el mayor, la parte oriental y a Honorio, el más joven, la occidental[3]. Pero el poder soberano de los ro-

1 (margin) … 2 … 3

[1] El orden impuesto por la tradición exige que una obra dedicada a las guerras de Justiniano comience por el conflicto con los persas (libros I y II), reservando los siguientes (en este caso libros III y IV) para las guerras vándalas.

[2] En realidad, lo que va a explicar Procopio son las circunstancias históricas que llevaron a los vándalos a lanzarse sobre los dominios de los romanos, interpretación, desde luego, perfectamente posible dada la presencia del adverbio griego *hóthen,* cuya traducción podría ser perfectamente «por qué causa» o «debido a qué circunstancias». Sin embargo, hemos preferido para nuestra traducción la expresión de lugar «de dónde», en la que en cierta forma tendría cabida también lo causal (= «de qué situación» > «por qué motivo»).

[3] La muerte del emperador Teodosio se produjo el 17 de enero del 395 d. C.; tras ella, su hijo mayor Arcadio (377-408) reinó en la parte oriental del Imperio con capital en Constantinopla. Con respecto a la par-

manos había quedado dividido así desde antes, en concreto desde los tiempos de Constantino y sus hijos, puesto que aquél había transferido la autoridad imperial a Bizancio y tras haber engrandecido la ciudad y haberla hecho mucho más renombrada, dio su autorización para que tomara de él su nombre[4].

4 Un océano rodea en círculo la tierra o en su totalidad o la mayor parte —pues a este respecto no tenemos todavía un conocimiento exacto—, pero está dividida en dos continentes por una especie de canal que, penetrando por la parte occidental, forma este mar nuestro, que comienza en Cádiz[5] y
5 se extiende hasta el lago Meotis[6]. De estos dos continentes, el que queda a la derecha, según se penetra en nuestro mar y que llega hasta el lago Meotis, comenzando en Cádiz y la más meridional de las Columnas de Heracles[7], recibe el

---

te occidental conviene recordar que, al ser demasiado joven Honorio, el hijo pequeño de Teodosio, al cual le correspondía dicha zona, su padre nombró un regente, el vándalo Estilicón, que ejerció el poder desde el 395 hasta el 408, año en el cual resultó asesinado. La capital del Imperio Occidental fue primero Milán y, más tarde, desde el 402, Rávena.

[4] A la muerte de Constantino I el Imperio quedó repartido entre sus tres hijos: A Constantino II le tocó en suerte la prefectura de las Galias, donde reinó del 337 al 340, por su parte Constante gobernó Italia, Iliria y África desde el 337 al 350, mientras que, por último, la parte oriental del Imperio le correspondió a Constancio II, que ejerció el mando hasta el 361. Por otro lado, recordemos que la ciudad de Constantinopla fue fundada entre el 324 y el 330 de nuestra era sobre las ruinas de la antigua ciudad griega de Bizancio.

[5] *Gádeira* (Gadira) es el nombre griego de la ciudad de Cádiz.

[6] Mar de Azov, golfo poco profundo formado por el mar Negro, situado en el territorio de Ucrania y de Rusia, en el que desemboca el río Don y que comunica con el mar Negro por el estrecho de Kerch.

[7] Es el monte Abila. Tradicionalmente se distinguen dos partes diferentes en el espacio comprendido entre el estrecho de Gibraltar y el mar de Azov: Libia, desde el Atlántico hasta el río Nilo, y Asia, desde el Nilo hasta el Don. Cf. *Historia de las Guerras* VIII 6, 1- 3.

nombre de Asia. A la fortaleza que allí se alza los nativos la 6
llaman Septo[8], por las siete colinas que pueden verse en ese lugar, ya que *septem* significa «siete» en lengua latina. Todo el continente que queda frente a éste recibió el nombre 7
de Europa. Y el estrecho que se encuentra en ese punto separa los dos continentes en más de ochenta y cuatro estadios[9], pero desde allí siguen manteniéndose separados por grandes extensiones de mar hasta el Helesponto. En ese 8
punto, en efecto, vuelven a acercarse en Sesto y Abido[10] y

[8] Transcripción que hace Procopio del *Septem* latino. Es el nombre de la ciudad de Ceuta, el cual hace referencia a la presencia en ese emplazamiento de siete colinas que, por su similitud, reciben el nombre de *Septem Fratres* «los Siete Hermanos»: cf. ESTRABÓN, XVII 3, 6, *Tà Heptà Adelphôn mnémata (Septem Fratrum monumenta)* «Tumba de los Siete Hermanos»; E. GOZALBES CRAVIOTO, *El nombre romano de Ceuta: De Septem Fratres a Ceuta*, Ceuta, 1990.

[9] La mayor parte de los geógrafos antiguos dividían el mundo habitado en tres continentes, aunque algunos distinguieron sólo dos, lo cual provocó numerosos debates sobre si África pertenecía a Asia o a Europa; cf. SALUSTIO, *Guerra de Yugurta*, 17. Las «Columnas de Heracles» no son sino los dos montes que delimitan por la parte occidental la entrada al mar Mediterráneo, el monte Calpe en la costa española y el Abila en la africana. Con respecto a las medidas en estadios que continuamente nos aporta Procopio hay que tener en cuenta que el estadio es una medida de longitud que fluctúa, según los autores y las épocas, entre 177 y 250 metros, aun cuando en Procopio su valor aproximado parece ser el de unos 180 metros, lo cual significaría en el caso del estrecho de Gibraltar una distancia de 14,9 Km (en el Estrecho la distancia mínima que separa las dos costas es de 13 km desde Julia Traducta).

[10] Sestos y Abidos son las dos ciudades griegas que se encuentran, la promera en el lado europeo y la segunda en el asiático, a la entrada del estrecho de los Dardanelos o Helesponto, que comunica el mar Egeo con la Propóntide o mar de Mármara, mientras que Bizancio (Constantinopla) y Calcedón (actual Kadi-Keui) están situadas en el extremo meridional del estrecho del Bósforo, que comunica, a su vez, la Propóntide con el Ponto Euxino o Mar Negro. Por su parte, las Rocas Ciáneas o *Symplégades* son dos islotes rocosos que se encuentran situados en la desembocadura del

de nuevo en Bizancio y Calcedón hasta las rocas denominadas antiguamente Ciáneas, donde, incluso actualmente, existe un lugar llamado Híero, pues en estos lugares los continentes están separados uno de otro por una distancia de diez estadios y aún menos de eso[11].

9 Por otra parte, la distancia desde una de las Columnas de Heracles hasta la otra, si se viaja siguiendo la costa y no se rodea el golfo Jónico[12] y el llamado Ponto Euxino, sino que se cruza desde Calcedón a Bizancio y desde Driunte[13] hasta la parte continental que queda enfrente[14], corresponde a un trayecto de doscientos ochenta y cinco días para un
10 viajero desenvuelto[15]. Con respecto a los territorios que rodean al Ponto Euxino, el cual se extiende desde Bizancio hasta el lago Meotis, es imposible hacer una valoración totalmente precisa sobre ellos, puesto que los bárbaros que ha-

---

Bósforo en el Ponto Euxino, más cerca de la costa europea. Por último Hierón es una plaza fuerte que se localiza a unos 7 Kms. de la entrada del Bósforo en el Mar Negro en el lado asiático.

[11] En su parte más estrecha, la anchura de los Dardanelos es de sólo 1.250 metros, en tanto que el Bósforo tiene una anchura media de 1.500 metros que se reducen hasta los 600 en su parte más angosta.

[12] *Kólpos ho Iónios* «el golfo Jónico», entrada al mar Adriático (cf. HERÓDOTO, VI 127 y TUCÍDIDES, I 24).

[13] En los manuscritos se lee *Dryoûntos* frente al *Hydroûntos* de los editores: este nombre está seguramente por «Hidrunte», como proponen los editores a pesar de la unanimidad de los códices en aquella lectura. El nombre *Dryoûs* (gr. *Hydroûs*, lat. *Hydruntum)* designa la ciudad de Otranto a orillas del canal del mismo nombre, entre la Italia meridional y la península balcánica. La ciudad pertenecía por aquel entonces a la provincia de Apulia-Calabria y tenía frente a ella el Epiro, que corresponde aproximadamente a la Albania actual.

[14] En Aulon o Avlona.

[15] 285 días de trayecto corresponden aproximadamente a 10.800 kilómetros —efectivamente la distancia real estaría entre los 10.500 y los 11.000 kilómetros—.

bitan al otro lado del río Istro, al que también llaman Danubio, hacen que las costas de aquella zona sean completamente inaccesibles para los romanos, exceptuando en verdad que desde Bizancio hasta la desembocadura del Istro hay un trayecto de veintidós días que conviene que añadan a Europa los que hagan el cómputo de su extensión[16]. En cuanto a 11
la parte asiática del Ponto Euxino, desde Calcedón hasta el río Fasis[17], que, después de atravesar la Cólquide, viene a desembocar en el Ponto, el trayecto se completa en cuarenta días, de tal forma que el dominio de los romanos en su tota- 12
lidad, al menos según la distancia que existe si se viaja siguiendo la costa, alcanza una extensión de trescientos cuarenta y siete días de trayecto si, como se ha explicado, se atraviesa el golfo Jónico, que tiene una extensión de aproximadamente ochocientos estadios[18] desde Driunte, pues el 13
paso a través del golfo no exige menos de cuatro días de trayecto[19]. Tal fue, por lo tanto, la extensión del Imperio Romano en los tiempos antiguos.

Por otro lado, la mayor parte de Libia vino a caer en po- 14
der del soberano de Occidente, en una extensión de noventa días de viaje, pues ésa es la distancia desde Cádiz hasta las

[16] La distancia apuntada por Procopio correspondería a unos 830 Km si bien la realidad es que no sobrepasa los 570.

[17] Es el principal río costero de la Cólquide (actual Rion o Rioni), río de Georgia que nace en el Caúcaso, pasa por Kutaísi y desemboca en el extremo oriental del Mar Negro.

[18] Unos 145 km, aunque la distancia real es de 72.

[19] Añadiendo estos cuatro días, que es lo que se tardaba en atravesar el golfo Jónico, a los cómputos anteriores (285 + 22 + 40) se totalizan 351 días de ruta. Según el propio autor indica más abajo en 1, 17, la jornada de trayecto equivale a la distancia que había entre Atenas y Mégara, es decir unos 38 kilómetros.

fronteras de Trípolis en Libia[20], y en Europa recibió una
porción de territorio que tiene una extensión de setenta y
15 cinco días de trayecto, pues tanta es la distancia que hay
desde la más septentrional de las Columnas de Heracles
hasta el golfo Jónico[21], pudiéndose añadir además el con-
16 torno del golfo. Por su parte, el emperador de Oriente reci-
bió un territorio que tiene una extensión de ciento veinte
días de trayecto desde los límites de Cirene en Libia hasta
Epidamno, ciudad que está situada en el propio golfo Jónico
y que hoy día recibe el nombre de Dirraquio, y cuantos de
los territorios que rodean al Ponto Euxino están, como se ha
17 dicho antes, bajo el poder de los romanos[22]. El trayecto de
un solo día llega hasta los doscientos diez estadios, como ir
de Atenas a Mégara[23]. Así fue como, por una parte, se re-
partieron entre ellos los emperadores de los romanos cada

[20] El nombre de Libia se aplica al norte de África, desde el océano Atlántico hasta el valle del Nilo. La frontera entre Trípolis, que determina la situación de la parte occidental del Imperio, y Pentápolis, de la oriental, se encuentra al fondo del golfo de Sirte. La distancia existente desde Cádiz a este lugar es de aproximadamente 2.900 kilómetros, aunque para Procopio serían unos 3.400.

[21] 75 días de viaje son 2.850 kilómetros; siguiendo la costa la distancia subiría hasta los 3.300.

[22] La frontera occidental de la Pentápolis de Libia, cuya ciudad más prestigiosa es Cirene, estaba al fondo del golfo de Sirte (cf. nota 20), constituyendo además el límite africano entre las dos partes del Imperio. En lo que respecta a Europa dicho límite lo marcaba la ciudad de Epidamno o Dirraquio, que corresponde a la actual Durrës, situada en la costa albanesa. La distancia de 120 días de trayecto que nos apunta Procopio equivale aproximadamente a 4.600 km aunque en realidad alcanza los 7.000.

[23] Como ya se ha precisado en nota 9, para Procopio el estadio equivaldría a unos 180 metros, muy similar por tanto al estadio romano, que corresponde a la octava parte de una milla, o al estadio délfico, 177 metros y 35 centímetros. Así pues, una jornada de viaje (210 estadios) equivale a 37'8 Km o a 24 millas.

uno de los dos continentes, mientras que, por otra, entre las 18
islas, Britania[24], que es la de mayor tamaño de las que están situadas en la zona que queda fuera de las Columnas de Heracles, fue asignada, como es lógico, a la porción occidental del Imperio, así como Ibiza[25] en la parte interior de las Columnas de Heracles, isla que está situada en el mar Mediterráneo en lo que podríamos denominar la Propóntide que queda justo después de la entrada del océano en el mar y estando de ésta a una distancia de aproximadamente siete días de viaje. También las otras dos islas vecinas, Mallorca y Menorca, como las llaman los nativos, fueron asignadas a la parte occidental del Imperio. En cuanto al resto de las islas del Mediterráneo, cada una pasó a depender de aquel de los dos emperadores dentro de cuyos límites territoriales diese la coincidencia de que estaba situada[26].

Sin embargo, en la época en que Honorio[27] reinaba en la 2
parte occidental del Imperio, unos pueblos bárbaros se apo-

[24] De las islas británicas, la de mayor tamaño, la actual Gran Bretaña.

[25] Recordemos que la isla de Ebuso o Ibiza es la más occidental del archipiélago de las Baleares. La distancia marítima entre Ibiza y el estrecho de Gibraltar es de aproximadamente 700 kilómetros, por lo que es evidente que la que nos indica Procopio (7 jornadas de viaje, por tanto unos 270 km) es errónea. Asimismo la comparación que nuestro autor establece entre la Propóntide o mar de Mármara y la entrada al Mediterráneo occidental resulta muy llamativa y demuestra una cierta confusión en la representación que Procopio se hacía de la geografía de la zona occidental del Imperio.

[26] Básicamente se refiere Procopio, en la parte occidental, a Córcega, Cerdeña y Sicilia, de las cuales hablará más adelante en la obra, y a Creta y Chipre en la zona oriental, islas estas dos últimas a las que no hará la más mínima alusión.

[27] Honorio reinó desde el 17 de enero del 395 al 15 de agosto del 423, si bien la regencia de Estilicón duró hasta agosto del 408. La invasión a la que se hace referencia es la de los vándalos, suevos y alanos que atravesaron juntos el Rin el 31 de diciembre del 406.

deraron de su territorio: ahora voy a explicar quiénes fueron
2 y de qué modo lo hicieron. Muchos pueblos góticos se han conocido en tiempos antiguos y también actualmente, pero los más importantes y dignos de tenerse en cuenta son los godos, los vándalos, los visigodos y los gepedes. Antiguamente se les llamaba saurómatas y melanclenos[28] y había además quienes daban a estos pueblos el nombre de géticos.
3 Todos éstos se distinguen entre sí por sus denominaciones, como ha quedado dicho, pero no se diferencian en nada más
4 en absoluto, pues todos ellos son de piel blanca y rubia cabellera, de alta estatura y buen aspecto, están sujetos a las
5 mismas leyes y practican la religión de forma similar. Todos, en efecto, pertenecen a la fe arriana[29] y hablan una sola lengua, llamada gótica[30]. A mí me da la impresión de que todos proceden originariamente de una única tribu, pero que

[28] Literalmente «túnicas negras».

[29] Cf. Sinesio de Cirene, *Cartas* [trad. de F. A. García Romero], Madrid, Gredos, 1995, pág. 122, n. 341. La doctrina de Arrio o arrianismo se extendió entre los visigodos en el siglo IV por instigación de Ulfila, Ulfilas o Wulfila (c. 311-después del 381), obispo de los godos que tradujo al gótico el Nuevo Testamento y que asistió al sínodo de Constantinopla (360), donde sus tesis no fueron admitidas. Se le considera el prototipo de misionero en país bárbaro. La doctrina del arrianismo enseñaba, acerca de la Trinidad, que el Hijo no es igual al Padre, que no es de la misma naturaleza y que no participa de su eternidad: por lo tanto, la divinidad de Cristo era secundaria y subordinada. El arrianismo fue causa de graves enfrentamientos en los planos religioso y político, siendo condenado por el Concilio de Nicea (325) y por el de Constantinopla (381).

[30] La lengua de los godos y la de los vándalos pertenecen a la rama de lenguas germánicas que denominamos «óstico», sin embargo el único documento que poseemos de la primera, el gótico, es la traducción de la Biblia elaborada por el obispo Ulfila (cf. nota anterior), el *Codex Argenteus* de Upsala, mientras que, de la segunda, sólo nos quedan algunos nombres propios transmitidos por textos literarios o epigráficos griegos y latinos. De todas formas, esa supuesta unidad lingüística que apunta Procopio tiene todos los visos de ser excesivamente simplista.

en épocas posteriores se distinguieron por los nombres de los que estuvieron al frente de cada grupo[31]. Este pueblo 6
habitaba desde antiguo al otro lado del río Istro[32]; posteriormente, los gepedes se apoderaron de los territorios que rodean Singidono[33] y Sirmio[34], a ambas márgenes del Istro, regiones donde han seguido viviendo hasta nuestros días.

---

[31] Esta afirmación de Procopio merece matizarse pues, primeramente, se distinguen dos denominaciones para los godos: tervingos o «gentes del bosque» y greutungos o «gentes de la playa o del arenal» y, posteriormente, otras dos más: visigodos o «godos del Oeste» y ostrogodos o «godos brillantes» o «godos del Este», sin hacer referencia, por lo tanto, a ningún nombre de estirpe regia. Los godos, población de la antigua Germania, provenían de Escandinavia y se establecieron en la margen derecha del Vístula inferior en el s. I a. C. En torno al 150 d. C. emigraron hacia el sureste y se instalaron c. 230 al noroeste del mar Negro: ya entonces estaban divididos en los dos grupos que acabamos de mencionar (visigodos y ostrogodos). El pueblo godo, sin duda, fue el más evolucionado del mundo bárbaro; en el s. III llegó a ser el enemigo más poderoso del Imperio Romano, que debió cederle la Dacia en 275. Fueron los primeros bárbaros que fundaron sólidos reinos, así como los primeros en recibir el Evangelio y en convertirse al arrianismo bajo la influencia del obispo Ulfila, que fue el creador de la escritura y la lengua literaria góticas para traducir la Biblia (cf. notas 29 y 30). Por su parte los vándalos, pueblo también germánico surgido de un conjunto heterogéneo de tribus, a principios de la era cristiana estaban representados esencialmente por dos: primeramente tenemos a los hasdingos o asdingos, denominación que significa «gentes de largos cabellos» y que llevan el nombre de una estirpe real. Establecidos en Dacia en el 171, hasta el s. V permanecieron en el valle alto del río Tisza; en segundo lugar estarían los silingos, denominación de la que se ignora el origen y significado, y que dieron nombre a Silesia, región que está repartida actualmente entre Polonia y la República Checa.

[32] Nombre griego del río Danubio.

[33] En latín *Singidunum*, corresponde a la ciudad actual de Belgrado, situada en la confluencia de los ríos Save o Sava y Danubio.

[34] En latín *Sirmium:* actualmente la ciudad de Mitrovitz.

7 Los visigodos, sin embargo, se separaron de los demás marchándose de allí y, en primer lugar, entraron en alianza con el emperador Arcadio y posteriormente —pues la lealtad hacia los romanos no puede perdurar en los bárbaros—, bajo el mando de Alarico, se dedicaron a maquinar contra ambos emperadores y, empezando por Tracia, trataron a Eu-
8 ropa entera como territorio enemigo. El emperador Honorio había estado viviendo antes en Roma[35], sin tener en su mente intención alguna de emprender guerras, sino, más bien, según yo creo, deseando que se le permitiese permanecer
9 tranquilo en su palacio. Mas cuando se anunció que los bárbaros con un gran ejército no se encontraban lejos, sino en algún lugar dentro del país de los taulantios[36], tras abandonar el palacio imperial, huyó de forma desordenada a Ráve-
10 na, poderosa ciudad situada al final del golfo Jónico[37]. Sin embargo hay quienes afirman que fue él mismo el que había atraído a los bárbaros, al haber estallado una revuelta contra él entre sus súbditos[38], opinión que a mí no me parece digna de crédito, si, al menos, se tiene en cuenta el carácter de este

---

[35] No es cierta esta afirmación pues desde la época de la tetrarquía la capital del Imperio Occidental no fue Roma, sino Milán y así siguió siendo durante todo el siglo IV.

[36] En Iliria. Los taulantios fueron un pueblo de origen ilirio cuya localización exacta varía de un autor a otro en la Antigüedad: en la época clásica griega se les sitúa en la zona de las ciudades de Epidamno y de Apolonia, más hacia el interior del país, y aunque posteriormente subieron hacia el norte del Drim, río albanés (en época romana estaban establecidos entre Nar —la moderna Neretva— y *Drinum* —actualmente Drina—), su nombre permaneció unido a la región que rodea Durrës hasta la Edad Media.

[37] Recordemos que el golfo Jónico se corresponde con el mar Adriático.

[38] Procopio hace aquí referencia a las calumnias lanzadas no contra el emperador, sino más bien contra su regente, el vándalo Estilicón, que además era su suegro.

hombre. Los bárbaros, por su parte, como no les salía al encuentro ningún contingente de fuerzas enemigas, se comportaron como los hombres más crueles del mundo[39]. En efecto, las ciudades que iban conquistando las dejaron hasta tal punto destruidas que no se ha conocido vestigio alguno de ellas en nuestros días, especialmente de las del lado de acá del golfo Jónico[40], como no fuera alguna torre o una puerta o cualquier otro resto de edificaciones que la casualidad quiso que quedaran de aquéllas; mataban a todos los 11 12

---

[39] Procopio simplifica los hechos, que son mucho más enrevesados. En realidad, Alarico había obtenido de Estilicón en el 408 una recompensa considerable (4.000 libras de oro) por su colaboración durante el año anterior. El asesinato de Estilicón, que ocurrió en agosto del 408, y el acceso al poder de una serie de personas hostiles a los vándalos, produjeron un giro completo en el gobierno de Rávena. Al no recibir su recompensa Alarico, lo primero que hizo fue invadir Italia en el otoño del año 408 asediando Roma por vez primera: el Senado compró entonces su retirada y, efectivamente, Alarico marchó en diciembre del mismo año a Etruria, donde continuaron las conversaciones con el gobierno de Rávena, pero después de diferentes contingencias terminaron por romperse las negociaciones. Fue entonces cuando Alarico marchó a asediar Roma por segunda vez, obligando al Senado a nombrar un nuevo emperador en noviembre del 409 para, posteriormente, poner sitio también a Rávena. Comenzaron de nuevo las negociaciones, pero Honorio se negó a plegarse a las exigencias de Alarico; desesperado éste, volvió a asediar Roma (por tercera vez ya) y la ciudad terminó cayendo en su poder, después de un breve asedio, el 24 de agosto del 410, siendo saqueada e incendiada.

[40] *Entòs toû Iōníou kólpou:* literalmente «del lado de acá del golfo Jónico». El sentido exacto de esta expresión no queda del todo claro y ha sido interpretado de diferentes formas: «al sur», «al oeste», etc. (así Dewing traduce «south of the Ionian Gulf») y como el punto de vista de Procopio es desde Constantinopla, probablemente quiere decir que las destrucciones de Alarico tuvieron lugar sobre todo en la península balcánica. No hay ninguna prueba, sin embargo, de que esta afirmación se corresponda con la realidad y el resto del pasaje lo único que demuestra es lo mucho que Procopio simplifica y esquematiza estos acontecimientos históricos, los cuales se conocen mucho mejor por otras fuentes.

hombres con los que se encontraban, igualmente viejos que jóvenes, sin perdonar tampoco ni a las mujeres ni a los niños, razón por la cual, incluso todavía en nuestros días la
13 población de Italia sigue siendo escasa. Además se llevaron como botín todas las riquezas de Europa entera y, lo más importante, no habiendo dejado nada en absoluto de bienes públicos o privados en Roma, se trasladaron a la Galia. Pero seguidamente voy a narrar yo de qué manera fue conquistada Roma por Alarico[41].

14 Después de haber él consumido mucho tiempo en el asedio[42] y de no haber sido capaz de conquistar la plaza ni por la fuerza ni por medio de ningún otro recurso, ideó el si-
15 guiente plan. De entre los jóvenes de su ejército a los que todavía no les había comenzado a crecer la barba, pero que acababan de alcanzar la edad apta para el servicio, escogió a trescientos, que sabía él que eran de estirpe noble y que poseían un valor superior al propio de sus años, y les informó en secreto de que tenía intención de obsequiar con ellos a algunos de los patricios romanos, ofreciéndoselos,
16 sólo de palabra por supuesto, en calidad de esclavos. Y les dio instrucciones para que, tan pronto como estuviesen dentro de las casas de aquéllos, mostrando gran gentileza y moderación, les sirvieran celosamente en todas las tareas que les fuesen encomendadas a ellos por parte de sus dueños;

---

[41] Conquista que se produjo el 24 de agosto del 410 (cf. nota 39). Este saqueo de Roma, como es lógico, tuvo una inmensa repercusión en todo el Imperio Romano y suele tomarse como la fecha en que concluye la historia de Roma. Aunque este acontecimiento fue el signo de que se estaba produciendo una profunda crisis, la verdad es que no puso fin ni al reinado del emperador Honorio, que lo siguió siendo, ni al Imperio Romano de Occidente.

[42] En realidad el asedio duro poco tiempo (sólo unos días), a menos que se tome en consideración también el del 408 y el de noviembre del 409, que fue el más largo.

posteriormente, no mucho después, en un día establecido, 17
aproximadamente en torno al mediodía, cuando todos los que iban a ser sus dueños se quedasen dormidos, como es natural, después de la comida, se presentarían todos en la puerta llamada Salaria[43] y darían muerte, con un ataque repentino, a los guardianes, que no tendrían ningún conocimiento previo del complot, y abrirían las puertas lo más rápidamente que les fuera posible. Habiendo dado Alarico 18
estas órdenes a los jóvenes, envió inmediatamente embajadores a los miembros del Senado, mostrándoles su admiración por la lealtad que manifestaban hacia su emperador y asegurándoles que ya no los molestaría en lo sucesivo a causa de su valor y fidelidad, cualidades de las que era evidente que estaban dotados en muy alto grado y, a fin de que se conservara algún recuerdo suyo entre unos hombres tan nobles como bravos, quería ofrecerles a cada uno en particular a unos esclavos como obsequio. Tras hacer esta decla- 19
ración y enviar a los jóvenes no mucho después, ordenó a los bárbaros realizar los preparativos para la partida y se las ingenió para que los romanos se diesen cuenta de esto. Los 20
senadores, por supuesto, habían acogido con satisfacción sus palabras y, tras recibir los obsequios, empezaron a mostrarse excesivamente felices, pues se encontraban muy lejos de suponer que existiese alguna maquinación por parte del bárbaro, pues los jóvenes, al mostrarse realmente obedientes 21
a sus dueños, eliminaban toda sospecha; por otra parte, en el campamento de Alarico, se veía ya a unos abandonando sus posiciones y levantando el sitio, en tanto que los demás parecía que en poco tiempo iban a hacer exactamente eso mis-

[43] La Puerta Salaria, cerca de la cual había establecido Alarico su campamento (cf. 2, 22) se encuentra situada en la parte septentrional del muro de Aureliano, al final de la Vía Salaria.

22 mo. Pero cuando llegó el día señalado, Alarico, habiendo armado a todo su ejército para el ataque, lo mantuvo en disposición de actuar muy cerca de la puerta Salaria, pues dio la casualidad de que él había acampado allí al comienzo del
23 asedio. Por su parte, todos los jóvenes, en el momento convenido del día, llegaron a la puerta y, atacando de improviso a los guardianes, les dieron muerte y, tras abrir entonces las puertas, permitieron a Alarico y su ejército penetrar en la
24 ciudad con toda libertad. Éstos prendieron fuego a las casas que quedaban más cerca de la puerta, entre las cuales se encontraba también la de Salustio, el autor que antiguamente había escrito la historia de los romanos, de la cual residencia la mayor parte ha permanecido medio quemada hasta nuestros días[44]; y, después de saquear toda la ciudad y matar a la mayoría de la población romana[45], siguieron adelante en su
25 camino. Se cuenta que entonces en Rávena uno de sus eunucos, evidentemente un cuidador de aves, le comunicó al emperador Honorio que Roma había perecido. Y éste, a voz en grito, exclamó: «¡Y, sin embargo, hace un momento que
26 ha comido de mi mano!». El caso es que él tenía un gallo de gran tamaño cuyo nombre era Roma. El eunuco, comprendiendo el significado de sus palabras, le aclaró que era la ciudad de Roma la que había perecido a manos de Alarico y el emperador, sintiéndose aliviado, le atajó diciendo: «Pero

---

[44] Recordemos que Salustio había escrito también cinco libros de *Historias* en las que describía el desarrollo de los acontecimientos políticos en Roma entre el 79 y el 66 a. C., obra de la cual desgraciadamente sólo nos quedan unos pocos fragmentos. Los famosos jardines que se hizo construir en la zona oriental del Pincio en Roma, los *horti Sallustiani*, bordeaban la Vía Salaria antigua y quedaban en la parte interior del muro de Aureliano en el espacio que había entre la Puerta Pinciana y la Puerta Salaria.

[45] Evidentes exageraciones por parte de Procopio, que, como podemos apreciar, se preocupa poco de las matizaciones.

yo, amigo mío, había pensado que era mi gallo Roma el que había muerto.» A tal grado de estupidez, según dicen, había llegado este emperador.

Sin embargo, algunos afirman que Roma no fue con- 27
quistada por Alarico de esa forma[46], sino que Proba[47], una mujer que gozaba de una posición particularmente destacada por su fortuna y renombre entre la clase senatorial romana, sintió compasión de los romanos, que estaban pereciendo de hambre y de toda suerte de padecimientos, pues incluso habían llegado a comerse a sus propios congéneres[48]; al observar además que no les quedaba ninguna esperanza de salvar la situación, pues tanto el río como el puerto[49] estaban ocupados por los enemigos, ordenó a sus esclavos abrir las puertas por la noche.

Mas cuando Alarico estaba a punto de retirarse de Ro- 28
ma, nombró a Átalo, uno de sus nobles, emperador de los romanos, ciñéndole la diadema y la púrpura, así como todos

[46] Se ignora si las fuentes de información que maneja el autor son escritores o bien la tradición oral que Procopio había recogido en Roma durante su estancia en Italia al lado de Belisario entre el 536 y el 540. La expresión griega «algunos afirman que...» no indica otra cosa que no sean conjeturas.

[47] Anicia Faltonia Proba, nacida en la segunda mitad del s. IV, hija, esposa y madre de cónsules. Su esposo murió hacia el 390 y desde entonces permaneció viuda. Se encontraba en Roma durante el saqueo de la ciudad en el 410, pero partió poco después rumbo a África donde fue víctima de Heracliano. Había ella heredado extensas propiedades de tierras en Asia Menor y puso sus rentas a disposición del clero, los pobres y los monasterios. Murió antes del 432 d. C.

[48] Alusión a escenas de canibalismo que aparecen en las obras de San Jerónimo y de San Agustín.

[49] Los depósitos o almacenes del Tiber y el *Portus Romae*, el puerto artificial construido por Claudio y Trajano para evitar el problema de que los barcos encallaran en la arena en el de Ostia, en la desembocadura del Tíber.

los demás atributos relacionados con la dignidad imperial[50]. Obró de esta forma con la intención de apartar del trono a Honorio y de otorgar todo el poder de Occidente a Átalo.
29 Con tal propósito, Átalo y Alarico marcharon contra Rávena con un gran ejército[51]. Pero este Átalo no era capaz ni de pensar por sí mismo ni de dejarse convencer por quien le
30 aconsejase bien. Así pues, no contando en absoluto con la aprobación de Alarico, envió a Libia jefes militares sin tropas que mandar[52]. De tal forma, por tanto, iban desarrollándose los acontecimientos.

---

[50] Prisco Átalo nacido en Asia Menor en fecha desconocida y miembro de una delegación enviada por el Senado ante Honorio en el 398, a comienzos del 409, después del primer asedio de Roma por Alarico, fue nombrado ministro de finanzas de Honorio y, al poco tiempo, fue enviado a Roma como prefecto de la ciudad. Fue proclamado emperador por Alarico después del segundo asedio de Roma a finales del 409 y no al término del tercero, como se deduce de la narración de Procopio.

[51] En realidad Procopio, como ya hemos comentado, confunde o mezcla el segundo y el tercer asedio de la ciudad. Alarico y Átalo marcharon contra Rávena en diciembre del 409, por lo tanto antes del episodio narrado desde § 14 hasta § 24. En cambio, después del tercer asedio, Átalo compartió la suerte de Gala Placidia, pues los dos acompañaron a Alarico en calidad de prisioneros hasta el sur de Italia y, tras la muerte de éste en diciembre del 410, subieron hacia las Galias con Adaúlfo, cuñado de Alarico y nuevo rey.

[52] Este episodio, del cual hay posteriores alusiones en §§ 32 y 36, se encuadra en el segundo asedio de Roma por Alarico y tras la proclamación de Átalo como emperador. Alarico tenía la intención de someter la diócesis de África que gobernaba Heracliano, pero Átalo se negó a enviar un ejército para obtener la sumisión del gobernador y no mandó más que unos pocos soldados en la esperanza de conseguir que Heracliano hiciese defección; sin embargo éste permaneció leal a Honorio y no sólo opuso resistencia a Alarico y Átalo, sino que además se negó a enviar a Roma el trigo de África, lo que rápidamente provocó una hambruna en la ciudad. Todo este episodio fue el motivo por el que Alarico destronó a Átalo.

Por otra parte, la isla de Britania se rebeló contra los 31 romanos[53] y los soldados que allí servían eligieron como emperador suyo a Constantino, un personaje de cierto renombre[54]. Éste enseguida reunió una flota de barcos y un ejército considerable e invadió Hispania y Galia con un gran contingente militar, con el propósito de sojuzgarlas. Hono- 32 rio disponía de barcos preparados para zarpar, pero él estaba esperando el desenlace de los acontecimientos de Libia, de tal modo que, si los que habían sido enviados por Átalo eran rechazados, él personalmente llegaría en barco hasta Libia para conservar una parte de su imperio, mientras que si el desarrollo de los sucesos iba en contra de sus intereses, se reuniría con Teodosio y permanecería a su lado. Y es que, 33 habiendo muerto ya mucho antes Arcadio, Teodosio, su hijo, siendo todavía enteramente un niño, gobernaba la parte oriental del Imperio[55]. Pero, mientras aguardaba Honorio el 34

---

[53] A finales del 406. Se trata de la usurpación del poder llevada a cabo por un militar llamado Marco que fue asesinado al poco tiempo. Se produjo, no obstante, una nueva usurpación intentada esta vez por un tal Graciano que también murió asesinado en el 407, cuatro meses después, año en el que finalmente Constantino III fue proclamado emperador por las tropas de Britania.

[54] Su nombre completo era Flavio Claudio Constantino. Parece que era un soldado raso, contrariamente a lo que indica Procopio. Fue proclamado emperador únicamente por el buen presagio que inspiraba su nombre. Se apoderó de las Galias, estableciendo la capital en Arles durante el verano del 408 y, posteriormente, también de Hispania. Tras proclamar a su hijo primero César (408) y después Augusto (409-410), envió una embajada ante Honorio, que le reconoció como emperador en el 409.

[55] Arcadio murió el 1 de mayo del 408. Teodosio II, hijo de Arcadio y Eudoxia, que había nacido en el 401, fue proclamado Augusto el 10 de enero del 402, justo al cumplir los nueve meses de edad. Gobernó formalmente a partir de la muerte de su padre en el 408, por tanto recién cumplidos los siete años de edad, y siguió siendo el dueño de la parte

resultado final de estos acontecimientos y se dejaba arrastrar entre el oleaje de la fortuna, le ocurrieron a él toda una serie
35 de sorprendentes y felices sucesos, pues Dios acostumbra a socorrer y prestar su ayuda a aquellos que, no teniendo malas intenciones, carecen de lucidez y no son capaces de solucionar las cosas por sí mismos, cada vez que se encuentran en una situación desesperada, y tal fue verdaderamente
36 como le sucedió a este emperador[56]. De pronto se informó, en efecto, desde Libia de que los jefes militares de Átalo habían perecido[57] y que estaba a su disposición una gran cantidad de barcos procedentes de Bizancio con un altísimo número de soldados a bordo que venían a prestarle auxilio, aun cuando él no los esperaba[58], y que Alarico, que había tenido ciertas desavenencias con Átalo, le había arrebatado la dignidad de emperador y lo mantenía bajo vigilancia, des-

---

oriental del Imperio Romano hasta el día de su muerte, que se produjo el 28 de julio del 450 d. C.

[56] Con respecto al problema de la causalidad histórica y su relación con el concepto de *týchē* en Procopio, cf. Evans, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 93 ss. Sin duda, la presencia de la *týchē* en la obra de Procopio es lo que ha provocado que nuestro autor adquiera fama de semi-pagano. Como muy bien indica Evans, Necesidad, Dios y *týchē* desempeñan funciones que se inmiscuyen en las de las los otros dos. Así, a veces, la *týchē* parece actuar como una especie de servidora de la Necesidad, provocando un final predestinado (cf. *Historia de las Guerras* II 17, 16). Por su parte, en este pasaje, la *týchē* provoca el final que Dios ha decidido previamente: Dios desea ayudar a Honorio que, aunque estúpido e inofensivo, sin embargo no es malvado (por tanto, es un «buen cristiano»), y la *týchē* está en perfecta conformidad con las decisiones del Todopoderoso.

[57] Primer semestre del 410.

[58] Este ejército de 4.000 hombres fue enviado por Antemio, que fue prefecto del pretorio de Oriente entre el 405 y el 414 y que desempeñó el poder en nombre de Teodosio II, el hijo de Arcadio (cf. nota 55). Su nieto del mismo nombre aparecerá mencionado en §§ 6, 5 y 7, 1 de este libro.

pués de haberlo reducido a la condición de simple particu-
lar[59]. Posteriormente, sin embargo, Alarico murió víctima 37
de una enfermedad[60] y el ejército de los visigodos, bajo el
mando de Adaúlfo[61], había marchado contra la Galia donde
Constantino, derrotado en combate, murió juntamente con
sus hijos[62]. Los romanos, no obstante, ya no pudieron recu- 38
perar Britania, sino que desde entonces siguió siendo go-
bernada por usurpadores[63]. Por su parte los godos, después 39

---

[59] Primera mitad del 410 d. C.

[60] Murió cerca de la ciudad de Consentia o Cosenza en la región de Calabria.

[61] Adaúlfo (Ataúlfo, Atavulfo, Atiulfo) era el cuñado de Alarico (cf. nota 51). En el 408 se encontraba en Panonia Superior al frente de un contingente formado por hunos y godos cuando recibió la llamada de Alarico para que se dirigiera a Italia. Tras atravesar los Alpes, avanzó hasta la ciudad de Pisa donde sufrió una importante derrota. Se convirtió en el sucesor de Alarico a finales del 410 como rey de los visigodos y permaneció en Italia durante el año 411 para posteriormente pasar a las Galias al año siguiente; inicialmente se alió con el usurpador Jovino, pero muy pronto pactó con el emperador Honorio para luchar contra aquél. Adaúlfo incumplió su pacto y se apoderó de Burdeos, Narbona y Toulouse e instauró un reino independiente con capital en Burdeos. En 414, contra la voluntad de Honorio, se casó con Gala Placidia, hermana del emperador y que era prisionera de los visigodos desde el 410 (cf. nota 51). Honorio mandó un ejército para dominar a los visigodos y Adaúlfo abandonó las Galias para instalar su corte en Barcelona, donde murió asesinado en el año 415.

[62] Septiembre del 411.

[63] Esta afirmación también es inexacta pues lo que conocemos de la historia de Gran Bretaña en esta época, aunque es difícil de establecer con seguridad, no confirma en absoluto las palabras de Procopio. Y es que la isla de Britania, después de haber estado ya durante mucho tiempo expuesta a las incursiones de los escoceses y a los ataques de los piratas sajones, parece que quedó bajo la autoridad de Honorio tras la usurpación del poder llevada a cabo por Constantino III del 407 al 411 d. C. (cf. notas 53 y 54). Aunque un primer intento de ataque por parte de los anglosajones en el 407 no obtuvo resultados apreciables, fue en los decenios

de atravesar el Istro, ocuparon en primer lugar Panonia, pero posteriormente, con la autorización del emperador, se instalaron en los campos de Tracia[64]. Sin embargo, no permanecieron por mucho tiempo allí y conquistaron la zona occidental del Imperio. Este episodio, no obstante, será desarrollado en la parte de la narración relativa a los godos.

3 Por su parte, los vándalos que vivían en torno al lago Meotis, presionados por la hambruna, se pusieron en marcha en dirección al país de los germanos que ahora reciben el nombre de francos y, contando con la compañía de los
2 alanos, pueblo godo, llegaron hasta el Rin[65]. Más tarde, par-

---

siguientes cuando fue aumentando progresivamente su presión sobre la isla. La victoria militar lograda por los bretones sobre los anglosajones en el 429 no fue suficiente para que ya en torno al año 442 las estructuras de mando romanas se encontrasen en trance de descomposición. La progresiva invasión sajona se hizo ya irreversible a partir de la mitad del siglo V y ya a principios del VI comienzan a aparecer en la parte occidental de la isla los primeros reinos anglosajones.

[64] Se trata de los ostrogodos.

[65] Sucesión de imprecisiones por parte de Procopio. Entre los siglos II y I a. C. se produjo una migración de germanos conocidos bajo el nombre genérico de vándalos, que provenientes del sur de Escandinavia, la península de Jutlandia y las islas danesas, se asentaron en primer lugar en la región sileso-posnaniana (oeste de la actual Polonia, cuya capital es hoy día Poznan). Entre finales del s. II y el III d. C. se extienden hacia el Este, en concreto hacia el alto Vístula y el alto Dniéster. Los vándalos hasdingos no estuvieron asentados cerca del mar de Azov, sino en la cuenca del alto y medio río Tisza o Tisa y de sus afluentes *(grosso modo* el tercio oriental de la actual Hungría), a partir de la segunda mitad del s. III d. C., y su marcha no se debió tanto a motivos económicos, como la hambruna apuntada por nuestro autor, o demográficos, como no sea que éstos fuesen provocados por la presión de los hunos, que se fue acrecentando a partir del 376 d. C. Por otra parte, los vándalos comenzaron encontrándose con los silingos en su progresión en dirección al Oeste y después con los francos establecidos cerca del curso medio del Rin, con los cuales hubieron de chocar puesto que el rey hasdingo Godigisclo encontró la muerte en el 406 durante una batalla librada contra ellos. Por último, los ala-

tiendo de allí, bajo el mando de Godigisclo[66], se establecieron en Hispania, que es la primera provincia del Imperio Occidental a partir del océano. Entonces Honorio llegó a un acuerdo con Godigisclo que les permitía a ellos establecerse allí a condición de que el país no fuera devastado[67]. Pero 3
existía una ley entre los romanos en virtud de la cual, si había personas que no podían mantener en su poder sus propiedades y, entretanto, se consumía un lapso de tiempo de treinta años, éstos ya no tenían posibilidad de proceder contra los que les habían obligado a marcharse, sino que, por el contrario, al presentar éstos una objeción[68], les era prohibi-

nos, pueblo de origen iranio y no germánico, inicialmente establecidos desde hacía ya bastante tiempo al norte del mar Negro entre los ríos Don y Volga, debieron partir hacia el Oeste también bajo la presión de los hunos en la segunda mitad del siglo IV. Sin embargo, ciertas tribus habían emigrado ya antes en dirección a las regiones danubianas y ésas son con toda probabilidad las que partieron junto a los vándalos hasdingos. Sea como fuere, poco antes de franquear el Rin, los vánadalos iban acompañados por otros dos grupos de alanos: los que obedecían al rey Goar, que se pasó al bando de los romanos, y los súbditos del rey Respondial, que aplastó a los francos ripuarios, que estaban establecidos a ambas márgenes del Rin desde el s. IV.

66 Godigisclo (Gôdigisil o Gôdigisel), cuyo nombre significa en lengua gótica «el dardo, la flecha de Dios», es el padre de Gunderico y de Geiserico y rey de los vándalos hasdingos antes de que éstos se marcharan de las llanuras húngaras.

67 Sin embargo, el historiador hispano Paulo Orosio, que vivió precisamente en esta época (finales del s. IV-comienzos del V), desmiente la existencia de un *foedus* o tratado entre los romanos y los vándalos invasores.

68 Lo cual quiere decir que el nuevo ocupante podía presentar una excepción u objeción *(paragraphé,* término jurídico definido por Liddell-Scott en su *Greek-English Lexicon* como «exception taken by the defendant to the admissibility of a suit, special plea, demurrer») a la acción judicial presentada por el dueño anterior con el fin de recuperar su propiedad, alegando haber ocupado la propiedad en litigio durante treinta años o más. El sentido y finalidad de la nueva ley era ampliar el período

do a los antiguos dueños su acceso al tribunal. Por esta razón, Honorio promulgó una ley que impidiese que, fuera cual fuera el tiempo que los vándalos consumiesen dentro de los dominios del Imperio Romano, no se tuviera en cuenta éste en absoluto para admitir la excepción aquella de los treinta
4 años de posesión. Honorio, después de haber llevado a la parte occidental a esta situación[69], murió víctima de una enfermedad[70]. Pero anteriormente, se dio la circunstancia de que estuvo compartiendo con Honorio el poder imperial Constancio, el esposo de Placidia, hermana de Arcadio y de Honorio[71], el cual, habiendo permanecido con vida en el

---

durante el cual el propietario desalojado tenía posibilidad de recuperar la posesión de su propiedad al no computarse los años durante los cuales los vándalos estuviesen ocupando el país, fueran los que fueran, a la hora de poderse admitir a trámite una *paragraphē* basada en los treinta años o más de posesión de la propiedad por parte del dueño más reciente (es decir, si alguno, parte o todos los años de posesión de la propiedad que se aleguen perteneciesen al período de ocupación del país por los vándalos, aquéllos no se tendrían en cuenta). De todas formas, hemos de recordar que Procopio es el único autor que menciona estos textos jurídicos, que, por lo demás, han suscitado multitud de infructuosos debates entre los estudiosos.

[69] Procopio atribuye indebidamente a Honorio la responsabilidad de las migraciones que se produjeron a comienzos del s. v simplificando los hechos. Las verdaderas causas hay que buscarlas en otro lado y sobrepasan la personalidad individual del emperador de Occidente, pues aquéllas son de orden histórico: las migraciones no fueron sino una más de las consecuencias de la llegada de los hunos provenientes de Asia y de los problemas internos que sufrió el Imperio Romano en los planos administrativo y político.

[70] Honorio, en efecto, murió el 15 de agosto del 423 sin haber cumplido todavía los 39 años. Su muerte abrió una crisis por la sucesión durante la cual se produjo una usurpación del trono así como una guerra civil.

[71] Elia Gala Placidia (388-450), era hija de Teodosio I y de su segunda mujer Gala, y, por lo tanto, hermanastra de Arcadio y Honorio. Por su parte, Flavio Constancio (tercer cuarto del s. IV-421) participó en muchas de las campañas militares del emperador Teodosio y comenzó a jugar un

poder sólo unos pocos días más[72], cayó gravemente enfer-
mo y murió, mientras Honorio seguía aún vivo, no habiendo
sido capaz ni de decir ni de hacer nada que merezca la pena
mencionar, pues no le resultó suficiente el tiempo durante el
cual vivió en posesión de la autoridad imperial. Entonces, 5
un hijo del mencionado Constancio, Valentiniano, que hacía
poco que había sido apartado de la nodriza, estaba siendo
criado en el palacio imperial de Teodosio, pero los miem-
bros de la corte en Roma eligieron emperador a uno de los
soldados que allí servían, el cual respondía al nombre de
Juan[73]. Era este hombre agradable, bien dotado de inteligen- 6
cia y, además, estaba perfectamente capacitado para dar bue-
na muestra de su valor. En cualquier caso, detentó la tiranía 7
durante cinco años[74] y gobernó con moderación no prestan-
do atención a los calumniadores ni cometiendo crimen in-
justo alguno, al menos deliberadamente, ni entregándose tam-
poco a la sustracción de dinero; sin embargo, no fue capaz
de llevar a cabo acción alguna contra los bárbaros, dada la
hostilidad que recibía de Bizancio. Contra este tal Juan, 8
Teodosio, el hijo de Arcadio, envió un ejército numeroso,
dirigido por los generales Aspar y Ardaburio, el hijo de As-
par[75], y, tras arrebatarle el poder que había usurpado, se lo

---

papel político de cierta relevancia en el 409-410 en su enfrentamiento contra el jefe del partido antigermanista Olimpio.

[72] En realidad casi siete meses (unos doscientos días).

[73] La Corte imperial residió generalmente en Rávena desde comienzos del s. v, pero, efectivamente, parece que Juan fue proclamado emperador en Roma por funcionarios de palacio el 20 de noviembre de 423, antes de recibir el apoyo en Rávena de Castino, el jefe de las dos milicias.

[74] Nuevo error de Procopio: en realidad Juan sólo estuvo en el poder dieciocho meses.

[75] Flavio Ardaburio, que era de origen alano, estaba al frente de un ejército romano en Oriente cuando estalló la guerra persa en el año 421; participó en ella activa y eficazmente y fue llamado a Constantinopla a

9 entregó a Valentiniano, que era todavía un niño[76]. Y Valentiniano, tras capturar vivo a Juan, lo llevó al hipódromo de Aquilea, con una de las manos cortada, y allí lo hizo pasear en procesión subido sobre un asno y, tras haber tenido Juan que sufrir y escuchar numerosas ofensas provenientes de
10 los que actuaban en escena, por fin le dio muerte[77]. De esta forma recibió Valentiniano el poder de Occidente. Sin em-

---

finales del 422 para desempeñar el cargo de *Magister militum praesentalis*. Enviado a Italia en el 424 para poner término, con la ayuda de su hijo Aspar, a la usurpación del poder protagonizada por Juan, cayó sin embargo en manos de éste. Tras ser liberado posteriormente (en el 425) por Aspar, fue nombrado cónsul en el 427 y desde ese momento no sabemos nada más sobre él. Por su parte, Flavio Ardaburio Aspar, hijo del anterior, era partidario de la doctrina arriana y debió nacer en torno al año 400. Comenzó joven su carrera militar y ostentó el rango de general desde el 424 hasta el 471, fecha de su muerte. Fue uno de los *magistri militum praesentales* sin duda desde el reinado de León y posiblemente incluso desde el de Marciano (450-457).

[76] Valentiniano III nació el 2 de julio del 419 y accedió al trono después de la muerte del usurpador Juan a la edad de seis años, bajo la dependencia de Teodosio II, emperador de Oriente. Su madre, Gala Placidia, gobernó en su nombre dada su corta edad y, posteriormente, Aecio fue el verdadero jefe del estado (434-454). Durante su reinado Britania pasó a poder de los sajones, África fue ocupada por los vándalos y, por último, la Galia e Italia fueron invadidas por los hunos. Se casó con Licinia Eudoxia en Constantinopla el 29 de octubre del 437 y pereció en Roma el 16 de noviembre del 455, a la edad de 35 años, victima de una conjura de los jefes militares leales a Aecio, a quien él mismo había asesinado en al año 454 d. C.

[77] Al ser Valentiniano todavía un muchachillo, el episodio apunta más bien a Gala Placidia, que había regresado de Constantinopla acompañada por el ejército de Aspar. El castigo ordenado por la madre del emperador venía a endurecer la pena de muerte con una barbarie que no había tenido que soportar ninguno de los anteriores usurpadores y donde se va vislumbrando un cierto gusto por los suplicios o tormentos que anuncia ya los que, desgraciadamente, serán tan habituales en la Edad Media.

bargo, su madre Placidia lo había criado y educado de una
manera completamente afeminada, a consecuencia de lo
cual, estuvo desde niño lleno de maldad, pues visitaba con 11
mucha frecuencia a hechiceros y a todos aquellos que se
ocupan de los astros y, practicando de manera extraordina-
riamente frecuente las relaciones amorosas con las mujeres
ajenas, se abandonaba a un gran libertinaje en su modo de
vida, aun cuando él estaba casado con una mujer dotada de
una excepcional hermosura. Tampoco él pudo recuperar pa- 12
ra el Imperio ninguno de los territorios que le habían sido
arrebatados anteriormente, sino que, muy al contrario, el Im-
perio perdió, además, Libia y el propio Valentiniano, la vi-
da[78]. Una vez muerto él, recayó sobre su mujer y sus hijos 13
la desgracia de convertirse en prisioneros de guerra. El de-
sastre de Libia sucedió de la manera que voy a relatar ahora.

Había dos generales romanos, Aecio[79] y Bonifacio[80], que 14
eran especialmente valientes y no inferiores en experiencia
militar, por lo menos, a ninguno de los hombres de su tiem-
po. Estos dos hombres, por una parte, eran diferentes en su 15
manera de tratar los asuntos de estado, pero, por otra, mos-

---

[78] Valentiniano fue perdiendo de forma progresiva el norte de África (lo que Procopio llama a lo largo de toda la obra «Libia») conforme iban avanzando los vándalos desde agosto del 429 (fecha de su paso del estrecho de Gibraltar) al 442 (firma del tratado de paz entre Valentiniano y Geiserico o Gicerico). Como se ha comentado en la nota 76, Valentiniano murió en el año 455 de nuestra era.

[79] Flavio Aecio (c. 390-454) desempeñó funciones de jefe de estado durante el mandato del emperador Valentiniano y, junto a Bonifacio, es llamado por Procopio en el parágrafo siguiente «el último de los romanos»: para defender la civilización occidental, amenazada por los asiáticos, lucharon bajo su mando los romanos y los godos en los Campos Cataláunicos, donde fue derrotado Atila en el 451.

[80] Bonifacio, nacido a finales del s. IV, fue comandante en jefe de las tropas de África a partir del 423/24-425. Murió en el 432.

traban tantas cualidades y, en particular, tal grado de mag-
nanimidad que si alguien llamase a cualquiera de los dos «el
último de los romanos», no estaría equivocado: de tal forma
se dio la circunstancia de que en estos dos hombres se re-
sumiera la totalidad de las virtudes que se reconocen en los
16 romanos[81]. A uno de estos dos, a Bonifacio, lo designó Pla-
cidia como general de Libia entera. No fue esto del agrado
de Aecio, pero de ningún modo manifestó que no le parecie-
ra bien, pues la hostilidad entre ellos todavía no había salido
a la luz, sino que se mantenía oculta bajo el rostro de cada
17 uno. Mas cuando Bonifacio se encontró lejos, Aecio lo ca-
lumnió ante Placidia, acusándole de que gobernaba como un
tirano y de que los había despojado de toda Libia a ella y al
emperador y añadió que era fácil para ella descubrir la ver-
dad, pues si mandaba llamar a Bonifacio para que se pre-
18 sentase en Roma, no vendría jamás. Tras escuchar estas pa-
labras la mujer, tuvo la impresión de que Aecio tenía razón
y obró según le había aconsejado él. Pero Aecio, anticipán-
dose a ella, le escribió en secreto una carta a Bonifacio en la
que le decía que la madre del emperador estaba conspirando
19 contra él, pues quería deshacerse de su persona. Y le anun-
ció además que habría una prueba convincente de la conspi-
ración, porque él, en muy breve plazo, sería llamado a Ro-
ma sin existir razón alguna para ello. Tal era el contenido de
20 la carta. Por su parte, Bonifacio tuvo muy en cuenta lo que
se le comunicaba pues, nada más presentarse los emisarios
que lo llamaban a presencia del emperador, se negó a obe-
decer a éste y a su madre, sin revelar a nadie la advertencia
21 de Aecio. Así pues, cuando Placidia se enteró de esto, pensó

[81] Procopio omite aquí de manera tendenciosa el nombre de Félix, que ostentaba el rango de generalísimo y que, por lo tanto, era superior jerárquico de Aecio y, al mismo tiempo, su rival más inmediato.

que Aecio era excesivamente devoto de los intereses del emperador y se puso a reflexionar sobre la actitud de Bonifacio. Éste, sin embargo, pues no se sentía capaz de enfren- 22
tarse al emperador, ni vislumbraba ninguna posibilidad de salvación para sí mismo si volvía a Roma, decidió concluir, si podía, una alianza militar con los vándalos, que, como ha quedado reseñado anteriormente, se habían establecido en Hispania, no lejos de Libia. Muerto allí ya Godigisclo, la 23
soberanía había recaído en sus dos hijos: por una parte Gontaris, nacido de su esposa legítima y, por otra, Gicerico, hijo bastardo[82]. Pero mientras el primero era todavía un niño y 24
no poseía un carácter enérgico, Gicerico se había ejercitado de forma considerable en el arte de la guerra y era el más temible de todos los hombres. En consecuencia, tras enviar 25
Bonifacio a Hispania a sus amigos más íntimos se ganó el favor de cada uno de los dos hijos de Godigisclo tratando con ellos en condiciones de completa igualdad, de tal modo que cada uno de ellos administraría una tercera parte de Libia y gobernaría sobre sus propios súbditos, pero, en el caso de que uno de ellos fuese víctima de una agresión militar, harían frente común para rechazar a los que le atacaran. To- 26
mando como base este acuerdo, los vándalos, tras cruzar el estrecho de Cádiz, penetraron en Libia, lo que permitió a los visigodos establecerse en Hispania un tiempo después[83]. Sin

[82] Gontaris o Gunderico, «el rey de la guerra» en gótico, hijo legítimo de Godigisclo, nació en fecha desconocida. Murió en el 427 o 428. Geiserico, Gencerico o, mejor, Gicerico, cuyo nombre significa «poderoso por la gloria» en gótico, hijo ilegítimo de Godigisclo, nació en el 390 y murió en el 477. Se convirtió en rey de los vándalos y de los alanos en el 428 sucediendo a Gunderico o Gontaris hasta el día de su muerte, que se produjo el 25 de enero del 477.

[83] Procopio es el único autor que menciona esta batalla que tuvo lugar probablemente en las cercanías de la ciudad de Hipona (la moderna Anna-

27 embargo, en Roma, los partidarios de Bonifacio, teniendo en cuenta el carácter de este hombre y considerando lo inesperada que resultaba su conducta, se sentían muy sorprendidos ante el hecho de que él intentase usurpar el poder y algunos de ellos, obedeciendo órdenes de Placidia, se pre-
28 sentaron en Cartago. Una vez allí, se encontraron con Bonifacio, vieron la carta de Aecio y, tras escuchar la historia completa, se volvieron a Roma lo más rápidamente que pudieron y le comunicaron a Placidia cuál era la disposición
29 de ánimo de aquél respecto a ella. Mas, aun estando consternada esta mujer, no tomó ninguna medida desagradable contra Aecio ni tampoco lo reprendió por lo que le había hecho a la casa del emperador, puesto que él disponía de una gran fuerza militar y la situación del Imperio estaba pasando por un difícil trance; con todo, reveló a los amigos de Bonifacio la advertencia de Aecio y, tras ofrecerles garantías bajo juramento, les pidió que pusiesen todo su empeño en convencer a este hombre de que regresase al suelo patrio y de que no permitiese que el Imperio de los romanos caye-
30 se en manos de unos bárbaros. Cuando Bonifacio escuchó esta petición, se arrepintió de su actuación y del acuerdo con los bárbaros y a éstos les rogaba insistentemente, haciéndoles todas las promesas del mundo, que se retirasen de Libia.
31 Los bárbaros, sin embargo, lejos de acoger con agrado sus súplicas, consideraban, por el contrario, que se les estaba ofendiendo, por lo que se vio forzado a entablar combate con ellos y, tras resultar derrotado en la batalla, se retiró a Hipo Regio[84], poderosa ciudad situada en el litoral de Nu-

---

ba, en Argelia), que está a 220 Kms. de Cartago, a finales de mayo o principios de junio del año 430.

[84] En esta época e incluso todavía durante el reinado de Justiniano, Hipo Regio (es decir, Hipona; véase libro IV, nota 20) pertenecía a Áfri-

midia. Allí habían acampado entonces los vándalos bajo el 32
mando de Gicerico y comenzaron el asedio de la ciudad[85],
pues Gontaris ya había muerto, víctima, según se dice, de su
hermano. Sin embargo, los vándalos no estaban de acuerdo 33
con esta afirmación, sino que aseguraban que Gontaris, tras
haber sido capturado en Hispania por los germanos durante
el transcurso de una batalla, terminó siendo empalado y que
Gicerico tenía ya plenos poderes cuando condujo a los ván-
dalos en dirección a Libia. Tales son, efectivamente, las afir-
maciones que he oído yo de los vándalos. Pero habiendo 34
transcurrido ya mucho tiempo[86] y como no eran capaces de
poner a su merced a Hipo Regio ni por la fuerza ni por ren-
dición y se sentían abrumados por el hambre, levantaron el
asedio. Y poco tiempo después, Bonifacio y los romanos 35
que estaban en Libia, puesto que les había llegado desde
Roma y Bizancio un numeroso ejército bajo el mando del
general Aspar, decidieron reanudar la lucha y, tras desenca-
denarse una encarnizada batalla, fueron claramente derrota-
dos por los enemigos y puestos en fuga hacia donde cada
uno de ellos buenamente pudo. Aspar retornó entonces a casa 36
y Bonifacio, habiendo llegado a presencia de Placidia, puso
fin a las sospechas, habiéndose demostrado que éstas habían
recaído sobre él sin que existiese una razón verdadera[87].

Así fue como se apoderaron de Libia entonces los ván- 4
dalos tras arrebatársela a los romanos. A cuantos enemigos

---

ca Proconsular (al estar aproximadamente a 40 Kms. al este de la frontera con Numidia) y no a Numidia.

[85] El asedio de la ciudad de Hipona duró de mayo-junio del 430 hasta julio-agosto del 431 y durante él, además, murió San Agustín.

[86] Unos catorce meses.

[87] Bonifacio fue llamado a Italia en el 432 y ese mismo año resolvió con las armas su querella con Aecio, aunque en esta batalla, que tuvo lugar cerca de la ciudad de Rimini, encontró la muerte.

capturaban vivos los reducían a la condición de esclavos y
2 los ponían bajo vigilancia. Se daba la circunstancia de que
entre ellos se encontraba también Marciano, el que poste-
riormente, tras la muerte de Teodosio, accedió al trono im-
3 perial[88]. Entonces, sin embargo, Gicerico ordenó que los
prisioneros de guerra fuesen conducidos al patio del rey a
fin de que pudiese él, pasándoles revista, saber a qué dueño
4 podría servir cada uno de ellos sin sufrir un trato indigno. Y
una vez que estuvieron reunidos bajo un cielo despejado, en
torno al mediodía y en la estación del verano, se sentaron
en tierra, molestos por el calor del sol. Entre ellos también
estaba allí Marciano, que en alguna parte dormía despreocu-
5 padamente. En aquel momento, apareció un águila que se
puso a volar por encima de él desplegando las alas, según
cuentan, y, permaneciendo todo el tiempo en el mismo es-
pacio aéreo, cubría con su sombra únicamente a Marciano.
6 Gicerico, que observaba desde el piso superior lo que estaba
sucediendo y siendo como era un hombre sumamente pers-
picaz, sospechó que se trataba de una manifestación divina
7 y, tras mandar llamar al hombre, le preguntó quién era. En-
tonces él le contestó que era un consejero de Aspar, de los
que compartían sus secretos: a tal personaje los romanos en

[88] Marciano, nacido en el año 392, era oriundo de Tracia o de Iliria e hijo de un soldado, empezó su carrera militar como soldado raso en Filipópolis para, posteriormente, pasar a integrarse en el ejército de Aspar y Ardaburio como *domesticus* (cf. nota siguiente). Acompañó a Aspar hasta África en el 431-434, pero fue hecho prisionero por los vándalos. Fue proclamado emperador en Constantinopla el 25 de agosto del 450, como sucesor de Teodosio II, que había muerto el 28 de julio, y se casó con la emperatriz Pulceria, que había ayudado a que resultase elegido. Murió el 27 de enero del 457 d. C.

su lengua lo llaman *domesticus*[89]. Al escuchar esto Gicerico 8
y considerando, por una parte, la irrupción del águila y teniendo en mente, por otra, el poder tan grande del que disfrutaba Aspar en Bizancio, comprendió él claramente que ese hombre iba a acceder al trono imperial. En consecuen- 9
cia, consideró muy poco conveniente mandarlo matar, teniendo en cuenta que, si lo hacía desaparecer de este mundo, estaría muy claro que la actuación del águila no tenía ningún significado —pues no iba ésta a honrar con su sombra a un emperador que estaba a punto de morir— y que, por añadidura, lo mataría sin tener ninguna razón para hacerlo, pero que si, por otro lado, este hombre estaba destinado a convertirse más tarde en emperador, no estaría jamás en su mano poder darle muerte, pues aquello que depende de la voluntad de Dios, no puede ser impedido por los designios de un hombre[90]. No obstante, le obligó a jurar que, 10
si eso dependía de él, no tomaría jamás las armas contra los vándalos. Tras ser liberado entonces Marciano, llegó a Bizancio y, posteriormente, a la muerte de Teodosio, le sucedió al frente del Imperio. Y mientras que en todos los demás 11
aspectos se mostró como un buen emperador, sin embargo a los asuntos de Libia no les prestó ninguna atención. Todo esto, sin embargo, ocurrió más tarde.

Por aquel entonces, Gicerico, tras haber vencido en com- 12
bate a Aspar y a Bonifacio, demostró una previsión digna de referirse, lo que le aseguró una situación extraordinariamente ventajosa. Temiendo, en efecto, que, en el caso de que de 13

[89] Los *domestici* son edecanes o ayudantes de campo de los oficiales militares o bien asistentes o ayudantes de los funcionarios civiles que están cumpliendo una misión militar.

[90] La superstición de Gicerico y también su sumisión a una voluntad sobrenatural son bien frecuentes tanto en las personas de su tiempo como entre los contemporáneos de Procopio.

nuevo viniera contra él un ejército procedente de Roma y Bizancio, no fuesen capaces los vándalos de mostrarse tan valerosos y de tener tanta fortuna, dado que las empresas de los hombres acostumbran a frustrarse por voluntad divina y a fracasar por la debilidad de sus cuerpos, lejos de dejarse arrastrar por la buena fortuna de la que había disfrutado, Gicerico, actuando, por el contrario, con moderación a causa de todo aquello que había temido, firmó un tratado con el emperador Valentiniano, en virtud del cual pagaría cada año un tributo al emperador desde Libia y, para hacer valedero este acuerdo, entregó a uno de sus hijos, llamado Honorico,
14 en calidad de rehén. Así pues, Gicerico, después de haber probado su bravura en el combate, conservó su victoria de la manera más segura posible y, al ir a más la amistad entre
15 los dos pueblos, le fue devuelto su hijo Honorico. Por su parte en Roma Placidia ya había muerto anteriormente y, después de ella, también Valentiniano, su hijo, sin haber engendrado varón alguno, aunque tenía dos hijas de Eudoxia, hija a su vez de Teodosio[91]. Seguidamente, voy a pasar a contar de qué modo murió Valentiniano.

16 Había un tal Máximo, senador romano perteneciente a la casa de aquel famoso usurpador del poder, llamado también Máximo, al que destronó y dio muerte Teodosio el Antiguo, en conmemoración del cual hecho todavía siguen celebrando los romanos la festividad anual que toma su nombre de la
17 derrota de Máximo[92]. Pues bien, este otro Máximo más jo-

[91] La muerte de Placidia se produjo el 27 de noviembre del 450 mientras que Valentiniano III muere el 16 de marzo del 455. Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II y de Eudocia le dio dos hijas: Eudocia, la prometida de Honorico y Placidia, la menor, nacida entre el 439 y el 443, pero no tuvo hijos varones.

[92] Procopio es el único autor que menciona esta supuesta festividad anual que conmemora la derrota de Máximo. Este personaje, Magno Má-

ven[93] estaba casado con una mujer discreta en su modo de comportarse y extraordinariamente famosa por su belleza, razón esta última por la cual le sobrevino a Valentiniano el deseo de llevarla al lecho. Y como le resultaba a él imposi- 18
ble, por más que lo deseara, tener relaciones con ella, tramó una acción impía que enseguida llevó a efecto. Así, tras ha- 19
ber mandado llamar a palacio a Máximo, se sentó frente a él para jugar a las damas y se estipuló una cantidad de dinero fija que debía pagar el perdedor. Fue el emperador el que fi- 20
nalmente venció y, tras recibir el anillo de Máximo como garantía por lo convenido, mandó dicho anillo a través de un mensajero a su casa, encargándole además que anunciara a su esposa que Máximo le ordenaba presentarse en palacio lo más rápidamente posible para saludar a la emperatriz Eudoxia. Y aquélla, suponiendo por el indicio del anillo que, 21

ximo, perteneciente a una familia hispana, sirvió en la milicia a las órdenes de Teodosio el Viejo, general romano. Comandante de las fuerzas militares romanas en Britania, fue elevado por ellas al augustado a principios del 383. Emperador *de facto,* conservó el poder en Tréveris algunos años más hasta que penetró en Italia en el verano del 387 y la ocupó sin encontrar resistencia, expulsando incluso del país al emperador Valentiniano II. No fue hasta la primavera del 388 cuando el emperador Teodosio se decidió a enviar una expedición militar contra él y entonces Máximo quiso entregarse al emperador. Sin embargo, se lo impidió la cólera de sus soldados, que lo hicieron prisionero en Aquilea y le dieron muerte el 28 de agosto del 388. Desde entonces fue considerado un usurpador.

93 Petronio Máximo, nacido hacia el 396, fue el asesino del emperador Valentiniano, acción que llevó a cabo el 16 de marzo del 455 y que le permitió tomar el poder inmediatamente. Además se casó con Eudoxia, la mujer de Valentiniano. La llegada de Gicerico a las proximidades de Roma desencadenó el pánico en la ciudad y el propio Máximo tuvo en esos momentos la intención de emprender la huida, pero la multitud le dio muerte, exactamente el 31 de mayo del 455, con lo que sólo pudo estar en el poder dos meses y medio.

efectivamente, el mensaje provenía de Máximo, tras subir a
22 su litera, fue conducida al palacio imperial. Ya en él, después de recibirla aquellos sirvientes que habían sido encargados de tal función por el emperador, la condujeron seguidamente a una estancia que quedaba bastante lejos de las habitaciones de las mujeres, estancia donde Valentiniano fue al encuentro de ella y la forzó totalmente en contra de su
23 voluntad. Después del ultraje recibido, llegó ella a su casa llorando y, sintiendo un dolor especialmente intenso por causa de su desgracia, profirió un buen número de maldiciones contra su esposo Máximo, al considerarlo responsa-
24 ble de lo que le había sucedido. Así pues, Máximo, mostrándose tremendamente afectado por lo ocurrido, enseguida se puso a conspirar contra el emperador. Sin embargo, cuando vio que Aecio disfrutaba de un poder considerable por haber vencido recientemente a Atila, que había penetrado en los dominios de los romanos con un gran ejército de maságetas y otros pueblos escitas[94], tuvo la intuición de que Ae-
25 cio le resultaría un obstáculo para su empresa. Y, al reflexionar sobre esto, le pareció más recomendable deshacerse primero de Aecio sin tener en cuenta en absoluto que todas
26 las esperanzas de los romanos giraban en torno a él. Y como

[94] Habiendo partido desde el Danubio al frente de los hunos —a los que Procopio llama «maságetas» de acuerdo con un arcaísmo frecuente en su época— y otros pueblos bárbaros (sobre todo ostrogodos, si se le hace caso a Procopio, que habla de «escitas», es decir, de godos), Atila llegó hasta el Rin, posteriormente a la región de Orleans y, por último, fue derrotado en Champaña por Aecio y Teodorico, en la batalla de los Campos Cataláunicos del 451 d. C. (cf. nota 79). Recompuso sus tropas en Panonia y marchó hacia Italia en el 452: tomó las ciudades de Aquilea, Milán y Pavía y, después de negociar con el emperador León I, se retiró de Italia. El imperio de los hunos se desintegró a su muerte, que se produjo en el 453 d. C.

los eunucos encargados de atender al emperador estaban en buena disposición hacia Máximo, convenció a Valentiniano, gracias a las intrigas de aquéllos, de que Aecio estaba intentando una sedición. Y el emperador, sin basarse en nin- 27
gún otro indicio más que en el poder y el valor de Aecio para llegar a la conclusión de que la información era verdadera, mandó matar a este hombre[95]. Y fue después de este episo- 28
dio, cuando un cierto romano se hizo célebre por una frase que pronunció, pues al preguntarle el emperador si había obrado bien matando a Aecio, le respondió que no podía saber si él había actuado correctamente o todo lo contrario, pero que, sin embargo, sí había algo que sabía con la mayor de las certezas: que él se había cortado su propia mano derecha con la izquierda.

En consecuencia, tras la muerte de Aecio, Atila, al no 29
tener ya ningún rival, saqueó Europa entera sin esfuerzo alguno[96] y sometió a cada una de las dos partes del Imperio al pago de un impuesto. Y, efectivamente, los dos emperadores le mandaban el dinero correspondiente al tributo cada año[97]. Por aquel entonces a Atila, mientras estaba sitiando 30
Aquilea, gran ciudad y extraordinariamente populosa, que está situada al borde del mar, pero al otro lado del golfo Jónico[98], afirman que le ocurrió el siguiente golpe de fortuna:

---

[95] 21 o 22 de septiembre del 454 d. C.

[96] Evidente error de Procopio: Atila murió en el 453, por lo tanto antes que Aecio (cf. notas 94 y 95).

[97] En realidad sólo la Corte de Constantinopla pagó el tributo a los hunos y además ya desde antes de acceder Atila a la realeza. Lo único que Atila hizo al respecto fue aumentar la dureza de las condiciones del tratado de paz: triplicó el tributo que alcanzó la suma de 151.200 *solidi*. Por lo demás Marciano se negó a pagar el tributo.

[98] El asedio de la ciudad de Aquilea (región de Venecia, llanura del Po) se produjo en el 452 d. C. (cf. nota 94).

31 cuentan, en efecto, que, como no era capaz de conquistar la plaza ni por la fuerza ni por ningún otro medio, renunció al asedio, que ya se había prolongado muchísimo, y ordenó a todo su ejército hacer inmediatamente los preparativos para la retirada, de tal forma que a la mañana si-
32 guiente partiesen todos de allí al alba. Y, en efecto, a la mañana siguiente, en torno al amanecer, tras haber levantado el asedio, los bárbaros estaban ya emprendiendo la partida cuando una cigüeña macho que había anidado sobre una torre de la muralla de la ciudad y que estaba alimentando a sus cigoñinos, de pronto levantó el vuelo y abandonó el ni-
33 do junto con sus crías. Y la cigüeña volaba mientras que los cigoñinos, como todavía no estaban lo suficientemente capacitados para volar, unas veces compartían el vuelo del padre, en tanto que otras se dejaban llevar sobre su lomo y así fue como salieron volando y se encontraron muy lejos
34 de la ciudad. Al observar esto Atila, pues él era muy perspicaz para entender e interpretar el significado de todas las cosas, ordenó a su ejército que se quedase de nuevo en el mismo lugar, añadiendo que el ave jamás se marcharía volando de allí con sus crías al azar a no ser que presintiese que algo funesto iba a ocurrirle a ese lugar en un breve lap-
35 so de tiempo. De esta manera, según cuentan, el ejército de los bárbaros se situó de nuevo para continuar el asedio y, no mucho después, una parte de la muralla, aquella que sostenía el nido de la cigüeña, se desplomó de forma inesperada sin ninguna explicación, circunstancia que permitió a los enemigos penetrar en la ciudad por esa abertura y, de este modo, conquistar Aquilea al asalto. Así fue como se desarrollaron entonces los acontecimientos relacionados con la ciudad de Aquilea.

36 Posteriormente, Máximo no encontró ninguna dificultad para matar al emperador y asegurarse la usurpación del po-

der absoluto[99]. Y como la mujer con la que había estado ca-
sado no hacía mucho que había muerto, se casó por la fuer-
za con Eudoxia. Y en cierta ocasión, mientras se encontra-
ban en sus aposentos privados, le declaró que había sido por
amor a ella por lo que había llevado a cabo todas las acciones
que había emprendido. A Eudoxia, que ya sentía repulsión 37
por Máximo incluso antes y que estaba deseosa de vengarse
de él por el crimen cometido en la persona de Valentiniano,
la declaración de aquél la hizo encolerizarse más todavía
contra él y se decidió a llevar a cabo su plan, desde el mo-
mento en que escuchó a Máximo decir que fue por causa de
ella por lo que había recaído la desgracia sobre su marido. Y 38
tan pronto como llegó el día, mandó mensajeros a Cartago
pidiéndole a Gicerico que vengase a Valentiniano, que ha-
bía perecido a manos de un criminal, de una manera indigna
de él y de su condición de emperador, y que la liberase a
ella, que estaba sufriendo un trato impío por parte del usur-
pador. Además le recordó a Gicerico que, siendo él su ami- 39
go y aliado y al haberle sobrevenido a la casa imperial una
desgracia de tal magnitud, no era justo que rehusara a con-
vertirse en su vengador, pues ella pensaba que de Bizancio
no llegaría venganza alguna al haber desaparecido ya de en-
tre los hombres Teodosio y haberle sucedido Marciano al
frente del Imperio[100].

Por su parte Gicerico, no por ninguna otra razón más 5
que porque suponía que eso le reportaría grandes cantidades
de dinero, se hizo a la mar en dirección a Italia con una gran

[99] Recordemos: la muerte de Atila se produjo en el 453, el asesinato de Valentiniano el 16 de marzo del 455 y, por último, el de Petronio Máximo el 31 de mayo del 455 d. C.

[100] Teodosio murió el 28 de julio del 450 y el reinado de Marciano en la parte oriental del Imperio abarca desde el 25 de agosto del 450 hasta el 27 de enero del 457.

flota. Subió él hasta Roma y, como no le salía al encuentro
2 nadie, se apoderó del palacio imperial. Los romanos apedrearon y dieron muerte a Máximo mientras huía y, después de cortarle la cabeza y cada uno de los demás miembros, se
3 los repartieron entre ellos. Gicerico por su parte cogió prisionera a Eudoxia junto con Eudocia y Placidia, las hijas de aquélla y de Valentiniano y, tras depositar en sus naves una importante cantidad de oro y de otras riquezas pertenecientes al emperador, se hizo a la mar rumbo a Cartago, sin haberse privado ni del bronce ni de todos los demás objetos
4 que se encontraban en la residencia imperial[101]. Saqueó él incluso el templo de Júpiter Capitolino y arrancó la mitad de su techumbre, pues daba la coincidencia de que dicho tejado era de bronce de la mejor calidad y, habiendo sido recubierto con una gruesa capa de oro, brillaba extraordinaria-
5 mente suntuoso y digno de gran admiración. Sin embargo, afirman que se perdió uno de los barcos que navegaban con Gicerico, el que transportaba las estatuas, pero con todos los
6 demás los vándalos arribaron al puerto de Cartago. Entonces Gicerico unió en matrimonio a Eudocia con Honorico, el mayor de sus hijos[102], pero a la otra, dado que estaba ca-

[101] La conquista de la ciudad de Roma no acarreó más que un pillaje sistemático (ni se le prendió fuego ni se produjeron muertes entre la población): posteriormente, el botín se lo repartieron los vándalos y los moros en África, lo que posibilitó que el obispo de Cartago Deogracias pudiese rescatar a un buen número de esclavos.

[102] Honorico, «poderoso por su fuerza» en gótico, nació en fecha desconocida, probablemente en el primer cuarto del s. v. Hijo mayor de Gicerico según Víctor de Vita y otros autores posteriores (Procopio lo considera el mayor de los hijos de Gicerico que sobrevivieron a la muerte del verdadero primogénito: Genzón, aunque no tenemos ninguna prueba que confirme o rebata esta matización), sucedió a su padre el 25 de enero del 477 y reinó sobre los vándalos y alanos hasta el 22 de diciembre del 484, fecha exacta en la que murió, parece ser que de enfermedad.

sada con Olibrio, uno de los senadores romanos más cono-
cidos[103], la envió a Bizancio en compañía de su madre Eu-
doxia a petición del emperador. En la parte oriental la sobe- 7
ranía había recaído en León, que, tras la desaparición de
Marciano, había sido establecido en ella por Aspar[104].

Posteriormente, Gicerico diseñó el siguiente plan. De- 8
rribó las murallas de las ciudades de Libia a excepción de
Cartago, para que ni los propios libios, si abrazaban la causa
de los romanos, pudiesen tener una base de operaciones pa-
ra tramar una rebelión, ni los enviados del emperador tuvie-
sen esperanzas de capturar una ciudad y, tras establecer una
guarnición en ella, causarles problemas a los vándalos. En 9
esos momentos, efectivamente, parecía que había decidido
bien y que había asegurado la prosperidad de los vándalos
de la manera más sólida posible, pero, en época posterior,
cuando estas ciudades, que se encontraban desprovistas de
murallas, fueron tomadas por Belisario con bastante facili-
dad y sin esfuerzo, Gicerico se hizo entonces merecedor de
sufrir un gran ridículo y la que en aquellos momentos con-
sideró él como una buena decisión se le tornó en insensatez,
pues los hombres acostumbran de ordinario a acompañar la 10

---

[103] Procedente de una de las familias más prestigiosas de la aristocracia romana, Anicio Olibrio huyó en el 455 a Constantinopla para escapar de los vándalos. Fue proclamado emperador de Occidente por Recímero en abril del 472, pero no pudo reinar más que siete meses puesto que murió exactamente el 2 de noviembre del mismo año.

[104] Sobre Aspar, véase nota 75. León I, oficial de origen tracio, nacido el 401, subió al trono de Oriente con el apoyo de Aspar, sucediendo al emperador Marciano, muerto el 27 de enero del 457. Fue proclamado Augusto exactamente el 7 de febrero del 457 y ejerció el poder en la parte oriental del Imperio hasta el día de su muerte, que se produjo el 18 de enero del 474. Asesinó a su valedor Aspar, prosiguió la lucha contra los monofisitas e intentó en vano, escogiendo como aliado a Antemio en el 467, reforzar su control sobre el Imperio de Occidente.

evolución de los acontecimientos con cambios de opinión
11 sobre lo que se había decidido con anterioridad. Y, de entre los libios[105], todo aquel que fuera conocido y destacado por su riqueza, junto con sus tierras y todas sus posesiones, fue entregado en calidad de esclavo a sus hijos Honorico y Genzón, pues Teodoro, el más joven, ya había muerto, sin
12 dejar descendencia, ni masculina ni femenina. Los demás libios se vieron despojados de sus tierras, que eran numerosas y excelentes, y las repartió entre la población de los vándalos, razón por la que dichas tierras reciben el nombre de «lotes de los vándalos», denominación que tienen todavía en
13 nuestros días. Y les ocurría a los antiguos poseedores de esas tierras que habían caído en una pobreza extrema y que, simultáneamente, eran hombres libres, pues tenían autoriza-
14 ción para marcharse hacia donde quisieran. Además Gicerico ordenó que todas las tierras que él había entregado a sus hijos y a los demás vándalos no estuviesen sujetas al pago
15 de impuesto alguno. Sin embargo, en lo que respecta a la tierra que no le parecía buena, permitió a los antiguos dueños conservarla, pero obligándoles a pagar por ellas al Estado unos impuestos tan elevados que no les quedaba de qué
16 vivir. Muchos además eran desterrados y asesinados, pues recaían sobre ellos numerosas y duras acusaciones, aunque,
17 de entre todas, una parecía ser la mayor: que alguien tuviese dinero de su propiedad y lo ocultase. Así fue, pues, como los libios conocieron toda clase de desgracias.

18 A los vándalos y alanos los formó por compañías y puso al frente de ellos a no menos de ochenta capitanes, a los que dio el nombre de «quiliarcas», para dar la impresión de que el contingente de soldados en servicio activo ascendía a ochen-

[105] Los libios son aquí los romano-africanos.

ta mil hombres[106]. Sin embargo, se decía que, al menos 19
en otros tiempos, la suma total de vándalos y alanos no su-
peraba los cincuenta mil[107]. Posteriormente, no obstante, 20
por la procreación natural de hijos entre ellos y por haberse
asociado a otros bárbaros, llegaron a constituir una muy
numerosa población[108]. Pero los nombres de los alanos y de 21
los demás bárbaros, a excepción de los moros, todos termi-
naron por confundirse con el de los vándalos. Por aquel en- 22
tonces, Gicerico, habiéndose ganado el favor de los mo-
ros[109], después de morir Valentiniano, hacía incursiones en

---

[106] Lo que Procopio presenta como un engaño en realidad es el resultado de un error. Para Víctor de Vita, en efecto, el número de los vándalos, entre soldados y familiares, era de 80.000. El quiliarca o, en latín, *millenarius*, estaba al frente no de mil guerreros, sino de un grupo de mil personas que incluía a las mujeres y a los niños además de los soldados y tanto a los esclavos como a los hombres libres. El contingente de un millar, por tanto, podía en realidad estar integrado por 200 o 250 soldados: de ahí en adelante.

[107] Procopio en su *Historia Secreta* XVIII, 6 da también como en *supra*, § 18, el número de ochenta mil, pero en realidad, como se deduce de lo que hemos comentado en la nota anterior, el ejército vándalo del 429 incluía quince o veinte mil guerreros como mucho.

[108] En realidad los mínimos vestigios dejados por los vándalos en el norte de África y que la arqueología ha descubierto con tan enorme dificultad (la relación elaborada por C. Courtois no incluye más que un número aproximado de ciento sesenta y cinco inscripciones funerarias relacionadas con los vándalos del norte de África entre el 429 y el 550) demuestran que el aumento demográfico que indica Procopio no existió en realidad, y es que los vándalos que llegaron en el 429 tenían cierta tendencia a dispersarse y lo cierto es que, en torno al 530, constituían más bien una minoría étnica en vías de asimilación progresiva. Téngase en cuenta al respecto que en el 533 el cuerpo expedicionario mandado por Belisario no estaba integrado por más de cinco mil hombres, número que, sin embargo, fue más que suficiente para acabar con el reino vándalo.

[109] Valentiniano murió en marzo del 455. Los moros hicieron acto de aparición en el seno del ejército vándalo a raíz de la expedición de Roma de junio del 455 para hacerlo ya con regularidad a partir de esa fecha.

Sicilia y en Italia cada año al comienzo de la primavera y, de las ciudades, a unas las esclavizaba mientras que a las otras las dejaba arrasadas hasta los cimientos, saqueándolo todo[110] y cuando el país quedó despoblado y sin riquezas, se
23 lanzó contra los dominios del emperador de Oriente. Pues bien, allí devastó Iliria, la mayor parte del Peloponeso y del resto de Grecia y cuantas islas están próximas a ella[111]. Y de nuevo partió para Sicilia e Italia y siguió saqueando y aso-
24 lando todos los lugares uno detrás de otro. Cierto día, tras haber embarcado él en su nave en el puerto de Cartago, con las velas ya desplegadas, cuentan que le preguntó el piloto contra quiénes de entre los hombres ordenaba que fuesen.
25 Entonces él le respondió diciendo: «Resulta evidente que contra aquellos hombres con los que Dios está enojado.» De tal forma y sin ninguna razón él seguía atacando a aquellas personas contra las cuales lo conducía el azar.

6 El emperador León, que deseaba castigar a los vándalos por estas acciones, reunió un ejército contra ellos. Dicen que

---

[110] Las expediciones de Gicerico no tenían la más mínima intención de instalarse de manera permanente en los lugares que atacaban, sino que no eran más que simples correrías con el único fin de obtener botín y esclavos. Así, por ejemplo, las islas Baleares fueron ocupadas del *c.* 460 al 533; Córcega, del 455 al 533; Cerdeña, del 455 al 466 (¿?); y después del 468 al 534 (¿?), Sicilia; en la España peninsular, Alicante en el 460 y el litoral gallego en el 445.

[111] Las expediciones de Gicerico en dirección a la península balcánica, atestiguadas por Procopio, Víctor de Vita y otros autores, están relacionadas simultáneamente con el fortalecimiento del poder en Italia (Odoacro, rey de los hérulos, depuso al último de los emperadores romanos de Occidente, Rómulo Augústulo en el 476 d. C.), país del que, por otra parte, ya se había extraído prácticamente todo lo que éste podía ofrecer, y a los evidentes deseos de Gicerico de dar una respuesta adecuada y contundente al Imperio Romano de Oriente después de la expedición mandada por León I en el 468. Estas expediciones se dirigieron a Iliria, Grecia continental, la isla de Rodas y, posiblemente, también a Alejandría.

el número de soldados que integraban dicho ejército alcanzaba una cifra aproximada de cien mil hombres. Tras reunir también una flota de barcos de todo el Mediterráneo oriental, demostró gran generosidad con los soldados y marinos, temiendo que, a causa de una conducta mezquina por su parte, pudiera presentársele algún obstáculo en su deseo de
llevar a cabo la acción de castigo contra los bárbaros. Cuen- 2
tan, por cierto, que él llegó a gastar mil trescientos centenarios de oro[112] sin ninguna aplicación concreta. Pero como no estaba predeterminado por el destino que los vándalos fueran aniquilados por esta expedición militar, el emperador nombró comandante en jefe a Basilisco, que era hermano de su mujer Berine y que deseaba ardientemente acceder al poder imperial, el cual esperaba que fuera a sus manos sin ne-
cesidad de luchas ganándose la amistad de Aspar[113]. El pro- 3
pio Aspar, en efecto, profesaba el arrianismo[114] y como no tenía ninguna intención de cambiar sus creencias, no podía alcanzar la dignidad imperial, pero, por otro lado, era lo suficientemente poderoso como para establecer en ella fácilmente a otra persona y, dado que el emperador León lo ha-
bía ofendido, parecía ya probable que tramase contra él. Así 4

[112] Los mil trescientos centenarios de oro que dice el texto griego corresponden a 130.000 libras o, como la libra pesa exactamente 327 gramos y medio, 42.575.000 gramos de oro.

[113] Flavio Basilisco, jefe de las dos milicias del emperador entre el 468 y el 472 (¿?), recibió por ello el mando de la expedición del 468. Fue proclamado emperador por Berine a comienzos de enero del 475, título que sólo pudo conservar durante veinte meses, hasta el verano del 476, pues tuvo que ceder el trono a Zenón. Fue apresado y conducido al exilio hasta Capadocia, donde se le dejo morir de hambre junto a su familia. Por su parte, Berine (en lat. *Aelia Verina),* mujer de Leon I antes de que éste accediese al trono en el 457, se convirtió en *Augusta* tras acceder al Imperio de Oriente, donde permaneció formalmente hasta la fecha de su muerte.

[114] Cf. SINESIO DE CIRENE, *Cartas,* 66, 65 y 145 (pág. 122, n. 341).

pues, afirman que Aspar, temiendo entonces que, si los vándalos resultaban vencidos, León afirmara su autoridad sobre bases totalmente sólidas, le hacía multitud de recomendaciones a Basilisco antes de confiarle a él a los vándalos y a Gicerico.

5 Ya anteriormente, León había nombrado y enviado a Occidente, como emperador, a Antemio, un miembro del Senado, hombre poderoso tanto por sus riquezas como por su linaje, a fin de que le asistiera en la guerra contra los
6 vándalos[115]. Sin embargo Gicerico rogaba y suplicaba insistentemente que el poder imperial fuera transferido a Olibrio, que estaba casado con Placidia, la hija de Valentiniano y que, a causa de su parentesco político, tenía una disposición favorable hacia él[116] y, al fracasar en esta petición, se irritaba aún más y continuaba devastando todo el territorio
7 perteneciente al emperador. Había en Dalmacia un tal Marceliano, uno de los hombres de confianza de Aecio, varón reputado que, una vez muerto este último de la manera antes referida[117], ya no se dignaba a prestar obediencia al emperador, sino que, iniciando una revuelta y moviendo a defección a todos los demás responsables, ocupó el poder él mismo en Dalmacia sin que nadie se atreviera a enfrentarse

---

[115] Antemio nació en Constantinopla en el seno de una ilustre familia de la aristocracia imperial: recordemos que su abuelo del mismo nombre había ejercido el importante cargo de Prefecto del Pretorio entre los años 405 y 414 (cf. nota 58). Por su parte, Antemio el joven desempeñó diferentes cargos militares hasta que accedió al trono de Occidente en el año 467. Murió asesinado exactamente el día 11 de julio del 472 d. C.

[116] La unión de Eudocia con Honorico permitía a Gicerico reclamar la parte de los bienes de Valentiniano III que le correspondían a ella y la doble condición de Placidia, a la vez cuñada de Honorico y esposa de Olibrio, posibilitaba a ésta última apoyar las pretensiones de su marido de hacerse con el poder imperial en Occidente.

[117] Cf. *supra*, III 4, 25-27.

con él[118]. Mas por aquel entonces el emperador León, que 8
había conseguido engatusar muy bien a Marceliano y atraerlo a su causa, lo invitó a pasar a la isla de Cerdeña, que estaba sometida a los vándalos. Y éste, tras expulsar a los vándalos, se apoderó de ella sin dificultad. Por su parte, He- 9
raclio, enviado desde Bizancio a Trípolis en Libia, después de vencer en batalla a los vándalos que había en esa zona, conquistó fácilmente las ciudades y, habiendo dejado allí las naves, condujo a pie a su ejército en dirección a Cartago. De esta forma, pues, se desarrollaron los hechos preliminares a la guerra. Sin embargo, Basilisco desembarcó con toda su 10
flota en una localidad que distaba de Cartago no menos de doscientos ochenta estadios —se daba la circunstancia de que allí, desde tiempos antiguos, había un templo dedicado a Hermes, razón por la cual el lugar recibió el nombre de Mercurio; así, en efecto, es como llaman los romanos al dios Hermes[119]— y si él no se hubiera demorado comportándose deliberadamente como un cobarde y hubiera intentado ir directo a Cartago, habría conquistado esta ciudad a la primera acometida y habría sometido a los vándalos sin ofre-

[118] Parece ser que Marceliano o Marcelino estaba desempeñando un cargo de carácter militar (en concreto era conde con funciones militares) en Dalmacia en el año 454 cuando se levantó contra el emperador Valentiniano III tras la muerte del general Aecio. Según parece, siguió ejerciendo estas funciones hasta el año 468, fecha a partir de la cual se independizó, a excepción de un corto período en que rindió vasallaje al emperador Mayorino.

[119] La flota de Basilisco echó el ancla en el lado occidental del Cabo Bon (el cabo Mercurio de los romanos) para estar al abrigo de los vientos del Este. La ciudad de *Ad Mercurium,* situada en las proximidades de un templo dedicado a Mercurio, el dios protector de los viajeros y los comerciantes, se encontraba cerca de la costa a unos 60 kilómetros de Cartago, lo cual supone un estadio de unos 214 metros de equivalencia para que los 280 que indica aquí Procopio como distancia entre las dos ciudades correspondan a esos 60 kilómetros.

11 cer éstos resistencia alguna; entonces Gicerico se estremeció
de miedo ante León, considerándolo un emperador invenci-
ble, cuando le fue comunicado que Cerdeña y Trípolis ha-
bían sido conquistadas y vio que la flota de Basilisco era
más poderosa que cualquier otra que hubieran tenido antes
los romanos[120]. Pero la realidad es que la demora del gene-
ral, producto ya sea de la cobardía, ya sea de la traición, im-
12 pidió el triunfo. Gicerico, por su parte, aprovechándose de
la negligencia de Basilisco, obró de la siguiente manera:
Habiendo armado a todos sus súbditos de la mejor manera
que pudo, los embarcó en las naves, pero mantuvo prepara-
das otras vacías de hombres, que eran las que más veloz-
13 mente navegaban. Seguidamente, envió emisarios a Basilis-
co para pedirle que retrasara cinco días el comienzo de la
guerra, a fin de que, durante ese intervalo de tiempo, pudie-
se reflexionar y llevar a cabo aquellas acciones que agrada-
14 sen especialmente al emperador. Y afirman que él había en-
viado además una gran cantidad de oro a ocultas del ejército
15 de Basilisco y que, de esta forma, compró el armisticio. Y
actuó así pensando, como realmente sucedió, que durante
16 ese período de tiempo tendría viento favorable. Y Basilisco,
ya sea por hacerle el favor a Aspar, como le había prometi-
do, ya sea por deseo de vender por dinero la ocasión propi-

---

[120] Tanto Procopio como Jorge Cedreno hablan de cien mil hombres, mientras que Juan Lido, contemporáneo de nuestro autor, eleva el número del contingente militar hasta los cuatrocientos mil hombres. Sin embargo, el testimonio más digno de crédito es el de Prisco, dado que éste es contemporáneo de los hechos referidos aquí, que habla de mil cien naves, lo mismo que Teófanes, en tanto que Jorge Cedreno apunta un número de mil ciento trece. No obstante, la escuadra enviada en el 441 por Teodosio también parece ser que estaba compuesta por mil cien barcos. Por su parte, la flota de Mayorino del año 460 no tenía más de trescientos navíos y, por último, la de Belisario, en el año 533, llevará quinientos barcos de transporte y noventa y dos *drómones* o «corredores».

cia, o quizá pensando que era lo más conveniente, hizo lo que se le solicitaba y permaneció sin moverse en su campamento, aguardando el momento favorable a los enemigos.

Los vándalos, sin embargo, tan pronto como tuvieron el 17
viento favorable que habían estado esperando ansiosamente entonces, mientras descansaban, izaron las velas y, remolcando los barcos que habían sido preparados por ellos sin hombres a bordo, como he narrado anteriormente, pusieron
rumbo hacia el enemigo. Y en cuanto estuvieron cerca, pren- 18
diéndoles fuego a los barcos que a la sazón conducían ellos a remolque, cuando las velas se hincharon por efecto del
viento, los dejaron ir contra la flota de los romanos. Y como 19
había una gran cantidad de barcos allí, por donde venían a caer propagaban el fuego con facilidad y esos mismos barcos se consumían rápidamente junto a aquellos con los que
entraban en contacto. Y, al ir avanzando de esta forma el 20
fuego, la confusión, como es natural, se apoderó de la escuadra de los romanos y la intensidad del griterío rivalizaba en gran medida con el silbido del viento y con el crepitar de las llamas, mientras los soldados junto con los marinos se gritaban órdenes mutuamente y se esforzaban por alejar, ayudándose de pértigas, los barcos que estaban en llamas y los suyos propios, que se estaban destruyendo entre sí en un
completo desorden. Y ya también se presentaban los vánda- 21
los embistiendo y hundiendo los barcos y llevándose como botín a los soldados, mientras intentaban huir, y sus armas
también. Pero, entre los romanos, hubo quienes se compor- 22
taron como valientes en esta contienda y, por encima de todos, Juan[121], que era lugarteniente[122] de Basilisco y que en

[121] Este tal Juan, segundo o lugarteniente de Basilisco es un personaje desconocido.

[122] El término usado en el texto original es *hypostrategós*.

23 modo alguno tomó parte en su traición, pues, habiendo sido rodeada su nave por una gran muchedumbre, a un lado y al otro del puente mataba a un elevado número de enemigos y, al darse cuenta de que el barco estaba siendo capturado, saltó al mar desde la cubierta con todo su equipamiento militar.
24 Sin embargo, Genzón[123], el hijo de Gicerico, le rogaba encarecidamente que no lo hiciera, ofreciéndole garantías y prometiéndole seguridad sobre su vida, pero él no por menos dejó caer su cuerpo al mar, después de pronunciar una frase únicamente: que Juan no caería jamás en poder de unos perros.

25 En este punto vino a terminar la guerra y Heraclio partió de vuelta a casa, pues Marceliano había muerto a consecuencia de la traición de uno de sus colegas en el mando. Basi-
26 lisco, por su parte, una vez hubo llegado a Bizancio, se sentó en calidad de suplicante en el santuario de Cristo, Dios Todopoderoso —*Sophía* llaman los bizantinos al templo, por considerar que ésta es la denominación más apropiada para Dios[124]— y, aunque pudo escapar entonces del peligro

---

[123] Genzón o Gento (¿?), de cuyo nombre se desconoce el significado, nació en fecha incierta en la primera mitad del s. v de nuestra era, quizá hacia el 420 y, según Procopio, era el primogénito de Gicerico (cf. al respecto *infra*, III 8, 1) y, tras participar en la batalla del 468, murió antes que su padre (por lo tanto antes de enero del 477 d. C.).

[124] La primera iglesia o basílica de Santa Sofía (la Santa Sabiduría de Dios) fue hecha construir por Constancio II y fue inaugurada el 15 de febrero del 360. Sin embargo, resultó destruida por un incendio el 20 de junio del 404. Fue inmediatamente reconstruida por orden de Arcadio y Teodosio II e inaugurada por segunda vez el 10 de octubre del 415, aunque desgraciadamente fue presa de las llamas de nuevo, a causa de los disturbios provocados por una sedición, el 15 de enero del 532, por lo cual fue completamente reconstruida por orden del emperador Justiniano. Así pues, de los tres edificios, el que nombra Procopio sería el segundo, el que fue construido siguiendo las órdenes de Arcadio y Teodosio y, por lo tanto, no sería la hermosísima basílica que ha llegado hasta nuestros días.

que corría al interceder por él la emperatriz Berine, sin embargo en aquellos momentos no pudo acceder al trono, que era precisamente el objetivo de todas sus empresas. No mu- 27 cho después, en efecto, el emperador León acabó con Aspar y Ardaburio en palacio, pues tenía la sospecha de que ellos estaban planeando matarlo[125]. De esta forma, pues, tuvieron lugar estos acontecimientos.

Por su parte, Antemio, el emperador de Occidente, mu- 7 rió asesinado por su yerno Recímero[126], mientras que Olibrio[127], que le había sucedido al frente del Imperio, poco tiempo después sufrió idéntico destino. Y después de morir 2 también en Bizancio León, recibió el poder imperial León, el hijo de Zenón y de Ariadna, la hija de León, que apenas tenía unos días de edad[128]. Y, tras ser elegido su padre para 3

---

[125] Sobre Aspar, cf. *supra*, nota 75. Murió este personaje asesinado junto con su hijo Ardaburio durante un banquete en el palacio imperial en el 471 a instancias del emperador León. Por su parte, Ardaburio, nieto de Flavio Ardaburio (cf. *supra*, nota 75) e hijo de Flavio Ardaburio Aspar, jefe de las dos milicias en la diócesis de Oriente desde el año 453, fue relevado de su mando en el 466.

[126] El 11 de julio del 472 Flavio Recímero asesinó a su suegro, el emperador Antemio. Recímero era de origen suevo y gótico simultáneamente, pues era nieto del rey visigodo Wallia. Tras casarse con la hija del emperador, se convirtió en su segundo hasta que se rebeló contra él en el 470 llegando incluso a enfrentarse con él en una guerra (472). Entretanto, Recímero había proclamado emperador a Anicio Olibrio (concretamente, en abril del 472). Murió el 18 de agosto de ese mismo año.

[127] Sobre Olibrio, cf. *supra*, nota 103.

[128] León I murió el 18 de enero del 474. La sucesión recayó sobre su nieto León II, hijo de Ariadna, su hija, y de Zenón. León II nació en el 467 y fue proclamado César en octubre del 473, designado cónsul posteriormente y proclamado emperador en el 474. Sin embargo, el 9 de febrero de ese año, dada su corta edad, hubo de compartir el poder con su padre Zenón y murió, victima de una enfermedad, en noviembre del mismo año, con sólo siete de edad, por lo tanto. Su padre Zenón, que hasta el 466 respondía al nombre de Tarasicodisa, era de origen isáurico. Nació

reinar junto con él, en muy poco tiempo el niño desapareció
4 de entre los hombres. También es digno de mencionarse Mayorino, que ya había ejercido el poder en Occidente en una época anterior[129]. En efecto, este tal Mayorino, que sobrepasaba en cualquier virtud a todos aquellos que alguna vez habían sido emperadores de los romanos, no se tomaba a la ligera el desastre de Libia, sino que, después de reunir un muy considerable ejército contra los vándalos, se encontraba ya en Liguria con la intención de dirigir personalmente
5 dicho ejército contra los enemigos. Y es que Mayorino se enfrentaba con total decisión a cualquier dificultad, pero,
6 especialmente, a los peligros de la guerra. Y no consideran-

---

entre el 425 y el 430 y llegó a Constantinopla probablemente en el 466. Como recompensa por haber denunciado las maquinaciones del hijo de Aspar, Ardaburio, fue designado conde («comandante») de los domésticos y en 466/67 tomó por esposa a Ariadna, la hija de León I. Tras compartir el reinado con su hijo León II durante diez meses (febrero-noviembre del 474), ejerció el poder imperial ya en solitario hasta el 9 de abril del 491, fecha de su muerte. En su lucha contra el usurpador Basilisco (cuñado de León I y tío-abuelo materno de León II) se apoyó en los ostrogodos, de quienes se desembarazó enviándolos a Italia con Teodorico (488). Es interesante también destacar que, con motivo de las disputas religiosas provocadas por el monofisismo, promulgó el Edicto de Unión o *Henotikón* (482), que dio lugar al cisma con Roma. El período durante el cual ocupó el trono el usurpador Basilisco lo pasó Zenón en el exilio en su Isauria natal, la comarca de Asia Menor situada en la región montañosa del Tauro, entre Pisidia y Cilicia.

[129] Flavio Julio Valerio Mayoriano o Mayorino, nació en fecha incierta en el primer cuarto del s. v. Jefe militar desde el 457, fue aclamado como emperador por el ejército el 1 de abril de ese año y proclamado oficialmente como tal en Rávena el 28 de diciembre del mismo 457 contando con el apoyo de Recímero y del emperador oriental León. Trató de reconquistar el resto del Imperio de Occidente, por lo que penetró en la Galia y obligó a Teodorico a firmar la paz; sin embargo, su fracaso en la expedición del 460 contra los vándalos llevó a Recímero a destronarlo el 2 de agosto del 461 y a darle muerte cinco días después.

do inconveniente para él comenzar por conocer el poderío de los vándalos, y el carácter de Gicerico y en qué grado de benevolencia u hostilidad estaban los moros y los libios respecto a ellos, los romanos, decidió no confiar un asunto de tal envergadura a otros ojos más que a los suyos propios. En 7
consecuencia, se puso en camino, como si fuera un emisario mandado por el emperador a Gicerico, adoptando un nombre falso. Mas temiendo, en el caso de que fuera reconocido, recibir en su persona algún daño e impedir que saliera bien el intento, maquinó el siguiente plan. El pelo de su ca- 8
beza, que era famoso entre todos los hombres porque, en verdad, era tan rubio que se asemejaba al oro puro, tras untarlo de un cierto tinte creado a propósito para este fin, consiguió transformarlo en negro azulado para la ocasión. Cuando llegó a presencia de Gicerico, éste intentaba ame- 9
drentarlo de muchas otras maneras, pero, especialmente, tratándolo con afecto como a un amigo, lo condujo al edificio donde estaban guardadas todas sus armas, que eran numerosas y extraordinariamente notables. En ese momento, según 10
afirman, las armas se movieron de forma espontánea y emitieron un ruido fuerte y no habitual y entonces a Gicerico le dio la impresión de que se había producido un terremoto, mas cuando salió fuera e hizo averiguaciones en torno al supuesto seísmo, como ninguna persona le confirmaba que hubiese existido, creyó haber asistido a un gran milagro, pero no estaba en condiciones de explicar cuál era el significado de lo sucedido. Así pues, Mayorino, habiendo conse- 11
guido lo que deseaba, regresó a Liguria y, conduciendo su ejército, que marchaba a pie, llegó a las Columnas de Heracles con la intención de cruzar el estrecho en ese punto y después continuar la marcha desde allí hasta Cartago por tierra. Cuando Gicerico se enteró de esto y de que entonces 12
había sido engañado por Mayorino en el asunto de la em-

bajada, le sobrevino una sensación de angustia y se puso a
13 hacer sus preparativos para la guerra. Los romanos, poniendo su confianza en el valor de Mayorino, comenzaban ya a
14 tener esperanzas de recuperar Libia para el Imperio. Mientras tanto, sin embargo, Mayorino se vio atacado por la enfermedad de la disentería[130] y acabó muriendo él, un hombre que se había comportado moderadamente con sus súbditos
15 y que había sido temible para los enemigos. Nepote fue el que recibió en sucesión el poder imperial, pero, después de vivir sólo unos pocos días más, también murió de enfermedad[131] y, tras él, Glicerio accedió al trono, pero sufrió idéntico destino[132]. Después de Glicerio, el poder imperial re-
16 cayó en Augusto[133]. Otros emperadores hubo, en realidad,

---

[130] En realidad, como acabamos de reseñar en la nota precedente, Mayorino murió asesinado por Recímero (concretamente en Liguria).

[131] Julio Nepote era sobrino de Marceliano (cf. *supra,* nota 118) y fue proclamado emperador el 19 o, quizá, el 24 de junio del 474 y se mantuvo en el poder hasta el 28 de agosto del 475, fecha en que, al ser atacado por Orestes, jefe de los dos ejércitos y de clase patricia, emprendió la huida y se retiró a la ciudad de Salona en Dalmacia, región donde disfrutó de algún poder durante cinco años. Tras haber intentado sin éxito obtener el apoyo del emperador Zenón de cara a reconquistar el poder en Italia (477/78), pereció asesinado el 9 de mayo del 480.

[132] Glicerio, conde o comandante de los domésticos en 472-73, fue proclamado emperador en Rávena el 3 de marzo del 473. Desbancado por Julio Nepote posiblemente en junio del 474, se consagró obispo de Salona en Dalmacia. Vivía aún en el año 480, año en el cual muy posiblemente fue el instigador del asesinato de Julio Nepote que, recordemos, también residía en Salona o en algún otro lugar de Dalmacia. Procopio ha invertido, por tanto, el orden de sucesión de los dos emperadores, pues está claro que Glicerio reinó antes que Nepote.

[133] Rómulo, conocido como emperador con el nombre de Rómulo Augusto o ya incluso en su propio tiempo, como Rómulo Augústulo, debido a su juventud, fue proclamado emperador por su padre, el patricio Orestes, el 31 de octubre del año 475 d. C. Es el último emperador romano del Imperio Occidental. Fue depuesto por Odoacro, rey de los hérulos,

antes que él en la parte occidental, de cuyos nombres, aun cuando los conozco, no haré mención alguna, pues se dio la 17
circunstancia de que ellos vivieron poco tiempo después de su acceso al poder y, por eso mismo, no pudieron llevar a término ninguna acción digna de referirse[134]. Tal fue el curso de los acontecimientos en Occidente.

Por su parte, en Bizancio, Basilisco, dado que ya no era 18
capaz de dominar sus deseos de hacerse con el poder imperial, intentó usurpar el trono y se apoderó de él sin ningún esfuerzo, puesto que Zenón, en compañía de su esposa, buscó refugio en Isauria[135], lugar de donde era natural. Y él, 19

---

tras dar muerte éste a su padre Orestes el 28 de agosto del 476. Odoacro envió a Constantinopla las insignias del poder imperial en este mismo año y sucedió a Rómulo Augústulo con el título de rey. El año 476 de la era cristiana es el que tradicionalmente se considera como el que marca el fin de la historia de Roma (desde el 753 a. C., fecha mítica de su fundación, hasta el 476 d. C.: 1.229 años de historia, por tanto).

[134] Comentario inoportuno, pues lo único que consigue Procopio con él es poner de relieve su ignorancia en este punto. En efecto, nuestro autor no ha dejado de mencionar más que a unos pocos emperadores de la parte occidental pertenecientes al s. v, en esencia algunas figuras borrosas de comienzos del siglo cuyos hechos biográficos no tienen repercusión alguna sobre la historia de los vándalos (por ejemplo, el emperador Jovino). Sin embargo, Procopio se olvida de citar a Eparquio Avito, nacido en Clermont en el seno de una familia de la clase senatorial, y que sí es bien conocido: fue proclamado emperador en Arles el 9 de julio del 455, se casó el 17 de octubre del 456 y fue investido como obispo de *Placentia* o Piacenza. También deja sin nombrar a Libio Severo, oriundo de Lucania que fue proclamado Augusto en Rávena el 19 de noviembre del 461 por Recímero, dignidad que pudo conservar, sin serle reconocida, no obstante, por el Imperio de Oriente, hasta el 14 de noviembre del 465. Estas dos figuras, sin duda alguna, merecían más atención que los emperadores que menciona Procopio en §§ 15 y 16, sobre los cuales, además, no nos proporciona nuestro autor ninguna información que no conociéramos ya por otras fuentes.

[135] Cf. nota 128.

que conservó la tiranía durante un año y ocho meses, era
odiado se podría decir que por todo el mundo, pero, espe-
cialmente, por los soldados de la corte, a causa de la mag-
20 nitud de su avaricia[136]. Y Zenón, apercibiéndose de esto,
reunió un ejército y marchó contra él. Basilisco envió en-
tonces un ejército bajo las órdenes del general Hármato para
21 hacerle frente a Zenón. Mas cuando hubieron colocado sus
campamentos próximos el uno al otro, Hármato rindió su
ejército a Zenón bajo la condición de que a su hijo Basilis-
co, que era enteramente un niño, lo estableciese como César
y lo dejase como sucesor al trono imperial a su muerte[137].
22 Basilisco, habiendo sido abandonado por todos, se refugió
en el mismo santuario de antes[138]. Acacio, el sacerdote de la
ciudad[139], lo puso en manos de Zenón, acusándole de im-
piedad y de haber provocado una gran confusión y haber
introducido numerosas innovaciones en la doctrina cristiana,
por la inclinación que tenía hacia la herejía de Eutiques[140].

---

[136] Basilisco se convirtió aparentemente en emperador desde el día en que Zenón emprendió la fuga, en concreto el 9 de enero del 475, hasta agosto del 476, es decir dieciocho meses (según Procopio y Teófanes, aunque algunas otras fuentes, menos autorizadas en esta cuestión, le otorgan diez años de reinado).

[137] Hármato (*Armatus* en las inscripciones oficiales en latín) era el sobrino de Basilisco y de su hermana Berine, la esposa de León I. Zenón mantuvo a Hármato en el puesto que él mismo había ocupado anteriormente y concedió a su hijo Basilisco el título de César en el año 476 en Nicea. Sin embargo, al poco tiempo, mandó matar a Hármato y obligó al joven Basilisco a renunciar al título de César y a dedicarse a la vida religiosa y así hubo de ser pues sabemos que fue obispo de Cícico.

[138] Santa Sofía. Cf. III 6, 26 y nota 124.

[139] Acacio, sacerdote y director del hospicio de huérfanos de Constantinopla y, además, consejero del emperador León I, fue patriarca de Constantinopla del 471 al 489 d. C.

[140] Eutiques, monje bizantino nacido c. 378, archimandrita de su convento hacia el 410, fue uno de los adversarios más acérrimos de la herejía

Y de hecho así era. Después de que Zenón hubiera asumido 23
el poder imperial por segunda vez y cumplido religiosamente la promesa hecha a Hármato nombrando César a su hijo Basilisco, no mucho más tarde, sin embargo, despojó a éste de su título y dio muerte a Hármato. Y tras enviar a Ba- 24
silisco, junto con sus hijos y su mujer, a Capadocia durante la estación del invierno, ordenó que se les mantuviese privados de comida, ropas y demás comodidades. Y allí, abru- 25
mados por el frío y el hambre, se refugiaron unos en los brazos de los otros para terminar sucumbiendo abrazados a sus cuerpos más queridos. Tal fue el castigo que recayó sobre Basilisco por sus actos políticos. Estos hechos, sin embargo, no se produjeron sino algún tiempo después.

Sin embargo, en aquel tiempo[141] Gicerico, envolviendo 26
a sus enemigos con el engaño y expulsándolos de sus posesiones por la fuerza, como se ha narrado anteriormente, seguía asolando y saqueando la totalidad del territorio roma-

nestoriana. Acusado, sin embargo, él mismo de caer en el monofisismo, fue condenado en el Concilio de Calcedonia del 451 y terminó muriendo en el exilio. La «herejía de Eutiques» consistía en defender el dogma del monofisismo, que sólo reconocía en Jesucristo la naturaleza divina (esto es, que las dos naturalezas de Cristo nada más que formaban una sola después de la Encarnación). Esta doctrina todavía perdura hoy día, de forma atenuada, en algunas Iglesias orientales.

[141] El adverbio *tóte* «entonces», «en aquel tiempo», que emplea aquí Procopio resulta vago. Aparentemente, remite al último pasaje del capítulo en el que interviene Gicerico (parágrafos 4-14), es decir el que trata del fracaso de la expedición de Mayorino y de la muerte del emperador en el 461, a no ser que se refiera al último episodio relativo a la política del Imperio de Oriente respecto a los vándalos (expedición de Basilisco en el 468: fin del capítulo 6), lo que sería más lógico tras el relato precedente sobre la usurpación de Basilisco. La expresión empleada entonces remitiría al año 468.

no[142], no menos que antes, sino quizá todavía más, hasta que el emperador Zenón llegó a un acuerdo con él y se estableció un pacto indefinido entre ellos, en virtud del cual ni los vándalos llevarían a cabo, en todo el tiempo, ningún acto de guerra contra los romanos, ni tendrían que sufrir eso mismo de parte de aquéllos. Este tratado de paz fue observado por el propio Zenón y también por su sucesor en el
27 trono imperial, Anastasio[143]. Y permaneció en vigor hasta tiempos del emperador Justino[144]. Pero a este último lo su-
28 cedió al frente del Imperio su sobrino Justiniano, durante cuyo reinado estalló la guerra que constituye el tema de mi obra[145], de la manera que será referida en capítulos posterio-

[142] Según lo dicho en la nota precedente, esta frase se referiría a los sucesos acaecidos entre los años 468 y 474, hasta el acceso al poder imperial de Zenón el 9 de febrero del 474.

[143] Anastasio, nacido en Durrës en torno al 430, había sido *silentiarius* y era decurión de los *silentiarii* (los encargados de que se guardase silencio en el palacio imperial) cuando en el 491, a la muerte de Zenón, fue elegido emperador por la emperatriz Ariadna. Fue proclamado como tal exactamente el 11 de abril del 491 y tomó por esposa a Ariadna el 20 de mayo del mismo año. Perfeccionó el sistema monetario bizantino e inició la reforma fiscal que benefició tanto al comercio como a la industria. Ortodoxo desde su acceso al poder, ayudó cada vez más abiertamente a los partidarios del monofisismo, lo que provocó numerosas revueltas, en particular la de Vitaliano a partir del 513 en Tracia. Reinó hasta julio del 518 d. C.

[144] Justino, nacido en Naissus (actual Nis, al sur de Yugoslavia) hacia el 450-52, era *comes excubitorum* cuando fue proclamado emperador el 10 de julio del 518. Era de origen humilde y comenzó como simple soldado raso de la guardia del palacio imperial de Constantinopla. Nombró consejero a su sobrino Justiniano. Persiguió a los monofisitas y terminó con el cisma de Acacio.

[145] En lo que respecta al emperador Justiniano, recordemos que la guerra contra los vándalos comenzó el 30 de agosto del 533, fecha del desembarco de Belisario en Libia (esto es, África del Norte) y concluyó a la mitad de diciembre del mismo año. La partida de Belisario con todos los

res. Gicerico siguió con vida sólo algo más de tiempo des- 29
pués de la firma del tratado y murió a una edad avanzada[146],
tras establecer unas disposiciones testamentarias en las cuales hacía toda clase de recomendaciones a los vándalos y, en particular, que la realeza, entre ellos, debía recaer siempre en las manos de aquel que, de toda la descendencia masculina del propio Gicerico, fuese el de mayor edad de todos
sus parientes[147]. De esta forma, pues, como ha quedado di- 30
cho, murió Gicerico, tras haber gobernado sobre los vándalos durante treinta y nueve años desde la toma de Cartago[148].

Honorico, el mayor de los hijos de aquél, recibió en su- 8
cesión el trono[149], habiendo desaparecido ya de entre los hombres Genzón[150]. Durante el tiempo en que Honorico gobernó sobre los vándalos no tuvieron ninguna guerra contra
nadie, a excepción de los moros, pues éstos, por temor a Gi- 2
cerico, habían permanecido inactivos hasta ese momento, pero tan pronto como aquél no significó un obstáculo para

prisioneros vándalos rumbo a Constantinopla se produjo en el verano del 534 y su desfile triunfal se tuvo que celebrar en alguna fecha de la segunda mitad del mismo año. Sin embargo, la pacificación y organización de África prosigió hasta el 540 y, tras un breve período de calma que duró tres años, hubo de retormarse la labor pacificadora en el 543 hasta el 548, año en que termina el relato de Procopio.

[146] Gicerico murió el 24 o 25 de enero del 477 d. C.

[147] Curioso sistema sucesorio dinástico que consiste en que la realeza no puede pasar al primogénito de los príncipes de la segunda generación hasta que no haya desaparecido el último de los supervivientes masculinos de la primera.

[148] Exactamente Gicerico estuvo en el poder durante treinta y siete años, tres meses y seis días, según el *Laterculus regum Vandalorum et Alanorum* (versión *Augiensis*), a partir de la caída de Cartago, que se produjo el 19 de octubre del 439 d. C.

[149] Con respecto a Honorico, véanse notas 91, 102 (sobre todo) y 116.

[150] Cf. *supra*, notas 102 y, especialmente, 123.

sus acciones, les hicieron mucho daño a los vándalos y su-
3 frieron lo mismo ellos. Honorico se comportó como el más
despiadado e injusto de todos los hombres con los cristianos
4 de Libia. Los obligó, en efecto, a convertirse al arrianismo y
a cuantos encontraba no dispuestos a aceptar obedecerle, los
quemaba o asesinaba de cualquier otra manera; también
les cortó la lengua hasta el fondo de la garganta a muchos,
los cuales incluso todavía en mi época iban de un lado para
otro por Bizancio conservando intacta su facultad de hablar
y no resintiéndose de ningún efecto de ese castigo, si bien
dos de ellos, cuando decidieron frecuentar a prostitutas, ya
5 no pudieron desde entonces hablar. Tras gobernar a los ván-
dalos durante ocho años[151], Honorico murió de enfermedad,
después de que los moros que vivían en el monte Aurasio se
hubieran rebelado contra los vándalos y logrado su inde-
pendencia —el Aurasio es un monte de Numidia que está de
Cartago a una distancia aproximada de trece días de viaje,
orientado hacia el sur[152]—: los moros ya no estuvieron más

---

[151] Según el *Laterculus regum Vandalorum* (versión *Augiensis),* su reinado duró exactamente 7 años, 10 meses y 28 días.

[152] La información de Procopio es indirecta y su testimonio, debido a su propia imprecisión, ha sido interpretado de diferentes formas. El actual Djébel o Djabal («montaña») Aurés se integra en un conjunto montañoso que se llamaba *Aurasion* en la Antigüedad, y que hoy recibe también el nombre de Aurés: es un macizo de Argelia oriental que alcanza los 2.326 metros de altitud en el Djébel Chelia, su pico más alto, seguido de cerca por el Kef Mahmel, de 2.321. El Aurés es un gran sistema montañoso que cierra por el sur la región de la meseta constantiniana y a cuya espalda empieza el desierto. En realidad constituye una montaña compacta atravesada de desfiladeros, relativamente regada y llena de bosques, que sirvió de refugio a los shawiyya, belicosos pueblos bereberes. Esta coincidencia de nombres explica la ambigüedad: así Dewing, en la nota 1 de pág. 75 de su traducción aclara que el *Mount Aurasion* corresponde al *Jebel Auress.* Dicha ambigüedad, indudablemente, requiere que se precise bien si el término hay que tomarlo en sentido amplio o restringido. El

sometidos al poder de los vándalos, dado que éstos no estaban en condiciones de sostener una guerra contra los moros en una zona montañosa de difícil acceso y excesivamente escarpada.

Tras la muerte de Honorico, el poder recayó en Gundamundo[153], el hijo de Genzón, hijo de Gicerico, pues los años otorgaban a éste el primer puesto de la descendencia de Gicerico. Gundamundo combatió contra los moros en numerosas batallas y, tras someter a los cristianos a sufrimientos todavía mayores, murió de enfermedad, estando ya aproximadamente a la mitad del duodécimo año de su reinado[154]. Le sucedió en el trono su hermano Trasamundo[155], hombre de buena apariencia y dotado de una excepcional discreción y magnanimidad. Éste, sin embargo, continuó obligando a los cristianos[156] a abandonar sus creencias ancestrales, no a base de martirizarlos físicamente como los anteriores, sino que iba tras ellos otorgándoles prerrogativas y cargos y colmándolos de riquezas; y en el caso de los que no se dejaban

6 7 8 9

rey del Aurasio (= Aurés), es decir del conjunto del macizo montañoso incluido su desbordamiento hacia la llanura del Hodna, era en aquel tiempo Yaudas.

[153] Gundamundo, «el que protege el combate» en lengua gótica, era hijo de Genzón (cf. *supra,* nota 123). Nació en fecha desconocida con exactitud, pero indudablemente en el segundo cuarto del siglo v; sucedió a su tío Honorico el 22 de diciembre del 484 y reinó hasta el mismo día de su muerte, que se produjo el 3 de octubre del 496.

[154] Exactamente y siempre según el *Laterculus regum Vandalorum,* 11 años, 9 meses y 11 días.

[155] Trasamundo, posiblemente «el que protege la disputa» en gótico, hermano de Gundamundo, nació en fecha desconocida y sucedió a su hermano exactamente el 3 de octubre del 496. Se mantuvo en el poder hasta el 7 de junio del 523.

[156] Con el término «cristianos» Procopio se está refiriendo a los católicos (téngase en cuenta que los partidarios del arrianismo son también cristianos).

persuadir, fingía ignorar en absoluto a qué secta o religión
10 pertenecían[157]. Y si se encontraba con hombres culpables de grandes delitos, cometidos ya sea de manera fortuita, ya deliberadamente, a éstos les proponía como recompensa, en el caso de que abandonasen su fe, no pagar pena por sus crí-
11 menes. A la muerte de su mujer[158], que no llegó a engendrar descendencia ni masculina ni femenina, Trasamundo, con el deseo de asegurar su trono de la forma más sólida posible, mandó emisarios a Teodorico[159], el rey de los godos, pidiéndole que le concediera como esposa a su hermana Amala-
12 frida, ya que su marido acababa de morir. Éste no sólo le envió a su hermana, sino, además, a mil godos de noble es-

---

[157] Literalmente: «qué clase de hombres eran».

[158] Desconocemos el nombre de esta primera esposa de Trasamundo, que murió antes del 500 d. C.

[159] Flavio Teodorico el Grande, ostrogodo de la familia real de los Amalos, hijo del rey Teodomiro y de una mujer goda católica, nació en Platensa (Panonia) probablemente en el 454 o 455. Se convirtió en rey de los ostrogodos en el 471, al principio junto a su padre y después, a la muerte de éste en el 474, ya en solitario. Fue adoptado por el emperador Zenón, quien le confió la tarea de arrebatarle Italia al rey de los hérulos Odoacro, al que derrotó en el Isonzo y en Verona en el 489; lo sitió en Rávena y lo obligó a entrar en negociaciones antes de mandar asesinarlo en el 493. Único dueño de Italia ya, así como de Dalmacia, Panonia, Nórica y Retia, obtuvo del emperador Anastasio I la confirmación de su poder en el año 497. Se mostró como un gran admirador del legado de la civilización romana, acantonó a su propio pueblo en la zona norte del río Po y convirtió a Rávena en la brillante capital de un estado que quería constituirse en el heredero del Imperio Romano de Occidente. Intentó dominar los reinos bárbaros de esta zona del Imperio, primero a través de una hábil política de matrimonios y, posteriormente, mediante campañas militares, logrando arrebatarles a los francos la región de Provenza entre el 508 y 509 y a los borgoñeses la que está situada entre el Davance y el Drôme en el 523. A final de su reinado rompió con la aristocracia romana. Uno de sus logros más importantes fue reconciliar las iglesias romana y griega. Murió en Rávena en el 526, por lo que su reinado duró 33 años.

tirpe, en calidad de guardias de corps, a los que acompañaba una escolta de servidores de aproximadamente unos cinco mil hombres aptos para el combate. Teodorico obsequió también a su hermana con uno de los tres promontorios de Sicilia, el que llaman Lilibeo[160], y, como consecuencia de esto, Trasamundo fue considerado como el más fuerte y poderoso de todos cuantos habían gobernado sobre los vándalos. También se convirtió en amigo muy íntimo del emperador Anastasio. Fue precisamente durante el reinado de Trasamundo cuando la suerte quiso que los vándalos sufrieran a manos de los moros un desastre como jamás les había ocurrido hasta entonces. 13 14

Había un tal Cabaón gobernando sobre los moros de Trípolis, con experiencia en multitud de guerras y excesivamente astuto. Este Cabaón, cuando se enteró de que los vándalos marchaban contra él, obró de la siguiente manera. En primer lugar, ordenó a sus súbditos que se abstuvieran de toda injusticia y de cualquier alimento que condujera a la molicie, pero, por encima de todo, de tener relaciones íntimas con mujeres; tras haber hecho construir dos empalizadas, en una acampó él personalmente con todos los hombres y, en la segunda, encerró a las mujeres y amenazó con la muerte como castigo para el que osase dirigirse a la empalizada de las mujeres. Seguidamente, envió a Cartago espías con las siguientes instrucciones: que, cada vez que los vándalos, avanzando en su expedición, profanasen alguno de 15 16 17

[160] La isla de Sicilia, ocupada por los vándalos desde el año 468, parece que cayó bajo el dominio de los ostrogodos en el 491. El territorio concedido a Amalafrida, con toda probabilidad, se limitó a Lilibeo, la moderna Marsala, que se encuentra situada en la costa occidental de la isla, y a los campos circundantes.

los templos[161] venerados por los cristianos, observaran ellos lo que sucedía y que, una vez que los vándalos hubieran abandonado el lugar, actuasen de una forma completamente opuesta al comportamiento que aquéllos habían tenido con
18 respecto al santuario antes de marcharse. Y afirman que él añadió lo siguiente: que el no conocía al Dios que los cristianos veneran, pero que es probable que Él, si es poderoso, según se dice, castigue a los que lo ofenden y defienda a los
19 que le rinden culto. Así pues, los espías, tras llegar a Cartago, permanecieron quietos, observando los preparativos de los vándalos, mas cuando el ejército se puso en marcha en dirección a Trípolis, los siguieron vestidos con humildes ro-
20 pajes. Y los vándalos, cuando acamparon el primer día de marcha, introdujeron sus caballos y el resto de los animales en los templos de los cristianos y, sin abstenerse de ultraje alguno, actuaban ellos con su desenfreno típico y a los sacerdotes[162] que cogían, los apaleaban con varas, propinándoles muchos golpes en la espalda y les ordenaban prestar-

[161] El templo *(neòn)* evidentemente no tiene nada de pagano: se trata de una iglesia y la palabra, por lo tanto, constituye un arcaismo que aparece frecuentemente en los textos griegos del Bajo Imperio en los cuales se prefiere un término consagrado por la tradición a la palabra más precisa o exacta. Tengamos en cuenta que Procopio emplea conscientemente como lengua literaria una forma de griego (en concreto el dialecto ático arcaizante) muy cercano al empleado por Tucídides, su principal modelo literario junto con Heródoto, por lo que rehúye los términos que no serían comprensibles para los atenienses del s. v a. C., aun cuando éstos designen conceptos o realidades no existentes en aquel tiempo. Por otra parte y una vez más, cuando Procopio dice «cristianos», se está refiriendo, claro está, a los católicos, los cuales tuvieron que soportar todo tipo de vejaciones por parte de los vándalos, que también eran cristianos pero que profesaban la doctrina del arrianismo, razón por la cual cayeron en la herejía.

[162] La palabra designa aquí a los ministros sagrados o de la Iglesia: sacerdotes u obispos católicos.

les a ellos servicios que estaban acostumbrados a asignar a
los más despreciables de sus esclavos. Tan pronto como se 21
hubieron alejado de allí, los espías de Cabaón hicieron
cuanto se les había encomendado, pues enseguida limpiaron
los santuarios, retirando con mucha diligencia los excrementos y cuantas inmundicias hubiera por el suelo profanándolo, a continuación encendieron todas las lámparas y se
arrodillaron delante de los sacerdotes mostrándoles un gran
respeto y los acogieron en general con una disposición amistosa; y, después de darles piezas de plata a los mendigos que 22
se sentaban en torno a los santuarios, entonces seguían detrás del ejército de los vándalos. Y desde entonces, a lo lar- 23
go de todo el camino, los vándalos continuaban cometiendo
los mismos ultrajes y los espías prestando idéntico servicio.
Pero cuando estaban ya a punto de encontrarse a poca dis- 24
tancia de los moros, los espías se adelantaron e informaron a
Cabaón de cuanto habían hecho los vándalos y ellos mismos
en los templos de los cristianos y que los enemigos estaban
en algún lugar cercano. Y aquél, cuando hubo escuchado es- 25
to, se preparaba para el encuentro de la siguiente manera.
Habiendo delimitado un espacio circular en la llanura donde
pensaba construir la empalizada, colocó a sus camellos de
lado formando con ellos un círculo de protección alrededor
de su campamento, haciendo que la profundidad de la línea
frontal fuera de aproximadamente doce camellos. Seguida- 26
mente, instaló a los niños, a las mujeres y a todos aquellos
que estuvieran incapacitados para entrar en combate, junto
con sus posesiones, en el centro del círculo, mientras que
ordenaba a la tropa de combatientes que se colocasen entre
las patas de los animales cubriéndose con sus escudos. Cuan- 27
do los vándalos vieron a la formación de los moros dispuesta de esa manera, se sentían en duda sobre cómo afrontar la
situación, dado que ellos no eran buenos tiradores de jabali-

na ni manejaban bien el arco ni tampoco sabían combatir a pie firme, sino que todos luchaban a caballo[163] y usaban mayormente lanzas y espadas, razón por la cual eran incapaces de hacer ningún daño a los enemigos desde lejos; en cuanto a sus caballos, que se mostraban inquietos al ver a los camellos, de ninguna manera se dejaban conducir contra los ene-
28 migos. Y, como los moros no paraban de dispararles a ellos jabalinas desde una posición segura y mataban sin dificultad tanto a los caballos como a los soldados, dado que formaban una masa ingente, se lanzaban a la fuga y, al salir los moros en su persecución, la mayor parte de ellos perecieron, hubo algunos que cayeron en manos de los enemigos y sólo un muy escaso número de soldados de este ejército pudieron
29 regresar a casa. Tal fue la suerte que le tocó sufrir a Trasamundo a manos de los moros. Algún tiempo después murió, habiendo gobernado sobre los vándalos durante veintisiete años[164].

9 Ilderico[165], el hijo de Honorico, hijo de Gicerico, fue su sucesor en el trono. Éste, por una parte, era accesible a sus súbditos y se mostraba completamente afable, y además no se comportó duramente ni con los cristianos ni con nadie, pero, por otra, con respecto a los asuntos de la guerra, dio muestras de una blandura excesiva y ni siquiera quería oír

[163] Resulta difícil pensar que la totalidad de los vándalos combatieran a caballo y que ninguno de ellos fuese capaz de hacerlo a pie firme.

[164] El rey Trasamundo murió exactamente el 7 de junio del 523 después de haber reinado durante 26 años, 8 meses y 4 días, según el *Laterculus regum Vandalorum*.

[165] Ilderico o Hilderico, cuyo nombre significa «poderoso en la batalla» en lengua gótica, era hijo de Honorico y de Eudocia, la hija, a su vez, de Valentiniano III. Nació durante el tercer cuarto del s. v, probablemente hacia el 460 y sucedió a Trasamundo el mismo día de su muerte. Fue depuesto y encarcelado por Gelimer en el 530 y terminó siendo ejecutado por orden de éste después del desembarco de Belisario en el norte de África en el año 533.

hablar de ese tema. En consecuencia, Hoamer[166], que era 2
primo suyo y un valeroso guerrero, dirigía el ejército contra aquellos con los que estuviesen en guerra los vándalos; éste era el hombre al que llamaban «el Aquiles de los Vándalos».
En tiempos de Ilderico, los vándalos fueron derrotados en 3
combate por los moros de Bizacio, sobre los que mandaba Antalas[167], y les ocurrió que, de aliados y amigos, se convirtieron en enemigos de Teodorico y de los godos de Italia.
Los vándalos, en efecto, metieron en prisión a Amalafrida y 4
a todos los godos los mataron, acusándoles de estar tramando una rebelión contra los vándalos e Ilderico[168]. Sin embar- 5
go, no se produjo ningún acto de venganza proveniente de Teodorico, pues éste se consideraba incapaz de dirigir una expedición con una gran flota hacia Libia e Ilderico era muy amigo y huésped de Justiniano, que todavía no había accedido oficialmente al poder, pero que ya lo administraba a su libre albedrío, pues su tío Justino era el emperador, mas tenía una edad muy avanzada y carecía por completo de experiencia en los asuntos políticos[169]. Ilderico y Justiniano, además, se obsequiaban mutuamente con grandes sumas de dinero.

---

[166] Hoamer también fue encarcelado por Gelimer en el 530 y murió en prisión antes de la llegada de Belisario en septiembre del 533 d. C.

[167] Hijo de Guenfan, jefe moro de una especie de reino establecido al Oeste de la región de Bizacio y que se constituyó en torno al 510. Antalas comenzó a hacerse notar hacia el año 517 y ya el ejército vándalo sufrió un serio revés militar frente a él entre los años 523 y 530, más probablemente hacia esta última fecha pues, según Coripo, el hecho de que Gelimer destronase a Ilderico es consecuencia de dicha derrota.

[168] Cf. *supra,* III 8, 11-13. El suceso se produjo, parece ser, entre el 523 y el 30 de agosto del 530, fecha exacta de la muerte de Amalafrida.

[169] Sobre Justino y su sobrino Justiniano, véanse notas 144 y 145. En el año 518, fecha de su llegada al poder imperial, Justino tenía entre 66 y 68 años.

6 Había cierto hombre en la familia de Gicerico, Gelimer[170], el hijo de Gilaris, hijo de Genzón, hijo de Gicerico, que era el de más edad después de Ilderico y, por esa razón,
7 se esperaba que accediese muy pronto al trono[171]. Este hombre estaba considerado como el mejor guerrero de su tiempo, aunque, por otra parte, era también inflexible, de mal carácter y un completo experto en el arte de fomentar revuel-
8 tas y de apoderarse del dinero ajeno. Este Gelimer, cuando vio que el poder le iba a corresponder a él, no podía continuar viviendo de la manera acostumbrada, sino que, apropiándose indebidamente de las tareas de un rey, usurpaba el derecho a las prerrogativas anejas a tal dignidad, aun cuando todavía no le correspondía, y, al hacerle concesiones Ilderico por pura bondad, no fue capaz de refrenar sus intenciones, sino que, atrayendo a su causa a los más nobles de los vándalos, los convenció para arrebatarle el trono a Ilderico, afirmando que era un rey que no servía para la guerra, que había sido derrotado por los moros y que había entregado a traición al emperador Justino el poder de los vándalos, para evitar que la realeza fuese a parar a sus manos, puesto

---

[170] Gelimer era hijo de Geilarit, Gilarit o Gilaris —quien era a su vez hijo de Genzón y murió probablemente antes del 523—. Desconocemos la fecha exacta de nacimiento de Gelimer, pero hay que situarla sin duda entre loa años 470 y 480. Era el primogénito de los príncipes de sangre regia cuando depuso a Ilderico en el año 530 y usurpó el poder, por lo que el emperador Justiniano le declaró la guerra. Como ya leeremos en la obra de Procopio, resultará derrotado y figurará en el triunfo de Belisario en Constantinopla. Murió en fecha incierta en Galacia, región donde había recibido unas propiedades. Reinó del 530 al 534 d. C.

[171] En virtud del sistema sucesorio vigente entonces entre los vándalos (véase nota 147).

que él, Gelimer, pertenecía a otra rama de la familia[172]; en efecto, él afirmaba calumniosamente que su embajada a Bizancio tenía el siguiente propósito: entregar la soberanía de los vándalos a Justino. Convencidos ellos, obraron en consecuencia. Así Gelimer, tras apoderarse del poder supremo, 9
encarceló a Ilderico, después de que éste hubiera gobernado sobre los vándalos durante siete años, a Hoamer y a su hermano Evages[173].

Pero cuando Justiniano se enteró de estas noticias, ha- 10
biendo heredado ya el poder imperial[174], envió embajadores a Libia a presencia de Gelimer, con el siguiente mensaje: «No estás obrando con justicia ni conforme a las disposiciones testamentarias de Gicerico —si es que se obtiene algún beneficio recurriendo a las últimas voluntades de éste— manteniendo en prisión a un anciano, pariente tuyo y rey de los vándalos y despojándolo de su autoridad por la fuerza, aun a pesar de que era posible que tú lo recibieras dentro de poco tiempo sin quebrantar la legalidad. En consecuencia, 11
no sigas haciendo ya más daño ni cambies el nombre de rey por el apelativo de tirano, que llega sólo poco tiempo antes.
Pero a ese hombre, en tanto no muera, permítele portar en 12
apariencia la imagen de la realeza y tú, mientras, lleva a cabo todo cuanto es natural que haga un rey y aguarda a recibir sólo del tiempo y de la ley de Gicerico el título que co-

[172] Ilderico era nieto de Gicerico e hijo de Honorico, en tanto que Gelimer era biznieto de Gicerico, pues era hijo de Gilaris, hijo éste a su vez de Genzón o Gento.

[173] Hoageis o Evages, según Procopio, era hermano de Hoamer y primo o sobrino de Ilderico.

[174] Justiniano se convirtió en emperador junto con su tío Justino el 1 de abril del 527, para reinar ya en solitario a partir del 1 de agosto del mismo año, fecha de la muerte de Justino, a la edad de 45. Recordemos que estuvo en el poder hasta el 14 de noviembre del 565, fecha exacta de su muerte a los 83 años.

13 rresponde a esta función. Si, en efecto, tú procedes así, ob-
tendrás la benevolencia del Todopoderoso y la amistad de
14 parte nuestra.» Hasta aquí el contenido del mensaje. Sin em-
bargo Gelimer despachó a los embajadores sin que éstos hu-
biesen logrado nada y a Hoamer lo dejó ciego y mantuvo a
Ilderico y a Evages en un mayor confinamiento, habiéndo-
15 les acusado de planear su huida a Bizancio. Mas cuando el
emperador Justiniano escuchó estas nuevas noticias, tras en-
viarle embajadores por segunda vez, le escribió otro mensa-
je en los siguientes términos: «Nosotros te escribimos la an-
terior carta pensando que tú nunca irías en contra de nuestro
16 consejo, pero, dado que te agrada haber tomado posesión de
la realeza de la forma en que, tras apoderarte de ella, la tie-
nes ahora, acepta de ella todo lo que Dios te conceda. Envía-
17 nos, no obstante, a Ilderico y a Hoamer, el ciego, y también
a su hermano, para que obtengan el consuelo que puedan te-
ner quienes han sido privados o de la realeza o de la vista,
18 porque no vamos a ceder, en el caso de que no nos obedez-
cas en esto, pues lo que nos motiva es la esperanza que yo
19 había basado en nuestra amistad. En cuanto al tratado que
nosotros habíamos concluido con Gicerico[175], éste no será
un obstáculo para nosotros, pues no venimos a guerrear con
el que le sucedió a él en el trono, sino para vengar, con to-
das nuestras fuerzas, su persona.»

20 Tras haber leído Gelimer estas líneas, le contestó de la
siguiente manera: «El rey Gelimer al emperador Justiniano.
Ni yo tomé por la fuerza el poder ni yo les he hecho nada
21 indigno a mis parientes, pues la nación de los vándalos des-
tronó a Ilderico al tramar éste un complot contra la casa de

[175] Se trata del tratado del año 442, en virtud del cual se reconocía la autoridad total de Gicerico sobre la Proconsular, Bizacio y la Numidia oriental, puesto que el estado bizantino había renunciado a su soberanía sobre estas regiones.

Gicerico y, en cuanto a mí, fueron mis años los que me llamaron a la realeza, otorgándome la primacía, al menos según la ley. Por lo demás, está bien que uno administre el 22
poder que le pertenece y no hacer suyas las preocupaciones ajenas. De modo que no es justo que tú, que tienes un impe- 23
rio, te entrometas en los asuntos de otros; y si rompes el tratado y vienes contra nosotros, te haremos frente con todas nuestras fuerzas, poniendo por testigos los juramentos que fueron prestados por Zenón, de quien tú has recibido el poder imperial que ahora disfrutas.» Tras recibir esta carta el 24
emperador Justiniano, al estar irritado con Gelimer ya desde antes, se sintió todavía más impulsado a castigar al personaje. Tomó él entonces la decisión de poner fin a la guerra 25
contra los persas[176] lo más rápidamente posible y dirigir el ejército contra Libia y, dado que él era rápido concibiendo un proyecto y, además, no vacilaba en llevar a la práctica lo que había decidido, llegó a su presencia Belisario[177], el ge-

[176] En el original todavía aparece el arcaísmo «medos» como sinónimo de «persas».

[177] Belisario, después de haber reprimido la sedición *Nika* en Constantinopla en enero del 532, pasaba por ser el mejor general del Imperio cuando Justiniano le confirió poderes ilimitados como generalísimo de las fuerzas de invasión en África. El ejército partió bajo sus órdenes el 22 de junio del 533. De vuelta en Constantinopla durante el verano del 534 después de haber acabado con la resistencia vándala y provocado el hundimiento de su reino, tomó al año siguiente el mando del cuerpo expedicionario de Italia con el fin de arrebatársela a los ostrogodos y devolvérsela al Imperio Romano (535-540) no pudiendo regresar a Constantinopla hasta el año 540 con su misión aparentemente cumplida. Belisario partió de nuevo al año siguiente, esta vez hacia Mesopotamia, donde, en la primavera del 541, emprendió la guerra romano-persa. Sin embargo, la falta de recursos militares y las intrigas de palacio debilitaron sus posibilidades de éxito y provocaron que cayera en desgracia en el 542. No obstante, dos años más tarde, en el 544, llegó a Italia, de nuevo con el título de generalísimo, donde obtuvo algunos éxitos no demasiado relevantes. Vol-

neral de Oriente, al que había mandado llamar, no habiéndole anunciado previamente ni a él ni a ningún otro que tenía intención de enviar una expedición militar a Libia, sino que, de palabra, le dijo sólo que había sido relevado del car-
26 go que estaba desempeñando. Inmediatamente se concluyó el tratado con los persas, como ha quedado reflejado en la narración precedente[178].

10 Y el emperador Justiniano, en cuanto tuvo controlados de la mejor manera posible los asuntos internos y los relativos a Persia, pasó a tomar en consideración la situación en
2 Libia. Y cuando reveló a los mandatarios que estaba reuniendo un ejército para atacar a los vándalos y a Gelimer, la mayor parte de ellos empezó inmediatamente a mostrar aversión hacia el plan y a considerarlo como una desgracia, recordando la expedición del emperador León y el desastre de Basilisco y repitiendo uno por uno los nombres de cuantos soldados murieron entonces y qué inmensa cantidad de di-
3 nero tuvo que pagar el Estado. Los que más disgusto sentían y estaban más afectados por la preocupación eran el prefecto del pretorio, al que los romanos denominan «pretor»[179], y el

vió en el 548 a Constantinopla donde vivió hasta su muerte, que se produjo en marzo del 565. Procopio lo glorificó en *la Historia de las Guerras* (véase su elogio del general en *Guerra Gótica* III 1, 4-22), pero lo denigró en la *Historia Secreta*. En todo caso, no hay la menor duda de que Belisario fue uno de los más grandes generales de su tiempo y, por añadidura, uno de los más leales al emperador Justiniano.

178 Cf. I 22, 16. Se trata de la «Paz Eterna», tratado concluido en septiembre del 532.

179 El prefecto del pretorio, en este caso el de Oriente con residencia en Constantinopla, era un verdadero primer ministro y tenía competencias en un buen número de dominios administrativos civiles, así como militares (especialmente le incumbía el abastecimiento de provisiones de las tropas). En el 532-533 Juan de Capadocia era el prefecto del pretorio de Oriente.

responsable de la administración del Tesoro[180], sin olvidar
a todos aquellos a los que se les hubiera encomendado la
recaudación de los impuestos destinados al Tesoro Público
o al del emperador[181], al considerar que a ellos les haría fal-
ta producir inconmensurables cantidades de dinero para las
necesidades de la guerra, pero que, por el contrario, no se-
rían merecedores ni de perdón, ni de aplazamiento alguno,
en caso de no conseguir reunir tales sumas. Y cada uno de 4
los generales, suponiendo que iba a ser él el encargado de di-
rigir la expedición, se sentía lleno de temor y retraído ante la
magnitud del peligro si, tras salvarse de las penalidades del
mar, se veía obligado a acampar en tierra enemiga y, utili-
zando las naves como base de operaciones, sostener una enér-
gica lucha contra un reino poderoso e imponente. Por su 5
parte, los soldados, después de regresar recientemente de una
guerra prolongada y dura[182] y no habiendo podido degustar
plenamente los placeres del hogar, se encontraban desespe-
rados, pues se les mandaba a una batalla naval, algo de lo
que ni siquiera habían oído hablar hasta el momento, y eran
enviados desde las fronteras orientales del Imperio hacia
Occidente con el fin de poner en peligro sus vidas frente a
los vándalos y los moros. Por el contrario, el resto de la po- 6
blación, como acostumbra a ocurrir cuando se trata de una

---

[180] El *comes sacrarum largitionum,* título que llevaba el responsable o ministro de finanzas. En el 533 lo era ya con toda probabilidad el patricio Estrategio, que lo conservó por lo menos hasta el año 538.

[181] El carácter general de la expresión, acentuado por el rechazo de Procopio a emplear palabras y expresiones técnicas, no permite definir con precisión a las personas a las que aquí se refiere, pero parece que se trata de oficinas o agencias financieras del prefecto del pretorio y de otras homólogas de la *comitiva sacrarum largitionum.* Las tasas o impuestos «imperiales» iban destinados a las arcas privadas del emperador (recuérdese que el término *fiscus* significa «cestillo para el dinero»).

[182] La guerra contra los persas.

muchedumbre, deseaban ser espectadores de nuevas aventuras, pero a condición de que fueran otros los que corrieran los riesgos.

7 Sin embargo, nadie se atrevió a decirle nada al emperador para impedir la expedición excepto Juan de Capadocia, el prefecto del pretorio, que era el más audaz y hábil de to-
8 dos los hombres de su tiempo[183]. En efecto, Juan, mientras los demás lamentaban en silencio las desdichas del momento, llegó a presencia del emperador y le habló en los siguientes términos: «La confianza, ¡oh, emperador!, que muestras en el trato con tus súbditos, nos abre la posibilidad de decir con franqueza qué es lo que debe convenir a tu gobierno, aun cuando aquello que se pueda decir o hacer no resulte de tu
9 agrado, pues tu inteligencia funde de tal modo en tu persona la autoridad con el sentido de la justicia que no consideras que sea favorable a tu causa aquel que te obedezca ciegamente en todo, ni tampoco te muestras disgustado con el que te contradice, sino que, sopesándolo todo con el razonamiento puro solamente, demostraste muchas veces que no significa ningún riesgo para nosotros el oponernos a tus de-
10 cisiones. Llevado por estas consideraciones, emperador, me he presentado ante ti para ofrecerte este consejo, ofendiéndote quizá en un primer momento, si es que así ocurre, pero dejando patente más tarde mi lealtad y tomándote a ti como
11 testigo de ella. Y es que si, desoyendo mis consejos, emprendes la guerra contra los vándalos, sucederá que, si la lucha se prolongara para ti, mis recomendaciones serían esti-

[183] Juan, nacido en Capadocia en el seno de una familia de origen humilde, consiguió, no obstante, acceder a las más altas funciones del Estado bizantino, puesto que desempeñó el cargo de prefecto del pretorio desde febrero del 531 hasta mayo del 541, salvo un corto período de tiempo, el que coincidió con la sedición *Nika:* desde el 25 de enero hasta mediados de octubre del 532 d. C.

madas. Si, en efecto, tienes confianza en que vas a vencer a 12
los enemigos, no es en modo alguno inconveniente que tú sacrifiques vidas humanas, gastes gran cantidad de dinero y soportes las penalidades de la contienda bélica; pues la victoria que se produce después cubre todos los sufrimientos de la guerra. Pero si, en realidad, estas cosas están en 13
manos de Dios[184] y si, valiéndonos de los ejemplos del pasado[185], es obligatorio que nosotros le tengamos miedo al desenlace de la guerra, ¿cómo no va a ser mejor preferir la paz a los peligros de los combates? Tú tienes el propósito de 14
lanzar una expedición contra Cartago, pero, por tierra firme, el trayecto hasta allí es de ciento cuarenta días de ruta y si se viaja en barco, es obligado cruzar la totalidad del mar abierto y llegar hasta sus mismos límites, de tal forma que el mensajero que vaya a darte cuenta de cuanto suceda en el campamento necesitará un año para llegar hasta ti. Y se 15
podría añadir también que, si sales victorioso frente a los enemigos, no te sería posible tomar posesión de Libia, al estar Sicilia e Italia en poder de otros[186]; si, por el contrario, 16
sufres una derrota, emperador, habiendo sido roto ya por ti el tratado, pondrás en peligro nuestro territorio; resumiendo, una victoria no te aportará ningún beneficio y un revés de la fortuna arruinará lo que ahora está bien establecido. Y, antes 17
de actuar, resulta provechoso planear bien las cosas, pues para los que han fracasado el arrepentimiento es inútil, pero, antes de que ocurra una catástrofe, cambiar los planes no implica ningún riesgo. En consecuencia, lo más conveniente

---

[184] Literalmente: «en las rodillas de Dios».

[185] Se refiere a la expedición de Basilisco en el año 468.

[186] El reino de los ostrogodos, gobernado por aquel entonces por Atalarico, nieto de Teodorico nacido en el 516/518, desde el 30 de agosto del 526 hasta el 2 de octubre del 534, bajo la regencia de Amalasunta.

de todo será hacer un uso oportuno de las coyunturas favorables.»

18 Tales fueron las consideraciones que expuso Juan. Y el emperador, haciéndole caso, cesó en su propensión a emprender la guerra. Sin embargo, uno de los ministros sagrados a los que llaman obispos, que había llegado de la parte oriental, expresó su deseo de tener unas palabras con el em-
19 perador. Y en el transcurso de la entrevista que mantuvo con él, le indicó que Dios le había encomendado en sueños dirigirse al emperador para censurarle porque, habiéndose encargado de proteger de los tiranos a los cristianos de Libia, posteriormente se había atemorizado sin ninguna razón:
20 «Y sin embargo», prosiguió diciendo Dios, «yo seguiré siendo aliado del emperador mientras esté haciendo la guerra y
21 lo convertiré en el dueño de Libia.» Cuando Justiniano hubo escuchado estas palabras, no pudo ya reprimir sus deseos, sino que empezó a reunir el ejército y los barcos, preparaba las armas y los víveres y ordenó a Belisario que estuviese dispuesto para actuar como general en Libia en muy breve plazo[187].

[187] Cf. EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 85-86, 90 y 96. Este pasaje donde Justiniano comunica que está reuniendo un ejército contra los vándalos del norte de África está planteado tomando como modelo aquella escena en que HERÓDOTO (VII 8-13) presenta a Jerjes anunciando su expedición contra Grecia. El personaje que aquí hace el mismo papel que Artábano en la de Heródoto es Juan de Capadocia, que expone unos argumentos en contra de la expedición paralelos a los de Artábano, pero, como matiza Evans, con una diferencia bien significativa: Artábano se extiende en consideraciones sobre los celos de la divinidad, que gusta de provocar la caída de los arrogantes y poderosos, mientras que Juan dice simplemente que las vicisitudes de la guerra descansan sobre las rodillas de Dios; y es que, todo lo más, Procopio puede hablar de «celos de la Fortuna» (cf. *Historia de las Guerras* VI 8, 1), pero no se atreve a atribuir celos a Dios. Lo que en realidad sugiere Procopio, es que el devenir de la guerra depende de la suerte, del azar, y que la suerte a su vez es, de alguna manera, el perro faldero o el juguete de Dios: mientras

Pudencio[188], uno de los nativos de Trípolis de Libia, se ha- 22
bía rebelado contra los vándalos y envió emisarios ante el
emperador para solicitar que le enviase un ejército, pues 23
afirmaba que, sin ningún esfuerzo, tomaría posesión del país
para él. Y Justiniano le mandó un contingente militar no muy
numeroso comandado por Tatimut[189]. Pudencio unió sus fuer- 24
zas a las de aquél y, al no estar presentes los vándalos, se
apoderó del territorio y lo añadió a los dominios del empe-
rador. Y a Gelimer, que quería castigar a Pudencio, le ocu-
rrió el siguiente contratiempo.

Había un tal Godas entre los esclavos de Gelimer, godo 25
de nacimiento[190], apasionado, enérgico y suficientemente do-
tado de fuerza física, que parecía estar en buena disposición

---

que los hombres en general consideran que la *týchē* actúa caprichosamente, ésta, sin embargo, para Procopio, nunca quebranta o traspasa un diseño razonable sobre el cual Dios tiene el control último (cf. EVANS, *op. cit.*, pág. 96). El consejo que Juan de Capadocia da aquí a Justiniano es equivalente al del senador Orígenes (cf. *Historia de las Guerras* II 14, 26-31) ante la multitud durante la sedición *Nika:* no hacer la guerra (en este caso al emperador), puesto que las guerras y las decisiones rápidas están sujetas a la *týchē;* Juan de Capadocia se muestra contrario a la guerra porque el resultado de ésta descansa sobre las rodillas de Dios. Es lo mismo básicamente: en la medida de lo posible, el hombre sensato no debe darle a la *týchē* ocasiones para actuar.

188 Este tal Pudencio, personaje que va a reaparecer a lo largo de la obra en varias ocasiones, e incluso en el 543, es considerado siempre tripolitano, es decir, ciudadano de la provincia Tripolitana. El relato de IV 21, 2-15 parece que sugiere que era oriundo de la ciudad de Leptimagna o que, por lo menos, residía allí permanentemente y era una de las figuras más notables de la ciudad. Algunos estudiosos como C. Courtois lo consideran, sin que exista prueba alguna de ello, originario de la ciudad africana de Oea (hoy día Trípoli), cercana a las Sirtes sin duda por confusión precisamente entre Trípoli (la ciudad moderna de Libia) y *Tripolis* o *Tripolitana* (la provincia antigua).

189 Se trata de un oficial bizantino desconocido.

190 La secesión parece que data del año 532 d. C.

26 hacia la causa de su señor. A este Godas le confió Gelimer la isla de Cerdeña, para su vigilancia y para la recaudación
27 del tributo anual. Sin embargo él, no siendo capaz ni de digerir esta prosperidad suya emanada de la fortuna ni de tolerarla en su espíritu, intentó establecer una tiranía y no consideraba justo ya tampoco entregar la recaudación de los impuestos, sino que, por el contrario, se adueñó de la isla,
28 separándola de la autoridad de los vándalos. Y cuando se enteró de que el emperador Justiniano tenía la intención de hacer la guerra contra Libia y Gelimer, le escribió en los si-
29 guientes términos: «No fue ni por ceder a la insensatez ni por haber sufrido ningún acto desagradable de parte de mi señor por lo que fijé mi atención en una revuelta, sino que, al contemplar cuán grande fue la crueldad de este hombre hacia su familia y sus súbditos, no podría yo dar la impresión, voluntariamente al menos, de que participo de su falta
30 de humanidad, pues es preferible servir a un rey justo que a
31 un tirano que da órdenes no conformes con la ley. Colabora, pues, conmigo en este mi esfuerzo y envíame soldados para que pueda yo ser capaz de rechazar a mis agresores.»

32 El emperador recibió con agrado esta carta y envió a Eulogio[191] como emisario, llevando éste en sus manos un mensaje suyo en el que elogiaba a Godas por su sensatez y su fervor por la justicia y le prometía una alianza militar, soldados y un general que fuese capaz de guardar la isla junto con él y cooperar en las demás tareas, a fin de evitar que a Godas le ocurriese algo desagradable de parte de los
33 vándalos. Eulogio, sin embargo, cuando llegó a Cerdeña encontró a Godas asumiendo el título de rey y llevando las vestiduras propias de tal dignidad, asi como acompañado de
34 una guardia personal. Éste, una vez que hubo leído la carta

[191] Personaje desconocido.

del emperador, dijo que estaba deseoso de recibir soldados para que lucharan junto a él, pero que, por el contrario, no precisaba ningún comandante en absoluto. Y, tras haber escrito al emperador en estos términos, despachó a Eulogio.

Mientras tanto, no habiéndose enterado todavía el empe- 11
rador de esto, preparaba un contingente de cuatrocientos soldados y a Cirilo en calidad de comandante, para proteger la isla junto a Godas[192]. Y, además de éstos, tenía ya dis- 2
puesta para la partida la expedición militar contra Cartago, que estaba compuesta de diez mil soldados de infantería y cinco mil de caballería, reclutados de entre las tropas regulares y los federados[193]. En otro tiempo, sólo los bárbaros eran 3
alistados como federados: cuantos se integraban en el Imperio no bajo la condición de esclavos, ya que no habían sido vencidos militarmente por los romanos, sino en pie de completa igualdad[194]. Los romanos, en efecto, llaman *foedera* a 4
los tratados con los enemigos, pero en la actualidad no se

---

[192] Cirilo intervino ya en calidad de comandante en la batalla de Daras durante la guerra contra los persas en junio del 530 (cf. I 13, 21). Posteriormente lo volveremos a encontrar en la obra en sucesivas intervenciones ya dentro de las guerras vándalas: en Cerdeña, en Cartago, de nuevo en Cerdeña y en Córcega y, por último, en Numidia, donde murió en el año 536 ejecutado por el rebelde Estotzas (cf. IV 15, 50 y 59).

[193] A este contingente de fuerzas hay que añadir cuatrocientos soldados de caballería hérulos y seiscientos arqueros hunos; por otro lado, la casa o cuarto militar de Belisario, integrada por varios millares de *buccellarii*, o soldados pertenecientes a un particular, montados que en Italia serán siete mil, pero que en África alcanzan un número aproximado de dos mil efectivos. El ejército regular está integrado por las tropas de campaña o *milites comitatenses*, que incluían la infantería y la caballería.

[194] Los federados *(foederati)* actuaron como mercenarios durante todo el s. IV y V. Eran bandas o agrupaciones privadas de tropas que estaban a las órdenes de un jefe o líder que tenía el título o dignidad de *comes*, conde, y que recibía del estado una asignación de dinero para el mantenimiento de sus tropas.

puede impedir a nadie asumir este apelativo, pues el tiempo
no permite en absoluto mantener las denominaciones vin-
culadas a aquellas realidades a las que se les ha aplicado
anteriormente, sino que, al cambiar continuamente las cir-
cunstancias según los deseos de los hombres que las con-
trolan, se presta poca atención a lo que significaba el nom-
5 bre que se les había impuesto. Los jefes de los federados
eran Doroteo, el general de las tropas de Armenia[195], y Sa-
lomón[196], que actuaba como intendente del general Belisa-
6 rio —*domesticus* denominan los romanos a los que tienen
tal función—. Salomón era un eunuco, pero no había sufri-
do la mutilación de sus vergüenzas por maldad de nadie, si-
no que había sido un accidente lo que lo había causado
mientras se encontraba en paños menores —también esta-
ban Cipriano, Valeriano, Martino, Altias, Juan, Marcelo y
7 Cirilo, del cual hice mención anteriormente—[197]; y de los

---

[195] Nombrado en el año 530 general o jefe de los soldados de Armenia, Doroteo venció allí en dos ocasiones al general persa Mihr-Mihroé y, posteriormente, vengó la derrota de Belisario del 19 de abril del 531 obteniendo sucesivos éxitos sobre los persas hasta finales de ese mismo año. En el 533 emprendió la marcha junto a Belisario, pero no pudo llegar a África, pues murió de muerte natural en Sicilia en agosto del 533 d. C.

[196] Nació Salomón cerca de la ciudad de Daras (cf. *infra*, nota 201). Posiblemente Belisario reparó en él cuando actuó como comandante de los federados armenios con ocasión de la batalla de Daras. Como se indica en el texto de Procopio, en el 533 desempeñaba la función de *domesticus*, es decir, de ayudante de campo o edecán de Belisario aunque, en realidad, al ser adjunto o intendente suyo, era el jefe del estado mayor del general.

[197] Cipriano, comandante de las tropas federadas dentro del cuerpo expedicionario del año 533, siguió estando presente en África hasta el verano del 534. Valeriano, que aparece como comandante de las tropas auxiliares en la expedición a África, vuelve a intervenir en Numidia en el año 536. Martino fue en un principio, con ocasión de la primera guerra contra los persas de Justiniano, rehén de éstos últimos antes de ser envia-

soldados regulares de caballería los jefes eran Rufino y Aigán, que pertenecían a la casa de Belisario, así como Barbato y Papo[198], mientras que los que estaban al mando de la infantería eran Teodoro, al que le habían impuesto el sobrenombre de Ctéano, y también Terencio, Zaido, Marciano y
Sarapis[199]. Y un tal Juan, originario de Epidamno, ciudad 8
que ahora recibe el nombre de Dirraquio, ejercía el mando
supremo sobre todos los jefes de la infantería[200]. Entre todos 9
estos responsables militares, Salomón era de la parte oriental, de los límites mismos del Imperio Romano, donde ac-

do en calidad de comandante de las tropas auxiliares a África, donde permaneció varios años hasta que se le ordenó regresar a Constantinopla. Por su parte, Altias, también comandante de las tropas auxiliares en el seno del cuerpo expedicionario de África entre el 533 y el 536, no aparece ya más después. Juan no interviene más que en la guerra vándala, en concreto con ocasión de la batalla de Tricamaro a mediados de diciembre del año 533 y, más tarde, en Cesarea, a donde lo envió Belisario a comienzos del siguiente año. Marcelo, también comandante de los auxiliares en la expedición de África, actuó posteriormente como comandante en jefe de las fuerzas militares romanas en Numidia *(dux Numidiae)* y tomó parte en la contienda con el amotinado Estotzas durante el tercer trimestre del 536, pero terminó siendo ejecutado por éste poco después (cf. IV 15, 59). Sobre Cirilo, cf. nota 192.

198 Rufino, oriundo de Tracia, perteneciente como *buccellarius* a la casa militar de Belisario, actuaba como portaestandarte. Sólo es citado durante la guerra vándala cuando tuvo lugar la guerra de reconquista. Aigán, jefe maságeta, es decir, huno (cf. SINESIO DE CIRENE, *Sobre la realeza,* 17 a) y también *buccellarius* del general Belisario, participó en la batalla de Daras antes de llegar a África en el 533 d. C. Barbato, comandante de caballería en el 533, pero desconocido por lo demás, murió en Numidia junto con Marcelo (cf. nota anterior). Por último, Papo era hermano de Juan Troglita y sólo es mencionado en la *Guerra Vándala.*

199 Teodoro Ctéano («Tesoro»), Zaido y Marciano son personajes desconocidos. Terencio y Sarapis, comandantes de infantería, sólo aparecen con ocasión de los sucesos del 533 y en Numidia en el año 536.

200 De Juan de Epidamno, comandante en jefe de la infantería en el 533 no se conoce ningún dato más.

tualmente está situada la ciudad de Daras[201]; por otro lado,
Aigán era maságeta de nacimiento, gentes a las que hoy día
se les denomina hunos, mientras que los restantes habitaban
10-11 casi todos en las comarcas de Tracia. Y a ellos los acompa-
ñaban cuatrocientos hérulos sobre los que mandaba Faras[202]
y alrededor de seiscientos bárbaros aliados del pueblo ma-
12 ságeta, todos arqueros a caballo; éstos eran dirigidos por Si-
nión y Balas, ambos dotados de una bravura y resistencia
13 excepcionales[203]. Y el cuerpo expedicionario completo re-
quería quinientas naves, de las que ninguna podía transpor-
tar más de cincuenta mil medimnos, mas, ciertamente, tam-
14 poco menos de tres mil[204]. Y en todos los barcos navegaban
en total treinta mil marinos, egipcios y jonios en su mayor
parte, y también cilicios; y un solo comandante en jefe fue
designado para la totalidad de la flota, Calónimo de Alejan-

---

[201] Daras es una ciudad del norte de Mesopotamia, perteneciente a la provincia del mismo nombre y situada en la frontera romano-persa (hoy día se encuentra a poca distancia de la frontera entre Turquía y Siria).

[202] Jefe hérulo que aparece ya interviniendo en la batalla de Daras, antes de su participación en la expedición militar a África. Tras la caída del Imperio de Atila en torno al 455, los hérulos llegaron hasta la actual Eslovaquia procedentes del sur de Rusia, para aliarse posteriormente con Teodorico en el año 507. Sin embargo, a consecuencia de una derrota militar frente a los lombardos en el 509, se dispersaron y una parte de ellos se puso entonces al servicio del emperador Anastasio, los cuales pasaron más tarde a formar parte de los ejércitos de Justiniano como mercenarios.

[203] Balas, jefe de los *foederati* hunos, es desconocido para otras fuentes. Su homólogo Sinión vuelve a aparecer, tras el desembarco del año 533, como jefe de los hunos cutriguros, unos veinte años después, suplicándole a Justiniano que lo reciba en Tracia junto a dos mil compatriotas (cf. *Historia de las Guerras* VIII 19, 6-7).

[204] Estas naves eran barcos de transporte. El medimno es una medida de capacidad para sólidos que equivale a 48 quénices (51,841 litros).

dría[205]. Llevaban ellos además barcos largos equipados para 15
una batalla naval en número de noventa y dos, pero de un
solo orden de remos y que estaban provistos de unas cu-
biertas por encima, para evitar que los remeros fuesen al-
canzados por los dardos de los enemigos. Los hombres de 16
ahora llaman a tales barcos *drómones*, dado que pueden na-
vegar a gran velocidad[206]. En éstos navegaban dos mil bi-
zantinos, todos soldados y remeros a la vez, pues, entre
ellos, no había ni uno solo que fuera superfluo. Fue enviado 17
también Arquelao, un hombre que pertenecía a la clase de
los patricios que ya había sido prefecto del pretorio en Bi-
zancio y en Iliria, pero que entonces fue nombrado prefecto
del ejército, pues así se denomina al oficial que costea los
gastos de mantenimiento de las tropas[207]. Sin embargo, co- 18
mo general con mando supremo sobre todos, el emperador
envió a Belisario, que asumía el mando de las tropas de
Oriente por segunda vez. A éste lo acompañaba una guardia 19
personal compuesta por un buen número de oficiales y sol-
dados, hombres capacitados para la práctica de la guerra y
completamente experimentados en los peligros que ésta con-
lleva. El emperador le mandó una serie de indicaciones por 20
escrito, comunicándole que ejecutara todas y cada una de
las acciones como mejor le pareciera a él y que sus actos se-
rían tan válidos como si fuese el emperador en persona el

---

[205] Calónimo no es mencionado en ninguna otra obra más que en la de Procopio, en la cual volverá a aparecer más adelante en III 17, 16 y, sobre todo en 20, 23 ss. donde el autor destaca su edificante muerte.

[206] Literalmente «corredores».

[207] Arquelao fue prefecto del pretorio extraordinario en 533-534. Acompañó a la expedición militar a África donde actuó como tesorero general y responsable del aprovisionamiento de alimentos para el cuerpo expedicionario. Posteriormente, ya el 13 de abril del 534 fue prefecto del pretorio de África (cf. *Codigo de Justiniano* I 27, 1) aunque el 1 de enero del 535 habia cedido su puesto a Salomón.

que los hubiera llevado a cabo. La carta, en efecto, le confe-
21 ría a él las prerrogativas de un emperador. Por cierto, Beli-
sario era oriundo de Germania, ciudad que está situada entre
Tracia e Iliria[208]. De tal forma, pues, se desarrollaron estos
acontecimientos.

22 Por su parte, Gelimer, que había sido privado de Trípo-
lis por Pudencio y de Cerdeña por Godas, apenas tenía espe-
ranzas de recuperar Trípolis, pues se encontraba situada a
gran distancia y estaban ya colaborando con los sublevados
los romanos, contra quienes no le parecía muy recomenda-
ble emprender una campaña militar justo en esos momentos;
pero, por otra parte, estaba ansioso de llegar a la isla antes
de que cualquier contingente enviado por el emperador para
23 luchar al lado de sus enemigos arribase a ésta. Por tanto, tras
reunir a cinco mil vándalos y los ciento veinte barcos que
navegasen más rápido, designando como general a su her-
24 mano Tzazón, los hizo partir[209]. Y, por una parte, ellos na-
vegaban con gran entusiasmo y ardor contra Godas y Cer-
deña y, por otra, el emperador Justiniano envió a Valeriano
y a Martino por delante de los demás con el fin de que espe-
25 rasen al resto del ejército en el Peloponeso. Pero cuando ya
ambos habían embarcado cada uno a bordo de su nave, le
vino a la mente al emperador algo que quería encomendar-
les a los dos, una orden que incluso antes había querido
darles, pero que cierta preocupación por otros asuntos de los
que tenía que hablar había retenido tanto su atención que

---

[208] Germania era una ciudad de la Dacia, situada a poca distancia de la actual Saparevska Banja (distrito de Dupnitza/Marec, no lejos de la frontera occidental de Bulgaria) y cerca del río Dzerman, que ha conservado el nombre de la ciudad antigua.

[209] Tzazón, forma que utiliza Procopio por Tata, nombre de etimología y significado desconocidos, es un personaje que solamente aparece en la obra de nuestro autor.

había dejado apartado este asunto. Así pues, tras mandarlos 26
llamar a ellos dos con la intención de comunicarles lo que
deseaba, pensándo mejor, sin embargo, encontró que no se-
ría un buen augurio para ellos interrumpir el viaje. Por ello, 27
envió a unos mensajeros para impedirles que virasen de vuel-
ta hacia él o que desembarcasen de las naves. Pero los men- 28
sajeros, cuando se encontraron cerca de ellos, les ordenaron
con fuertes gritos y formando un gran alboroto que no vol-
viesen atrás de ninguna manera, dándoles a los presentes la
impresión de que lo que estaba sucediendo no era un buen
presagio y de que ninguno de los que estaban a bordo de
aquellas naves regresaría jamás de Libia a Bizancio. Y es 29
que, además del presagio, abrigaban la sospecha de que les
llegaba una maldición proveniente del emperador, en absolu-
to de forma voluntaria por su parte, destinada a impedirles
regresar. Y si alguien quisiera interpretar el incidente en re-
lación con estos dos comandantes, Valeriano y Martino, com-
prendería enseguida el carácter erróneo de este punto de vis-
ta inicial. Sin embargo, había entre los guardias de corps de 30
Martino un tal Estotzas que estaba destinado a convertirse
en enemigo del emperador, a intentar usurpar el poder y de
ningún modo regresar a Bizancio, por lo que se podría su-
poner que era éste el hombre sobre el que Dios hacía recaer
la maldición aquella. Mas si esto es así o de otra manera de- 31
jo que cada uno lo juzgue como le plazca. Ahora voy a pasar
a relatar cómo partieron el general Belisario y su ejército.

En el séptimo año de reinado del emperador Justiniano, 12
en torno al equinoccio de primavera, ordenó éste al barco
del almirante que anclase junto a la escarpada orilla que
queda delante del palacio imperial[210]. Habiendo llegado allí 2

[210] El séptimo año del reinado de Justiniano comienza el 1 de abril del 533 si se tiene en cuenta el período en que el emperador compartió el tro-

Epifanio, el arzobispo de la ciudad, tras pronunciar todas las preces apropiadas, hizo subir al barco a uno de los soldados que había bautizado recientemente y que había adoptado el nombre cristiano. De esta forma, pues, se hicieron a la mar
3 el general Belisario y su esposa Antonina[211]. Les acompañaba también Procopio, el autor de esta obra, que anteriormente había estado muy atemorizado ante el peligro, pero que, más tarde, tuvo una visión en sueños que le hizo tomar
4 confianza para decidirse a participar en la expedición. En el sueño, efectivamente, le había parecido que se encontraba en la casa de Belisario y que uno de los sirvientes de éste había entrado para anunciar que llegaban unos hombres portando regalos; Belisario le ordenó que averiguase qué clase de regalos eran ésos y el criado, tras salir al patio, vio a unos hombres que llevaban sobre sus espaldas tierra cubierta de

no con su tío Justino o bien el 1 de agosto del mismo año si sólo se computa el tiempo en que Justiniano empezó a reinar en solitario tras la muerte de Justino. El solsticio cae en medio de las dos fechas: el 22 de junio. La concentración de la flota debió llevarse a cabo en el interior del Puerto Juliano, situado sobre la Propóntide, al sur y en la parte inferior de la colina del Gran Palacio. De todas formas la toponimia plantea problemas y no se puede descartar que la nave del almirante haya fondeado en el puerto de *Boukoléon,* que queda cerca del palacio del mismo nombre construido en tiempos de Teodosio II, también sobre la Propóntide, pero al este del anterior.

[211] Antonina, hija de un cochero y una comediante, se casó con Belisario en el año 527. Juntamente con su amiga y compañera de desvaríos, la emperatriz Teodora, se hizo famosa por sus malas costumbres. Esta vida desordenada que llevaba la condujo incluso a castigar severamente a su propio hijo, que había denunciado los excesos de su madre. Posteriormente colaboró en la destitución del Papa Silvestre durante el asedio de Roma por Vitigis. Tras la muerte de su esposo Belisario en el 565, se hizo religiosa recluyéndose en el convento que ella misma había fundado. Procopio, que no sentía ninguna simpatía por ella, en su *Historia Secreta,* multiplica todavía más los chismes y calumnias contra ella.

flores. Seguidamente, Belisario le mandó que hiciese entrar 5
en la casa a los hombres esos y que depositasen la tierra que
llevaban en el pórtico, lugar a donde entonces llegó Belisa-
rio junto con los oficiales de su guardia personal[212] y poste-
riormente se reclinó sobre la tierra aquella y se comió las
flores, ordenando a los demás hacer exactamente lo mismo;
a estos últimos, mientras estaban recostados comiendo igual
que sobre un lecho, la comida les pareció extraordinariamen-
te agradable. Tal fue, pues, la visión que Procopio tuvo en
sueños.

La totalidad de la flota siguió a la nave del general e hi- 6
zo escala en Perinto, que actualmente recibe el nombre de
Heraclea[213], donde la expedición consumió un lapso de tiem-
po de cinco días, dado que en ese lugar el emperador obse-
quió al general con una cantidad muy considerable de caba-
llos procedentes de las dehesas imperiales que son explota-
das para el emperador en el territorio de Tracia. Y, tras 7
hacerse a la mar desde allí, fondearon en Abido y les vino a
suceder que, mientras llevaban ya en ese lugar cuatro días
de demora a causa de la falta de viento, tuvo lugar la si-
guiente contingencia: dos maságetas mataron a uno de sus 8
compañeros porque se estaba burlando de ellos mientras se
encontraban bebiendo de forma incontrolada, pues ambos
estaban borrachos. Y es que, entre todos los hombres, los

---

[212] «Guardia de corps» o, mejor, «oficial de la guardia personal» serían las traducciones más recomendables del término griego *doryphóros* (literalmente «lancero»), que Procopio aplica al rango o categoría superior de los *buccellarii*, los oficiales. Los soldados rasos que integraban la guardia, por tanto los de rango inferior, son designados con el término *hypaspistaí* («portadores de escudo», «escuderos») y que traduciremos como «soldados de la guardia personal». Todos ellos eran tropas de élite y, normalmente, de caballería.

[213] Perinto, la moderna Eregli (= Heraclea), está situada en la costa europea del mar de Mármara.

9 maságetas son, con diferencia, los más bebedores. En con-
secuencia, Belisario inmediatamente mandó empalar a los
10 dos hombres en la colina que queda cerca de Abido. Y, co-
mo todos los demás y, especialmente, los parientes de los
dos hombres se sintieron indignados y afirmaban que no
habían entrado en alianza con ellos ni para sufrir castigos ni
para estar sometidos a las leyes de los romanos —pues sus
propias leyes, decían, no establecían castigos de tal clase
por los asesinatos—, se unían a ellos en repetir a gritos una
y otra vez la acusación contra el general también los solda-
dos romanos, para los que entonces era objeto de preocupa-
ción que no hubiera castigo por los delitos de aquéllos y
Belisario, tras convocar a los maságetas y al resto del ejér-
11 cito, les habló en los siguientes términos: «Si mis palabras
fueran dirigidas a hombres que van ahora por vez primera a
la guerra, largo tiempo necesitaría yo para convenceros con
mi discurso de cuán gran recurso es la justicia para la con-
12 secución de un triunfo. En efecto, los que no conocen las
vicisitudes de este tipo de luchas creen que el resultado de la
13 guerra depende sólo de la fuerza de los brazos, pero voso-
tros, que en multitud de ocasiones habéis vencido a enemi-
gos que no eran inferiores a vosotros en fuerza física y que
estaban suficientemente dotados de valor, y que, además,
con mucha frecuencia habéis probado la pujanza de vuestros
oponentes, no ignoráis, creo yo, que son los hombres los
que luchan por cada uno de los dos bandos, pero que es
Dios el que decide el resultado según su criterio y el que
14 otorga la victoria en la guerra. Por lo tanto, dado que esto es
así, es conveniente considerar el vigor corporal, la práctica
de las armas y todos los demás preparativos para la guerra
como de menor importancia que la justicia y todo aquello
15 que corresponde a Dios. En efecto, eso que puede ser más
provechoso para los que se encuentran necesitados de ayuda

es lo que, naturalmente, sería objeto de mayor estimación por parte de ellos. Ahora la primera prueba de justicia sería el 16
castigo de los que han cometido un asesinato injusto, pues si es necesario, de entre las acciones que los hombres continuamente llevan a cabo en relación con su prójimo, juzgar y poner un calificativo a la que es justa y a la injusta, nada sería más valioso para un hombre que su vida. Si, por otro la- 17
do, un bárbaro considera justo encontrar indulgencia en el castigo habiendo matado a un compatriota mientras estaba bebido, hace en justicia más graves los cargos por aquello mismo que alega para justificarse ante las acusaciones, pues 18
no es correcto estar tan bebido, especialmente cuando se está sirviendo en el ejército, como para matar resueltamente a los amigos más queridos; antes bien, la propia embriaguez, aunque en absoluto llegue a consumarse el crimen, es ya merecedora del castigo y el crimen cometido contra un compatriota parecería, al menos a los que tienen sentido común, más digno de tenerse en cuenta en lo que respecta al castigo que los que se cometieron contra desconocidos. Así pues, el 19
ejemplo está a la vista y también el resultado de acciones tales. Por otra parte, os conviene absteneros de toda injusticia 20
y no apropiaros de nada que pertenezca a otros, porque no lo voy a pasar por alto ni consideraré compañero mío de armas, por muy temible que sea considerado por los enemigos, a cualquiera de vosotros que no pueda presentar sus manos limpias en el momento de enfrentarse a los adversarios, pues la bravura no puede triunfar si no va acompañada de la 21
justicia.»

En estos términos habló Belisario y el ejército completo, 22
una vez que escucharon sus palabras y dirigieron la vista a los dos empalados, sintieron un miedo incontrolable y tomaron la decisión de conducirse de forma moderada, puesto que no quedarían libres de correr un gran peligro en el ca-

so de que fueran sorprendidos cometiendo alguna acción ilegal.

13 Tras estos sucesos, Belisario consideraba la manera de que los barcos de la flota pudieran navegar siempre juntos y
2 echar el ancla en el mismo muelle. Sabía él, en efecto, que en una flota grande, especialmente si se abaten sobre ella vientos tempestuosos, es inevitable que muchas de las embarcaciones queden rezagadas y se dispersen en mar abierto y que sus pilotos no sepan a cuál de los barcos que le prece-
3 den es mejor seguir. De tal forma, tras considerar el asunto, obró de la siguiente manera: Las velas de los tres barcos en los cuales él mismo y su séquito navegaban las mandó pintar de bermellón[214] desde el extremo superior hasta una tercera parte aproximadamente y, tras levantar pértigas derechas en cada una de las proas, hizo colgar de ellas lámparas con objeto de que las naves del general fueran visibles tanto de día como de noche; entonces ordenó a todos los
4 pilotos que siguieran a éstas. De esta forma, con las tres naves guiando a toda la flota, ninguno de los barcos se quedó atrás. Sin embargo, cada vez que iban a salir de un puerto para hacerse a la mar, eran las trompetas las que les daban la señal.

5 Cuando salían de Abido, unos fuertes vientos se abatieron sobre ellos arrastrándolos hasta el Sigeo[215]. Y, aprovechando de nuevo la calma, se dirigieron más relajadamente hacia Málea[216], donde la ausencia de vientos fue para ellos
6 una verdadera suerte, pues, comoquiera que estaban en una gran flota y en barcos de enorme tamaño, al llegar la noche,

---

[214] El *míltos* es un tinte fabricado con óxido rojo de plomo.

[215] Promontorio situado en la desembocadura del Helesponto sobre la costa asiática (actualmente Kumkale) muy cercano a Troya.

[216] El cabo Málea constituye el extremo final de la península que queda más al este en la costa meridional del Peloponeso.

la falta de espacio provocaba una gran confusión, situación que llevaba a la expedición al grado más elevado de peligro. En aquellas circunstancias, tanto los pilotos como 7
el resto de los marinos demostraron su valía, pues, gritando muy fuerte y formando un gran alboroto, empujaban los barcos alejándolos con sus pértigas y con pericia mantenían la distancia entre las diferentes naves, pero de tal manera que, si les hubiera sobrevenido un viento favorable o de cara, me da a mí la impresión de que los marineros a duras penas se habrían salvado a sí mismos y a sus embarcaciones. Pero la realidad es que, como se ha dicho, consiguieron 8
huir y desembarcaron en Ténaro, ciudad que actualmente recibe el nombre de Cenópolis[217]. Más tarde, habiendo par- 9
tido de allí, arribaron a Metone[218] y encontraron a Valeriano y Martino junto con sus hombres, que habían llegado a ese mismo lugar poco antes. Y, como no soplaban vientos favo- 10
rables, Belisario ancló allí los barcos e hizo desembarcar a todo el ejército; una vez que estuvieron en tierra, asignó a los jefes sus puestos y dispuso ordenadamente a los soldados. Mientras se ocupaba él en estas actividades y como no 11
se levantaba viento en absoluto, sucedió que muchos de los soldados murieron de enfermedad por las causas que seguidamente voy a explicar. El prefecto del pretorio, Juan, tenía 12
un carácter mezquino y era tan diestro en idear diferentes

---

[217] El cabo Ténaro es el final de la península que está en parte central de la costa sur del Peloponeso. A unos 5 Kms. al norte del cabo propiamente dicho, se encontraba la población homónima de Tainaron que, en una fecha indeterminada, pero como muy tarde en el s. II d. C., tomó el nombre de Cenópolis *(Kainoúpolis,* «Ciudad Nueva»), indudablemente después de una refundación o de una renovación de la ciudad. El cabo Ténaro recibe hoy día el nombre de Matapán.

[218] Metone se encuentra situada en la península occidental de la costa sur del Peloponeso y corresponde a la moderna Mothoni, en el lado oeste, a unos 20 kilómetros aproximadamente del cabo Akritas.

formas de conseguir dinero para el tesoro público en detri-
mento de los particulares, que yo al menos no sería capaz
13 jamás de encontrar las palabras para describirlo. De todas
formas esto ya lo he contado yo en las páginas precedentes
cuando el desarrollo de la historia me condujo a este punto
14 del relato[219]. Lo que yo en este momento, sin embargo, voy
a referir, es de qué forma provocó entonces la muerte de
15 esos soldados. El pan con que los soldados tienen que ali-
mentarse en el campamento es imprescindible introducirlo
dos veces en el horno y que se cueza con tanto cuidado que
dure lo más posible y no se eche a perder en poco tiempo;
16 además, el pan cocido de esta manera es obligado que en la
balanza dé menos peso y, por esta razón, en los repartos de
pan de esta clase, los soldados suelen recibir como porción
17 para cada uno la cuarta parte más del peso normal[220]. En
consecuencia, Juan, calculando cómo daría menos leña e in-
ferior sueldo a los horneros y, además, de qué forma no le
resultaría menor el peso, llevó el pan todavía sin cocer a los
Baños de Aquiles[221], debajo de los cuales arde el fuego, y
ordenó depositarlo allí. Y cuando le pareció que el pan esta-
ba cocido de una forma o de otra, tras meterlo en sacos y
18 embarcarlo en las naves, lo despachó. Pero cuando la flota
llegó a Metone, las piezas de pan se desintegraron y se con-

---

[219] Cf. *Historia de las Guerras* I 24, 12-15, y 25, 8-10.

[220] La ración de este pan cocido dos veces representaba un cuarto más de trigo para el mismo peso que cuando daba pan horneado una sola vez. Evidentemente se pagaba al hornero en base a tanto por ración, en el peso, del pan cocido una sola vez, pero, a causa de la larga duración del viaje, el pan cocido de la otra manera era requisado por los que estaban encargados de la alimentación del ejército en campaña.

[221] Los Baños de Aquiles, los más antiguos conocidos de Constantinopla, se encontraban en las proximidades del Estrategion, en la zona de la Puerta Sublime, en un lugar donde se alzaban los altares de Aquiles y de Áyax.

virtieron de nuevo en harina, no en buen estado, sin embar-
go, sino descompuesta, llena de moho y despidiendo ya un
olor desagradable. Las piezas de pan fueron suministradas 19
por medida[222] a los soldados por aquellos que fueron encar-
gados de tal función, haciendo éstos la distribución del pan
por cuartillos y medimnos[223]. Los soldados, al alimentarse 20
con esto durante la estación del verano[224] y en un lugar árido,
cayeron enfermos y, de ellos, murieron no menos de quinien-
tos; parecida suerte les estaba aguardando a más hombres,
pero Belisario lo impidió disponiendo que se les surtiera de
pan del país. Al informar del asunto al emperador, él sintió
que se valoraban sus méritos personales, si bien no pudo por
el momento imponerle castigo alguno a Juan.

Estos sucesos ocurrieron entonces de la forma referida. 21
Tras partir de Metone, llegaron al puerto de Zacinto[225], don-
de introdujeron la cantidad de agua suficiente que debía du-
rarles mientras estuvieran cruzando el mar Adriático y, una
vez completados el resto de los preparativos, siguieron na-
vegando. Mas como soplaba sobre ellos un viento extrema- 22
damente flojo y lánguido, sólo al decimosexto día consiguie-
ron desembarcar en un lugar desierto de Sicilia, cercano a
donde se alza el monte Etna. Y al haberse demorado ellos, 23

---

[222] Y no por peso.

[223] El cuartillo o quénice y el medimno son dos medidas de capacidad para los sólidos, equivalentes, respectivamente, a 1,081 y 51,841 litros (48 veces más el medimno, por tanto).

[224] Julio del año 533 d. C.

[225] La más meridional de las tres islas que dominan la entrada del golfo de Corinto (recordemos que, de sur a norte, son Zacinto (actual Zante), Cafalenia o Cefalonia (que además tiene en su lado noreste la pequeña isla de Ítaca) y Léucade. Zacinto se encuentra situada en el flanco noroccidental del Peloponeso a unos 20 kilómetros de la costa.

como se ha dicho, en el transcurso de esta travesía, sucedió que se les echó a perder el agua, excepto la que el propio Belisario y sus compañeros de mesa tenían todavía para be-
24 ber. Ésta fue la única que se salvó, gracias a la esposa de Belisario, y he aquí cómo lo consiguió. Tras llenar de agua unas ánforas de cristal y construir una pequeña habitación con tablas de madera en la bodega de la nave donde era imposible que penetrara el sol, enterró allí en arena las ánforas y de esta forma el agua permaneció intacta. Tal fue, en definitiva, el desarrollo de estos acontecimientos.

14 Y Belisario, tan pronto como desembarcó en la isla, se sentía irritado al no saber qué hacer y lo que atormentaba su mente era el hecho de ignorar qué tipo de hombres eran los vándalos aquellos contra los que se dirigía o cómo eran en relación con la guerra, ni de qué manera o desde qué base
2 de operaciones debían lanzar sus ataques. Pero, por encima de todo, lo intranquilizaba la actitud de sus soldados, que sentían un miedo terrible a una batalla naval y que en modo alguno se avergonzaban de advertir que, si se les depositaba en tierra, tratarían de desenvolverse como hombres valientes en la lucha, pero que, si los atacaban barcos enemigos, se batirían en retirada, pues no se sentían capacitados para combatir contra dos enemigos a la vez: los hombres y las aguas.
3 Estando, pues, preocupado por todas cosas, envió a Procopio, su consejero, a Siracusa con el fin de averiguar si los enemigos tenían naves emboscadas vigilando el paso o en la isla o en la parte continental y también en qué lugar de Libia sería mejor para ellos anclar, así como la base de operaciones de la que les convenía lanzarse para llevar a buen térmi-
4 no la guerra contra los vándalos. Le ordenó también que, a su regreso, una vez que hubiera cumplido sus órdenes, se reuniese con él en un lugar llamado Caucana, que se encontraba de Siracusa a una distancia aproximada de doscientos

estadios[226], lugar donde él y la totalidad de la flota tenían
que atracar. Oficialmente, sin embargo, mandaba a Procopio 5
a comprar provisiones, pues los godos querían abastecer de
víveres al ejército, decisión que había sido tomada conjun-
tamente por Justiniano y Amalasunta, la madre de Atalari-
co[227], que aunque por aquel entonces era un niño y estaba
siendo criado por su madre Amalasunta, ejercía el poder so-
bre los godos y sobre los italiotas. En efecto, una vez que 6
hubo muerto Teodorico y la realeza llegó a manos de su
nieto Atalarico, que ya desde antes era huérfano de padre, al
temer Amalasunta tanto por su hijo como por el trono real,
cultivaba muy estrechamente la amistad de Justiniano y, co-
mo ella lo atendía en todos los demás encargos que éste le
hacía, en aquellas circunstancias le prometió que proporcio-
naría víveres a su ejército y así lo hizo.

---

226 Caucana corresponde a la actual Porto Lombardo o Porto Langobardo, cerca del cabo Scalambri. Es un puerto que se encuentra situado en la costa meridional de Sicilia a 60 kilómetros al oeste del cabo Paquino (actualmente cabo Passero al sureste de la isla) y a unos 80 kilómetros al suroeste de Siracusa: por tanto no a los «doscientos estadios», (unos 36 Kms.) que indica Procopio.

227 Amalasunta era hija del rey de los ostrogodos Teodorico el Grande y esposa de Eutarico Ciliga, al cual dio dos hijos: Atalarico o Antalarico y Matasunta. Era una mujer culta y bien dotada de elocuencia que, a la muerte de su padre, gobernó con prudencia como regente de su hijo Atalarico hasta que éste murió en el año 534. Sin embargo, su política favorable a los romanos le granjeó la enemistad de ciertos godos notables, lo que la obligó a mandar asesinar a tres de ellos en el año 532. En noviembre del 534 proclamó rey a su esposo Teodato esperando con ello conservar el poder para sí misma. Aquél, sin embargo, la obligó a salir de Rávena y la hizo ejecutar probablemente el 30 de abril del 535. Por su parte, Atalarico (no Antalarico) era nieto de Teodorico el Grande y su sucesor, pero no tenía más que diez años cuando tuvo que convertirse en rey de los godos y de los romanos a la muerte de su abuelo en el año 526. Murió de enfermedad siendo todavía un niño el 20 de octubre del 534.

7 Cuando Procopio llegó a Siracusa, se encontró inesperadamente con un conciudadano, que era amigo suyo de la infancia, pero que había estado viviendo en Siracusa desde hacía tiempo dedicado a las actividades relacionadas con el mar, y fue ésta la persona por la que se informó de cuanto
8 precisaba, pues este hombre le presentó a un doméstico que tres días antes de aquél había llegado procedente de Cartago; éste último afirmaba que no había ninguna razón justa para sospechar que los vándalos habían tendido una embos-
9 cada contra su flota, pues él decía que no habían oído a nadie en absoluto comentar que ningún ejército viniera contra ellos en aquel tiempo, sino que todos los hombres activos entre los vándalos poco antes habían partido en campaña
10 militar contra Godas. Y, por esta razón, no abrigando Gelimer en su mente ninguna intención hostil y dejando de lado a Cartago y a todas las demás ciudades costeras, permanecía en Hermíone[228], que está en Bizacio a una distancia de la costa de cuatro días de viaje, de tal forma que ellos podían navegar sin tener que sufrir ningún contratiempo y echar el
11 ancla allí donde el viento los llevase. Habiendo oído esto Procopio, tomó del brazo al doméstico y se encaminó al puerto de Aretusa[229], donde estaba anclada su embarcación, informándose por este hombre de numerosas cuestiones y examinando atentamente cualquier detalle. Y, tras subir con él a la nave, dio orden de que se alzaran las velas y de nave-

---

[228] Esta localidad de Hermíone, que está sin identificar todavía y que pertenece a la región de Bizacio, ha sido asimilada a la de Hermíane, cuyos obispos son mencionados a menudo en el Bajo Imperio. Podría estar situada en la región de Mactaris (actual Maktar) a unos 140 kilómetros al este de Adrumeto y a la misma distancia, poco más o menos, de Cartago.

[229] El puerto de Aretusa corresponde, con toda probabilidad al Gran Puerto de Siracusa, en el flanco este, del cual brotaba, cerca de la orilla del mar, en la isla de Ortigia, la fuente Aretusa, que puede visitarse todavía en la actualidad.

gar a toda prisa rumbo a Caucana. Como el dueño del do- 12
méstico estaba en la orilla extrañado de que no le devolviese al hombre, Procopio, a voz en grito y cuando estaba ya el barco navegando, le rogaba que no se enojase con él, pues 13
era preciso que el doméstico se entrevistase con el general y que, tras indicar el camino hasta Libia al ejército, regresase a Siracusa no mucho tiempo después y cubierto de riquezas.

Mas cuando llegaron a Caucana, se encontraron a todos 14
sumidos en un profundo dolor, pues Doroteo, el general de las tropas de Armenia, había muerto allí y había invadido a todo el ejército un hondo pesar ante su pérdida. Sin embar- 15
go, Belisario, cuando el doméstico se presentó ante él y contó todo lo que tenía que decirle, se sintió muy alegre y, tras colmar de elogios a Procopio, ordenó que se diese la señal de partida con las trompetas. Y, después de izar las velas a 16
toda velocidad, tocaron puerto en las islas de Gaulo y Malta[230], que marcan el límite entre el mar Adriático y el Tirreno. Allí se abatió entonces sobre ellos un fuerte viento del 17
este[231] que, al día siguiente, los arrastró hasta la costa de Libia[232], a un lugar que los romanos llaman en su lengua «Ca-

[230] Mélita es el nombre que aparece en el original: se trata de Malta, la isla principal de un archipiélago que comprende también Gozo (Gaulos en el texto de Procopio, situada a 4 kilómetros al noroeste de Malta) y Comino, y que se halla entre Sicilia y el norte de África.

[231] *Éurou polý ti pneûma* en el original: «un fuerte viento de Euro». El Euro es normalmente un viento del sureste, si bien el término suele aplicarse con frecuencia al viento del este. Desde el archipiélago de Malta la dirección en realidad es este-noreste.

[232] Como en tantas otras ocasiones a lo largo de la obra, Libia es aquí el norte de África (en concreto su litoral) y, en particular, la costa oriental del Túnez actual, que corresponde al África Proconsular y Bizacio del siglo VI de nuestra era.

bo de los Bajíos», pues su nombre es Caputvada[233], a una distancia de Cartago de cinco días de ruta para un viajero desenvuelto.

Cuando se encontraron cerca de la costa, el general ordenó arriar las velas, echar fuera de los barcos las anclas y
hacer un alto; después convocó a todos los comandantes del
ejército a su propio barco y les propuso que deliberaran so-
2 bre la cuestión del desembarco. Entonces muchos fueron los
discursos que se pronunciaron inclinándose a favor de cada
una de las dos posturas, pero destacó especialmente Arque-
lao, que, tras adelantarse, habló en los siguientes términos:
«Yo admiro, ciertamente, los méritos de nuestro general, el
cual, aventajándonos a todos en mucho por su inteligencia y
disfrutando del grado más alto de experiencia, aparte de
detentar él solo el mando de la expedición, ha propuesto una
discusión pública y nos ordena a cada uno de nosotros opi-
nar de tal manera que podamos llegar a ser capaces de elegir
lo que nos parezca que es lo mejor, aun cuando le era posi-
ble decidir él solo lo que se debe hacer y llevarlo a cabo a su
3 libre albedrío como quisiera. Pero, de vosotros, comandan-
tes, —no sé cómo lo podría decir fácilmente— cualquiera se
sorprendería de que cada uno no fuese el primero en apresu-
4 rarse a mostrar su desacuerdo con el desembarco; y, sin
embargo, entiendo que el hacer una sugerencia a aquellos
hombres que están afrontando un peligro no le reporta parti-
cularmente beneficio alguno al que aconseja, sino que, por
5 regla general, hace recaer sobre él la responsabilidad. Los

[233] En latín *Caput Vada*, «Cabo-Bajíos», en el original griego *Kephalèn Bráchous*, «Cabo de los Bajíos o de los Bancos de Arena»; es el cabo más oriental de Túnez y que corresponde al actual Ras Kaboudiah, a unos 85 kilómetros al sureste de Adrumeto (la moderna Sousse = Susa) y a 75 kilómetros aproximadamente de Taparura (hoy Sfax), exactamente en la misma latitud que Tisdro (la actual El Djem).

hombres, en efecto, cuando les ruedan bien las cosas, atri-
buyen sus logros a su propio juicio o fortuna, pero cuando
fracasan, echan la culpa únicamente a aquel que les dio el
consejo. No obstante todo esto, yo voy a hablar, pues no es 6
lícito que la responsabilidad reprima a los que están delibe-
rando sobre la salvación. Vosotros estáis proponiendo des- 7
embarcar en territorio enemigo, comandantes; pero ¿a qué
puerto pensáis confiar vuestras naves? o ¿en qué ciudad en-
contraréis seguridad para vosotros mismos dentro de sus
murallas? ¿o es que no habéis oído decir que este litoral tie- 8
ne, según afirman, una extensión de nueve jornadas de viaje
—digo desde Cartago hasta Yuce[234]— y que está comple-
tamente desprovisto de puertos y expuesto a los vientos
desde dondequiera que éstos soplaran? Además, ninguna 9
muralla queda en pie en toda Libia, excepto la de Cartago,
porque así lo decidió Gicerico[235]. Se podría añadir también 10
que dicen que en este lugar hay una completa escasez de
agua. ¡Ea, pues! Si os parece, decidámonos ya, suponiendo
que alguna adversidad tendrá que haber, pues el no esperar 11
encontrarse con ninguna dificultad cuando uno se apresta a
combatir ni está de acuerdo con la experiencia humana ni
con la naturaleza de las cosas. Así pues, si tras haber de- 12
sembarcado nosotros en tierra firme nos sobreviniese una
tormenta, ¿no sería necesario que les sucediera a los barcos
una de estas dos cosas, o que huyesen lo más lejos posible
de nosotros o que resultaran destrozados sobre el promonto-
rio ese? En segundo lugar, ¿de qué medios dispondríamos 13
para abastecernos de lo necesario para vivir? Que entonces
nadie vuelva su mirada hacia mí como oficial encargado de

---

[234] *Iouké* (latín *Junci;* actual Bordj Younga) está situada en la costa a unos 45 Kms. al sur de la ciudad de Sfax.

[235] Cf. III 5, 8 ss.

costear los gastos del ejército, pues cualquier mando que es privado de los medios de administrar su función, forzosamente pasa a la condición y carácter de simple particular.
14 ¿Y dónde depositaremos nuestros excedentes de armas o cualquier otra parte de lo que será imprescindible en el momento de tener que sostener el ataque de los enemigos? Sin embargo, más vale no decir siquiera el giro que podrían to-
15 mar tales acontecimientos. Yo pienso, por el contrario, que debemos marchar directamente a Cartago, pues dicen que hay un puerto, al que llaman Estagno y que no está de la ciudad a una distancia superior a cuarenta estadios, completamente desprovisto de vigilancia y que es lo suficientemente grande para albergar a la totalidad de la flota[236]. Tomando como base de operaciones ese lugar, no nos resultará
16 difícil llevar a buen término la guerra. Yo, por mi parte, soy además de la opinión de que es probable que nosotros nos apoderemos de Cartago por medio de un ataque repentino, especialmente al estar los enemigos lejos de esta ciudad y, una vez que hayamos vencido, no tendremos ningún otro
17 problema posterior, pues, todas las empresas humanas, cuando se pierden sus partes fundamentales, acostumbran a venirse abajo no mucho tiempo más tarde. Finalmente, teniendo nosotros en cuenta todas estas consideraciones, es conveniente que tomemos la mejor decisión.» Así fue el discurso
18 de Arquelao. Por su parte, Belisario dijo lo siguiente: «Que ninguno de vosotros, compañeros[237], piense que mis palabras son las de un juez, ni que, por el hecho de pronunciarlas en último lugar, estáis obligados a obedecerlas sean cuales
19 sean. He escuchado lo que a cada uno de vosotros le parece

[236] En la época romana la ciudad de Cartago disponía de dos puertos: el Mandracio y el Estagno, situado éste a 40 estadios (cf. III 20, 15-16), es decir, unos 7 kilómetros aproximadamente.

[237] El término empleado es *xynárchontes*, «colegas en el mando».

que es lo mejor, pero conviene que también yo exprese en
público lo que opino y, así, escojamos vosotros y yo lo pre-
ferible. Merece la pena recordaros algo: los soldados hace 20
poco decían abiertamente que temían los peligros del mar y
que volverían la espalda para huir si algún barco enemigo
viniera contra ellos; y, por nuestra parte, nosotros le pedía-
mos a Dios que nos permitiera ver la tierra de Libia[238] y un
desembarco pacífico en ella. Siendo así, entiendo que es de 21
necios rogar a Dios que nos conceda lo mejor y, cuando nos
lo ha dado, desecharlo y tomar el camino opuesto. Si en 22
nuestra navegación con rumbo a Cartago nos sale al paso
una escuadra enemiga, los soldados, por mucho que huyan a
todo correr, se van a quedar sin un solo reproche: y es que
una falta que se avisa por adelantado lleva en sí misma su
propia justificación. Para nosotros, sin embargo, aunque nos
salvemos, no habrá ningún tipo de perdón. Y, siendo como 23
son muchas las dificultades en el caso de que permanezca-
mos en los barcos, creo que ya se habrá dicho lo suficiente
sólo respecto a esas amenazas de tempestad con las que
tanto pretenden asustarnos. Pues si, en efecto, sobreviniera 24
una tempestad, a los barcos forzosamente les ocurriría, se-
gún afirman, una de estas dos cosas: o se alejarían de Libia
por evitarla, o naufragarían contra los acantilados de allí. Y, 25
entonces, en tales circunstancias, ¿qué elección sería para
nosotros más provechosa, que se pierdan en el naufragio
sólo las naves o que junto con nuestros propios hombres se
pierdan todas las cosas? Pero, aparte de esto, ahora vamos a
caer sobre los enemigos: de acuerdo con nuestro propósito

[238] Aquí, como en otros muchos lugares, África en general: cf. ya Heródoto IV 42, y el proverbio *Aeì Libýē phérei ti kainón* (Aristóteles, *Hist. Animal.* 606b 20), «Libia (= África) siempre ofrece algo nuevo», en latín *Semper aliquid novi Africam afferre* (Plinio, *Hist. nat.* VIII 17).

los cogeremos desprevenidos y, como es natural, los rechazaremos. Y es que las acciones bélicas están de suyo siempre supeditadas a la sorpresa. Sin embargo, poco más tarde, una vez que los enemigos se encuentren ya preparados, pre-
27 sentaremos la batalla con las fuerzas equilibradas. Y todavía alguien podría añadir que quizá también haya necesidad de luchar para hacer el propio desembarco y de buscar todo eso que, por estar ahora a nuestro alcance, decidimos que no es
28 imprescindible. Y en el caso de que sobrevenga una tempestad mientras estamos luchando, como en muchas ocasiones suele suceder en el mar, a fuerza de pelear contra las olas y contra los vándalos aprenderemos a dejarnos ya de tanta
29 precaución. Así que lo que yo digo es que debemos saltar a tierra ahora mismo y desembarcar caballos, armas y cualquier otra cosa que consideremos que necesariamente va a hacernos falta, cavar aprisa una trinchera y levantar alrededor una empalizada capaz de proporcionarnos la misma seguridad que se le pediría a una muralla, para que, avanzando
30 desde ahí, en caso de ataque, podamos tomar la ofensiva. Y no nos faltarán provisiones si somos valientes, pues quienes someten a sus enemigos vienen a hacerse dueños también de lo que a éstos pertenece, y la victoria, tras recoger todos los bienes, tiende a depositarlos allí adonde venga a decantarse. Así que para vosotros la salvación y la abundancia de todo tipo de cosas buenas se hallan en vuestras manos.»

31 Tras pronunciar Belisario estas palabras, toda la asamblea se mostró de acuerdo y acogió con agrado su propósito y, tras disolverse, hicieron el desembarco lo más rápidamente que pudieron, aproximadamente tres meses después
32 de su partida de Bizancio[239]. Y, tras indicarles un lugar en la

[239] La nave del almirante de la flota fue amarrada en las proximidades del Palacio Imperial «en torno al solsticio de verano» (cf. III 12, 1 y nota

costa, les ordenó tanto a los soldados como a los marinos cavar la trinchera y levantar la empalizada alrededor de ésta. Así lo hicieron ellos. Y comoquiera que estaba trabajando 33
una gran multitud, el miedo estimulaba su entusiasmo y, además, el general les metía prisa, no sólo estuvo cavada la trinchera en ese mismo día, sino que se completó la empalizada y se clavaron en círculo por todos lados estacas puntiagudas. Allí, entonces, mientras estaban ellos cavando la 34
trinchera, les sucedió algo completamente sorprendente. De la tierra salió una gran cantidad de agua, cosa que no había ocurrido jamás en Bizacio, teniendo en cuenta, además, que la tierra que pisaban era árida. Esta agua les bastó, entonces, 35
a hombres y animales para cubrir todas sus necesidades. Y, al felicitar al general, Procopio le dijo que se alegraba ante la abundancia de agua, no por su utilidad, sino porque le parecía que era símbolo de una futura victoria sin esfuerzo y que eso era lo que les estaba anunciando Dios. Y así, efectivamente, fue como sucedió. Así pues, todos los soldados 36
vivaquearon durante la noche aquella en el campamento, donde montaron la guardia y llevaron a cabo las tareas de la manera acostumbrada, excepto, en verdad, que Belisario dio orden de que cinco arqueros se quedasen en cada barco para hacer guardia y que las naves corredoras anclasen en torno a aquéllos, vigilando para que nadie viniese contra ellos con la intención de causarles algún daño.

Pero al día siguiente, cuando algunos de los soldados, 16
llegando a los campos del interior, echaron mano a las frutas, el general les infligió castigos corporales de una cierta

210), o sea el 22 de junio del 533 d. C. Por lo tanto, la expedición debió desembarcar en África (en Caputvada) algo antes del 22 de septiembre del mismo año, posiblemente sobre el 30 o 31 de agosto, pues estas fechas están más de acuerdo con el conjunto de circunstancias y operaciones que la anterior.

consideración y, tras convocarlos a todos, les dirigió las si-
2 guientes palabras: «El recurrir a la violencia y alimentarse de lo ajeno de esta manera, en otras ocasiones al menos, parece ser por naturaleza una fechoría, y sólo por un simple motivo: porque la injusticia radica en el hecho mismo; pero, en la presente oportunidad, se añade tan enorme carga de daño que, si no es demasiado duro decirlo así, es menester que, teniendo en menor consideración el problema de la justicia, calculemos cuán grande es el peligro que se puede
3 derivar de vuestra acción. Pues yo os he hecho desembarcar en esta tierra basando mi confianza en una sola razón: en que los libios, al ser romanos desde antiguo, son desleales y hostiles a los vándalos y, por este motivo, yo pensaba que ni nos faltaría a nosotros nada de lo imprescindible ni los enemigos nos podrían causar daño alguno gracias a un ataque
4 repentino. Pero ahora esta incontinencia vuestra ha provocado que para nosotros las cosas hayan cambiado a la situación radicalmente contraria, pues, sin duda, habéis reconciliado a los libios con los vándalos haciendo que la hostilidad
5 de aquéllos se vuelva contra vosotros mismos. Y es que de natural es propio de los que han sufrido un ultraje sentir enemistad contra los que los han maltratado y, además, habéis preferido ahorrar unas pocas monedas de plata a cambio de la seguridad de vuestras propias personas y de la posibilidad de gozar de una abundancia de bienes, cuando era posible para vosotros comprar las provisiones a sus dueños, estando éstos en buena disposición, y no dar la impresión de ser injustos, así como, finalmente, disfrutar al máximo de la
6 amistad de ellos. En consecuencia, ahora la guerra para vosotros será contra los vándalos y, además, contra los libios y yo, por mi parte, añado que incluso contra Dios mismo, cu-
7 ya ayuda no puede invocar nadie que cometa un delito. Dejad, pues, de lanzaros sobre las posesiones ajenas y recha-

zad un beneficio que está lleno de peligros. Pues ésta es la 8
ocasión en la que especialmente la moderación puede salvarnos, mientras que la indisciplina nos conduce a la muerte. Si, en efecto, prestáis atención a estas reflexiones, Dios os será propicio, el pueblo de Libia, favorable y, por último, la nación de los vándalos, fácil de atacar.»

Tras pronunciar estas palabras Belisario y disolver la 9
asamblea, en ese momento oyó decir que la ciudad de Silecto[240] distaba del campamento una jornada de viaje, que se encontraba situada junto al mar en la carretera que conduce a Cartago y que su muralla estaba derruida desde hacía tiempo, pero que sus habitantes habían formado por todas partes una barrera aprovechando los muros de sus casas, para detener las incursiones de los moros, y guardaban una especie de recinto fortificado envolvente. Belisario envió a uno de sus guardias de corps, Boríades, junto con algunos soldados de su guardia personal, ordenándoles que hicieran un intento de conquistar la ciudad y que, en caso de que la tomaran, no causasen ningún daño en ella, sino que les hicieran mil y una promesas a sus habitantes y les aseguraran que habían llegado allí con el fin de conseguir su libertad, de tal forma que fuese posible para el ejército penetrar en
ella. Aquéllos estuvieron cerca de la ciudad aproximada- 10
mente a la hora de encender las lámparas y pernoctaron ocultos en una hondonada. Pero, al despuntar el alba, se encontraron con gentes de campo que se dirigían al interior de la ciudad con sus carros y, tras penetrar en silencio con ellos, tomaron posesión de la ciudad sin ninguna dificultad.
Y, una vez que se hizo de día, no habiendo provocado nadie 11

[240] Silecto o *Syllectum* se encuentra situada sobre el actual cabo Salakta a 25 kilómetros al norte-noroeste de Caputvada y a unos 60 o 65 kilómetros al sureste de Adrumeto (Susa).

disturbio alguno, tras llamar al sacerdote y a todos los notables, les hicieron saber las órdenes del general y, tras recibir de ellos voluntariamente las llaves de las puertas de entrada, se las enviaron al general.

12 Y en el mismo día el encargado del correo público[241] desertó, tras haber entregado todos los caballos que eran propiedad del Estado. Los soldados capturaron también a uno de los mensajeros que constantemente son enviados para llevar las respuestas reales y a los que se les denomina *veredarii*[242]. A esta persona el general no le hizo ningún daño, sino que, tras obsequiarle con mucho oro y recibir de él garantías, puso en sus manos la carta que el emperador Justiniano les había escrito a los vándalos, para que se la entre-
13 gara a los magistrados de éstos. La carta contenía lo siguiente: «Ni hemos decidido nosotros hacer la guerra a los vándalos, ni estamos rompiendo el tratado de Gicerico, sino que estamos tratando de destronar a vuestro tirano[243], el cual, habiendo despreciado las disposiciones testamentarias de Gicerico, por una parte, después de encarcelar a vuestro rey, lo mantiene bien vigilado y, por otra, a todos los parientes de éste último que odiaba vehementemente, los mató al principio y a los restantes, después de privarlos de la vista, los mantiene encarcelados, no permitiéndoles poner fin a sus desdi-

---

[241] El *cursus publicus* o *dēmósios drómos* en griego era, en el Imperio Romano, el servicio oficial de Correos.

[242] Estos *veredarii* o «correos», «mensajeros» (del latín *veredus*, «caballo de posta», «caballo de viaje»; cf. alemán *Pferd*, «caballo»), que eran mensajeros encargados de transmitir las noticias dentro del territorio del Imperio Romano, hicieron su aparición ya por el año 484 d. C.

[243] No es otro que Gelimer. Sobre este mismo tema, cf. § 14, característico de la propaganda imperial; también aparece en Coripo, que tacha a Gelimer de pérfido, criminal y cruel.

chas quitándose la vida[244]. Así pues, colaborad con nosotros 14
y ayudadnos a libraros a vosotros mismos de una tiranía tan
maligna, de modo que podáis disfrutar de la paz y de la li-
bertad, pues os garantizamos en el nombre de Dios que vo-
sotros obtendréis estas ventajas de nuestra parte.» Cierta- 15
mente, tal era el contenido de la carta del emperador. Sin
embargo, el hombre que la recibió de manos de Belisario no
se atrevió a darla a conocer en público, sino que se la ense-
ñó en secreto a sus amigos, sin obtener de ello, no obstante,
ningún resultado digno de mención.

Y Belisario, habiendo dispuesto a su ejército para una 17
batalla campal de la manera que seguidamente describiré,
empezó la marcha en dirección a Cartago. Tras escoger a
trescientos de los soldados de su guardia personal, hombres
capacitados para el combate, se los entregó a Juan, que es-
taba encargado de los gastos de su casa: este tipo de perso-
nas, entre los romanos, recibe el nombre de *optio*[245]. Este 2
hombre era armenio de nacimiento y de una inteligencia y
bravura excepcionales. A este tal Juan le ordenó ir por de-
lante del ejército, a una distancia no inferior a los veinte es-
tadios[246], y, en caso de que divisara a algún enemigo, co-
municárselo a toda prisa, de tal forma que no se viesen
obligados a entrar en batalla sin estar preparados. Y a los 3
auxiliares maságetas les dio orden de que realizaran la mar-
cha manteniéndose constantemente en el lado izquierdo a
igual o superior distancia. Él mismo marchaba en la reta-

---

[244] El rey es Ilderico y sus parientes, recordemos, son Hoageis o Evages (ejecutado como el anterior) y Hoamer (que fue encarcelado y cegado).

[245] Un ayudante, la «elección» personal del general.

[246] Recordemos que para Procopio el estadio equivale aproximadamente a unos 180 metros, por lo que 20 estadios corresponderían a unos 3'6 Kms.

4 guardia con las mejores tropas, pues abrigaba la sospecha de que Gelimer, siguiéndoles desde Hermíone, no tardaría mucho en lanzarse sobre ellos. No tenían que temer nada más por la parte derecha, pues no marchaban demasiado lejos de
5 la costa. Finalmente, Belisario pasó orden a los marineros de que los fueran siguiendo de cerca en todo momento y de que no se separaran mucho del ejército, sino que, cuando el viento soplase a favor, arriasen las velas grandes y siguiesen con las pequeñas, ésas a las que llaman *dolones*[247] y que, cuando el viento remitiese por completo, se abriesen camino como pudieran a fuerza de remar.

6 Y, habiendo llegado Belisario a Silecto, presentaba él a unos soldados que se comportaban con moderación, que no eran los primeros en perpetrar acciones injustas ni llevaban a cabo nada que estuviese fuera de lugar y él mismo, demostrando mucha gentileza y benevolencia, tanto se ganó para su causa a los libios que desde entonces en adelante realizaba la marcha como si fuera por su propia tierra, pues ni se retiraban los habitantes del lugar, ni querían ocultarles nada, sino que les proporcionaban un mercado y les prestaban a los soldados todos los demás servicios que deseaban.
7 Y, recorriendo ochenta estadios[248] cada día, completamos el viaje hasta Cartago, pasando la noche o en una ciudad, si la casualidad así lo quería, o en un campamento con la máxi-
8 ma seguridad posible según las circunstancias. Así fue, pues, como pasamos por la ciudad de Leptes[249] y después por Adru-

[247] Son las gavias.

[248] Es decir, aproximadamente 14,5 Kms.

[249] La ciudad de Leptes o *Leptis Minor*, por oposición a Leptimagna o *Leptis Magna* en la Tripolitana, se encuentra sobre el emplazamiento de la actual Lamta, en el litoral, a medio camino entre las ciudades de Mahdia al sureste y la ya mencionada de Susa al noroeste. Ésta última corres-

meto, antes de llegar a la plaza llamada Grase[250], a trescientos cincuenta estadios de distancia de Cartago. En ese lugar 9
había un palacio que pertenecía al soberano de los vándalos y un parque, el más hermoso de cuantos nosotros conocemos, pues está perfectamente regado por las fuentes que allí 10
brotan y tiene una enorme cantidad de espacios boscosos. Todos los árboles están rebosantes de frutos, de tal modo que cada uno de los soldados pudo levantar su tienda entre árboles frutales y, al estar maduras en ese momento[251] las frutas, todos pudieron saciarse de ellas, sin que apenas se pudiese apreciar disminución en la cantidad de la fruta.

Sin embargo Gelimer, tan pronto como oyó decir en 11
Hermíone que los enemigos se encontraban cerca, le ordenó por escrito a su hermano Amatas[252] en Cartago que diese muerte a Ilderico y a todos los demás que tenían relación con él o por nacimiento o por cualquier otra circunstancia y que él mantenía encarcelados y que además pusiese en disposición a los vándalos y cuantos hombres hubiera en la ciudad útiles para el combate, de modo que, cuando los enemigos se encontrasen en el desfiladero que queda junto al suburbio de la ciudad que ellos llaman Décimo[253], juntándo-

---

ponde a la antigua ciudad romana de Adrumeto o Adrametos, según la variante que presenta siempre el texto de Procopio.

[250] Grase, ciudad situada, según Procopio, a 350 estadios o, lo que es lo mismo, a unos 63 Kms. de Cartago, no ha podido ser localizada con precisión.

[251] Finales de agosto (cf. nota 239).

[252] Amatas, de cuyo nombre se desconoce su etimología y significado, era biznieto de Gicerico y hermano de Gelimer y de Tzazón. Probablemente nació, como sus hermanos, en la segunda mitad del s. V y, más concretamente, a partir del tercer cuarto.

[253] *Dékimon* corresponde al latín *Ad Decimum (miliarium)*, es decir, la décima piedra miliar desde Cartago. C. Courtois en *Les Vandales et l'Afrique* (Paris, 1955), pág. 353, n. 3 comenta lo siguiente: «*Le lieu exact*

se ellos desde ambos lados del mismo, los rodeasen y, ha-
biéndolos atrapado como en una red, terminasen por ani-
12 quilarlos. Y Amatas, actuando según estas instrucciones, dio
muerte a Ilderico, que era pariente suyo, y también a Evages
13 y a cuantos libios tenían relación con ellos, dado que Hoa-
mer ya había desaparecido de entre los hombres[254]. Y, tras
armar a los vándalos, los dejó preparados, con la intención
14 de atacar en el momento oportuno. Por su parte Gelimer nos
seguía por detrás, no permitiéndonos que nos diéramos cuen-
ta, exceptuando que, durante la noche aquella en que acam-
pamos en Grase, unos espías que venían de uno y otro ejér-
cito se encontraron y, tras intercambiarse unos golpes, unos
y otros se retiraron a su propio campamento y por eso se nos
15 hizo evidente que los enemigos no andaban lejos. Y para
nosotros resultaba imposible divisar las naves, al proseguir
la marcha desde allí, pues unas rocas elevadas se extendían
hasta bien dentro del mar y obligaban a los navegantes a re-
correr una gran distancia para hacer el circuito, y además se
alzaba un promontorio en el interior del cual se encuentra la
16 ciudad de Hermes[255]. En consecuencia, Belisario ordenó a

de la bataille est inconnu, mais se situe, comme son nom l'indique, à proximité d'une route à 10 milles de Carthage (env. 15 km), vraisemblablement sur la grand' route Carthage-Théveste.» Esto es, la carretera que parte de Cartago en dirección suroeste. Sin embargo, teniendo en cuenta la dirección sugerida anteriormente, la costa, por tanto la zona de Hammamet, sería preferible localizar *Ad Decimum* sobre la carretera que, al suroeste primero y a continuación al sur-suroeste, se une con la del litoral y llega hasta Adrumeto (cf. también la toponimia de los §§ 14 y 15).

[254] Con anterioridad al año 533 d. C.

[255] *Hermaeum, Mercurii promontorium* en latín. Este promontorio rocoso descrito por Procopio corresponde a la península de Cabo Bon, que, como acabamos de reseñar, recibía en la Antigüedad el nombre de «Promontorio de Mercurio». En línea recta desde Hammamet hasta Hammamlif la anchura de la base de la península sería de 35 Kms., mientras que, por mar, el trayecto entre esas dos ciudades situadas en los extremos

Arquelao, el prefecto, y a Calónimo, el navarco, no arribar a
Cartago, sino permanecer a una distancia aproximada de
doscientos estadios hasta que él personalmente los llama-
ra[256]. Y, tras partir de Grase, llegamos al cuarto día a Déci- 17
mo, localidad situada a setenta estadios de Cartago[257].

Y en ese mismo día Gelimer ordenó a su sobrino Giba- 18
mundo[258] que, adelantándose al resto del ejército con dos
mil vándalos, fuese por el flanco izquierdo, de modo que
Amatas desde Cartago, Gelimer mismo por la retaguardia y
Gibamundo desde los terrenos situados a la izquierda, se
reuniesen en el mismo punto y ejecutasen la maniobra de
envolvimiento de los enemigos más fácilmente y con menos
esfuerzo. Pero en cuanto a mí, me vino a suceder que, con 2
ocasión de esta batalla, en relación con lo divino y lo huma-
no, me preguntaba sorprendido cómo Dios, viendo desde
lejos lo que va a ocurrir, esboza la manera en que le parece
mejor a él que se desarrollen los acontecimientos, mientras
que los hombres, si cometen un error o si toman la decisión
acertada no saben que han fracasado, si así resulta, o que
han actuado correctamente, a fin de que exista un sendero

---

opuestos de la línea que une esta península con el continente alcanzaría los 155 kilómetros, cuatro veces y media más, por tanto. Para la localidad denominada Hermes, véase III 6, 10 y nota 119.

[256] 200 estadios equivalen a 36 Km. Por lo tanto Calónimo debía esperar a Belisario en el flanco este del cabo de Ras el Fartass, que está, por el noreste, al comienzo del golfo de Cartago.

[257] La equivalencia que se da aquí entre el estadio (70 en concreto) y la milla romana (10) nos puede llevar a pensar que el primero corresponde a 210 metros (estadio fenicio-egipcio). Sin embargo, recordemos que el estadio que Procopio tiene, prácticamente en todo momento, en su mente es el que equivale a unos 180 metros.

[258] Gibamundo, cuyo nombre significa «el que protege la ofrenda» en gótico, es hermano de Gelimer según Víctor de Tunnuna o su sobrino según aparece en el texto de Procopio.

para la fortuna, que conduce inevitablemente a aquello que
3 está predestinado que suceda[259]. Pues si Belisario no hubiera
dispuesto la formación de sus tropas de esa manera, orde-
nando a los hombres de Juan tomar la delantera y a los ma-
ságetas marchar en el flanco izquierdo del ejército, no ha-
4 bríamos sido capaces jamás de escapar de los vándalos. E
incluso habiendo planeado así esto Belisario, si Amatas hu-
biera vigilado cuidadosamente el momento oportuno y no lo
hubiera adelantado aproximadamente en la cuarta parte de

---

[259] Este pasaje es funadamental para entender la relación que, para Procopio, existe entre *týchē* y Dios: así lo considera EVANS (cf. *op. cit.*, págs. 99-100), que lo utiliza para la conclusión de su excelente artículo, por lo que recogemos aquí sus palabras: «El hecho de que Dios conozca el final predestinado de los acontecimientos no es obstáculo para que exista el libre albedrío o la contingencia, y Dios quiere, en efecto, que así sea. De forma similar a BOECIO (cf. *Cons. Phil.* 5.6. 69-80), Procopio trata de reconciliar los conceptos de contingencia y predestinación —explica Evans—, a través de una comparación entre espacio y tiempo: lo mismo que un hombre amplía su campo de visión al encaramarse en lo alto de una colina, así Dios, liberado del tiempo finito y contemplándolo todo desde su eterno presente, amplía, es evidente, su campo de visión en el tiempo: pero, he aquí la clave, el azar, la suerte no deja en absoluto de serlo por el hecho de que Dios haya trazado el sendero que ésta debe seguir en el futuro: así que, después de todo —termina Evans siguiendo con esa finísima ironía que ha presidido todo su artículo—, la visión popular de la *týchē* como mero capricho, legado de la tradición literaria griega, era válida para el historiador». Por lo tanto, la interpretación más recomendable, siempre según Evans, sería que Procopio ha reservado un lugar para la contingencia dentro de la causalidad histórica, puesto que no consideraba incompatibles a Dios, con su omnipotencia y su conocimiento previo del final predestinado de los hechos, por un lado, y al libre albedrío y la contingencia o azar *(týchē)*, por otro: Procopio pensaba que los hechos históricos actuaban dentro de una estructura teleológica, lo que no equivale a decir que él sea un fatalista. Nuestro autor, con estas ideas, parece estar reflejando los debates sobre tan interesantes cuestiones típicos de los círculos intelectuales de Alejandría y, muy posiblemente, también los de Gaza, ciudad donde probablemente se educó.

un día, jamás se les habrían estropeado las cosas a los ván-
dalos de la forma en que efectivamente ocurrió. Pero la rea- 5
lidad es que Amatas llegó a Décimo en torno al mediodía[260],
antes de tiempo, mientras que tanto nosotros como los ván-
dalos estábamos lejos, y se equivocó no sólo en esto, en no
haber llegado en el momento oportuno, sino en que, ade-
más, había dejado en Cartago a la gran masa de vándalos,
habiéndoles ordenado llegar a Décimo lo más rápidamente
posible, mientras que él, con unos pocos que ni siquiera ha-
bían sido elegidos por sus méritos, trabó combate con los
hombres de Juan. Y, tras darles muerte a doce de los mejo- 6
res hombres que estaban combatiendo en la primera fila, sin
embargo él mismo cayó muerto, habiéndose comportado co-
mo un valiente en esta acción. Y la derrota, después de la 7
muerte de Amatas, resultó completa y los vándalos, huyen-
do a toda velocidad, provocaron la desbandada de todas las
tropas suyas que iban de Cartago a Décimo, pues éstos avan- 8
zaban sin ningún orden y no estaban en formación de com-
bate, sino por compañías, e incluso éstas eran pequeñas, pues
marchaban en grupos de veinte o treinta hombres. Al ver 9
huir a los vándalos que obedecían las órdenes de Amatas y
pensando que sus perseguidores eran muy numerosos, se
dieron la vuelta y se unieron a ellos en su huida. Juan y sus 10
hombres, dando muerte a aquellos con los que se encontra-
ban, llegaron hasta las puertas de Cartago. Y se produjo tal 11
matanza de vándalos a lo largo de aquellos setenta estadios,
que los que la contemplaron podían conjeturar que era obra
de veinte mil enemigos.

---

[260] A mediados de septiembre del 533 d. C., posiblemente, según al-
gunos estudiosos, el día 13.

12 Al mismo tiempo, Gibamundo y los dos mil llegaron a
Pedio Halón[261], que está de Décimo a una distancia de cua-
renta estadios a mano izquierda en dirección a Cartago, y es
un lugar en el que no se encuentra ni personas, ni árboles ni
ser vivo alguno, puesto que la salobridad del agua no per-
mite que se produzca en esa zona nada excepto sal; en el re-
ferido lugar se encontraron inesperadamente con los hunos
13 y perecieron todos. Pero había un cierto hombre entre los
maságetas, bien dotado tanto de coraje como de fuerza, aun-
que lideraba a un pequeño grupo de combatientes: dicho hom-
bre tenía el privilegio heredado de sus padres y antepasados
de ser en todos los ejércitos de los hunos el primero en ata-
14 car a los enemigos. En efecto, no era lícito para un maságeta
precipitarse a la lucha y capturar a uno de los enemigos,
hasta que, ciertamente, un miembro de esta casa no fuese el
15 primero en acometer al adversario. Este hombre, cuando los
ejércitos ya no se encontraron lejos uno del otro, espoleando
al caballo, se detuvo lo más cerca que pudo del ejército de
16 los vándalos. Y éstos últimos, o bien porque habían queda-
do atónitos ante el valor del hombre, o bien porque sospe-
chaban que los enemigos estaban tramando alguna acción
contra ellos, decidieron no moverse y no dispararle a esta
17 persona. Mi opinión al respecto es que, al no haber tenido
ellos jamás la experiencia de un encuentro con los maságe-
tas y por saber de oídas que constituían un pueblo extraor-
dinariamente belicoso, fue por eso, ciertamente, por lo que
18 se quedaron tan paralizados ante el peligro. Entonces el hom-
bre, volviéndose en dirección a sus compatriotas, dijo que

[261] «Llanura de las Sales» en griego. Este lugar puede corresponder o bien a El Bahira («el pequeño mar»), es decir, el lago de Túnez, o bien a Sebkha es Sedjoumi, al suroeste de aquél y de la ciudad actual. La distancia de 40 estadios (algo más de 7 kilómetros) que indica Procopio hace que la primera hipótesis sea más probable.

Dios les había enviado a estos extranjeros como un banquete ya preparado. Cuando por fin se lanzaron al ataque, 19
los vándalos no les opusieron resistencia, sino que, rompiendo la formación y no teniendo en ningún momento intención de entablar combate, perecieron todos de manera deshonrosa.

Nosotros por nuestra parte, no habiéndonos enterado de 19
nada de lo que había sucedido, nos encaminábamos a Décimo. Y Belisario observó un lugar que, por sus características, era adecuado para levantar un campamento y que estaba a unos treinta y cinco estadios de Décimo[262], lo rodeó con una empalizada muy bien construida y, tras introducir allí a todos los soldados de infantería, convocó al ejército entero para dirigirles las siguientes palabras: «El momento 2
decisivo de la lucha, conmilitones, ha llegado ya, pues me doy cuenta de que los enemigos avanzan contra nosotros y la naturaleza del lugar ha mandado a las naves muy lejos de nosotros, aunque la esperanza de salvación radica en la fuerza de nuestros brazos. Y es que no hay ciudad amiga ni 3
tampoco ningún otro baluarte en el que podamos confiar y tener ánimo en lo que respecta a nosotros mismos. No obs- 4
tante, si nos comportamos como valientes, es probable que venzamos en esta guerra a los enemigos; pero si, por el contrario, flaqueamos en algún momento, solamente nos quedará estar bajo el poder de los vándalos y morir de manera deshonrosa. Y, sin embargo, tenemos nosotros numerosos 5
recursos para alcanzar la victoria: la justicia, con la cual hemos llegado contra los enemigos —pues estamos aquí para recuperar lo que nos pertenece— y el odio de los vánda-

---

[262] Esto es, a unos 6'5 Kms. de Décimo o, lo que es lo mismo, a 22 Kms. de Cartago. Por tanto, la localización del campamento sería en la llanura de Mornag.

6 los hacia su propio tirano. Y es que la alianza de Dios sigue por naturaleza a aquellos que ponen por delante la justicia[263] y un soldado con mala disposición hacia aquel que le manda
7 no sabe comportarse como un valiente. Y, aparte de esto, nosotros nos las hemos tenido todo el tiempo con persas y escitas, mientras que los vándalos, desde que conquistaron Libia, no han visto a ningún enemigo excepto moros sin
8 armadura. ¿Y quién no sabe que la práctica en cualquier actividad conduce al conocimiento, mientras que la indolencia lleva a la ignorancia? Así pues, la empalizada, que tomaremos como base de operaciones para llevar a buen término la guerra, ha sido construida por nosotros de la mejor manera
9 posible. Además tenemos la posibilidad de depositar allí las armas y todo el resto del material que no podemos llevar cuando marchamos y, al regresar aquí, no nos faltará ningu-
10 na clase de provisiones. Finalmente, os ruego a cada uno de vosotros que, recordando vuestro propio valor y aquellas personas que dejasteis en casa, no mostréis más que desdén hacia el enemigo en el momento de atacarles.»

11 Una vez concluido su discurso, Belisario pronunció una plegaria y dejó al cuidado de la infantería a su mujer y al campamento, tras lo cual partió a caballo con todos los ji-
12 netes, pues no le pareció que fuera conveniente en ese momento arriesgarse a un encuentro con todo el ejército, sino que, después de llevar a cabo una escaramuza con los jinetes y poner a prueba la pujanza de los enemigos, entonces
13 libraría la batalla decisiva con la totalidad de sus tropas. Así pues, habiendo enviado por delante a los jefes de los federados[264], él mismo los seguía con el resto del ejército y con
14 los oficiales y soldados de su guardia personal. Y cuando

---

[263] Cf. Evans, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 96.

[264] Tropas auxiliares: cf. III 11 3-4 y nota 194.

los federados junto con sus jefes estuvieron en Décimo, vieron los cadáveres de los caídos, doce compañeros de entre los hombres de Juan y, cerca de ellos, Amatas y algunos
vándalos. Y, cuando hubieron escuchado de boca de los na- 15
tivos del lugar el relato completo de lo sucedido, los federados sentían desazón y se mostraban dudosos sobre qué dirección debían tomar. Pero mientras estaban ellos todavía dudando y desde las colinas miraban en derredor todos los territorios de la zona, apareció una polvareda por el lado sur y, poco después, una muy numerosa fuerza de caballeros
vándalos. Entonces enviaron mensajeros a Belisario, pi- 16
diéndole que viniera lo más rápidamente posible, porque los enemigos los estaban apremiando. Pero las opiniones de los
jefes estaban divididas, pues los unos pensaban que debían 17
salirles al encuentro con sus tropas atacándoles, mientras que los otros afirmaban que sus fuerzas no eran suficientes
para esta acción. Y, mientras seguían debatiendo entre ellos, 18
se les aproximaron los bárbaros bajo la dirección de Gelimer, que estaba utilizando un camino que quedaba entre el que ocupaba Belisario y aquel por el que habían llegado los
maságetas que se encontraron con Gibamundo. Sin embar- 19
go, el terreno, como estaba cubierto de colinas a ambos lados, no le permitió ver ni el desastre de Gibamundo ni la empalizada de Belisario y, en verdad, ni siquiera el camino
por el que avanzaban los hombres de Belisario. Mas cuando 20
se encontraron cerca los unos de los otros, se suscitó de pronto una refriega entre ambos ejércitos para dirimir quiénes de los dos se apoderarían de la más elevada de las colinas
de aquella zona. Pues daba la impresión de ser apropiada 21
para establecer allí el campamento y ambos bandos preferían ir al encuentro de los enemigos teniéndola como base
de partida. Y fueron los vándalos los que, habiendo llegado 22
primero, tomaron posesión de la colina gracias a una aco-

metida en grupo, obligando a los enemigos a dar la vuelta,
23 resultándoles temibles ya a éstos. Los romanos en su huida llegaron a un lugar que distaba de Décimo unos siete estadios, donde dio la casualidad de que estaba Uliaris, oficial de la guardia personal de Belisario, junto con ochocientos
24 soldados de dicha guardia[265]. Todos suponían que Uliaris y sus hombres, tras recibirlos a ellos, mantendrían su posición y saldrían juntos al encuentro de los vándalos. Mas cuando se juntaron con ellos, todos inesperadamente huyeron a gran velocidad y se dirigieron a la carrera al encuentro de Belisario.

25 Desde este momento en adelante no soy capaz de decir qué fue lo que le ocurrió a Gelimer, que, teniendo en sus manos la victoria en la guerra, la puso voluntariamente en manos de los enemigos, a no ser que también haya que atribuir a Dios incluso las acciones irreflexivas, pues Él, cada vez que decide que debe sucederle algo desagradable a un individuo, tocándole primero la facultad de razonar, no permite que aquello que sería conveniente para él llegue a su
26 consideración. Pues, por una parte, si hubiera llevado a cabo la persecución inmediatamente, yo creo que ni siquiera el propio Belisario le habría ofrecido resistencia, sino que nuestra causa, por el contrario, habría estado total y absoluta-
27 mente perdida: tan numerosa parecía a nuestros ojos la muchedumbre de vándalos y el miedo hacia ellos que inspiraba a los romanos. Y si Gelimer se hubiera dirigido a caballo directamente a Cartago, habría matado sin dificultad a todos los hombres que estaban bajo el mando de Juan, los cuales, despreocupadamente, estaban recorriendo la llanura uno a

[265] Uliaris, el personaje que matará involuntariamente a Juan de Armenia en diciembre del 533 (quizá el día 21), era, como el propio texto indica, un *doryphóros*, «lancero», de Belisario.

uno o por parejas despojando a los que yacían muertos. Y, 28
además, él habría mantenido a salvo de peligros a la ciudad con sus tesoros y se habría apoderado de nuestros barcos, que no estaban a mucha distancia[266], y nos habría quitado toda esperanza tanto de regresar por mar como de obtener la victoria. Pero la realidad es que no hizo ninguna de estas dos cosas, sino que, por el contrario, descendió de la colina al paso 29
y, una vez que estuvo en terreno llano y vio el cadáver de su hermano[267], se dio a los lamentos y, como se cuidó de su enterramiento, le restó entonces fuerza al momento álgido de su oportunidad de vencer, momento del cual, ciertamente, ya no podría disfrutar más. Por su parte, Belisario se encontró 30
con los fugitivos y les mandó detenerse; tras colocarlos a todos en orden y dirigirles multitud de reproches, una vez que se enteró de la muerte de Amatas y de la persecución de Juan y se informó de cuanto quiso sobre el lugar y respecto a los enemigos, se lanzó a la carrera contra Gelimer y los vándalos. Pero los bárbaros, que estaban ya en desorden y 31
desprevenidos, no aguantaron la acometida de los romanos, sino que huyeron con todas sus fuerzas, perdiendo a muchos en este encuentro, el cual no terminó hasta por la noche. Y 32
los vándalos no huían ni a Cartago ni a Bizacio, que era de donde habían venido, sino a la llanura de Bula[268] y a la carretera que conducía a Numidia. Así pues, Juan y sus hom- 33
bres y los maságetas, en torno a la hora de encender las lám-

[266] Entre Cartago, en el extremo occidental del golfo, y el lugar donde debía encontrarse la flota de Calónimo de Alejandría (cf. nota 256), en el extremo oriental, no hay más de 20 ó 30 Kms. de distancia (25 Kms. hasta Ras el Fartass), ya sea en línea recta o por mar.

[267] Amatas.

[268] La llanura de Bula (= latín *Bulla*) está a «cuatro días de trayecto desde Cartago para un viajero desenvuelto», indica el propio autor en III 25, 1, lo cual equivale a 144 kilómetros.

paras, regresaron junto a nosotros y, tras enterarse de todo
lo sucedido y contar ellos lo que habían llevado a cabo, pa-
saron la noche en nuestra compañía en Décimo.
20 Pero al día siguiente[269], después de que se presentase la
infantería junto con la esposa de Belisario, nos pusimos en
camino todos juntos en dirección a Cartago, a donde llega-
mos aproximadamente a la caída de la tarde y pasamos la
noche en campo abierto, aun cuando nadie nos impedía en-
trar en la ciudad inmediatamente. En efecto, los cartagine-
ses, tras abrir las puertas, encendieron luces por todas partes
y la ciudad se mantuvo iluminada por las antorchas a lo lar-
go de toda la noche aquella y los vándalos que se habían
quedado atrás se sentaron en calidad de suplicantes en los
2 santuarios. Belisario, sin embargo, impidió que se produjera
alguna emboscada contra ellos por parte de los enemigos y
que los soldados tuvieran vía libre para dedicarse al pillaje
3 amparados por la oscuridad de la noche. Durante aquel día,
las naves alcanzaron el promontorio[270], pues les sobrevino
un viento del este. Y los cartagineses, pues ya los habían
avistado, tras quitar las cadenas de hierro del puerto que
llaman Mandracio, permitieron que la flota pudiera entrar.
4 Hay en el palacio del rey una estancia llena de oscuridad, a
la que los cartagineses denominan *Ankôn*[271], donde eran en-
cerrados todos aquellos hombres con los que estuviese eno-
5 jado el usurpador[272]. Por aquel entonces daba la casualidad

[269] 14 de septiembre del 533 d. C.

[270] El Promontorio de Mercurio o Cabo Bon.

[271] «Rincón», nombre de un calabozo o prisión. El palacio del que habla Procopio no ha podido ser identificado hasta ahora, razón por la cual no se sabe nada ni de la sala de banquetes denominada *Délphix* (III 21, 1), ni de la del trono (III 20, 21), ni tampoco del calabozo *Ankôn*, aquí mencionado.

[272] En griego aparece una vez más el término *týrannos*, con el que se designa en el Bajo Imperio y en la época protobizantina al personaje que

de que habían sido confinados allí un grupo de mercaderes venidos de Oriente, pues Gelimer los había hecho víctimas 6 de su cólera, acusándolos de que ellos personalmente habían incitado al emperador a emprender la guerra, y estaban todos a punto de ser ejecutados, habiéndolo decidido así Gelimer aquel mismo día en que murió Amatas en Décimo. A tal situación límite habían llegado estos hombres. Sin em- 7 bargo, el vigilante del calabozo este, cuando se enteró de lo que había sucedido en Décimo y vio a la flota en el lado de acá del promontorio, tras penetrar en la habitación, les preguntó a los mercaderes, que todavía no habían oído las buenas noticias, sino que seguían sentados en la oscuridad aguardando la muerte, cuál de sus posesiones estaban ellos dispuestos a entregar para salvarse. Y, aun cuando ellos prefe- 8 rían darle a él todo aquello que quisiera, sin embargo no les exigió ninguna otra de entre todas sus riquezas, sino que les pidió a todos que jurasen que, en el caso de que consiguieran escapar, le ayudarían a él si se encontraba en peligro, con todas sus fuerzas. Y conforme a esta petición obraron ellos. Entonces él les refirió en detalle todo lo sucedido 9 y, después de arrancar un panel de la parte que miraba al mar, les señaló a la flota que se estaba acercando y, tras liberarlos a todos de la prisión, se marchó con ellos.

Pero los hombres que estaban en las naves, que todavía 10 no estaban enterados de nada de lo que había llevado a cabo el ejército, se encontraban sin saber qué hacer y, tras arriar las velas y enviar emisarios a Mercurio, se informaron de lo acontecido en Décimo y, sintiéndose muy felices, continuaron navegando. Y cuando, gracias al viento favorable, estu- 11

usurpa el trono imperial. Gelimer es uno de los prototipos de «tirano» en este sentido de «usurpador» y de personaje cruel, injusto y despiadado.

vieron a ciento cincuenta estadios de Cartago[273], Arquelao y
sus soldados les pidieron que echaran allí el ancla, pues te-
mían ellos que no se cumpliesen las instrucciones previas
del general, sin embargo los marineros se negaban a obede-
12 cer, pues ellos afirmaban que el promontorio que allí había
carecía de puerto y que era presumible que se levantara en
muy pocos instantes una tormenta muy conocida que los
13 nativos denominan Cipriana[274]. Y les advertían de que, si
les sobrevenía a ellos en ese lugar, no serían capaces de sal-
var ni uno solo de los barcos. Y tal fue, efectivamente, co-
14 mo ocurrió. Así pues, durante un corto espacio de tiempo
arriaron las velas y deliberaron; ellos consideraban que no
15 había necesidad de intentar llegar a Mandracio, pues tenían
miedo por haber incumplido las instrucciones de Belisario y,
al mismo tiempo, sospechaban que la entrada a Mandracio
estaría cerrada por cadenas y, especialmente, que aquel puerto
no sería suficiente para albergar a toda la flota. Por el con-
trario, Estagno les parecía estar situado en una buena ubica-
ción, pues se encuentra de Cartago a una distancia de cua-
renta estadios, no existía ningún impedimento allí y era lo
16 bastante espacioso para acoger a la totalidad de la flota. Pues
bien, tras arribar allí aproximadamente a la caída de la tarde,
echaron todos el ancla a excepción de Calónimo junto con
algunos de los marineros, y, despreocupándose del general y
de todos los demás, partió en secreto rumbo a Mandracio,
sin atreverse nadie a impedirlo, y posteriormente saqueó las
propiedades de los comerciantes que vivían al borde del
mar, tanto extranjeros como cartagineses.

---

[273] Ellos debieron estar pendientes de las órdenes situados un poco al este del cabo Ras el Fartass.

[274] Las tormentas «Ciprianas» se denominaban así porque se formaban coincidiendo con las fiestas dedicadas a San Cipriano (16 de septiembre). Cf. *infra*, III 21, 18.

Al día siguiente[275], Belisario mandó a los que estaban en 17
las naves que desembarcaran y, tras organizar a todo el ejér-
cito y alinearlo en formación de batalla, se puso en marcha
hacia Cartago, pues temía encontrarse con alguna embosca-
da tendida por los enemigos. Una vez llegados allí, por una 18
parte, les recordó extensamente a los soldados cuánta buena
fortuna habían tenido ellos al haberse comportado modera-
damente con los libios y, por otra, les exhortó con mucho
énfasis a conservar en la mayor medida posible la disciplina
en Cartago, pues, decía él, todos los libios, que habían sido 19
romanos en tiempos antiguos, no habían caído bajo el poder
de los vándalos voluntariamente y habían sufrido multitud de
abusos por parte de estos bárbaros; tal era precisamente el 20
motivo por el cual el emperador había entrado en guerra con
los vándalos y no era justo que, por culpa de ellos, les suce-
diese nada desagradable a unos hombres cuya libertad ha-
bían convertido en razón fundamental para ir en campaña
militar contra los vándalos. Tras pronunciar estas palabras a 21
modo de arenga, entró en Cartago y, puesto que no aparecía
enemigo alguno, subió al Palacio y se sentó en el trono de
Gelimer. Allí se llegaron ante Belisario, formando una gran 22
algarabía, toda una muchedumbre de mercaderes y demás
cartagineses, cuyas casas se encontraban todas casualmente
junto al mar, para presentarle la acusación de que durante la
noche precedente habían sufrido por parte de los marineros
el robo de sus propiedades. Entonces él obligó con juramen- 23
tos a Calónimo a que sacase a la luz, sin engaño alguno, to-
do lo que había robado. Calónimo, habiendo prestado el ju- 24
ramento, pero no respetando después lo que había jurado,
por el momento conservó los bienes que había saqueado,
pero no mucho más tarde pagó su justo castigo en Bizancio.

---

275 15 de septiembre del 533 d. C.

25 Pues, tras haber contraído la enfermedad que recibe el nombre de apoplejía, perdió el juicio, se comió su propia lengua y terminó muriendo después. Pero esto sucedió posteriormente.

21 Entonces Belisario, pues era la hora apropiada, ordenó que se les preparase el almuerzo en el lugar donde precisamente Gelimer acostumbraba a invitar a comer a los jefes de
2 los vándalos. A este lugar los romanos lo denominan *Délphix*[276], no en su lengua, sino utilizando una palabra griega, según la antigua costumbre, pues en el palacio de Roma, allí donde están los lechos para comer del emperador, se encontraba desde época antigua un trípode sobre el que colo-
3 caban las copas los escanciadores imperiales. Ahora los romanos llaman *Délphix* al trípode, pues fue en Delfos donde existieron por primera vez y, por esta razón, tanto en Bizancio como en cualquier otro lugar donde un rey tenga un lecho para comer le dan el nombre de *Délphix* a dicha habitación. Y es que los romanos emplean también una palabra griega cuando llaman *Palatium* a la residencia del empera-
4 dor[277]. En efecto, un griego llamado Palante vivió en ese lugar antes de la toma de Troya y construyó allí una notable mansión a la cual denominaron, en consecuencia, *Palatium*[278],

---

[276] Como se ha comentado previamente en nota 271, esta sala llamada *Délphix* nos es por completo desconocida.

[277] El nombre de *Palation* o *Palatium*, es decir, de la colina del Palatino y, posteriormente, del palacio imperial que allí se construyó en tiempos de Tiberio y de los emperadores siguientes no es una palabra de origen griego. *Palatium* parece derivar del nombre de Pales, diosa de los pastores y de los rebaños.

[278] La tradición que recoge Procopio en su explicación no tiene nada de histórica ni tampoco se corresponde con la leyenda poética romana de más prestigio, transmitida por poetas como Virgilio u Ovidio: así, el primero presenta a Palas (Palante) como un compañero de Eneas, tras partir éste de Troya rumbo al Lacio y en su lucha contra Turno, el rey de los

pero, cuando Augusto recibió el poder imperial, decidió es-
tablecer allí su primera residencia y por este motivo llaman
Palatium al lugar donde reside el emperador. Así pues, Be- 5
lisario tomó su almuerzo en el *Délphix* acompañado de to-
dos los notables del ejército. Daba la casualidad de que la 6
comida preparada para Gelimer el día anterior estaba lista y
con esos alimentos nos obsequiamos en el banquete, servi-
dos por los criados de Gelimer, los cuales también escancia-
ban el vino y nos prestaban los demás servicios. Era posible 7
entonces ver a la Fortuna en todo su esplendor y haciendo
una demostración de que todas las cosas le pertenecen y de
que nada es propio y exclusivo de ningún hombre[279]. Y le 8
sucedió a Belisario que disfrutó de un grado tal de felicidad
en aquel día como no le ha tocado en suerte jamás ni a uno
solo de sus contemporáneos ni a ningún otro de los tiempos
antiguos. Aunque, efectivamente, los soldados romanos no 9
estaban acostumbrados a entrar sin provocar tumultos en
una ciudad conquistada por ellos, aun cuando fuesen sólo
quinientos hombres, y, especialmente, si lo hacían de forma
inesperada, todos los soldados, bajo las órdenes del general,

---

rútulos; más tarde, una vez que cayó Palante víctima de este último, el poeta lo convierte en héroe epónimo del Palatino, el lugar donde fue enterrado. También Virgilio *(Eneida* VIII 51 ss.), basándose en Dionisio de Halicarnaso, habla de unos arcadios descendientes de Palas o Palante, que fundan la ciudad llamada Palanteo, de donde era el héroe arcadio Evandro (nieto de Palante); también Tito Livio *(Ab Urbe Condita* V 1) hace derivar el nombre del Palatino *a Pallanteo urbe Arcadica*. Sea como fuere, Procopio parece seguir aquí a Polibio *(Historias* VI, 11 a).

279 Cf. Evans, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 (1971), 94: la *týchē* parece considerarse aquí como una fuerza irracional y caprichosa, cuya administración de los asuntos humanos va más allá del entendimiento de los hombres y que, al mismo tiempo, sirve muchas veces para dar una explicación a lo que, en realidad, carece de sentido (cf. *Historia Secreta*, 4, 43): éste es el concepto popular de *týchē*.

se presentaron con un comportamiento tan moderado que no
se produjo ni un solo acto de insolencia ni una sola amenaza
10 y no ocurrió tampoco nada que impidiera la actividad nor-
mal de la ciudad; pero en una ciudad conquistada, que había
modificado su régimen político y que había cambiado de
soberano al que rendirle vasallaje, sucedió, sin embargo,
que tampoco quedó excluida del mercado la familia de na-
die, sino que, por el contrario, los escribanos confecciona-
ron por escrito sus listas de los hombres y, como era cos-
tumbre[280], condujeron a los soldados a sus alojamientos, que
ellos mismos ocupaban tranquilamente, después de obtener
su comida en el mercado comprándola, según los deseos de
cada uno.

11 Posteriormente, Belisario les ofreció garantías a los ván-
dalos que se habían refugiado en los santuarios y empezó a
preocuparse de las fortificaciones de la ciudad, pues la mu-
ralla que rodeaba a Cartago estaba tan deteriorada que se
había hecho accesible por muchos puntos para el que tuvie-
ra intención de penetrar en la ciudad y podía ser fácilmente
12 atacada. En efecto, una parte no pequeña de ella se había
derrumbado y era ésta la razón, según afirmaban los carta-
gineses, por la que Gelimer no había hecho frente al enemi-
13 go en la ciudad, pues pensaba que le habría sido imposible,
en tan corto espacio de tiempo, hacer que la muralla reco-
14 brase su solidez. Y ellos decían además que existía un viejo
oráculo propagado por los niños en tiempos antiguos[281], que
rezaba así: «la gamma perseguirá a la beta y, de nuevo, la
15 beta misma perseguirá a la gamma.» En el pasado, este orá-
culo era pronunciado por los niños como un juego y había

[280] Se proporcionó alojamiento a las tropas como en una ocupación pacífica.

[281] Antes de la revuelta del conde Bonifacio en 427-428 d. C.

quedado reducido a la condición de enigma sin descifrar, pero ahora resultaba completamente claro su significado para todos: anteriormente, en efecto, Gicerico había expulsado 16
a Bonifacio y ahora Belisario estaba haciendo lo mismo con Gelimer. Y, ciertamente, así se cumplieron estas palabras, tanto si eran un dicho popular como si había que considerarlas un oráculo.

En aquel tiempo había salido a la luz un sueño que había 17
sido visto a menudo por muchas personas antes, pero que no resultaba claro cómo se realizaría[282]. El sueño era de la siguiente manera: a Cipriano, santo varón[283], lo reverencian
los cartagineses por encima de cualquier otro y, habiendo 18
construido en su honor un muy notable templo[284] delante de

---

[282] Siguiendo el curso del relato (§ 23), podremos establecer la fecha exacta: se trata del 15 de septiembre del 533, víspera de la festividad dedicada a San Cipriano.

[283] Su nombre completo era Tascio Cecilio Cipriano. Padre de la Iglesia latina, nació en Cartago en torno al 200 d. C. y murió decapitado en su ciudad natal el 14 de septiembre del 258. Era rétor cuando se convirtió al cristianismo (hacia el 240). Fue obispo de Cartago desde el 248 o 249 y se impuso como cabeza de la Iglesia de África: en primer lugar, resolviendo el considerable problema ocasionado por la reintegración de los *lapsi*, esto es, de los cristianos que, durante la persecución llevaba a cabo por Decio, se habían debilitado en la afirmación de su fe; más tarde, se destacó con ocasión del conflicto provocado por la validez del bautismo impartido por los herejes, lo cual lo enfrentó al papa Esteban I (254-257). Esta controversia estuvo a punto de llevarlos a la ruptura, si bien la persecución de Valeriano, en la que ambos fueron martirizados, puso término al problema, el cual sólo podría tener solución con la condena del donatismo. Con la disputa entre Esteban y Cipriano, se pusieron frente a frente dos concepciones de la Iglesia: la monárquica y la colegial. San Cipriano dejó numerosas obras entre las que destacan *De unitate Ecclesiae, De lapsis, De exhortatione martyrii*, etc.

[284] Este «templo» (griego *neón)* es en realidad una basílica. Fueron tres las basílicas que se construyeron en Cartago tras la muerte de San Cipriano: la primera en el sitio exacto donde tuvo lugar su martirio, la se-

la ciudad a la orilla del mar, donde celebraban, entre otras ceremonias religiosas, unas fiestas que ellos denominan *Ciprianas,* por eso los marineros a la tormenta que he mencionado un poco más arriba[285] acostumbran a otorgarle el mismo nombre que a la festividad, pues suele desencadenarse en el tiempo en que los libios tienen por costumbre celebrar
19 dicha fiesta. Pues bien, durante el reinado de Honorico, los vándalos[286] se apoderaron de este templo, tras arrebatárselo
20 por la fuerza a los cristianos[287]. Y, después de expulsar de allí a los sacerdotes de los cristianos de forma muy deshonrosa, ellos mismos, a partir de entonces, se preocuparon de las fiestas sagradas, que, según ellos, pertenecían a los arria-
21 nos. Así pues, los libios se sintieron indignados ante esto y, al encontrarse sin saber qué hacer, afirman que Cipriano les enviaba a menudo un sueño que decía que los cristianos no debían preocuparse en absoluto por él, pues él mismo, con el
22 transcurrir del tiempo, sería su propio vengador. Y cuando el relato de este sueño, siendo divulgado entre ellos, llegó a conocimiento de todos los libios, éstos tenían la esperanza, ciertamente, de que alguna clase de castigo recayera sobre los vándalos por causa de la solemnidad religiosa aquella,

---

gunda, en el lugar donde se enterró, ambas se localizan extramuros al norte de Cartago y, por último, la tercera estaba próxima al mar (San Agustín la llama *memoria beati Cypriani).* Esta última se había convertido, en época de Procopio, en un magnífico santuario, aun cuando se desconoce su localización exacta intramuros.

[285] Cf. III 20, 13.

[286] Recuérdese que los vándalos profesaban la doctrina del arrianismo.

[287] Es decir, los católicos. Una vez más nos apercibimos de cómo Procopio sugiere continuamente a lo largo de la obra que los seguidores de Arrio no son cristianos. En realidad lo eran, aun a pesar de que, a raíz del Concilio de Nicea del 325 d. C., la Iglesia católica consideró como herejía la doctrina del arrianismo.

pero, sin embargo, no podían conjeturar cómo se llevaría a efecto para su beneficio la visión que tenían en sueños. Ahora, por tanto, cuando la expedición del emperador hubo lle- 23
gado a Libia, pues ya el tiempo había transcurrido e iba a traer al día siguiente la celebración de la fiesta, los sacerdotes de los arrianos, aunque Amatas había enviado a los vándalos a Décimo, limpiaron todo el santuario y colgaron las más hermosas de las ofrendas votivas de allí y, tras preparar las lámparas y sacar los tesoros de los depósitos, lo disponían todo con exactitud, de acuerdo con el uso correcto que había que darle a cada cosa. Pero los acontecimientos de Dé- 24
cimo sucedieron de la manera en que han sido narrados anteriormente por mí. Entonces, los sacerdotes de los arrianos 25
salieron huyendo, mientras que los cristianos que profesaban la fe ortodoxa[288], tras llegar al templo de Cipriano, encendieron todas las lámparas y celebraron la solemnidad religiosa tal como precisamente acostumbran ellos a prestar estos servicios, y así comprendieron todos lo que estaba anunciando la visión del sueño. Y tal fue, en definitiva, el desarrollo de estos acontecimientos.

Pero los vándalos, recordando entonces un antiguo di- 22
cho, se quedaron asombrados, entendiendo claramente a partir de esos momentos, que, al menos para el que es un hombre, ninguna esperanza es inalcanzable, ni tampoco ninguna posesión es segura. Y cuál era el dicho ese y de qué forma 2
fue pronunciado, seguidamente voy a explicarlo. Cuando los 3
vándalos en los orígenes, abrumados por el hambre, estaban a punto de marcharse de su morada ancestral, una parte de ellos se quedó atrás, aquellos que, retenidos por la vacilación, no veían con agrado seguir a Godigisclo. Pero, con el 4
transcurrir del tiempo, mientras que les parecía a los que se

[288] Evidentemente, los católicos.

quedaron que se encontraban en una situación favorable en
lo referente a la abundancia de provisiones, Gicerico y los
5 que le acompañaban tomaron posesión de Libia[289], habien-
do oído lo cual, los que no habían seguido a Godigisclo se
alegraron, pues desde ese momento en adelante la tierra les
6 sería del todo suficiente para subsistir. Pero temiendo que,
más tarde, al final de un largo período, o los mismos hom-
bres que conquistaron Libia o sus descendientes fuesen, de
una manera o de otra, expulsados de Libia y regresasen a
sus hogares ancestrales, pues nunca llegaron a suponer que
los romanos se desentenderían de ella para siempre, les en-
7 viaron embajadores, los cuales, cuando estuvieron en presen-
cia de Gicerico, le decían que felicitaban a sus compatriotas
por haber tenido tanto éxito, pero que no eran capaces de
guardar más aquella tierra por la que ellos se habían preo-
8 cupado tan poco que se habían establecido en Libia. En
consecuencia, le pidieron que, si no reclamaban para sí las
tierras de sus ancestros, les obsequiaran a ellos con este bien
inútil, a fin de que, una vez convertidos entonces en dueños
de ese territorio de la forma más segura posible, si alguien
lo atacaba con la intención de devastarlo, no tuvieran la más
9 mínima razón para negarse a morir en su defensa. Pues bien,
a Gicerico y al resto de los vándalos les pareció que habla-
ban con razón y con equidad y consintieron en todo cuanto
10 les pedían los embajadores. Mas un cierto anciano, conoci-
do entre ellos y que gozaba de una gran reputación por su
inteligencia, afirmaba que él en modo alguno permitiría una

[289] Resumiendo los hechos más importantes, de la siguiente forma: en mayo del 429, atraviesan el estrecho de Gibraltar y ponen el pie en África; en julio-agosto del 431 conquistan la ciudad de Hipona; en el 435 los vándalos firman el primer tratado con los romanos; exactamente el 19 de octubre del 439, toman Cartago y, por último, en el año 442 d. C., se concluye el segundo tratado entre los vándalos y los romanos.

concesión de tal clase, «pues», decía él, «en los asuntos humanos, ni uno solo permanece seguro, sino que, por una parte, nada de lo que existe está garantizado eternamente para los hombres y, por otra, de lo que no existe todavía, no hay una sola cosa que no pueda llegar a ocurrir.» Tras escuchar 11
estas palabras Gicerico, se mostró de acuerdo y decidió despachar a los embajadores sin que éstos hubieran conseguido nada. Ciertamente, en aquel momento, tanto él mismo como el hombre que le aconsejó fueron objeto de burla por parte de los vándalos todos, pues, pensaban ellos, estaban previendo una situación imposible. Mas cuando acontecieron los 12
sucesos que se han referido, los vándalos aprendieron a cambiar de punto de vista con respecto a la naturaleza de los asuntos humanos y se dieron cuenta de que el dicho aquel provenía de un hombre sabio.

Ciertamente, de los vándalos aquellos que permanecie- 13
ron en su tierra patria, no se ha conservado hasta mi época ni recuerdo alguno ni tampoco ningún nombre, pues, según creo yo, comoquiera que no eran más que unos pocos, les sucedió que o bien fueron subyugados por sus vecinos bárbaros, o bien se asimilaron a ellos, en absoluto contra su voluntad, y su nombre, de una manera o de otra, dio paso al de sus conquistadores. Y ni siquiera cuando fueron vencidos 14
los vándalos por Belisario, se les ocurrió la idea de marcharse de allí en busca de sus hogares ancestrales. No podían, en 15
efecto, trasladarse de forma imprevista desde Libia hasta Europa, especialmente al no tener a su disposición barcos[290],

[290] La inexistencia de una flota de barcos de guerra vándalos que apunta aquí Procopio no concuerda en absoluto con el hecho, que él mismo nos cuenta en III 11, 23; 24, 1-4 y 25, 10-21, de que una flota vándala integrada por ciento veinte barcos, los mejores de que disponía Gelimer, zarpasen para Cerdeña bajo las órdenes de su hermano Tzazón y volviesen después rápidamente a Numidia.

sino que allí mismo pagaron el castigo que merecían[291] por todas las faltas que habían cometido contra los romanos y,
16 en especial, contra los de Zacinto. Pues Gicerico, habiéndose abatido en cierta ocasión sobre las ciudades del Peloponeso, intentó atacar Ténaro y, después de ser rechazado de allí y perder a muchos de los hombres que le acompañaban,
17 se retiró en completo desorden. Y estando todavía dominado por la cólera que sufría a causa de esto, arribó a Zacinto y, habiendo dado muerte a un gran número de personas que el azar quiso que se encontrasen con él y tras reducir a la condición de esclavos a unos quinientos de entre los nota-
18 bles, se hizo a la mar poco tiempo después. Y una vez que se encontró en medio del mar Adriático, cortó en pequeños trozos los cuerpos de los quinientos y los arrojó extendiéndolos por todo el mar, sin prestarles la menor consideración. Pero todo esto se produjo en una época anterior.

23 Sin embargo, en la época de nuestro relato, Gelimer, distribuyendo gran cantidad de dinero entre los campesinos libios y mostrando una disposición amistosa hacia ellos, con-
2 siguió atraer a su causa a muchos. A éstos entonces les ordenó que matasen a los romanos que estuviesen deambulando por los campos, anunciado la existencia de una recompensa en oro establecida por cada hombre eliminado para aquel
3 que le hubiera dado muerte. Y ellos asesinaron a muchos del ejército romano, no soldados sin embargo, sino esclavos y sirvientes, quienes, por deseo de hacerse con riquezas, subían hasta las aldeas a escondidas y eran capturados. Enton-
4 ces, los campesinos les presentaban a Gelimer sus cabezas y se marchaban después, no sin haber recibido su recompensa,

[291] En *Historia Secreta* 18, 5 ss., Procopio nos informa de que, en tiempos de Belisario, el número de vándalos en África alcanzaba los 80.000 hombres y da a entender que murieron prácticamente todos.

mientras que aquél creía que a quienes habían eliminado era a soldados enemigos.

Fue en ese momento cuando Diógenes[292], el oficial de la 5
guardia personal de Belisario, hizo alarde de una serie de acciones dignas de mérito, pues, habiendo sido enviado junto con veintidós de los guardias de corps para el espionaje de los enemigos, llegó a un lugar que distaba de Cartago dos días de viaje[293]. Entonces los campesinos de la zona, 6
pues no fueron capaces de matarlos, anunciaron a Gelimer la presencia allí de estos hombres. Y éste, tras seleccionar a 7
trescientos jinetes vándalos, los envió contra ellos, habiéndoles encargado que los trajeran a todos con vida a su presencia. Y es que a él le parecía un logro digno de considera- 8
ción hacer prisioneros a un oficial de la guardia personal de Belisario junto con veintidós soldados integrantes de esa misma guardia. Entonces Diógenes y los que le acompaña- 9
ban, tras entrar en una casa, se encontraban durmiendo en el piso superior, no teniendo en su mente pensamiento alguno relacionado con los enemigos, pues ellos, ciertamente, se habían informado de que sus adversarios se hallaban lejos. Pero los vándalos, tras llegar allí al despuntar el alba, pensa- 10
ron que no era conveniente para ellos echar abajo las puertas y entrar en la casa a oscuras, por temor a que, viéndose envueltos en una refriega nocturna, se matasen entre ellos

---

[292] Diógenes, *buccellarius* y oficial de la guardia personal de Belisario, es un personaje ya conocido (se le presenta con el artículo determinado) pues aparece en *Historia de las Guerras* II 21, 2; 21, 18 y 21, 20 como comandante de caballería. También participó en la expedición a África y, como se nos indica aquí, llevando a cabo acciones de mérito.

[293] No se ha podido precisar de qué lugar se trata.

mismos y proporcionasen eventualmente un medio de esca-
11 pe a la mayor parte de los enemigos en la oscuridad. Sin
embargo, ellos obraron así porque la cobardía paralizaba su
ánimo, aunque les hubiera sido posible a ellos sin ningún es-
fuerzo, encendiendo antorchas o incluso sin éstas, capturar a
los enemigos en sus propios lechos, no sólo desarmados, si-
12 no además completamente desnudos. Pero la verdad es que,
tras formar una falange en círculo alrededor de toda la casa
y, en especial, de las puertas, permanecieron todos allí sin
13 moverse. Mas entretanto le sucedió a uno de los soldados
romanos que se despertó de su sueño y éste precisamente,
advirtiendo el ruido que en esos momentos hacían los ván-
dalos al hablar entre ellos en voz baja y al moverse con las
armas, pudo comprender lo que estaba ocurriendo y, tras
despertar a los demás, les contó silenciosamente a cada uno
14 de sus compañeros lo que pasaba. Entonces todos ellos, si-
guiendo la opinión de Diógenes, se vistieron sigilosamente
15 y, tras tomar las armas, bajaron al piso inferior. Allí les co-
locaron las bridas a los caballos y saltaron sobre ellos sin
que nadie se diese cuenta. Y tras permanecer durante un
rato junto a la puerta del patio, salieron inmediatamente to-
16 dos. Entonces los vándalos emprendieron enseguida la lucha
contra ellos, pero no obtuvieron ningún resultado, pues los
romanos cabalgaban vigorosamente, cubriéndose con sus
escudos y rechazando con las lanzas a los que les atacaban.
17 Y de este modo escapó Diógenes de los enemigos, perdien-
do a dos de sus compañeros, pero consiguiendo salvar a los
18 demás. Sin embargo, él mismo recibió en este encuentro tres
heridas en el cuello y en el rostro, a consecuencia de las
cuales estuvo entonces a punto de morir, y también otra he-
rida en la mano izquierda, por la que ya no pudo mover más
el dedo meñique. De esta forma, pues, se desarrollaron estos
acontecimientos.

Y Belisario, ofreciendo grandes sumas de dinero a los técnicos[294] que se ocupaban de las edificaciones, así como a la masa de obreros en general, excavó una muy considerable fosa en círculo alrededor de la muralla de Cartago y, colocando un buen número de estacas ininterrumpidamente a lo largo de ella, rodeó dicha muralla con una excelente empalizada. 19
zada. Y además reconstruyó en breve tiempo las partes de la muralla que habían sufrido daño, algo que fue digno de admiración no sólo para los cartagineses, sino también posteriormente para el propio Gelimer, pues cuando éste llegó a 20
Cartago como prisionero[295], se quedó maravillado al ver la muralla y dijo en ese momento que había sido su propia negligencia la causa de todas las dificultades por las que estaba pasando entonces. Así fue, pues, como Belisario llevó a cabo estas acciones durante su estancia en Cartago. 21

Por su parte, Tzazón, el hermano de Gelimer, con la expedición que he mencionado anteriormente[296], llegó a Cerdeña y desembarcó en el puerto de Caranalis; y a la primera acometida tomó la ciudad y mató al usurpador Godas y a 24

---

[294] El término empleado por Procopio es *technîtais*, es decir, «artesanos, artistas» o «hábiles, conocedores, versados (en alguna materia: ciencia, arte o técnica)». Para nuestra traducción hemos escogido el término general «técnicos» (versados, competentes, entendidos en la construcción de edificios: *perì tèn oikodomían)*, como expresión equivalente a «maestros de obras» o incluso «obreros cualificados», sin que podamos concretar o precisar más. Y es que En *Historia de las Guerras* II, sí aparece el término *architékton*, «arquitecto», mientras que en Sinesio de Cirene, *Dión* V 43 a, *technîtai* se emplea en el sentido general de «especialista» o «experto» (no así en Aristóteles, *Metaf.* 981 b31, donde tiene otro significado). Dewing traduce *«artisans engaged in the building trade»*, mientras que Denis Roques *(La guerre contre les vandales*, Les Belles Lettres; París, 1990, pág. 106) utiliza el aséptico y poco comprometido *«entrepreneurs de constructions»*.

[295] En la primavera del año 534 d. C.

[296] En III 11, 23.

2 cuantos combatían a su lado[297]. Y cuando oyó decir que la expedición del emperador se encontraba en tierras de Libia, no habiéndose enterado de nada de lo que se había hecho
3 allí, le escribió a Gelimer en los siguientes términos: «Debes saber ¡oh rey de los vándalos y alanos! Que el tirano Godas ha muerto tras haber caído en nuestras manos y que la isla está de nuevo bajo tu soberanía y está celebrando la fiesta
4 del triunfo. Y, en cuanto a los enemigos que se atrevieron a marchar en expedición militar contra nuestra tierra, ten esperanzas de que su tentativa correrá la misma suerte que tuvo la de los que anteriormente marcharon contra nuestros
5 antepasados[298].» Los portadores de esta carta se dirigieron por mar hasta el puerto de los cartagineses, sin ninguna in-
6 tención hostil en su ánimo. Tras ser éstos conducidos por los guardias a presencia del general, pusieron en sus manos la carta y le informaron de todos los asuntos sobre los que les iba preguntando, habiéndose quedado ellos atónitos ante lo que estaban contemplando y asombrados por lo repentino del cambio de situación que se había producido; sin embargo, no sufrieron nada desagradable a manos de Belisario.

7 Por esta misma época, otro hecho sucedió de la manera que paso a relatar. Poco tiempo antes de que la expedición del emperador hubiese llegado a Libia[299], Gelimer envió embajadores a Hispania, entre los cuales se encontraban Goteo y Fuscias, con el fin de persuadir a Teudis, el soberano de los

---

[297] La campaña militar de Tzazón o Tata tuvo lugar durante el verano del año 533. Caranalis o Caralis corresponde a la actual Cagliari, ciudad portuaria situada en la costa sur de la isla de Cerdeña.

[298] Se refiere a la expedición de Basilisco (468 d. C.): véase III 6, 2 ss. y 10 ss.

[299] 30 o 31 de agosto del año 533 d. C.

visigodos[300], de que concluyese una alianza militar con
los vándalos. Tras desembarcar aquéllos en el continente, 8
después de cruzar el estrecho de Cádiz, encontraron a Teu-
dis en un lugar situado lejos del mar. Después de marchar 9
ellos al interior del país para entrevistarse con él, Teudis los
recibió con una disposición amistosa, los agasajó cordial-
mente y, durante el banquete, como se puede suponer fá-
cilmente, trataba de averiguar cómo iban los asuntos de Ge-
limer y de los vándalos. Pero, como los emisarios estos 10
habían viajado hasta él con bastante lentitud, se daba la cir-
cunstancia de que Teudis ya estaba enterado de cuanto les
había sucedido a los vándalos, pues un barco de carga que 11
navegaba con fines comerciales, en el mismo día aquel en el
que nuestro ejército entró en Cartago, se había hecho a la
mar desde allí y, encontrando viento favorable, había llega-
do a Hispania. Y por los tripulantes del barco se enteró 12
Teudis de cuanto había acontecido en Libia y les prohibió a
los mercaderes contárselo a nadie más, para evitar que estas
noticias llegaran a conocerse por todas partes. Pero cuando 13
Goteo y los que con él estaban respondieron que todo les
iba a ellos de la mejor manera posible, les preguntó por qué
motivo habían venido entonces. Y al proponerles ellos la 14
alianza militar, les pidió Teudis que se dirigieran a la costa,
«pues, desde allí», dijo, «vosotros tendréis noticias exactas
de cómo van vuestros asuntos.» Y los emisarios, sospechan- 15

[300] Teudis, rey de los visigodos del 531 al 548 d. C., era de origen ostrogodo y fue gobernador de la Hispania visigoda a la caída del reino de Tolosa; se convirtió en rey a la muerte de Amalarico (año 531). Instaló la capital de su reino en Barcelona. Tuvo que hacer frente a los francos, hasta su expulsión en el 541. Ocupó *Septem* (Ceuta) en el año 542, pero la ciudad fue pronto recuperada por Bizancio. A su muerte le sucedió Teudiselo. Sobre Teudis y su acceso al trono en Hispania véase *Historia de las Guerras* V 12, 50 ss.

do que sus palabras eran incoherentes por estar él bebido,
16 guardaron silencio. Pero cuando, al día siguiente, se entrevistaron con él de nuevo e hicieron mención de la alianza y, por segunda vez, empleó Teudis las mismas palabras, comprendieron entonces que habían tenido lugar en Libia cambios políticos, pero como no se imaginaban que nada en absoluto estuviese relacionado con Cartago, se hicieron a la
17 mar rumbo a esta ciudad. Y cuando desembarcaron cerca de Cartago y se toparon con soldados romanos[301], se pusieron en sus manos para que hiciesen con ellos lo que quisieran.
18 De allí fueron conducidos ante el general y, tras contarle el relato completo de su aventura, no sufrieron daño alguno a manos de aquél. Así fue como sucedieron estos acontecimientos.

19 Por su parte, Cirilo[302], cuando se encontró a poca distancia de Cerdeña y se enteró de lo que le había sucedido a Godas, se dirigió por mar hacia Cartago, donde encontró victoriosos al ejército de los romanos y a Belisario y permaneció tranquilo; y Salomón[303] fue enviado a presencia del emperador para que le comunicase lo que se había conseguido.

25 Sin embargo, Gelimer, una vez que se encontró en la llanura de Bula, que está a una distancia de Cartago de cuatro días de viaje para un viajero desenvuelto, no muy lejos de las fronteras de Numidia, reunía a la totalidad de los vándalos y a todos los que, de entre los moros, estuviesen
2 en buena disposición hacia él. Pocos moros fueron, no obstante, los que entraron en alianza con él y, además, éstos

---

[301] Es decir, de la Nueva Roma (Constantinopla).

[302] El jefe de la tropa de los *foederati* o auxiliares: cf. III 11, 1 y 6 y 24, 19.

[303] Otro *dux foederatorum* y *domesticus* de Belisario, era de hecho su jefe de estado mayor: cf. III 11, 5 y 9 y nota 196.

eran totalmente indisciplinados. Pues cuantos gobernaban 3 sobre los moros en Mauritania, Numidia y Bizacio enviaron embajadores a Belisario para decirle que eran esclavos del emperador y prometerle ser sus aliados de guerra. Y hubo 4 quienes presentaron a sus hijos en calidad de rehenes y reclamaban que se les enviaran los distintivos de su autoridad, de acuerdo con la antigua costumbre. En efecto, era ley en- 5 tre los moros que nadie, aunque fuese enemigo de los romanos, gobernase sobre ellos hasta que el emperador de los romanos no le hubiese proporcionado los distintivos que simbolizaban su poder. Y, aunque ya los habían recibido de 6 los vándalos, no consideraban que la autoridad que ellos tenían fuese sólida. Estos distintivos eran un cetro de plata re- 7 cubierto de oro y un bonete también de plata que no cubría la cabeza entera, sino que, como una corona, se sostenía en su sitio por todos lados por medio de unas bandas de plata, una especie de capa pequeña blanca que se recogía con un broche dorado sobre el hombro derecho en forma de clámide tesalia y una túnica blanca con bordados, así como una bota chapada en oro[304]. Y, efectivamente, Belisario les man- 8 dó todos estos distintivos, obsequiándolos además a cada uno de ellos con una gran cantidad de dinero. Sin embargo, no entraron en alianza con él, pero tampoco se atrevieron a prestar su ayuda a los vándalos, sino que, manteniéndose apartados de ambos bandos, esperaban hasta ver hacia

[304] Detalles valiosos para los cuales Procopio es nuestra única fuente (véase también IV 21, 2). La clámide en general era una pieza de lana que iba atada al hombro mediante una fíbula y que servía de capa; tenía forma rectangular con tres lados rectos y uno redondeado. Era una prenda de carácter militar que, en su origen, se usó en Macedonia y en Tesalia sólo. En tiempos del Imperio el término designó el manto o capa púrpura imperial y, posteriormente, una túnica ricamente bordada y, a menudo, militar.

cuál de los dos decantaba la suerte el resultado de la guerra.
De esta forma, ciertamente, estaba la situación para los ro-
manos.

10 Por su parte, Gelimer envió a uno de los vándalos a Cer-
deña con una carta dirigida a su hermano Tzazón. Dicho
hombre llegó a toda velocidad a la costa, donde se encontró
por casualidad con un barco mercante que estaba zarpando,
gracias al cual arribó al puerto de Caranalis y puso en las
manos de su hermano Tzazón la carta, que tenía el siguiente
11 contenido: «No fue Godas, creo yo, el que provocó que la
isla hiciera defección de nosotros, sino una especie de locu-
ra que, enviada por los cielos como maldición, se abatió so-
12 bre los vándalos, pues al privarnos a nosotros de ti y de los
vándalos notables, arrebató a la casa de Gicerico la suma de
13 todos sus bienes, pues no fue con el fin de recuperar la isla
para nosotros por lo que tú te hiciste a la mar desde aquí, si-
no para que Justiniano se convirtiese en el dueño de Libia,
pues lo que previamente determinó la Fortuna ahora es po-
14 sible conocerlo por el resultado de los acontecimientos. Así,
por una parte, Belisario ha venido contra nosotros con un
reducido ejército y, por otra, el valor desapareció de los ván-
dalos al instante, llevándose también con él la buena suerte.
15 En efecto, Amatas y Gibamundo han caído en combate, por-
que los vándalos pasaron a comportarse como unos cobardes,
y los caballos, los arsenales y toda Libia entera y, especial-
mente, la propia Cartago, son ya posesiones de los enemi-
16 gos. Los nuestros, sin embargo, permanecen sentados inac-
tivos, habiendo pagado con sus hijos, sus mujeres y todos
sus bienes el no haberse comportado como hombres en la
lucha; y a nosotros no nos queda más que la llanura de Bula,
lugar a donde nos han llevado y todavía nos mantienen nues-
tras esperanzas, las cuales están depositadas en vosotros.
17 ¡Ea, pues! Deja ya de lado tú a la tiranía, a Cerdeña y todas

las preocupaciones que éstas te han causado y ven con nos-
otros lo más rápidamente que te sea posible con todo tu
ejército, pues cuando para los hombres el peligro está sobre
los asuntos más fundamentales, no es aconsejable que con-
sideren minuciosamente las demás cuestiones. Y luchando 18
juntos de ahora en adelante contra los enemigos o bien re-
cuperaremos la fortuna anterior, o bien obtendremos el pro-
vecho de no sufrir apartados los unos de los otros las adver-
sidades que los cielos nos envíen.»

Cuando Tzazón vio la carta que se le presentaba y des- 19
veló su contenido a los vándalos, se dieron a los gemidos y
a las lamentaciones, no abiertamente sin embargo, sino que,
ocultando sus sentimientos en la mayor medida posible y
pasando inadvertidos a los isleños, lamentaban en silencio
entre ellos la suerte que se les tenía reservada entonces. Y 20
tras tomar de inmediato las medidas oportunas para dejar
arreglados, según les permitían las circunstancias, los asun-
tos ordinarios, embarcaron en las naves. Y, después de zar- 21
par de allí con toda la flota, al tercer día desembarcaron en
el promontorio de Libia que marca la frontera entre Numi-
dia y Mauritania[305]. Y, marchando a pie, llegaron a la llanu- 22

---

305 Este desembarco se habría llevado a cabo en Oued el Kebir, en la frontera entre la Mauritania Sitifiana (donde se encontraba la colonia romana de Sitifi, hoy Setif) y la Numidia, a unos 70 kilómetros al noroeste de Constantina (hay Ksantina) y a aproximadamente 250 kilómetros al oeste de Bula Regia (importante ciudad del interior de Numidia situada en la ribera izquierda del río Bagradas (hoy Mejerda) y que tuvo asiento cerca de donde hoy se levanta la moderna Suk-el-Arba). Según C. Courtois *(op. cit.,* pág. 190, n. 11) Procopio habría cometido un error, pues él en realidad quería decir la frontera entre la Numidia y la Proconsular (la región de Hipona). Sin embargo, la larga duración del trayecto —dos días— hace pensar que quizá la flota, por efecto del viento, se habría desviado hacia el suroeste para alcanzar la costa más al oeste: téngase en

ra de Bula, donde se unieron al resto del ejército. En ese lugar se produjeron, entre los vándalos, numerosas escenas dignas de la mayor compasión, las cuales no podría yo al
23 menos describir jamás de manera apropiada. Pues yo pienso que incluso si se hubiera dado la circunstancia de que uno de los propios enemigos hubiese sido espectador de ellas entonces, probablemente se habría compadecido de los ván-
24 dalos y del destino de los hombres. En efecto, Gelimer y Tzazón, cuando se echaron el uno al otro los brazos al cuello, no podían de ninguna manera dejar de estar abrazados a partir de ese momento, aunque no se dirigían mutuamente ni una sola palabra, sino que estrechándose las manos lloraban y cada uno de los vándalos que acompañaban a Gelimer abrazaba a alguno de los que habían venido de Cerdeña y
25 obraba de la misma manera. Durante largo rato, como si estuviesen unidos por la naturaleza, disfrutaron del consuelo de estos abrazos y ni los hombres de Gelimer consideraron oportuno preguntar por Godas, pues sus desventuras presentes los habían paralizado y les llevaban ahora a considerar las cosas que anteriormente les habían parecido ser las más importantes como totalmente dignas de ser pasadas por alto, ni tampoco los que venían de Cerdeña hicieron lo propio sobre lo que había acontecido en Libia, pues el lugar les resultaba prueba suficiente para juzgar lo que se había pro-
26 ducido. Y ni siquiera hicieron mención alguna de sus propias mujeres e hijos, porque sabían bien que si allí no se encontraba alguno de los suyos, evidentemente significaba que o estaba muerto o había caído en manos de los enemigos. De tal forma fue, pues, como sucedieron estos acontecimientos.

---

cuenta que durante toda la travesía de Caranalis (Cagliari) a Hipona (Annaba) la dirección es siempre sur.

LIBRO IV
(GUERRA VÁNDALA II)

SINOPSIS

1. Gelimer tienta a los cartagineses con la traición, posibilidad que, sin embargo, es anulada por Belisario. Arenga de éste.—2. Belisario hace salir a las tropas. Asamblea de los maságetas. Presagio de victoria. Arengas militares de Gelimer y de Tzazón.—3. Disposición de uno y otro ejércitos en línea de combate. La batalla. Huida de Gelimer. Saqueo del campamento vándalo.—4. Belisario obliga a regresar a los romanos que se habían dispersado por su ansia de botín. Belisario recibe bajo su protección a los vándalos suplicantes. Persigue a Gelimer tras enviar por delante a Juan. Muerto éste accidentalmente por una flecha disparada por Uliaris, honra su tumba con un tributo anual. Gelimer se retira al monte Papúa; por orden de Belisario es asediado por el hérulo Faras; se hacen con las riquezas de Gelimer.—5. Belisario recupera Cerdeña, Córcega, Cesarea de Mauritania, Septo, Ibiza, Mallorca y Menorca. Envía refuerzos a los tripolitanos. Reclama a los godos Lilibeo en Sicilia. Cartas de los unos y de los otros.—6. Faras ataca sin resultado a Gelimer, pertrechado en el monte Papúa. Lujo de los vándalos. La dura forma de vida de los moros. Cartas mutuas de Faras y de Gelimer.—7. Gelimer, conmovido por el triste espectáculo de unos niños hambrientos, se rinde. Conducido a Cartago, es recibido por Belisario. Juicio de Procopio sobre esta guerra.—8. Se levanta una calumnia contra Belisario ante el emperador. Vaticinio pronunciado por las mujeres moras. Perfidia y revuelta que Salomón se dispone a reprimir. Se fijan tributos.—9. Desfile triunfal

de Belisario. Unos vasos salomónicos procedentes de Jerusalén son donados a los templos de los cristianos. Gelimer prorrumpe en gritos, hace acto de adoración a Justiniano y, obstinándose en su herejía, se le impide acceder al patriciado. Consulado de Belisario.—10. Aigán y Rufino, interceptados por los moros, sucumben. Origen de los moros y su variable suerte.—11. Cartas mutuas de los moros y de Salomón. Disposición de uno y otro ejércitos. Arengas militares. Batalla. Victoria de los romanos.—12. Los moros reanudan la guerra contra los romanos. El monte Burgaón en Bizacio. Discurso militar de Salomón dirigido a los romanos. Los moros sufren una derrota tremenda.—13. Yaudas devasta Numidia. Combate singular de Altias con Yaudas, jefe de los moros. Salomón se dirige al monte Aurasio. Descripción de dicho monte. Tentativa inútil de Salomón. Nuevos preparativos, especialmente dirigidos contra los moros que habitaban Cerdeña.—14. Belisario arrebata Sicilia a los godos. Durante todo un año entero el sol parece estar enfermo. Motín de los soldados en África y conjuración contra Salomón. El desenfreno de aquéllos. Huida de Salomón y de Procopio.—15. Los amotinados ponen sitio a Cartago. Matan a Josefo, que había sido enviado por Salomón. Tras enterarse de la llegada de Belisario, salen huyendo y el general los persigue. Arengas de Belisario y de Estotzas, el jefe de los sediciosos. Belisario vuelve a Sicilia como vencedor. Estotzas atrae hacia su causa a los soldados romanos en Numidia. Mata, en contra del juramento prestado, a los generales.—16. Germano, enviado por Justiniano a África, se atrae las simpatías de los soldados. Estotzas se dirige a Cartago. Germano hace salir a su ejército y les dirige una alocución.—17. Germano sigue a Estotzas, que regresa a Numidia. Línea de combate de uno y otro. Una batalla muy sangrienta. Huida de Estotzas.—18. Se aplasta la conjuración de Maximino, que aspiraba a usurpar el poder.—19. Se concede el mando de África a Salomón por segunda vez. Aumenta los recursos financieros y pone en orden de la mejor manera la situación de África. Habiendo tomado a su cargo la expedición contra los moros que habitaban el monte Aurasio, envía por delante a Gontaris. Se venga de la derrota de éste. Ataca la fortaleza de Cerbule y la toma.—20. Tumar

es asediada por Salomón. Discurso de éste dirigido al ejército. Acción destacada de Gezón. Toma al asalto de Tumar y, más tarde, de la Roca de Geminiano. Una vez expulsados los moros de Numidia, Salomón obliga al pago de un tributo a la Mauritania Sitifense.—21. Justiniano pone al frente de Pentápolis y Trípolis a Ciro y a Sergio, respectivamente, los sobrinos de Salomón. Asesinato de los moros levatas que habían sido invitados a un banquete por Sergio, a consecuencia de una disputa. La guerra que se origina a raíz de lo anterior se desarrolla con resultado incierto. Muerte de Salomón.—22. Sergio, el sucesor de Salomón, ofende a todos con su comportamiento. Carta de Antalas, jefe de los moros a Justiniano. Salomón, hermano de Sergio, cogido prisionero por los moros, es rescatado a cambio de muy poco dinero, tras ocultar su identidad. Imprudente jactancia de éste, perjudicial para los habitantes de Láribo.—23. Himerio, jefe de Bizacio, tras ser capturado junto con su ejército, presta servicio a los moros. Después de ser conquistada la ciudad de Adrumeto por los moros, el sacerdote Pablo recupera la ciudad. Situación calamitosa en África.—24. Areobindo, enviado por el emperador a África, desempeña junto a Sergio el mando militar repartido entre ellos dos. Juan, hijo de Sisíniolo, inflige una herida mortal a Estotzas, jefe de los amotinados, muriendo él mismo poco después.—25. Gontaris, que aspiraba a usurpar el poder, moviliza a los moros contra los romanos. Pacto furtivo de éste con Antalas. Los bárbaros atacan Cartago. Areobindo atrae hacia su causa a Cutcinas. Gontaris trama un complot contra Areobindo.—26. Gontaris atemoriza a Areobindo por medio de un tumulto y lanza contra él a los soldados. Se lucha. Premiosidad y huida de Areobindo. Gontaris obliga a éste a salir de un templo y, a pesar de dársele garantías por mediación de Reparato, sacerdote de Cartago, finalmente lo mata.—27. Antalas, jefe de los moros, abandona a Gontaris. A instancias de Gregorio, Artabanes considera la posibilidad de matar a Gontaris. Éste trata bien a la esposa y a la hermana de Areobindo. Enviado Artabanes por Gontaris contra los moros, se comporta con bastante indiferencia, según lo acordado, y regresa a Cartago.—28. Narración pormenorizada del asesinato de Gontaris. Artabanes, que fue el autor

del mismo, es nombrado por el emperador jefe de los soldados. Tras éste, desempeña tal función Juan, el hermano de Papo. Vence éste por dos veces a los moros y sólo una vez sale derrotado. Por fin se restablece la paz en Libia.

Cuando Gelimer vio que todos los vándalos estaban re- 1
unidos en el mismo lugar, dirigió su ejército contra Cartago.
Y cuando se encontraron muy cerca de ella, echaron abajo 2
una parte del acueducto, construcción que era digna de
contemplarse, el cual conducía el agua hasta la ciudad[1] y,
tras acampar allí un cierto tiempo, se retiraron, pues no venía
contra ellos ni un solo enemigo[2]. Y ellos, yendo de acá para 3
allá por los territorios de la zona, ponían las carreteras bajo
vigilancia y pensaban que de esta forma estaban sitiando
Cartago, pero ni se dedicaban a actos de pillaje ni devasta-
ban la tierra, sino que tomaban posesión de ella como si
fuese propia. Y, al mismo tiempo, tenían la esperanza de 4
que se produciría alguna traición entre los propios cartagi-
neses y entre aquellos de los soldados romanos que profesa-
ban la fe de Arrio[3]. Y, tras enviar emisarios a los jefes de 5
los hunos y prometerles que recibirían de los vándalos mul-
titud de ventajas, les pedían que fuesen sus amigos y alia-
dos. Y los hunos, que ya anteriormente no habían tenido una 6
disposición favorable a la causa de los romanos, comoquiera

[1] El acueducto de Adriano, que llevaba las aguas del Djebel («monte») Zaghouan (a unos 55 kilómetros al sur de Cartago) hasta el interior de la ciudad, se había mantenido durante la época de la ocupación vándala.

[2] Octubre o noviembre del 533 d. C.

[3] Posiblemente se trata de soldados de origen bárbaro: godos y hérulos.

que no habían entrado en alianza con ellos de buen grado,
—pues afirmaban que el general romano Pedro[4] había pres-
tado juramento y entonces, olvidándose de lo que había ju-
rado, los había llevado a Bizancio—, aceptaron las propues-
tas de los vándalos y prometieron que, en el momento en
que entrasen de verdad en acción, se unirían a ellos en su
7 ataque contra el ejército de los romanos. Por su parte, Beli-
sario, teniendo sospechas de que existiesen todas estas trai-
ciones —pues él había oído hablar de ellas por boca de los
desertores y, al mismo tiempo, además, la muralla todavía
no había sido completada en su totalidad—, pensaba, por
una parte, que, en las circunstancias del momento, no era
posible para ellos marchar contra los enemigos, pero, por
otra, él estaba haciendo sus preparativos de la mejor manera
8 posible. Y a uno de los cartagineses, llamado Lauro, que
había sido condenado por traición y cuya culpabilidad fue
puesta en evidencia por su propio secretario, lo empaló Be-
lisario en una colina enfrente de la ciudad y, como resultado
de esto, los demás se sintieron sumidos en un estado de te-
mor irresistible, por lo que se abstenían de cualquier intento
9 de traición. Y agasajando a los maságetas con obsequios,
banquetes y demás formas de adulación todos los días, los
convenció para que le revelasen a él qué era lo que les había
prometido Gelimer, a condición de que se comportasen co-
10 mo cobardes en la batalla. Mas los bárbaros afirmaban que

[4] Pedro, personaje de procedencia persa, fue hecho prisionero por Justino durante la guerra contra los persas en el año 504; posteriormente, sin embargo, pasó a ser su secretario una vez que subió aquél al trono y más tarde jefe de los soldados desde el 526/27 hasta el 544. En el año 526-27 fue enviado a Lácica al frente de un contigente de hunos para ayudar al rey de los iberos contra los persas. Se le obligó a regresar a Constantinopla tras sufrir una derrota y fue entonces cuando llevó hasta allí a los hunos de los que habla Procopio.

ellos no tenían ningún deseo de combatir, pues temían que, si los vándalos eran derrotados, los romanos no los mandarían de vuelta a su tierra patria, sino que serían obligados a envejecer y morir allí en Libia; y, en verdad, además, según decían, estaban preocupados por el botín, porque no se lo arrebataran. Entonces Belisario les ofreció a ellos garantías 11
de que, en caso de que los vándalos fuesen vencidos de manera definitiva, en ese mismo momento, sin la menor demora, serían enviados a sus hogares con todo el botín y, de esta forma, los comprometió por medio de juramentos a que, verdaderamente, pondrían todo su empeño en ayudar a los romanos a llevar a buen término la guerra.

Y cuando todas las cosas estuvieron organizadas por él 12
de la mejor manera posible y la muralla estuvo ya terminada, tras convocar a la totalidad del ejército, les dirigió las siguientes palabras[5]: «Una arenga, romanos, yo no sé si es 13
necesario que os dirija a vosotros, hombres que acabáis de vencer a los enemigos de tal forma que esta ciudad de Cartago y Libia entera se han convertido en posesión nuestra gracias a vuestro valor, y, por este motivo, no os hará falta admonición alguna que os invite a probar vuestra audacia, pues los espíritus de los vencedores no acostumbran en modo alguno a mostrarse debilitados. Sin embargo, considero 14
que no es inoportuno recordaros una sola cosa, a saber, que si, en la ocasión presente, os igualáis a vosotros mismos comportándoos como valientes, entonces, inmediatamente, para los vándalos esto significará el fin de sus esperanzas y, para vos-

---

[5] El mismo día (cf. IV 2, 1) Belisario hace salir a sus soldados de caballería y, a la mañana siguiente, (IV 2, 2) parte él en persona. El encuentro con los vándalos se produjo rápidamente y la batalla tuvo lugar a mitad de diciembre (cf. *infra* nota 7). En consecuencia, el discurso que viene a continuación debió pronunciarlo exactamente el 13 de diciembre del 533 d. C.

15 otros, el término de la lucha. Por esta razón, es lógico que
vosotros afrontéis esta batalla con el mayor ardor posible,
pues siempre es grato para los hombres el esfuerzo que toca
16 a su fin y se encamina hacia su desenlace. Así pues, que
ninguno de vosotros tome en consideración la importancia
de las tropas de los vándalos, pues no es por la cantidad de
efectivos ni por la estatura que tengan, sino por la bravura
de sus corazones, por lo que suele decidirse el resultado de
la guerra. Que penetre en vosotros la más poderosa de todas
las motivaciones que hace actuar a los hombres: el orgullo
17 por los logros alcanzados. Pues resulta vergonzoso, al me-
nos para los que tienen capacidad de razonar, el dejarse
vencer por uno mismo y no parecer a la altura de su propio
modelo de valía personal. Efectivamente, yo sé bien que el
terror y el recuerdo de sus desventuras se han apoderado de
los enemigos y los obligan a comportarse con más cobardía,
pues el primero los paraliza por los sucesos precedentes y el
18 segundo les ahuyenta la esperanza de tener éxito. En efecto,
la Fortuna, una vez que se ha comprobado que es desfavo-
rable, subyuga el ánimo de aquellos que se han topado con
ella. Y ahora yo os voy a explicar cómo lo que está en juego
para vosotros en el combate que ahora vais a afrontar es más
19 importante que en la ocasión anterior. Efectivamente, en la
batalla precedente, si las cosas no iban bien para nosotros, el
peligro radicaba en que no conquistaríamos la tierra perte-
neciente a otros, pero en el momento actual, lo que perde-
20 remos será nuestra propia tierra. Así pues, cuanto más fácil
de soportar que verse privado de lo que se tiene es no poseer
nada, tanto más ahora que antes el miedo está en relación
21 con nuestros intereses fundamentales. Y, sin embargo, ante-
riormente tuvimos la suerte de alcanzar la victoria sin poder
contar con la infantería, pero ahora, entramos en batalla te-
niendo a Dios de nuestro lado y con la totalidad del ejército,

por lo que tengo esperanzas de que nos apoderaremos del campamento de los enemigos con hombres y todo. Pues, te- 22
niendo al alcance de la mano el fin de la guerra, no lo aplacéis a otra ocasión por alguna negligencia, no sea que os veáis obligados a buscar el momento oportuno cuando ya nos haya pasado de largo. Y es que, cuando la suerte de una 23
guerra se ve diferida, ésta tiende por naturaleza a no avanzar en su camino de la misma forma en que había llegado a encontrarse anteriormente, especialmente si es prolongada la guerra por voluntad de los que la están sosteniendo. En efec- 24
to, Dios acostumbra a indignarse siempre con los que dejan escapar la buena suerte que tienen a su disposición. Pero si alguien considera que los enemigos, al ver a sus hijos, sus mujeres y sus más preciadas posesiones en nuestras manos, van a comportarse con una audacia contraria a lo que dicta la razón y que van a correr riesgos por encima de las fuerzas de que disponen, se equivoca. Pues, cuando brota en las al- 25
mas de los hombres un deseo excesivo de defender los bienes más preciados, éste suele disminuir la fuerza que ellos poseen y, además, no permite hacer buen uso de las oportunidades que se presentan; considerando, pues, todo lo cual, os conviene ir contra los enemigos mostrando un fuerte desprecio hacia ellos.»

Tras pronunciar estas palabras de exhortación, Belisario 2
hizo salir, en ese mismo día, a todos los caballeros, excepto quinientos, y también a los soldados de su guardia personal y el estandarte que los romanos denominan *bandum*[6], confiándoselos a Juan el armenio y encargándoles que efectua-

[6] El *bándon* o *bandum* es el *vexillum* (bandera, estandarte) *praetorium* portado por la caballería de la guardia imperial. La forma que aparece en el texto, *bándon*, es la transcripción griega del latín *pannum* (del término *pannus*, «trozo de tela»), por tanto, se trata del estandarte del general. El bandóforo (lat. *bandifer*) es el portaestandarte.

2 ran escaramuzas si se presentaba la ocasión. Él, por su parte, los siguió al otro día acompañado de la infantería y del gru-
3 po de los quinientos caballeros. En cuanto a los maságetas, deliberando entre ellos mismos, decidieron que, para dar la impresión de que permanecían fieles a lo convenido tanto con Gelimer como con Belisario, ni serían los primeros en combatir en favor de los romanos, ni tampoco se unirían a los vándalos antes de la batalla, sino que, cuando la situación de uno de los dos ejércitos fuese desfavorable, en ese momento llevarían a cabo la persecución de los derrotados acompañando a los vencedores. Tal fue, en definitiva, la de-
4 cisión tomada por los bárbaros. Y el ejército romano encontró a los vándalos acampados en Tricamaro, que está a
5 ciento cuarenta estadios de Cartago[7]. Allí vivaquearon entonces ambos ejércitos a una considerable distancia el uno del otro. Y cuando estaba ya muy entrada la noche, sucedió en el campamento de los romanos el prodigio que paso a
6 describir[8]. Los extremos de las lanzas brillaban con una viva llama y las puntas parecían arder durante largo rato. Este espectáculo no lo pudieron ver muchos soldados, pero llenó

[7] No se ha podido hasta la fecha identificar el lugar exacto donde se produjo la batalla: posiblemente, siguiendo la propuesta de COURTOIS *(op. cit.*, pág. 353, n. 4), corresponda a Oued Chaffroun. Sea como fuere, este lugar llamado Tricamaro, que estaba situado a unos 25 kilómetros aproximadamente de Cartago (distancia que correspondería a los 140 estadios que indica expresamente Procopio, teniendo siempre presente que un estadio en nuestro autor equivale generalmente a unos 180 metros), quedaba muy cerca de la ciudad para la infantería de Belisario y, sobre todo, como es lógico, para la caballería mandada por Juan de Armenia. Por lo tanto, solo se necesitó un día o algo más para que se produjese el encuentro entre los dos ejércitos y, como la batalla tuvo lugar a mediados de diciembre del 533 (cf. IV 3, 28), queda claro que las fuerzas militares de Belisario debieron partir a finales de la segunda semana de dicho mes.

[8] Típico fenómeno de electricidad en el ambiente, similar al conocido como «fuego de San Telmo» entre los marineros.

de estupor a los pocos que lo contemplaron, al ignorar qué
cariz tomaría este suceso. Lo mismo les volvió a ocurrir a 7
los romanos en Italia mucho tiempo después. Y en esa segunda ocasión, como ya lo conocían por experiencia, consideraban que era una señal de victoria. Pero en la oportunidad anterior, como se ha relatado, al ser la primera vez que sucedía, se quedaron atónitos y pasaron la noche sintiendo mucho miedo.

Y al día siguiente Gelimer ordenó a los vándalos que de- 8
positaran a los niños, a las mujeres y todas sus posesiones en el centro de la empalizada, aunque no era una fortaleza,
y, tras convocarlos a todos, les dijo lo siguiente: «No es sólo 9
por cubrirnos de gloria ni por evitar la pérdida del imperio, vándalos, por lo que vamos a combatir, de tal modo que, aun cuando nos comportásemos como cobardes y perdiésemos estas nuestras pertenencias, nos sería posible vivir, sen-
tados en casa y conservando nuestras posesiones. Por el 10
contrario, vosotros estáis viendo, sin duda alguna, que la suerte de nuestra causa ha llegado a una situación tal, que si no vencemos a los enemigos, al morir nosotros los dejaremos a ellos como dueños de estos nuestros hijos, mujeres, tierra y todas las posesiones, mientras que, si sobrevivimos, habrá que añadir a esto ser también nosotros esclavos y te-
ner que contemplar todas esas desdichas. Pero si verdade- 11
ramente vencemos las adversidades en la guerra, pasaremos nuestra vida, si la conservamos, rodeados de toda clase de bienes o bien, después del glorioso final de nuestra vida, les quedarán a nuestros hijos y mujeres las bendiciones de la prosperidad y, además, perdurar usando el nombre de los
vándalos y conservar su imperio. Pues si alguna vez les ha 12
sucedido a otras personas verse envueltas en una lucha por salvar todas sus posesiones, ahora nosotros sabemos mejor que nadie que nos colocamos en línea de batalla llevando

sobre nosotros mismos las esperanzas de salvaguardar todo
13 lo que tenemos. Por lo tanto, el miedo no es por nuestras
personas, ni está el peligro en nuestra muerte, sino en ser
derrotados por los enemigos, pues, si nos quedamos sin ob-
14 tener la victoria, la muerte nos resultará beneficiosa. Así
pues, estando las cosas como están, que ninguno de los ván-
dalos flojee, sino que exponga su cuerpo con ánimo y que,
por la vergüenza que se siente ante las desventuras que si-
15 guen a la derrota, busque con afán el final de su vida. Pues
cuando un hombre siente vergüenza ante lo que es vergon-
zoso, siempre existe en él la capacidad de no sentir miedo
ante el peligro. Y no dejad que penetre en vuestra mente
ningún recuerdo de la batalla que se produjo anteriormente,
16 pues no fue por cobardía nuestra que resultamos derrotados,
sino que tropezamos con los obstáculos interpuestos por la
fortuna y fracasamos. Sin embargo, el curso de aquélla no
tiende por naturaleza a fluir en la misma dirección, sino que
17 acostumbra, como regla general, a cambiar cada día. Nos-
otros nos vanagloriamos de superar a los enemigos en bra-
18 vura y de aventajarlos por mucho en número, pues creemos
que los sobrepasamos a ellos en una proporción no inferior
a diez veces. Y ¿por qué voy a añadir yo que son múltiples
y poderosos los incentivos que ahora especialmente nos
mueven a nosotros a demostrar valor, a saber, la gloria de
los antepasados y el imperio que nos fue transmitido por
19 aquéllos? Pues, en nuestro caso, la primera está obscurecida
por las diferencias de parentesco y el segundo persiste en
escapar de nosotros bajo el pretexto de que somos indignos
20 de él. Y paso por alto los lamentos de estas pobres mujeres
y las lágrimas de nuestros hijos, por los cuales, ahora, como
veis, siento tan profundo dolor que no soy capaz de conti-
21 nuar con mi discurso. Pero terminaré una vez que os haya
dicho una sola cosa más: que no habrá para nosotros posibi-

lidad de recuperar nuestras más queridas posesiones a no ser que venzamos a los enemigos. Teniendo en mente estas con- 22 sideraciones, comportaos como hombres valientes y no deshonrad el buen nombre de Gicerico.»

Tras haber pronunciado estas palabras, Gelimer ordenó 23 a su hermano Tzazón que les dirigiera una arenga por separado a los vándalos que habían venido con él desde Cerdeña. Éste, después de reunirlos a una cierta distancia del campamento, les habló en los siguientes términos: «Para el con- 24 junto de los vándalos, compañeros de armas, el motivo del combate es la defensa de todas aquellas cosas que hace un momento habéis oído referir al rey, pero a vosotros, aparte de todas las demás consideraciones, os sucede también que estáis rivalizando con vuestras propias personas, pues ha- 25 béis vencido recientemente en una lucha por el mantenimiento de nuestra supremacía y habéis recuperado la isla para el imperio de los vándalos; por lo tanto, es natural que vosotros hagáis una demostración todavía mayor de vuestra valía. Y es que para aquellos que corren peligro por la de- 26 fensa de sus intereses más importantes es necesario mostrar también un ardor todavía más fuerte en el combate, pues cuando los hombres que luchan por la soberanía son derrotados, en el caso de que así suceda, no fracasan en lo más vital, pero, por el contrario, cuando el motivo de la lucha es 27 la defensa de todas sus posesiones, su vida queda completamente condicionada por el resultado de la guerra. Y, por otra parte, si os comportáis como valientes en estas circunstancias, confirmaréis que la muerte del tirano Godas[9] fue obra de vuestro propio valor, pero si ahora flojeáis, os veréis privados incluso de la gloria obtenida por aquellas acciones, como si nada tuvieran que ver con vosotros. Y, sin embar- 28

[9] Véase III 24, 1.

go, incluso aparte de lo anterior, es razonable que vosotros
29 en esta batalla seáis superiores al resto de los vándalos, pues
la fortuna precedente deja afectados a los que han resultado
vencidos, mientras que los que no han sufrido ningún revés
30 entran en combate con el ánimo intacto. Y tampoco, creo
yo, será inconveniente decir esto: que, si vencemos a los ene-
migos, se os atribuirá a vosotros el haber jugado el papel
más importante en la obtención de la victoria y todos os
31 llamarán salvadores de la nación vándala. Y es que los hom-
bres que gozan de buena fama, cuando están en compañía
de los que no han tenido fortuna en ocasiones anteriores,
naturalmente reclaman como logro suyo el que la suerte ha-
32 ya mejorado. En consecuencia, yo afirmo que vosotros, te-
niendo en cuenta todas estas consideraciones, debéis exigir
a los niños y a las mujeres, que se deshacen en lamentos,
que tomen confianza de ahora en adelante y que pidan a
Dios que sea nuestro aliado en la batalla, y que debéis mar-
char con entusiasmo contra los enemigos y servir de guía a
vuestros congéneres en esta batalla.»

3 Tras haber pronunciado Gelimer y Tzazón estas exhor-
taciones, hicieron salir a los vándalos y, aproximadamente a
la hora del almuerzo, sin que los romanos lo esperaran, sino
mientras éstos se encontraban preparando la comida, se pre-
sentaron y se dispusieron como para entrar en combate a lo
2 largo de la margen escarpada del río[10]. En efecto, hay un río
que fluye perennemente por aquella zona, aunque su caudal
es tan pequeño que ni siquiera se le ha dado por parte de los
lugareños un nombre particular, sino que lo han catalogado
3 simplemente como arroyo. En esos momentos los romanos,

---

[10] Fecha de la batalla: mediados de diciembre del 533 d. C., con toda certeza (cf. *infra* IV 3, 28), tres meses después de la entrada de los romanos en Cartago.

tras prepararse como pudieron dadas las circunstancias, lle-
garon a la otra margen del río y se colocaron de la siguiente
manera: el ala izquierda la ocupaban Martino, Valeriano, 4
Juan, Cipriano, Altias y Marcelo y todos los demás que eran
jefes de los federados[11]; por otra parte, en el ala derecha se
encontraban Papo, Barbato, Aigán y cuantos mandaban so-
bre las fuerzas de caballería. En el centro, finalmente, tomó 5
posición Juan, llevando consigo a los soldados y oficiales de
la guardia personal de Belisario, así como el estandarte del
general. También llegó allí Belisario, en el momento opor- 6
tuno, con los quinientos caballeros, dejando detrás de él a la
infantería, que avanzaba al paso, pues los hunos fueron to- 7
dos alineados en otro sector, teniendo ellos por costumbre
incluso antes de esta ocasión no mezclarse en absoluto con
el ejército de los romanos, pero especialmente entonces, al
tener en mente el propósito que anteriormente se ha expli-
cado[12]. Por lo tanto la formación de los romanos quedó de
esta manera. Por su parte, los quiliarcas[13] ocupaban las dos 8
alas de los vándalos y cada uno de ellos dirigía a la compa-
ñía que estaba bajo su mando, mientras que en el centro se
encontraba Tzazón, el hermano de Gelimer, y, detrás de él,
estaban situados los moros. Sin embargo, Gelimer en perso- 9
na, yendo de un lado para otro por todas partes, los exhorta-
ba e instaba a mostrar valentía. Anteriormente se había pa-
sado orden a todos los vándalos de que, en este encuentro,
no empleasen ni lanza ni ninguna otra arma a excepción de
sus espadas.

---

[11] Las tropas auxiliares. Véase III 11, 3 y nota 194.

[12] En IV 1, 3.

[13] Un quiliarca (lat. *millenarius)* no estaba al frente de mil soldados necesariamente, sino más bien de un número mucho más reducido (en su origen, en tiempos de Gicerico y según CH. COURTOIS *(op. cit.,* págs. 216-219 y 231-236, en especial 232 y nota 3), entre 200 y 250.

10 Pero, tras consumirse un lapso de tiempo considerable
sin haber dado comienzo nadie a la batalla, Juan, a instan-
cias de Belisario, escogió a un reducido número de entre los
combatientes que estaban bajo sus órdenes y, después de
cruzar el río, dirigió su ataque contra los que ocupaban el
centro, donde Tzazón, valiéndose de una acometida, los re-
11 chazó y persiguió. Los romanos, en su huida, llegaron a su
propio campamento, en tanto que los vándalos que los per-
12 seguían alcanzaron el río, pero no lo cruzaron. Y de nuevo
Juan, llevando consigo a más soldados de la guardia perso-
nal de Belisario, se lanzó contra los que estaban con Tzazón
y, al ser rechazado de allí por segunda vez, se retiró al cam-
13 pamento de los romanos. Y entonces ya por tercera vez, con
casi todos los oficiales y soldados que integraban la guardia
personal de Belisario, tomó el estandarte del general y llevó
a cabo el ataque formando un fuerte griterío y estruendo de
14 armas. Pero, como los bárbaros les resistían valerosamente
y empleaban sólo sus espadas, el combate se hizo encarni-
zado y terminaron cayendo muertos un buen número de los
vándalos más nobles y, entre ellos, el propio Tzazón, el her-
15 mano de Gelimer. Fue entonces cuando finalmente la totali-
dad del ejército romano se puso en movimiento y, tras cruzar
el río, avanzaron contra los enemigos y la derrota, comen-
zando por el centro, fue manifiesta, pues cada una de las
compañías romanas puso en fuga sin dificultad alguna a
16 aquellos soldados que tenían frente a sí. Viendo entonces
esto los maságetas, según lo que fue acordado entre ellos[14],
efectuaron la persecución acompañando al ejército romano,
aunque dicha persecución no se hizo a lo largo de una gran
17 extensión de terreno. Y es que los vándalos, penetrando en
su propio campamento a todo correr, permanecieron sin mo-

[14] *Cf. supra* IV 1, 3.

verse, mientras que los romanos, pensando que no serían
capaces de luchar contra ellos dentro de la empalizada, des-
pojaban a cuantos de los cadáveres llevaban oro encima y
se retiraron a su propio campamento. En la batalla aquella 18
murieron menos de cincuenta romanos, mientras que, de
entre los vándalos, perecieron aproximadamente unos ocho-
cientos.

Por su parte, Belisario, cuando le llegaron los soldados 19
de infantería en torno a la caída de la tarde, partiendo lo más
rápidamente que pudo con todo el ejército, se dirigió contra
el campamento de los vándalos. Y Gelimer, dándose cuenta 20
de que Belisario iba directamente contra él acompañado de
la infantería y del resto del ejército, sin decir palabra ni dar
orden alguna, saltó sobre su caballo y salió huyendo por la
carretera que conduce a Numidia. Tanto sus parientes como 21
algunos otros de sus sirvientes le siguieron completamente
aterrorizados y guardando silencio por causa de los aconte-
cimientos que entonces estaban teniendo lugar. Y durante 22
un rato les pasó inadvertida a los vándalos la huida de Ge-
limer, pero una vez que se dieron cuenta todos de que aquél
había escapado y se veía claramente a los enemigos, enton-
ces en verdad los hombres comenzaron a gritar, los niños
pequeños chillaban y las mujeres gemían. Y no tomaban 23
consigo el dinero que tenían ni prestaban atención ellos a
los lamentos de sus seres más queridos, sino que huían en
completo desorden hacia donde cada uno podía. Y al llegar 24
los romanos, se apoderaron del campamento con todo el di-
nero, pero sin un solo hombre dentro de él, persiguieron du-
rante toda la noche a los fugitivos y dieron muerte a todos
aquellos hombres con los que se toparon, reduciendo a la
condición de esclavos a los niños y a las mujeres. Y halla- 25
ron en el campamento una cantidad de riquezas tan grande
como jamás hasta ahora se ha podido encontrar, al menos en

26 un solo sitio. Y es que los vándalos saquearon desde antiguo el Imperio Romano y transfirieron a Libia grandes sumas de dinero y, al ser ésta una tierra especialmente fértil y muy abundante en los productos más indispensables, sucedió que los recursos financieros que se reunieron gracias a la venta de los géneros producidos en el país, no se gastaban en ninguna otra región comprando provisiones para subsistir, sino que, por el contrario, los que poseían tierras continuamente acumularon para su beneficio nuevos ingresos procedentes de aquéllas durante los noventa y cinco años que los ván-
27 dalos gobernaron Libia[15]. Pero la fortuna de los vándalos, que, por esa razón, había alcanzado una suma extraordina-
28 ria, volvió a estar en poder de los romanos aquel día. Así pues, la batalla, la persecución y la captura del campamento de los vándalos sucedió tres meses después de que el ejército romano llegara a Cartago, aproximadamente a la mitad del último mes del año, ese al que los romanos denominan *December*[16].

4 Entonces Belisario, al ver al ejército de los romanos lanzándose de acá para allá descuidadamente y con mucho desorden, se sentía inquieto temiendo durante toda la noche que los enemigos, poniéndose de acuerdo y uniéndose contra
2 ellos, les causaran daños irreparables. Y si eso precisamente hubiera llegado a suceder en aquellos momentos, de una manera o de otra, yo pienso que ni uno solo de los romanos
3 habría escapado y disfrutado de ese botín. Pues los soldados, que eran hombres extremadamente pobres, al llegar a convertirse de pronto en dueños de unas abundantísimas riquezas y de unas mujeres jóvenes y de extraordinaria belle-

---

[15] Recordemos: desde el 439 (toma de Cartago) hasta el 534 d. C., año en que se produjo la rendición de Gelimer.

[16] A mediados del mes de diciembre.

za, no pudieron reprimir ya más sus deseos ni encontrarse lo
bastante saciados de todo aquello que tenían a su disposi-
ción, sino que estaban a tal punto embriagados, empapados
de arriba abajo por la ventajosa situación que estaban dis-
frutando, que todos y cada uno de ellos deseaban llevárselo
todo de vuelta a Cartago. Iban ellos de un lado para otro no 4
por compañías sino de uno en uno o por parejas hacia donde
los empujaba la esperanza, explorándolo todo en derredor
entre los valles y las zonas escarpadas y dondequiera que
hubiese una gruta o cualquier otro lugar, por más que éstos
pudieran exponerlos a peligros o emboscadas, pues no pe- 5
netró en ellos ni el miedo hacia los enemigos ni el respeto a
Belisario ni ningún otro sentimiento en absoluto como no
fuera el deseo de botín y, al ser éste muy poderoso, tendían
a despreocuparse de todo lo demás. Y siendo consciente 6
Belisario de todos estos problemas, estaba en duda sobre
cómo debía resolver la situación. Al amanecer[17], sin embar- 7
go, se colocó sobre una colina cercana a la carretera, ape-
lando a la disciplina que ya no existía y profiriendo multitud
de reproches contra los soldados y, al mismo tiempo, tam-
bién contra los oficiales. Y ciertamente, en ese momento, 8
cuantos daba la casualidad de que se encontraban cerca y,
en especial, los que pertenecían a la casa de Belisario, en-
viaron a Cartago el dinero y los esclavos que estaban a su
disposición con sus compañeros de mesa y de tienda, en
tanto que ellos, yendo junto al general, obedecían las órde-
nes que se les iban dando.

Belisario ordenó entonces a Juan de Armenia que fuese 9
en pos de Gelimer con doscientos hombres y que, sin aflojar
la velocidad ni de noche ni de día, lo persiguiese hasta cap-

[17] Del 16 de diciembre del 533 d. C. en el supuesto caso de que la batalla hubiese tenido lugar la víspera.

10 turarlo vivo o muerto. Y por otra parte envió una carta a sus
amigos en Cartago encargándoles que a cuantos vándalos se
sentaran como suplicantes en los santuarios que había en los
alrededores de la ciudad les ofreciesen garantías y, tras qui-
tarles las armas, a fin de que no tramaran una revuelta, in-
troduciéndolos en la ciudad, los retuviesen hasta que él lle-
11 gara. Y con los que quedaban, yendo de un lado para otro
por todas partes, reunía a los soldados con diligencia y a los
vándalos con los que se topaba continuamente les daba ga-
rantías sobre su seguridad, pues no era posible ya capturar a
ningún vándalo como no fuera en calidad de suplicante en
12 los santuarios. Y tras despojar a éstos de sus armas, los en-
viaba a Cartago junto con soldados que los custodiasen, pa-
ra no darles a ellos la oportunidad de conjurarse contra los
13 romanos. Y cuando Belisario tuvo todo dispuesto de la me-
jor manera posible, él personalmente junto con la mayoría
14 de su ejército partió contra Gelimer a toda velocidad. Por su
parte, Juan, después de haber realizado la persecución du-
rante cinco días y cinco noches, no se encontraba ya a mu-
cha distancia de Gelimer, sino que, en realidad, iba a trabar
combate con él al día siguiente[18]. Pero como no estaba pre-
determinado por el destino que Gelimer fuese capturado por

[18] Es decir que Juan persiguió a Gelimer entre los días 16 y 20 del mes de diciembre, con lo que el combate debió entablarse el 21, siempre partiendo de la base de que la batalla tuvo lugar el 15. La distancia existente entre Cartago e Hipona, mencionada más abajo, es de 220 Kms. en línea recta, aunque el trayecto real es más largo. Juan, que fue en pos de Gelimer durante 5 días y 5 noches, hubo de completar, por tanto, un trayecto de 200 Kms. por lo menos —recordemos que, según Procopio, una jornada de viaje equivale a unos 40 Kms.: cf. notas 15 y 19 del libro III—, pero que aumentaba progresivamente en dificultad debido a lo montañoso el terreno si, como parece probable, llevó a cabo la persecución remontando el río Bagradas (actual Medjerda), a este lado de la frontera actual entre Argelia y Túnez.

Juan, se produjo el siguiente impedimento interpuesto por la
Fortuna: Entre los que estaban llevando a cabo la persecu- 15
ción junto con Juan , dio la casualidad de que se encontraba
Uliaris, un oficial de la guardia personal de Belisario. Era 16
éste un hombre lleno de ardor y suficientemente bien dotado
de fuerza física y mental, pero que, por el contrario, no se
tomaba demasiado en serio sus obligaciones, sino que, por
regla general, disfrutaba del vino y de las bufonadas. Pues 17
bien, el tal Uliaris, al sexto día de la persecución, encontrán-
dose bebido, vio a un pájaro posarse sobre un árbol, apro-
ximadamente a la salida del sol, entonces él tendiendo el ar-
co a toda velocidad, disparó una flecha contra el ave y no lo 18
alcanzó; sin embargo a Juan, que estaba detrás del pájaro,
lo hirió en el cuello de forma completamente involuntaria.
Y, al ser mortal de necesidad la herida, Juan desapareció de 19
entre los hombres poco tiempo después, dejándoles un fuer-
te sentimiento de dolor por su pérdida al emperador Justi-
niano, al general Belisario y a todos los romanos y cartagi-
neses, pues estando él dotado de toda clase de cualidades 20
pero, especialmente, de valor, se comportaba afablemente y
con más equidad que nadie con todas aquellas personas que
tenían relación con él. Así fue, pues, la manera en que Juan
cumplió lo determinado por el destino. Por su parte, Uliaris, 21
cuando estuvo sobrio de nuevo, escapó a cierta aldea de las
cercanías y se sentó en calidad de suplicante en un santuario
que había allí. Sin embargo, los soldados ya no se sintieron 22
dispuestos a perseguir a Gelimer, sino que estuvieron cui-
dando de Juan mientras permaneció con vida y, una vez que
murió, celebraron todos los rituales acostumbrados en su
funeral y, tras informar a Belisario de todo lo ocurrido, se
quedaron en el mismo sitio donde estaban. Tan pronto como 23
Belisario estuvo enterado, se llegó a la tumba de Juan, don-
de se lamentó de su suerte. Y después de llorarle y sentir un 24

gran dolor por todo el incidente, honró la tumba de Juan con muchos presentes, pero, en especial, con unos ingresos en
25 dinero. Sin embargo, a Uliaris no le impuso ningún castigo, puesto que los soldados afirmaban que Juan les había prohibido, comprometiéndolos con los juramentos más solemnes, que se produjese cualquier acto de venganza contra él, comoquiera que no había cometido el crimen con premeditación.

26 Por lo tanto de la manera referida fue como Gelimer evitó caer en poder de los enemigos aquel día[19]. Sin embargo, Belisario lo estuvo persiguiendo desde aquel momento y al llegar a una poderosa ciudad de Numidia, situada junto al mar a una distancia de Cartago de diez días de viaje y que recibe el nombre de Hipo Regio[20], se enteró de que Gelimer había ascendido al monte Papúa[21] y ya no podía ser captu-

[19] Posiblemente el 21 de diciembre del 533 d. C.

[20] *Hipponerégion* es el nombre que le da Procopio a *Hippo Regius* o Hipona, ciudad de Numidia situada a orillas del mar Mediterráneo. Fue colonia de Cartago y, tras ésta, la más próspera de las ciudades comerciales de África. En tiempos de Augusto fue primero municipio y, más tarde, una colonia; fue asediada por Gicerico en el 430-31, durante el cual asedio murió su obispo San Agustín (véase III 3, 31 ss. y nota 85 del libro III). Cedida a los vándalos en el 442 d. C., Hipona fue destruida por una invasión árabe en el s. VII y reconstruida en el emplazamiento de la actual Annaba en Argelia. La ciudad está situada a 220 Kms. de Cartago en línea recta, pero a 300 Kms. reales de viaje por tierra teniendo en cuenta el relieve montañoso existente: por tanto, la distancia indicada por Procopio no corresponde a la realidad, pues sus doce jornadas de viaje equivaldrían a unos 380 Kms. La ciudad en todo momento permaneció dentro de los dominios del reino vándalo, en concreto a 20 Kms. al este de la frontera imaginaria entre aquél y la provincia de Numidia.

[21] La identificación del monte llamado Papúa ha suscitado multitud de debates entre los estudiosos: así, según Ch. Courtois *(op. cit.*, pág. 184, n. 1) corresponde al macizo del Edough, situado entre el golfo de Annaba y el de Rusicade (ciudad de Filipo, actual Skikda); sin embargo J. Desanges («La dernière retraite de Gélimer», *Cahiers de Tunisie,* 1959,

rado por los romanos. Esta montaña, que se encuentra en las 27 fronteras de Numidia, es extremadamente escarpada y terriblemente inaccesible, pues en ella se levantan por todas partes elevados riscos, y habitan allí moros bárbaros, que eran partidarios y aliados de Gelimer, y además, en la cumbre de la montaña se encuentra situada una ciudad antigua llamada Médeos[22]. Allí era donde descansaba Gelimer en 28 compañía de su escolta, mas Belisario, dado que ni era capaz de efectuar tentativa alguna en la montaña, especialmente durante la estación invernal, ni consideraba aconsejable alejarse de Cartago, al estar su situación en un estado incierto todavía, escogió a algunos soldados bajo el mando de Faras y los dispuso para llevar a cabo el asedio de la montaña. Era Faras un hombre enérgico y que cumplía con 29 sus obligaciones con mucha diligencia, estando bien dotado de virtudes, aun a pesar de ser de origen hérulo. Y es que el 30 hecho de que un hérulo no se entregase a la traición y a la bebida, sino que rivalizase en méritos, era difícil y digno de muchos elogios[23]. De todas formas, Faras no era el único 31

429-435) localiza el monte Papúa *«entre la plaine de Bulla et la région de Tabarca»*, opinión generalmente aceptada, con lo que habría que situar al monte Papúa en la zona norte-noroeste del Túnez actual (concretamente en la Kroumirie).

[22] Esta ciudad no ha podido ser localizada al día de hoy; no obstante, Ch. Courtois *(op. cit.*, pág. 184, nota 1) la identifica con las ruinas de Sidi Bou Mérouane.

[23] Los érulos o hérulos constituyeron una de las tribus bárbaras más salvajes y propensas a la corrupción. Aparecieron en el s. II d. C. en el litoral del mar Negro y en la desembocadura del Rin. Sometidos por los ostrogodos y los hunos, formaron en la llanura danubiana un imperio que proporcionaba fuerzas militares a otros jefes bárbaros. A raíz de su derrota frente a Teodorico cerca de Verona en el 489 d. C. sólo fueron, a partir de entonces, mercenarios al servicio de los emperadores de Oriente. Terminaron por desaparecer, a principios del s. VI con la invasión de Ita-

que mantenía una conducta ordenada, sino además cuantos hérulos le acompañaban. A este Faras le ordenó entonces Belisario que se apostase al pie de la montaña durante la estación del invierno y que mantuviese una estrecha vigilancia, a fin de que ni le fuera posible a Gelimer abandonar la montaña, ni se pudiese introducir en ella provisión alguna de ali-
32 mentos. Faras obró conforme a estas órdenes. Por su parte, Belisario a los vándalos que estaban sentados como suplicantes en los santuarios de Hipo Regio, que eran numerosos y de la nobleza, los hizo levantarse y, tras recibir éstos garantías, los mandó a Cartago con un contingente de guardia. Y allí dio la circunstancia de que le sucedió el hecho que enseguida paso a relatar.

33 En la casa de Gelimer había un cierto escriba, Bonifacio, un libio nativo de Bizacio, que era extremadamente fiel
34 a Gelimer. A este tal Bonifacio, Gelimer, al comienzo de esta guerra, lo había hecho subir a un barco que navegaba muy velozmente y, tras depositar en dicho barco todo el tesoro real, le ordenó a aquél que echase el ancla en el puerto de Hipo Regio y que si él veía que la situación no se tornaba favorable a sus intereses, navegara a toda velocidad hasta Hispania con el dinero y se llegara ante Teudis, el soberano de los visigodos, lugar donde él mismo esperaba también encontrar la salvación, si la suerte de la guerra se volvía ad-
35 versa para los vándalos. Y Bonifacio, mientras la causa de los vándalos mantenía esperanzas, permaneció en Hipo Regio, pero tan pronto como se produjo la batalla de Tricamaro y los demás acontecimientos que han sido narrados, después de izar las velas, se hizo a la mar conforme a lo que le
36 había ordenado Gelimer. Pero el viento contrario lo arrastró

---

lia por los lombardos. Sobre su origen, prácticas y rasgos como pueblo, cf. *Historia de las guerras* VI 14.

de vuelta al puerto de Hipo Regio, muy a su pesar. Y como había oído que los enemigos se encontraban ya en algún punto cercano, tras hacerles numerosas promesas a los marineros, les rogaba con insistencia que remasen con todas sus fuerzas en dirección a algún otro continente o isla. Sin 37
embargo, ellos no pudieron conseguirlo, pues les sobrevino una muy severa tempestad y el oleaje del mar se alzaba alcanzando una gran altura, como en el mar Tirreno que estaban[24]; en aquellos momentos, se les ocurrió la idea a la tripulación y a Bonifacio de que, en efecto, Dios deseaba proporcionarles el dinero a los romanos y que, por esa razón, no permitía que la nave se hiciese a la mar. A pesar de 38
todo, aunque habían salido del puerto a duras penas, corriendo un grave peligro consiguieron anclar la nave. Y 39
cuando Belisario llegó a Hipo Regio, Bonifacio envió a algunos hombres a su presencia. A éstos, ciertamente, les ordenó que se sentaran en un santuario, con el fin de que dijeran que ellos habían sido enviados por Bonifacio, que tenía en su poder el dinero de Gelimer, pero ocultándole dónde se encontraba él, hasta tanto no recibiesen garantías de que, una vez le hubiera entregado el dinero de Gelimer, él mismo podría escapar sin sufrir daño alguno y conservando todo cuanto fuese de su propiedad. Los emisarios actuaron de 40
acuerdo a estas instrucciones y Belisario se alegró ante la buena noticia y no consideró improcedente prestar juramen-

[24] Del texto griego se deduce que el mar Tirreno era tempestuoso, como el Adriático. También las Sirtes, al este del Túnez actual, tenían mala reputación entre los navegantes. Ahora bien, hay que tener en cuenta que Procopio ha cometido aquí un evidente error geográfico, pues en la representación geográfica antigua la ciudad de Hipona se encontraba en el límite entre el mar de África y el de Cerdeña: por tanto, nuestro autor parece tener una noción del mar Tirreno que no se correspondería con la tradicional.

41 to. Y, tras mandar a algunos de sus amigos, tomó posesión del tesoro de Gelimer y despachó a Bonifacio con el dinero que le pertenecía y además con una muy considerable suma de la que él ya se había apropiado, procedente del tesoro de Gelimer.

5 De regreso a Cartago, Belisario invitó a todos los vándalos a hacer sus preparativos para que, al comienzo de la primavera[25], los pudiese mandar a Bizancio; también envió un ejército a fin de que recuperara para los romanos todos
2 los territorios que los vándalos gobernaban. Así pues, a Cirilo, acompañado de un numeroso contingente de hombres, lo mandó a Cerdeña portando la cabeza de Tzazón, dado que los isleños no estaban dispuestos de ninguna manera a ceder ante los romanos por temor a los vándalos y en la creencia de que no era cierto cuanto se les contaba que ha-
3 bía tenido lugar en Tricamaro. También le ordenó a Cirilo que enviase a una parte del ejército a Córcega y que recobrase para el Imperio de los romanos la isla, que anteriormente había estado sometida a los vándalos, esa isla que en épocas antiguas había recibido el nombre de Cirno y que no
4 se encuentra situada lejos de Cerdeña[26]. De esta forma, llegó Cirilo a Cerdeña y les mostró la cabeza de Tzazón a los habitantes del lugar y recuperó ambas islas y las obligó al
5 pago del tributo a la autoridad imperial romana. Por otra parte, Belisario envió a Juan con una compañía de infantería

---

[25] En marzo (mes en que se reanudan las actividades relacionadas con el mar) del 534 d. C. Parece ser que Belisario regresó a Cartago durante los últimos días de diciembre del 533.

[26] La isla de Córcega seguía perteneciendo al Imperio Romano en el año 455, fecha en torno a la cual sufrió el ataque de los vándalos, que, sin embargo, no obtuvieron ningún resultado. De todas formas, la isla fue anexionada a su imperio más tarde sin que podamos precisar ni en qué año exactamente ni bajo qué condiciones.

de la que precisamente era él mismo el jefe, a Cesarea de Mauritania[27], ciudad que se encuentra de Cartago a una distancia de treinta días para un viajero desenvuelto yendo en dirección a Cádiz y hacia poniente; se trata de una ciudad costera que desde antiguo ha sido importante y populosa. Y 6
a otro Juan, uno de los oficiales de su guardia personal, Belisario lo envió al estrecho de Cádiz a una de las dos Columnas de Heracles, para tomar posesión de la plaza fuerte a la que llaman Septo[28]. Y a las islas que se encuentran cerca 7
de la entrada del océano, que, por parte de los nativos, reciben el nombre de Ibiza, Mallorca y Menorca[29], mandó a Apolinario, el cual era originario de Italia pero que, siendo todavía un jovenzuelo, había llegado a Libia. Y, habiendo 8

---

[27] Originariamente Iol, más tarde Cherchell, nombre que conserva actualmente. Se encuentra situada esta ciudad, cuyo nombre hace referencia a Augusto, a 700 kilómetros de Cartago, tanto en línea recta como viajando por mar, y a unos 80 al oeste de Argel. Debido al relieve montañoso, por vía terrestre el trayecto es algo más largo —poco más de 800 kilómetros— aun a pesar de que Procopio señale 30 días de viaje, lo que supondría una distancia que se elevaría a los 1.200 km. El hecho de que Cesarea fuese ocupada no quiere decir que toda la provincia entera de la Mauritania Cesariana hubiese caído bajo la dominación vándala, pues ésta continuó formando parte del Imperio romano tras el reparto del 442 d. C. Parece ser que los vándalos tuvieron el control sobre ciertos puntos costeros relevantes, mientras que el resto de la provincia se vio ocupado paulatinamente por las tribus bereberes, según la opinión de COURTOIS (*op. cit.*, págs. 177-178).

[28] Este Juan, *buccellarius* de Belisario, es personaje desconocido por otras fuentes. Sobre la ciudad de Septo (*Septem* = Ceuta), cf. *supra* III 1, 6 y nota 8. Según COURTOIS, Ceuta en algún momento perteneció a los vándalos sin que podamos saber con exactitud ni cuándo ni en qué condiciones (*op. cit.*, pág. 178, n. 3). Frente a él, sin embargo, se sitúa STEIN (*Histoire du Bas Empire*, vol. II, pág. 560), pues, en su opinión, Septo habría caído en poder de los visigodos de Teudis y Belisario habría querido arrebatársela a ellos.

[29] Cf. III 1, 18.

sido recompensado con grandes sumas de dinero por parte de Ilderico, que por aquel entonces gobernaba sobre los vándalos[30], una vez que éste fue relevado de su mando y mantenido en prisión, como ha quedado dicho en la narración precedente[31], se presentó ante el emperador Justiniano con el resto de los libios que actuaban en interés de Ilderico,
9 con la intención de ganarse su favor como suplicante. Y, tras unirse a la expedición de los romanos contra Gelimer y los vándalos, se comportó bravamente en esta guerra y, sobre todo, en Tricamaro. Como recompensa por su actuación,
10 Belisario le confió estas islas. Posteriormente, envió también un ejército a Trípolis para Pudencio y Tatimut, que estaban siendo presionados por los moros de la zona, con lo que fortaleció el poder de los romanos en aquel sector[32].

11 Tras mandar además a algunos hombres a Sicilia con el fin de conquistar la plaza fuerte de Lilibeo, porque pertenecía al imperio de los vándalos, sin embargo fue violentamente rechazado de allí, al no considerar justo en absoluto los godos ceder ninguna parte de Sicilia, pues ellos afirmaban que esta fortaleza no pertenecía en modo alguno a los vándalos[33].

---

[30] Ilderico fue rey de los vándalos durante el período comprendido entre los años 523 y 530 d. C.

[31] III 9, 8-14 (especialmente el 9).

[32] Cf. III 10, 22-24 y III 11, 22. Parece ser que la sublevación dirigida por Pudencio se produjo en el año 533. Sobre los moros de la provincia Tripolitana, véase Courtois, *op. cit.*, págs. 340-352. Sin duda debe tratarse de las tribus de levatas de las que nos habla Procopio a propósito de los sucesos acontecidos en la Tripolitana en 543-44 d. C.: cf. al respecto IV 21, 2; 21, 4 ss. y 21, 20 ss.

[33] Lilibeo, es decir la actual Marsala en la costa occidental de Sicilia había sido cedido a los vándalos por el rey ostrogodo Teodorico como dote de su hermana Amalafrida para la boda de ésta con el rey vándalo Trasamundo (cf. III 8, 13) en torno al año 500 d. C., si bien, a raíz de los primeros reveses sufridos por Gelimer, los ostrogodos volvieron a ocupar el territorio de Lilibeo.

Enterado Belisario de estas noticias, les escribió una carta a 12
los que allí estaban al mando en los siguientes términos: «Nos estáis privando a nosotros de Lilibeo, la plaza fuerte que pertenece a los vándalos, los cuales son esclavos del emperador, no obrando con justicia ni de forma conveniente para vuestros propios intereses, y queréis hacer recaer sobre vuestro soberano, que ni lo desea y, además, se encuentra muy lejos del escenario de estos acontecimientos, la enemistad del gran emperador, de cuya benevolencia disfruta él, tras habérsela ganado con un ingente esfuerzo. Y sin em- 13
bargo, ¿cómo no iba a parecer que actuáis de forma contraria a la manera de proceder de los hombres, si hace bien poco permitisteis a Gelimer mantener la fortaleza y ahora, en cambio, habéis decidido arrebatarle al emperador, dueño de Gelimer, las posesiones de su esclavo? Excelentísimos amigos, evitad, vosotros al menos, actuar así. Considerad, por el 14
contrario, que mientras, por una parte, la amistad tiene la tendencia natural a ocultar numerosas fechorías, por otra, la hostilidad no soporta ni las más leves faltas, sino que investiga exhaustivamente todos los ultrajes desde el principio y no permite que los enemigos se enriquezcan con lo que no les pertenece en absoluto[34]. Y, a continuación, el enemigo 15
lucha para vengar aquellas injusticias que afirma han sido cometidas contra sus ancestros; y, en el caso de que fracase en el combate, nada pierde de lo que posee, pero si, por el contrario, tiene éxito, hace que los vencidos tengan un nuevo punto de vista sobre la indulgencia que se ha tenido con ellos en el pasado. En consecuencia, ni nos hagáis vosotros 16
más daño, ni lo sufráis vosotros mismos, ni pongáis tampo-

[34] «Amistad» y «hostilidad» son aquí términos que se refieren a las relaciones que existían en ese momento entre Justiniano y los godos y en qué podían llegar a convertirse éstas.

co en contra de la nación de los godos al gran emperador, cuando está en vuestras plegarias que él os sea propicio. Es-
17 tad bien seguros, pues, de que si reclamáis como vuestra esta plaza fuerte, la guerra estará inmediatamente ante vuestros ojos, no solamente por Lilibeo, sino por todas las posesiones que, aun sin perteneceros ninguna de ellas, a pesar de esto persistís en reclamar.»

18 Tal era el contenido de la carta. Y los godos la remitieron a la madre de Atalarico[35] y, conforme a las instrucciones de esta mujer, le respondieron de la siguiente manera:
19 «La carta que tú has escrito, excelentísimo Belisario, incluye una recomendación verdadera, pero que concierne a otras
20 personas, no a nosotros, los godos. Y es que nosotros no hemos conquistado ni tenemos ninguna de las posesiones del emperador Justiniano y ¡ojalá que nunca obremos tan alocadamente!, pero Sicilia entera la reclamamos para nosotros porque es nuestra y la fortaleza de Lilibeo es uno de
21 sus promontorios. Y si Teodorico le permitió a su hermana, que estaba casada con el rey de los vándalos, que hiciese uso de uno de los puertos comerciales de Sicilia, eso no tie-
22 ne la menor importancia, pues dicha circunstancia no podría proporcionaros fundamento alguno para una reclamación justa de vuestra parte. Por el contrario, tú, general, actuarías con equidad para con nosotros si estuvieras dispuesto a poner término a los litigios que se han suscitado entre nosotros
23 no como un enemigo, sino como un amigo. Y en esto radica la diferencia: en que los amigos tienen por costumbre dirimir sus desavenencias a través del arbitraje, mientras que
24 los enemigos lo hacen en el campo de batalla. Así pues, nosotros encomendaremos al emperador Justiniano el arbitraje acerca de estos asuntos de la forma que a él le parezca que

[35] Amalasunta.

está ajustada a derecho y es equitativa[36]. Nosotros, por nuestra parte, deseamos que tú tomes tus decisiones de la mejor manera posible antes que con la mayor rapidez y que, en consecuencia, aguardes la resolución que venga de parte de tu emperador.» Hasta aquí el contenido de la carta de los
godos. Y Belisario, tras informar de todo al emperador, per- 25
manecía quieto, hasta tanto el emperador no le comunicase cuáles eran sus deseos.

Mas, por su parte, Faras, sintiéndose hastiado del asedio 6
por varias razones, pero, especialmente, por la estación del invierno, y, al mismo tiempo, creyendo también que los moros de la región no serían capaces de servirles de obstáculo a ellos, dio comienzo a la ascensión al monte Papúa con bastante diligencia. Así pues, tras armar muy cuidadosamente a
todos los que le acompañaban, inició la subida. Pero los mo- 2
ros corrieron a defenderse y, como era un terreno escarpado y de un acceso demasiado dificultoso, les resultó muy cómodo obstaculizarles la subida a los que la estaban inten-
tando. Sin embargo, Faras peleó bravamente para forzar la 3
ascensión y ciento diez de sus hombres perecieron en la acción aquella y él mismo junto con los restantes fue rechazado violentamente y se retiró; y, como resultado de ello, ya no se atrevía a intentar de nuevo la subida, al estar la situación en contra suya, pero estableció una vigilancia de la montaña que se aplicaba con el mayor celo que le era posible, para que los que estaban en Papúa, abrumados por el hambre, se entregasen ellos mismos; y él no les permitía ni que escaparan, ni que se les trajera a ellos nada del exterior.
En aquellas circunstancias, verdaderamente, fue cuando le 4
sucedió a Gelimer y a los que con él estaban, que eran so-

[36] La correspondencia entre la reina Amalasunta y Justiniano aparece en V 3, 17.

brinos y primos suyos y otras personas de noble estirpe, que vivieron en una situación tan mísera que, se dijese como se dijese, nunca se podría explicar de una manera comparable
5 a la realidad de los hechos. Y es que se da la circunstancia de que, de todos los pueblos que nosotros conocemos, el más dado al lujo es el de los vándalos, mientras que el de
6 los moros es el más miserable. Los primeros, en efecto, desde que tomaron posesión de Libia, solían disfrutar todos ellos diariamente de los baños y de una mesa rebosante de todos los productos más agradables y sustanciosos que la
7 tierra y el mar ofrecen. Y llevaban encima oro con muchísima frecuencia y se vestían con esas ropas persas que ahora denominan «séricas»[37] y cuando disponían de tiempo libre, lo pasaban en los teatros, en los hipódromos y se entregaban a toda clase de actividades placenteras, pero, sobre todo, a la
8 caza. También tenían ellos bailarines, mimos y abundantes audiciones y espectáculos visuales, cuantos, sea de índole musical, sea de cualquier otra, suscitan interés entre los hom-
9 bres. Y la mayor parte de ellos vivían en parques bien provistos de agua y árboles, celebraban numerosísimos banquetes y practicaban toda clase de actos eróticos muy a
10 menudo. Por el contrario, los moros viven en chozas sofocantes[38], tanto en el invierno como en la estación estival y en cualquier otra época del año, no pudiendo salir nunca de

[37] En latín *serica, -orum,* «telas o vestidos de seda». La seda se denominaba en latín *sericum, -i* porque provenía del país de los seres, es decir, de China. Estas ropas o vestidos «medos» (sobre el uso de esta palabra por «persas» véase nota 176 del libro III) son vestidos de seda que, provenientes de China, eran importados por los romanos de Oriente gracias a la intermediación de los mercaderes persas.

[38] Aquí puede apreciarse claramente la influencia que sobre Procopio ejerce Tucídides con su descripción de las chozas en las que vivían los atenienses durante la gran epidemia que asoló el Ática a comienzos de la guerra del Peloponeso.

allí a causa de la nieve, del calor del sol o de cualquier otra incomodidad debida a la naturaleza. Además, duermen en el 11
suelo los más afortunados de ellos, si es que los hay, extendiendo bajo sus cuerpos una piel de oveja. Sin embargo, no 12
tienen ellos por costumbre cambiarse de ropa de acuerdo con las estaciones del año, sino que en todo momento visten una gruesa capa y una áspera túnica. Tampoco disponen de 13
pan ni de vino ni de ningún otro manjar apetecible, sino que el grano, sea de trigo o sea de cebada, sin cocerlo ni molerlo hasta conseguir hacer harina de trigo o de cebada, lo comen de una manera en absoluto diferente a como lo hacen los animales. Siendo de tal clase, pues, los moros, aquellos que 14
estaban con Gelimer, después de convivir durante bastante tiempo con ellos[39] y cambiar el modo de vida al que estaban acostumbrados hasta tal grado de miseria, cuando ya incluso les faltaba lo imprescindible para vivir, no pudieron resistir más, sino que la muerte era considerada por ellos lo más agradable y la esclavitud algo en modo alguno despreciable.

Y cuando Faras tuvo conocimiento de estas cosas, escri- 15
bió a Gelimer lo siguiente: «Yo mismo soy también un bárbaro y no estoy habituado a escribir o a hablar ni soy, por otra parte, hábil en estas actividades. Sin embargo, cuanto 16
yo estoy obligado a conocer por ser un hombre, habiéndolo aprendido de la naturaleza de las cosas, eso mismo es lo que yo te he escrito. ¿Qué es, pues, lo que te ha sucedido, queri- 17
do Gelimer, para que te hayas precipitado en este abismo no sólo a ti mismo, sino además a tu familia toda? Sin duda que ha sido el modo de no caer en la esclavitud. Y es que yo 18
considero que en esto tú te estás comportando como un joven imprudente por completo y que estás poniendo por delante la libertad como un mero pretexto, como si mereciese

[39] En realidad, desde finales de diciembre del 533 hasta la primavera del 534 d. C.

la pena conseguirla a cambio de todas estas penalidades.
19 Mas ahora, después de todo, ¿no crees que eres un esclavo
de los más miserables de entre los moros, al estar en sus
manos tu única esperanza de salvación, en caso de que lle-
20 gue a suceder lo más ventajoso? Y, sin embargo, ¿cómo no
iba a ser preferible de todas formas ser esclavo entre los
romanos mendigando que monarca en Papúa con los moros
21 como súbditos? Pero, por supuesto, a ti te parece el colmo
de la deshonra ser compañero de esclavitud de Belisario.
22 Aparta de ti ese pensamiento, ¡oh, excelentísimo Gelimer!
¿Acaso no estamos orgullosos nosotros[40], que también pro-
cedemos de nobles familias, de estar actualmente al servicio
de un emperador? Y, ciertamente, dicen que es deseo del
emperador Justiniano inscribirte como miembro del Senado,
participando así de la más alta posición social, la que deno-
minan «de los patricios»[41], y obsequiarte además con nume-
rosas y fértiles tierras e importantes sumas de dinero y que
Belisario quiere hacerse responsable de que todo llegará a tus
23 manos, dándote garantías. Y tú, en lo que respecta a cuantas
desgracias te ha causado la Fortuna, eres capaz de soportar
con entereza todo lo que de ella venga, considerando que es
24 inevitable para el que es un hombre. Y si, por el contrario, la
Fortuna tiene decidido mezclar estas adversidades con algu-
na otra circunstancia favorable, ¿no creerías tú justo aceptar
ésta última de buen grado? ¿O es que hay que considerar
que no son igualmente inevitables los favores de la Fortuna
y sus desagradables obsequios? Sin embargo, éste no es el
parecer ni siquiera de los que son completamente insensa-
25 tos. Pero la realidad es que a ti, según parece, te ha abando-

[40] Faras y los demás hérulos.

[41] Acceder al patriciado se consideraba un honor extraordinario, que fue instituido por Constantino en la primera mitad del s. IV para recompensar a personajes con grandes méritos.

nado el buen juicio, sumido como estás en una situación desdichada; y es que, en efecto, el desánimo tiende por na- 26
turaleza a trastornar la mente y conducirla a la sinrazón, mas si tú fueses capaz de resistir a tus propios pensamientos y no indignarte contra la Fortuna cada vez que ésta cambie, te sería posible inmediatamente escoger todo lo que te conviene y escapar definitivamente de los males que te amenazan.»

Después de haber leído esta carta, Gelimer lloró amar- 27
gamente y le respondió en los siguientes términos: «Siento un profundo agradecimiento hacia ti por el consejo que me diste y considero insoportable servir como esclavo a un enemigo que me trata injustamente y del cual yo desearía, si Dios me fuese propicio, obtener venganza, un enemigo que, sin haber sufrido jamás nada desagradable de mi parte ni de obra ni habiéndolo oído tampoco de mi boca, encontraba un pretexto para una guerra que no tenía excusa y que llevó mi situación a tal estado de desventura, lanzando a Belisario
contra mí desde no sé qué lugar. Y sin embargo, incluso a 28
él, que es hombre al menos, aunque también emperador, no es en absoluto improbable que le suceda alguna de las cosas
que él nunca elegiría. No obstante, yo ya no puedo seguir 29
adelante escribiendo, pues mi desgracia presente me ha arre-
batado las ideas. Consérvate bien de salud, pues, querido 30
Faras, y mándame una cítara, una hogaza de pan y una es-
ponja, te lo ruego.» Cuando la carta le fue entregada a Faras 31
y éste la leyó, se quedó perplejo durante un buen rato pues no alcanzaba a comprender el final de aquélla, hasta que el portador de la carta le explicó que Gelimer deseaba una hogaza de pan porque estaba ansioso de disfrutar de su visión y de comerla, ya que, desde el momento en que subió a las alturas de Papúa, no había visto ni un solo trozo de pan hor-
neado. También necesitaba él una esponja, porque uno de 32

sus ojos, irritado a causa de la falta de higiene, se le había
33 hinchado demasiado. Y, por último, él, que era un hábil citarista, había compuesto una oda relativa a sus desgracias presentes, oda que estaba deseoso de cantar al son de la cítara, mientras se desahogaba con los lamentos.
34 Al escuchar Faras todo esto, se sintió profundamente conmovido y deplorando la suerte de los mortales[42], actuó según le había sido indicado en la carta y le envió a Gelimer todo cuanto éste necesitaba. Y, sin embargo, no se relajó ni un ápice en el asedio, sino que mantenía una vigilancia más estrecha todavía que antes.

7 Ya entonces se había consumido un espacio de tiempo de tres meses en este asedio y el invierno tocaba a su fin[43]. Y Gelimer sentía miedo al sospechar que los que lo estaban sitiando no tardarían mucho en subir contra él. Además, los cuerpos de la mayoría de los niños de su familia[44], en medio
2 de la miseria aquella, estaban cubiertos de gusanos. Y, aunque él experimentaba un vivo dolor por todo y a todo miraba con disgusto, excepto a la muerte, sin embargo, soportaba el sufrimiento más allá de lo que se podía esperar, hasta que sucedió que le tocó contemplar la siguiente escena.
3 Cierta mujer mora que, de una forma o de otra, había partido un pequeño grano de trigo, haciendo con él una masa de

[42] De nuevo aquí, en todo este pasaje, la *týchē* parece actuar como una fuerza irracional que unas veces hace que los hombres triunfen y otras que caigan en los abismos más profundos, sin que nuestro entendimiento pueda llegar a encontrar una explicación a su capricho (cf. EVANS, *Gr., Rom. and Byz. Stud.* 12 [1971], pág. 94). Aquí concretamente la *týche* aparece como un caprichoso poder que, anteriormente, había llevado a Gelimer al trono, y que ahora, a los pocos meses, lo ha dejado en una situación lamentable que obliga al otrora poderoso rey vándalo a rebajarse a pedir, incluso, una hogaza de pan.

[43] Marzo del año 534 d. C.

[44] Cf. *supra*, IV 6, 4.

pan de un tamaño diminuto, lo echó en las ascuas ardientes que en el fogón ardían. Pues así es como tienen por costumbre los moros hornear las hogazas de pan. Junto al horno 4
aquel había dos niños sentados, que se sentían extraordinariamente abrumados por el hambre, de los cuales, uno era hijo de la misma mujer que había introducido el pan en el horno y el otro era sobrino de Gelimer; pues bien, ambos tenían intención de echar mano a la masa de pan, tan pronto como les pareciese que estaba cocida. Y, de los dos niños, el 5
vándalo tomó la delantera y se anticipó a coger la masa de pan y, aunque estaba todavía muy caliente y llena de ceniza, forzado por el hambre, se la metió en la boca y ya se la estaba comiendo, mientras que el segundo niño, agarrándolo de los cabellos de su cabeza, lo golpeó en la sien y le pegó de nuevo hasta que le obligó con gran violencia a arrojar la masa de pan que ya se encontraba en su garganta. No pudien- 6
do ya Gelimer soportar tan triste espectáculo, pues lo había estado siguiendo todo desde el principio, se sintió con el ánimo debilitado y le escribió lo más rápidamente que pudo a Faras en los siguientes términos: «Si alguna vez le ha 7
sucedido a otra persona, tras haber soportado terribles desventuras, ir en la dirección opuesta a lo que él tenía ya decidido, considera que yo soy uno de esa clase, excelentísimo Faras. Pues en mi mente ha penetrado tu consejo, el 8
cual de ninguna manera quiero dejar de tener en consideración. En efecto, no podría yo ofrecer más resistencia a la Fortuna ni rebelarme contra el yugo del destino, sino que, en estos momentos, voy a seguir hasta donde le parezca bien a aquélla conducirme; no obstante, permíteme recibir garantías de que Belisario se responsabilizará de que el emperador cumpla todo cuanto me ha prometido recientemente. Así que, tan pronto como me ofrezca garantías, pondré 9
en vuestras manos tanto mi persona, como a éstos mis pa-

rientes y a cuantos vándalos permanecen aquí con nosotros.»

10 Tales fueron las palabras escritas por Gelimer en esta misiva. Por su parte, Faras, habiendo puesto en conocimiento de Belisario tanto estas palabras como también el contenido de las cartas que anteriormente se habían mandado el uno al otro, le pidió que le revelase cuanto antes cuál era su
11 propósito. Y Belisario, dado que estaba él muy deseoso de llevar vivo a Gelimer a presencia del emperador, nada más leer esta carta, se puso muy alegre y ordenó a Cipriano, el jefe de los federados, que se dirigiese al monte Papúa junto con algunos otros hombres, y les dio instrucciones para que prestasen juramento comprometiéndose a proteger la integridad física de Gelimer y de cuantos le acompañasen y garantizándole que él mantendría todos sus derechos ante el
12 emperador y no le faltaría de nada. Y cuando éstos hombres hubieron llegado a presencia de Faras, se dirigieron con él a cierto lugar junto al pie de la montaña a donde ya había venido Gelimer, tras ser convocado por ellos, y, después de recibir las promesas justo como él quería, los acompañó
13 hasta Cartago. Y daba la casualidad de que Belisario se encontraba descansando durante un tiempo en el suburbio de
14 la ciudad que llaman Aclas[45], y fue precisamente en este lugar donde Gelimer entró a verle, riéndose de una forma que no era ni normal ni capaz de ser disimulada, por lo que algunos de los que le contemplaban tuvieron la sospecha de que él, a consecuencia de lo excesivo de sus sufrimientos, había cambiado completamente su modo de ser y que, ya delirando, sufría un ataque de risa que no respondía a moti-
15 vo alguno. Por el contrario, sus amigos sostenían que este hombre seguía estando en sus cabales y que, como pertene-

[45] Suburbio de Cartago del que se ignora su localización.

cía a una regia familia y había subido al trono y había estado revestido de un fuerte poder y rodeado de inmensas riquezas desde su infancia hasta la vejez, posteriormente, tras haberse visto obligado a huir y, lleno de miedo, haber arrostrado la horrible experiencia de Papúa para, finalmente, haber llegado allí entonces en calidad de prisionero de guerra, una vez probadas todas las experiencias que de la Fortuna emanan, tanto positivas como negativas, él pensaba que los avatares humanos no eran merecedores de ninguna otra cosa más que de abundante risa. Sea como fuere, en lo que res- 16
pecta al ataque de risa que le entró a Gelimer, que cada cual opine según su propio criterio, sea amigo o enemigo. Por su 17
parte, Belisario, al informar al emperador de que Gelimer estaba como prisionero en Cartago, le pedía permiso para llevarlo a Bizancio con él. Y, al mismo tiempo, puso bajo vigilancia tanto a Gelimer como a todos los vándalos sin privarlos de sus derechos y dejó preparada la flota.

Así pues, muchos otros acontecimientos más importan- 18
tes de lo que se esperaba han llegado ya a experimentarse a lo largo de todo el transcurrir del tiempo y continuamente seguirán sucediendo, mientras las vicisitudes que sufren los hombres sean las mismas, pues lo que a la razón parece im- 19
posible llega a cumplirse y en multitud de ocasiones lo que hasta ese momento había parecido inconcebible, cuando posteriormente vino a ocurrir, parecía ser digno de asombro. Sin embargo, si alguna vez dio la circunstancia de que su- 20
cediesen acontecimientos como éstos, yo no estoy en condiciones de asegurarlo: que el cuarto descendiente de Gicerico[46] y su reino, que estaba en plenitud de riquezas y de

[46] Gelimer no era ni el cuarto «descendiente» ni el cuarto sucesor de Gicerico, pues antes que él fueron reyes de los vándalos Honorico, Gundamundo, Trasamundo e Ilderico, aunque sí pertenecía a la cuarta generación, al ser biznieto de Gicerico.

fuerzas militares fuese completamente desmantelado en tan corto espacio de tiempo por obra de cinco mil hombres ve-
21 nidos del exterior y que no sabían dónde echar el ancla. Ése, efectivamente, era el número de los caballeros que acompañaban a Belisario, esos mismos que también llevaron a término toda la guerra contra los vándalos; porque tanto si esto sucedió por efecto del azar como por alguna clase de valor, cualquiera podría admirarse justificadamente por ello. Yo, por mi parte, voy a retornar al punto desde el cual me he apartado del relato.

8 Así pues, de esta forma terminó la guerra vándala. Sin embargo, la envidia, como suele suceder en medio de una situación de gran prosperidad, estaba ya creciendo contra Belisario, aun cuando él no proporcionaba pretexto alguno
2 para que aquélla se produjese. En efecto, algunos de sus oficiales lo calumniaron ante el emperador, acusándolo sin ningún fundamento de que estaba interesado en establecer un
3 reino para sí mismo [47]. No obstante, el emperador no desveló públicamente estas acusaciones, ya sea porque no hizo ningún caso de la calumnia, ya sea incluso porque lo consi-
4 deró preferible. Sin embargo, envió a Salomón [48] y le dio a Belisario la oportunidad de elegir cuál de las dos opciones era de su agrado: o venir a Bizancio con Gelimer y los ván-
5 dalos, o bien permanecer allí y despachar a aquéllos. Y Belisario, pues no se le ocultaba que sus oficiales le estaban acusando de querer instalarse en el poder supremo, estaba ansioso por llegar a Bizancio, para poder librarse de la acu-

---

[47] Es decir, allí mismo en África, como sucesor de los reyes vándalos.

[48] Recordemos que Salomón había dejado a Belisario (cf, III 24, 19) en la segunda mitad del mes de septiembre del 533, al parecer después de que las tropas del emperador entrasen en Cartago (15 se septiembre), para marchar a Constantinopla a informar a Justiniano de la marcha de las operaciones militares.

sación y vengarse de sus calumniadores. Ahora yo paso a explicar de qué modo se enteró de la tentativa de sus acusadores.
6 Cuando los que lo denunciaron quisieron presentar la acusación, temiendo que la persona encargada de entregar su carta al emperador desapareciese en el mar e impidiese que sus manejos tuvieran éxito, escribieron la acusación de intento de usurpar el poder en dos tablillas y tuvieron la idea de enviar dos mensajeros al emperador en sendas naves.
7 Pues bien, uno de los dos pasó desapercibido en su travesía por mar, mientras que el segundo fue capturado, gracias a una cierta sospecha, en Mandracio y tras depositar en las manos de los que lo habían apresado la carta, puso al descubierto las maquinaciones que estaban teniendo lugar.
8 Así pues, habiéndose enterado Belisario de esta forma, como ha quedado dicho, estaba deseoso de llegar a presencia del emperador. Y tal fue la forma en que se desarrollaron estos acontecimientos en Cartago.

9 Pero entonces los moros que vivían en Bizacio y en Numidia volvieron sus ojos a la posibilidad de una revuelta, aun sin ninguna razón, y, quebrantando los tratados[49], decidieron de repente levantarse en armas contra los romanos. Y esto no se producía en contra de su peculiar forma de ser,
10 pues entre los moros no existe ni temor de Dios, ni respeto por los hombres. En efecto, ellos no se preocupan ni de juramentos ni de rehenes, aunque éstos sean hijos o hermanos de los que mandan sobre ellos.
11 Y la paz no se mantiene entre los moros de ninguna otra manera más que por el temor

---

[49] Parece ser que este tratado no llegó a existir en realidad, aun a pesar de que Procopio nos hable de su existencia tanto en este pasaje como *infra* (§ 15), dado que más arriba, en concreto en III 25, 9, nos dice claramente que los moros, después de haber estado considerando la posibilidad de reconciliarse con los romanos (cf. también IV 11, 4), finalmente no se decantaron por ninguno de los dos bandos.

a los enemigos que se enfrenten a ellos. Sea como fuere, voy a pasar a explicar el modo en que ellos concluyeron el
12 tratado con Belisario y cómo lo rompieron. Cuando se esperaba que la expedición del emperador iba a llegar a Libia, temiendo los moros que fueran a sufrir algún daño por parte
13 de ella, consultaron los oráculos de sus mujeres, pues en este pueblo no es lícito que un hombre pronuncie oráculos, sino que, por el contrario, entre ellos, las mujeres, como resultado de ciertos ritos sagrados, quedan poseídas y predicen el futuro con la misma fiabilidad que cualquier otro de
14 los oráculos de antaño. De tal forma que, en aquella ocasión, cuando ellos consultaron, como se ha dicho, las mujeres respondieron lo siguiente: «Llegará un ejército procedente de las aguas, la destrucción de los vándalos, la perdición y la derrota de los moros, cuando el general de los romanos
15 que venga sea imberbe.» Habiendo oído esto los moros, cuando vieron que el ejército del emperador había venido por mar, sintieron un gran temor y ya de ningún modo deseaban combatir en alianza con los vándalos, sino que enviaron embajadores ante Belisario y, como ha quedado explicado anteriormente[50], establecieron la paz y permanecieron quietos esperando a ver el ulterior desarrollo de los acontecimientos.

16 Y cuando el poder de los vándalos llegó ya a su fin, enviaron emisarios al ejército de los romanos para investigar si
17 había alguien entre ellos al mando que fuese imberbe. Y al ver que todos llevaban larga barba, pensaron que el oráculo no les estaba indicando la época actual, sino muchas generaciones después, interpretando la respuesta oracular con-
18 forme a lo que ellos mismos deseaban. En consecuencia, deseaban ellos ardientemente romper el tratado, pero el miedo

[50] En III 25, 2-4.

que Belisario les inspiraba se lo impedía. Pues ellos no te- 19
nían ninguna esperanza de vencer nunca a los romanos en la
guerra, al menos mientras él estuviera presente. Pero cuando 20
se enteraron de que él estaba llevando a cabo la partida junto con los soldados y oficiales de su guardia personal y se informaron de que ya los barcos estaban siendo llenados con ellos y con los vándalos, tomaron repentinamente las armas y cometieron toda clase de desafueros contra los libios[51]. Y es que eran poco numerosos los soldados que ha- 21
bía en cada uno de los sectores fronterizos y, al no estar todavía preparados, no podían hacerles frente a los bárbaros que efectuaban incursiones por todas partes ni impedir sus ataques que se producían frecuentemente y nunca al descubierto. Sin embargo, los hombres morían de manera indis- 22
criminada y las mujeres junto con sus hijos pasaban a la condición de esclavos y se saqueaban las riquezas de toda la zona fronteriza y el territorio entero se iba llenando de fugitivos. Esta situación le fue comunicada a Belisario cuando estaba ya preparándose para zarpar. Y al no poder él ya dar 23
marcha atrás, le encomendó a Salomón ocuparse de la administración de Libia y además escogió a un buen número de soldados y oficiales de su propia guardia personal, para que acompañasen a Salomón y castigasen con mucho celo y lo más rápidamente posible por el daño inferido a los romanos a cuantos de los moros se habían sublevado. Por su par- 24

[51] Gelimer terminó por rendirse durante la segunda quincena del mes de marzo del 534 d. C. (literalmente: «al final del invierno» dice PROCOPIO en IV 5, 1) y la partida de Belisario, prevista para «comienzos de la primavera» *(ibid.)*, pero que tuvo que sufrir un retraso dada la marcha de los acontecimientos, finalmente hubo de efectuarse de forma precipitada a consecuencia de las acusaciones calumniosas que se levantaron contra Belisario. Así pues, el general volvió a embarcar probablemente a finales del segundo trimestre del 534 d. C. e inmediatamente después comenzó la revuelta de los moros.

te, el emperador envió otro ejército a Salomón, con Teodoro de Capadocia e Ildiger, que era yerno de Antonina, la esposa de Belisario[52]. Y como ya no era posible encontrar ordenados en documentos los tributos correspondientes a los diferentes distritos de Libia, de la forma en que los romanos los registraban en épocas antiguas, comoquiera que Gicerico lo había trastocado y destruido todo al principio, fueron enviados por el emperador Trifón y Eustracio[53], con la misión de que les impusiesen a los libios los tributos según la proporción que correspondiese a cada uno, los cuales, sin embargo, no les parecieron a aquéllos que fuesen ni moderados ni soportables.

9 Belisario, al llegar con Gelimer y los vándalos a Bizan-
cio, fue considerado merecedor de las honras que en épocas
anteriores se les habían dispensado a los generales romanos
que ciñeron coronas por las victorias más importantes y so-
2 nadas. Hacía ya mucho tiempo, alrededor de seiscientos años,
que nadie recibía tales honras, si exceptuamos a Tito, a Tra-
jano y a todos los demás emperadores que movilizaron su
3 ejército contra alguna nación bárbara y vencieron. Y, en
efecto, haciendo gala del botín y de los prisioneros de gue-
rra, Belisario condujo por medio de la ciudad el desfile que

---

[52] Teodoro de Capadocia, general de Justiniano, solamente es nombrado en la *Guerra Vándala*. Por otro lado Ildiger, el cual era yerno de Antonina, pero no de Belisario, había formado parte en un principio del ejército de Martino en Persia, pero, posteriormente, fue enviado a África con Teodoro en el 534. Se le encomendó la defensa de Cartago junto a Teodoro y tomó parte, al igual que éste, en la batalla de *Scalae Veteres*. Finalmente todavía nos lo volvemos a encontrar más tarde en Italia, donde aparece participando en diversos episodios de la *Guerra Gótica* antes de regresar a Constantinopla con Belisario en el año 540 d. C.

[53] Estos dos personajes, Trifón y Eustracio, son desconocidos, a no ser que se identifique a este Trifón con el prefecto de la ciudad de Constantinopla en el año 532 d. C.

los romanos llaman «triunfo»[54], pero no a la antigua usan-
za[55], sino a pie desde su casa hasta el hipódromo, y, una vez
allí, caminó de nuevo desde los arrancaderos[56] hacia el sitio
justo donde está el trono imperial. Del botín había, desde 4
luego, todo lo que suele entregarse para subvenir a las nece-
sidades del emperador: tronos de oro y carruajes de los que
se estilan para transportar a una emperatriz, y numerosas jo-
yas engarzadas con piedras preciosas, copas de oro, y todas
las demás cosas que cuadran en un banquete imperial. Había 5
también de plata muchos miles de talentos y una parte muy
grande de la totalidad del tesoro imperial, dado que Giceri-
co, como se dijo en el libro anterior[57], había saqueado el
Palatino en Roma, y entre todo eso también estaban los te-
soros de los judíos, los que el hijo de Vespasiano, Tito, en
compañía de algunos otros, llevó a Roma tras la conquista
de Jerusalén[58]. Y al ver esto un judío que se encontraba jun- 6
to a uno de los conocidos del emperador, exclamó: «Que
esas riquezas sean introducidas en las moradas palatinas de
Bizancio creo que no es conveniente, porque no pueden es- 7

---

[54] Los honores del *triumphus* (gr. *thríambos)* se les concedieron desde Augusto sólo a los emperadores (ya fuera porque suponía equiparar a quienes los recibían con el mismo Júpiter o porque, en definitiva, éstos se hacían acreedores de una consideración casi divina). Desde entonces los generales obtuvieron únicamente *insignia* u *ornamenta triumphalia*. Lucio Cornelio Balbo el Menor fue el último personaje que, sin ser emperador, «triunfó» en el año 19 a. C., tras sus victorias en África; y en ese mismo año Agripa fue el primero en rehusar ese privilegio después de su victoria en las guerras cántabras. Pasaron, por tanto, más de 550 años sin que un general (como era Belisario) volviese a celebrar un triunfo.

[55] El general que merecía el triunfo podía ir sobre un carro tirado por cuatro caballos blancos o a hombros de los prisioneros (cf. IV 9, 15).

[56] Gr. *balbídes,* lat. *carceres,* lugar desde donde salían corriendo los caballos en las competiciones.

[57] III 5, 3.

[58] En agosto del año 70 d. C.

tar en otro lugar que no sea donde las depositó en un princi-
8 pio Salomón, el rey de los judíos. Y es que por ese motivo
tomó antes Gicerico el alcázar romano y ahora el ejército
9 romano ha tomado el de los vándalos.» Cuando el empera-
dor oyó lo que aquél había dicho, tuvo miedo y rápidamente
10 lo envió todo a los templos cristianos de Jerusalén. Como
prisioneros en el desfile triunfal iban el propio Gelimer, con
los hombros cubiertos por lo que parecía una vestidura de
púrpura, y su familia al completo y todos los vándalos de
11 cuerpos más esbeltos y bellos. Una vez que Gelimer estuvo
ya en el hipódromo y vio al emperador sentado en su en-
cumbrado palco y al pueblo de pie a ambos lados y com-
prendió, mirando a su alrededor, en qué miserable situación
se encontraba, ni se puso a llorar ni a lamentarse, pero no
dejó de repetir, conforme a la Sagrada Escritura de los he-
12 breos[59]: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad[60].» Cuan-
do llegó bajo el palco imperial, lo despojaron de la púrpura
y lo obligaron a caer de bruces en reverencia al emperador
Justiniano. Y esa reverencia también la hacía Belisario, que
se había quedado acompañándolo como un suplicante del
13 emperador. El emperador Justiniano y la emperatriz Teodo-
ra obsequiaron con bastantes riquezas a los hijos de Ilderi-
co[61] y a sus descendientes y a todos los de la familia del

---

[59] Es decir, la Biblia Hebrea *(katà tèn Hebraíōn graphèn)*: cf. *he graphé*, sin más, en la *Carta de Aristeas* 155 (donde designa sólo al Pentateuco); *Mateo* 21, 42 (en plural); *Hechos* 8, 32; o Clemente de Roma, *Primera Carta a los Corintios* 34, 6; etc. En Ireneo *(Contra las herejías* I 1, 3) esta denominación ya engloba al Antiguo y al Nuevo Testamento. Cf. también los términos *tà biblía, tà grámmata, tà lógia*.

[60] *Eclesiastés* 1, 2.

[61] Recuérdese que Ilderico, rey vándalo, había sido destronado y metido en prisión a raíz del complot de Gelimer (III 9, 8 ss.), y fue asesinado en la cárcel por el hermano de éste, Amatas (III 17, 11 ss.).

emperador Valentiniano[62], y a Gelimer le dieron unas tierras en Galacia nada desdeñables y le permitieron vivir allí junto con sus familiares. Entre los patricios, sin embargo, no 14 quedó inscrito Gelimer, porque no quería abandonar la fe de Arrio.

Poco después, Belisario celebró también el triunfo con 15 arreglo a la antigua costumbre. En efecto, accedió al consulado[63] y vino a ser portado a hombros por los prisioneros y, mientras lo llevaban en la silla curul[64], él iba lanzándole al pueblo el propio botín de la guerra contra los vándalos. Ob- 16 jetos de plata, cinturones de oro y una gran cantidad del resto de las riquezas vándalas, de todo eso se apoderó el pueblo a empellones a raíz del consulado de Belisario y así pareció restablecerse algo que ya no era costumbre desde hacía tiempo[65]. Esto fue, pues, y de este modo lo que ocurrió en Bizancio.

Por su parte, Salomón tomó a su cargo el ejército de Li- 10 bia[66], pero, al levantarse en armas los moros, como se ha explicado anteriormente, y al estar toda la situación en suspenso, se encontraba en duda sobre cómo abordar las circunstancias del momento. En efecto, se anunciaba que los 2 bárbaros habían masacrado a los soldados de Bizacio y Nu-

[62] Gicerico apresó y mandó a Bizancio a Eudoxia y Placidia, esposa e hija de Valentiniano, respectivamente (III 5, 3, 6).

[63] Por tanto, este «triunfo», impropiamente dicho, no era sino la celebración de su nombramiento como cónsul (1 de enero del 535 d. C.).

[64] El griego *díphros* vale por *sella curulis* (la «silla curul», el asiento honorífico de los magistrados superiores) ya en POLIBIO, VI 53, 9.

[65] Procopio se refiere al congiario *(congiarium, congiaria)* o reparto de alimentos, ropa y, posteriormente, de dinero que se le hacía al pueblo para festejar ciertos acontecimientos (la entrada en una magistratura, el cumpleaños del emperador, etc.). Parece que fue Julio César el primero que realizó este tipo de donación.

[66] A finales de la primavera del año 534 d. C.

midia y que estaban asolando y saqueando todo lo que había
3 en aquella zona. Pero lo que más le intranquilizaba tanto a él como a toda la ciudad de Cartago, fue lo que les acaeció
4 a Aigán el maságeta y a Rufino de Tracia en Bizacio. Pues ambos eran hombres que gozaban de muy alta consideración en la casa de Belisario y en el seno del ejército de los romanos; el primero de ellos dos, Aigán, se contaba entre los oficiales de la guardia personal de Belisario, mientras que el segundo, al ser el de mayor presencia de ánimo de todos acostumbraba a portar el estandarte del general en las batallas y al que ejerce esta función los romanos lo denomi-
5 nan *bandifer*[67]. Encontrándose, pues, ambos hombres al frente de los destacamentos de caballería en Bizacio, cuando vieron a los moros saqueando todo aquello que encontraban a su paso y reduciendo a la condición de esclavos a todos los libios, con los soldados que les acompañaban, en un paso angosto acechaban a los que venían escoltando el botín y, tras darles muerte, dejaron libres a todos los prisioneros.
6 Cuando esta noticia llegó a oídos de los jefes de los bárbaros, Cutcinas, Esdilasas, Yurputes y Medisinisas, que no se encontraban a mucha distancia del desfiladero aquel[68], se pusieron en movimiento contra ellos con todo su ejército a
7 la caída de la tarde. Pero los romanos, al ser muy pocos hombres y haber quedado aislados en un estrecho espacio en medio de varias decenas de millares de enemigos, no fue-

[67] Cf. IV 2, 1 y nota 6.

[68] El desfiladero que se menciona se encontraba situado a escasa distancia de la plaza llamada Mames (cf. *infra* IV 11, 15 y nota 81). Cutcinas es uno de los principales jefes de las tribus bereberes de Bizacio; hijo de un jefe indígena y de una mujer romana según Coripo, tuvo siempre muy en cuenta el prestigio del Imperio. Los demás personajes nombrados aquí, Esdilasas, Yurputes y Medisinisas, jefes de otras tribus bereberes de Bizacio también y aliados de Cutcinas en esta ocasión, no son mencionados por ninguna otra fuente.

ron capaces de repeler a sus agresores, pues a dondequiera que se volviesen, continuamente eran alcanzados por los disparos desde su retaguardia. Fue entonces cuando Rufino 8
y Aigán, encaramándose, con un reducido número de hombres, a lo alto de una roca que se encontraba en algún punto cercano, se defendieron desde allí de los bárbaros. Y así, 9
mientras se valían de sus arcos, los enemigos no se atrevían a trabar combate con ellos abiertamente cuerpo a cuerpo, sino que les disparaban jabalinas, pero una vez que se les acabaron a ellos las flechas, entonces los moros fueron a las manos con ellos y éstos se defendieron con sus espadas, según permitían las circunstancias, pero al ser superados por 10
la ingente masa de bárbaros, Aigán cayó muerto allí mismo con todo su cuerpo hecho pedazos, mientras que a Rufino los enemigos lo capturaron y se disponían a llevárselo. Mas inmediatamente, uno de los jefes, Medisinisas, temiendo que 11
se escapase y de nuevo les ocasionara molestias a ellos, le cortó la cabeza y, llevándosela a su casa, se la mostró a sus mujeres, pues era digna de contemplarse debido a su excesivo tamaño y a la abundancia de sus cabellos. Y, dado que el desarrollo del relato me ha conducido hasta este punto de 12
la historia, es necesario explicar desde el principio de dónde partieron las poblaciones moras para llegar hasta Libia y cómo se establecieron allí.

Una vez que los hebreos se retiraron de Egipto y se en- 13
contraron cerca de las fronteras de Palestina, Moisés, sabio varón, que estuvo al frente de ellos durante el viaje, murió y entonces recibió en sucesión el mando Josué, el hijo de Nun[69], que condujo a este pueblo hasta Palestina y, demostrando un valor en la guerra superior al que es natural en un hombre, tomó posesión del territorio. Y tras acabar con to- 14

[69] Cf. *Números* 27, 18 ss. y *Deuteronomio* 31, 1 ss.

das las tribus, fácilmente puso de su lado a las ciudades,
15 dando él la impresión de ser completamente invencible. Y
por aquel entonces la totalidad de la zona costera que se ex-
tiende desde Sidón hasta las fronteras de Egipto recibía el
16 nombre de Fenicia. Y en tiempos antiguos un solo rey esta-
ba al frente de dicho territorio, según el común acuerdo de
todos aquellos autores que han escrito sobre los hechos más
17 antiguos de la historia de los fenicios. En aquella misma re-
gión habitaban tribus muy populosas, los gergeseos y los je-
buseos y algunos otros que han recibido aquellas denomi-
naciones con las que son nombrados en la historia de los
18 hebreos[70]. Cuando estos pueblos vieron que el general inva-
sor era un prodigio contra el que no se podía luchar, se mar-
charon de su tierra patria y se encaminaron rumbo a Egipto,
19 que era el país limítrofe. Mas al no encontrar allí territorio
alguno que les resultara suficiente para vivir en él, puesto
que, desde tiempos antiguos, existía en Egipto una abun-
dancia excesiva de población[71], prosiguieron su camino has-
20 ta Libia. Allí fundaron numerosas ciudades y ocuparon la
totalidad de Libia hasta las Columnas de Heracles y allí es
donde han estado viviendo hasta mi época usando la lengua

[70] Los gergeseos fueron uno de los siete pueblos que ocuparon la tierra de Canaán en tiempos de Moisés (cf. *Moisés* I, 10, 15- 18 y Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* I 6, 2. Los jebuseos (del latín *iebusaei* y éste del hebreo *yebusi*, «el de la gente o pueblo de Yebús») constituyeron un pueblo bíblico que también ocupó la tierra de Canaán antes de la llegada de los hebreos y cuya ciudad más importante era Yebús (que más tarde recibiría el nombre de Jerusalén). Fueron definitivamente vencidos por David y se vieron obligados a pagar un tributo a Salomón.

[71] Todo lo que Procopio expone a continuación únicamente sirve para que nuestro autor haga un despliegue de erudición puesto que estas consideraciones carecen de toda veracidad histórica al combinar datos muy diversos y que no tienen relación los unos con los otros.

de los fenicios[72]. También construyeron ellos una fortaleza 21
en Numidia, donde se encuentra actualmente la ciudad que
recibe el nombre de Tigisis[73]. En ese lugar hay dos colum- 22
nas hechas de piedra blanca cerca de la gran fuente, que tie-
nen grabadas unas letras fenicias que, en esta misma lengua,
dicen lo siguiente: «Nosotros somos los que huimos delante
del rostro de Josué, el ladrón, el hijo de Nun.» Existían ade- 23
más otras tribus que se habían establecido en Libia previa-
mente, que, por estar instalados allí desde épocas antiguas,
se decía que eran autóctonos[74] y de ahí es de donde viene la 24
leyenda relativa a Anteo[75], su rey, que luchó contra Hera-
cles en Clipea[76], y del que se afirmaba que era hijo de la
Tierra. Más tarde, también aquellas gentes que se traslada- 25
ron desde Fenicia con Dido se presentaron ante los habi-
tantes de Libia como si fuesen parientes suyos. Y éstos úl-

---

[72] Identificación de la lengua fenicia con la «púnica», aunque la expresión se aplica al libio o líbico, del cual se nos han conservado más de un millar de inscripciones.

[73] Ciudad de la Mauritania Cesariense situada en el emplazamiento de la actual Aïn el Bordj, a 40 kilómetros al sureste de Constantina.

[74] Es decir, «nacidos de la misma tierra», «hijos de la tierra».

[75] Anteo es un gigante, hijo de Posidón y de Gea. Habitaba en Libia (no lejos de Útica, ciudad situada a 30 Kms. al norte de Cartago, según Lucano) o en Marruecos, según la mayoría de los autores. De todas formas, Procopio parece seguir la versión del poeta cordobés. Anteo obligaba a todos los viajeros a luchar contra él y, más tarde, cuando los había vencido y matado, adornaba con sus despojos el templo de su padre Posidón. El gigante era invulnerable mientras tocaba con alguna parte de su cuerpo a su madre la Tierra, pero Heracles, a su paso por Libia en busca de las manzanas de oro de las Hespérides, combatió contra él y lo ahogó, levantándolo sobre sus hombros.

[76] *Klipéa* o *Aspís*, es decir «Escudo», en latín *Clipea*. Actualmente es la ciudad costera de Kélibia o Kalibia, que pertenece a Túnez y está situada en el lado sur de la península de Cabo Bon a 70 kilómetros al este de Cartago (en línea recta).

timos les permitieron de buen grado que fundaran y ocupa-
26 ran Cartago[77]. Y con el transcurrir del tiempo el poder de
los cartagineses se acrecentó y la ciudad se hizo muy popu-
27 losa. Pero, tras producirse ya una batalla entre ellos y sus
vecinos, aquellos que, como se ha dicho, habían llegado pro-
cedentes de Palestina y que reciben el nombre de moros en
la actualidad, fueron los cartagineses los que resultaron ven-
cedores y obligaron a los otros a vivir lo más lejos posible
28 de Cartago. Posteriormente, los romanos, habiendo sido su-
periores a todos ellos en la guerra, por una parte, instalaron
a los moros en los límites de la zona habitada de Libia y,
por otra, a los cartagineses y al resto de los libios los convir-
tieron en súbditos suyos y los obligaron al pago de un tribu-
29 to. Más tarde, los moros, tras obtener numerosas victorias
sobre los vándalos, tomaron posesión del país que hoy día
recibe el nombre de Mauritania y que se extiende desde Cá-
diz hasta las fronteras de Cesarea[78], así como de la mayor
parte del resto de Libia. De esta forma fue, pues, como suce-
dió todo lo relativo al establecimiento de los moros en Libia.

11 Cuando Salomón se enteró de lo que les había sucedido
a Rufino y a Aigán, se preparó para emprender la guerra y
les escribió a los jefes de los moros en los siguientes térmi-
2 nos: «Ya también a otros hombres les ha tocado en suerte
haber perdido la razón y haber resultado muertos, sin haber
dispuesto de medio alguno para juzgar de antemano a dónde

[77] Según la mitología, Dido era una princesa fenicia, hija de Belo, rey de Tiro y hermana de Pigmalión, del cual salió huyendo cuando éste dio muerte a su hermano Siqueo. Tomando el nombre de *Elissar* («la fugitiva»), se dirigió con sus partidarios a África, donde fundó la ciudad de Cartago en el año 814 a. C. (fecha ficticia, pues la fundación real de la ciudad no puede ser anterior al s. VII).

[78] Es decir, desde Tánger, que queda frente a Cádiz en la orilla opuesta, hasta Argel. Sobre la ciudad de Cesarea de Mauritania, véase IV 5, 5 y nota 27.

les iba a llevar su locura. En cambio vosotros, que tenéis a 3
mano el ejemplo de vuestros vecinos los vándalos, ¿qué os
ha podido suceder, pues, para que hayáis decidido alzar
vuestros brazos contra el gran emperador y perder vuestra
propia seguridad, y esto incluso después de haber dado por 4
escrito los más solemnes juramentos y haber presentado a
vuestros hijos como garantía de los acuerdos concluidos?
¿Acaso habéis decidido hacer alguna demostración de que 5
no tenéis ninguna consideración ni por Dios ni por la lealtad
ni por los lazos del parentesco incluso ni por vuestra seguri-
dad ni por ninguna otra cosa en absoluto? Y sin embargo si 6
es así como actuáis en los asuntos que conciernen a la divi-
nidad, ¿en qué aliado vais a poner vuestra confianza para
marchar contra el emperador de los romanos? Y si vosotros 7
marcháis a la guerra para acabar con vuestros hijos, ¿qué
puede ser aquello en nombre de lo cual hayáis decidido
afrontar los riesgos? No obstante, si ha penetrado ya en vues- 8
tro corazón algún tipo de arrepentimiento por lo que ha acon-
tecido anteriormente, escribidnos, a fin de que podamos arre-
glar satisfactoriamente con vosotros los conflictos surgidos
de vuestra actuación; pero si vuestra falta de juicio todavía
no ha tocado a su fin, aceptad con resignación una guerra
contra los romanos, que se abatirá sobre vosotros junto con
los juramentos que habéis violado y el daño que estáis infli-
giendo a vuestros propios hijos.»

Este fue el contenido de la carta que escribió Salomón. 9
Por su parte, la respuesta que le enviaron los moros fue la
siguiente: «Por un lado, sobornándonos Belisario con gran-
des promesas, nos convenció para que fuésemos súbditos
del emperador Justiniano, pero, por otro, los romanos, sin
hacernos partícipes de ningún otro beneficio, esperaban te-
nernos a nosotros como amigos y aliados, a pesar de estar
abrumados por el hambre. De tal forma que os cuadra más 10

justificadamente a vosotros que a los moros el ser tachados
11 de pérfidos. Pues no rompen los tratados aquellos que, manifiestamente ofendidos, se apartan de sus vecinos acusándolos, sino cuantos esperan mantener a otros sujetos a alian-
12 zas y luego los maltratan. Y convierten a Dios en enemigo suyo no aquellos que marchan contra otros para recuperar lo que les pertenece, sino cuantos corren los peligros de la gue-
13 rra usurpando las posesiones de los demás. Y en lo concerniente a los hijos, la preocupación la tendréis vosotros, que estáis obligados a tomar una sola esposa, pues a nosotros, que podemos tener quizá hasta cincuenta esposas conviviendo con cada uno, no nos ha de faltar la procreación de hijos.»

14 Cuando Salomón hubo leído esta carta, decidió dirigir la totalidad del ejército contra los moros. Así que, tras poner en orden las cosas en Cartago, marchó con todas sus tropas
15 a Bizacio[79]. Y una vez que llegó a un lugar llamado Mames, donde estaban acampados los cuatro jefes moros de los que hemos hecho mención un poco más arriba[80], se hizo cons-
16 truir una empalizada[81]. Ese sector está ocupado por unas elevadas montañas[82] y, al pie de ellas, hay un terreno llano

---

[79] Parece ser que Salomón partió con la totalidad de sus tropas (cerca de 18.000 hombres según Ch. Diehl, *L'Afrique Byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709)*, París, 1896, pág. 67).

[80] En IV 10, 6.

[81] La plaza de Mames se ha identificado con Henchir Douimis (cf. Courtois, *op. cit.*, pág. 349 y nota 11), a unos treinta kilómetros al oeste de Kairouan. La distancia de esta ciudad respecto a Cartago sería de 140 kilómetros al suroeste. Según Procopio, *De aedificiis,* VI 6, 18, Mames se encuentra «en los límites de Mauritania».

[82] Al noroeste de Mames se alza el macizo de Maktar al cual pertenece el Djebel Chambi, la montaña más alta de Túnez con sus 1.544 metros, mientras que algunas otras de sus cumbres apenas superan los 1.000 metros de altitud.

alrededor, donde los bárbaros se preparaban para el combate
y ponían el ejército en orden de batalla de la manera que en-
seguida voy a describir. Formado un círculo con los came- 17
llos, justo como conté en el libro anterior[83] que hizo Ca-
baón, formaron un frente con una profundidad de doce
animales aproximadamente, y a las mujeres junto con los 18
niños las colocaron dentro del círculo, pues era costumbre
entre los moros introducir en el dispositivo de batalla a unas
pocas mujeres junto con sus hijos, con la función de cons-
truirles las empalizadas y las chozas, cuidar de los caballos
con manos expertas y ocuparse de los camellos y de la co-
mida; además, afilan las puntas de hierro de las armas y se 19
hacen cargo de muchas de las tareas relacionadas con la pre-
paración del dispositivo de combate; en cuanto a los hom-
bres, éstos se colocan de pie entre las patas de los camellos
sosteniendo un escudo, una espada y una lanza, que acos-
tumbran a disparar como una jabalina. Por otra parte, algu-
nos de ellos con sus caballos permanecían quietos en las
montañas. Salomón hizo caso omiso de la mitad del círculo 20
de los moros que se encontraba junto a la montaña y no co-
locó a nadie en ese lado, pues temía que bajasen los enemi- 21
gos que se encontraban en la montaña y que los que forma-
ban el círculo se diesen la vuelta y dejaran a los hombres
alineados allí expuestos a ser atacados por ambos lados en
la batalla. Sin embargo, contra el resto del círculo colocó 22
enfrente a todo su ejército y como vio a la mayoría de ellos
asustados y desmoralizados a causa de lo que les había su-
cedido a Aigán y a Rufino, les dirigió las siguientes pala-
bras, con la intención de exhortarles a que recobrasen los
ánimos: «Soldados que habéis acompañado a Belisario en la 23
guerra, que no os invada a vosotros miedo alguno a estos

[83] En III 8, 25 y 26.

hombres y no toméis como ejemplo significativo la victoria
24 de cincuenta mil moros sobre quinientos romanos. Acor-
daos, por el contrario, de vuestro valor y considerad que
mientras los vándalos derrotaron a los moros, vosotros os
habéis hecho dueños de los vándalos en la guerra sin ningún
esfuerzo y que no es razonable que aquellos que han venci-
do a los que son superiores se sientan atemorizados ante los
25 inferiores. Y, sin embargo, de entre todos los hombres, la na-
ción de los moros parece ser la peor capacitada para la con-
26 tienda bélica, pues la mayor parte de ellos carecen de arma-
dura y aunque algunos llevan escudos, éstos son de pequeño
tamaño, no están bien fabricados y no son capaces de des-
27 viar las armas que chocan contra ellos. Y tras arrojar las dos
lanzas pequeñas que llevan, si no obtienen ningún resultado,
28 espontáneamente vuelven la espalda para huir, de tal suerte
que es posible para vosotros, protegiéndoos contra la primera
acometida de los bárbaros, conseguir la victoria en la guerra
29 sin ningún esfuerzo. Y en lo que respecta a vuestro arma-
mento, sin duda podéis apreciar cuán grande es la diferencia
30 con el de los adversarios. Aparte de esto, el valor que anida
en vuestros corazones, el vigor de vuestros cuerpos, la expe-
riencia bélica que atesoráis y la confianza que tenéis por ha-
ber vencido al resto de los enemigos, todas estas ventajas las
poseéis vosotros; los moros, por el contrario, al estar faltos
de todas estas características, únicamente confían en el ele-
31 vado número de soldados que integran sus tropas. Sin em-
bargo, unos pocos soldados preparados de la mejor manera
posible vencen a una gran masa de hombres que no son ap-
tos para el arte de la guerra con más facilidad de lo que es
32 para esa misma multitud el poder derrotar a aquéllos. En
efecto, mientras que el soldado valiente tiene confianza en
sí mismo, al cobarde, por el contrario, la gran cantidad de
compañeros que están alineados junto a él, por regla gene-

ral, lo oprime en un espacio reducido que resulta peligroso.
Y, además, está justificado que despreciéis a los camellos 33
esos, que no son capaces de prestar ayuda a los adversarios y que, en caso de ser alcanzados por los dardos, con toda probabilidad serán causantes de una considerable confusión
y desorden entre sus filas. Y la vehemencia que los enemi- 34
gos han adquirido a consecuencia de su éxito anterior será
aliada vuestra en el combate, pues la audacia, cuando está 35
equiparada a la capacidad que uno tiene, puede que beneficie en alguna medida a los que la demuestran, pero, por el
contrario, cuando la sobrepasa, conduce al peligro. Y te- 36
niendo en cuenta estas consideraciones y despreciando a los enemigos, guardad silencio y mantened el orden, pues, si tenéis cuidado de cumplir estas dos prescripciones, triunfaremos con mayor comodidad y menos esfuerzo sobre el desorden de los bárbaros.» Estas fueron, pues, las palabras que pronunció Salomón.

Por su parte, los jefes de los moros, cuando vieron ellos 37
también a los bárbaros atemorizados ante el buen orden que mostraban los romanos, con el deseo de devolverles la confianza a sus tropas, pronunciaron la siguiente exhortación:
«De que los romanos tienen cuerpos humanos y de la mane- 38
ra en que éstos ceden cuando son heridos por armas de hierro, nos hemos enterado, conmilitones, por los que, de entre ellos, siendo los más destacados de todos, recientemente en parte los hemos sepultado bajo un montón de lanzas nuestras para terminar dándoles muerte, mientras que a los otros nos los hemos llevado por la fuerza y los hemos convertido
en prisioneros de guerra nuestros. Y siendo esto así, además 39
es posible ver que también ahora nos vanagloriamos de ser
muy superiores a ellos en número, aparte de que para nos- 40
otros el combate que vamos a afrontar es de vital importancia, pues o seremos dueños de la totalidad de Libia o nos

41 convertiremos en esclavos de estos fanfarrones, de tal suerte que es obligatorio que, en las circunstancias presentes, nos comportemos como valientes en el más alto grado, pues no es perjudicial que aquellos hombres que arriesgan el todo por el todo no muestren otra cosa que no sea el mayor co-
42 raje posible. Y conviene también que nosotros menospreciemos el armamento de los enemigos, pues si nos atacan a pie, no serán capaces de moverse con rapidez, sino que resultarán derrotados gracias a la agilidad de los moros y, además, a la caballería suya la asustará la visión de los camellos así como los gritos que éstos emiten y que resuenan por encima del restante estruendo producido por la batalla
43 llevándola con toda probabilidad al desorden. Finalmente, si alguien al considerar la victoria romana sobre los vándalos, cree que aquéllos son invencibles, se equivoca en su juicio,
44 pues la resolución de una guerra tiene la tendencia natural a decidirse o por los méritos del general que dirige la campaña militar o por la fortuna y lo cierto es que Belisario, que fue el responsable de aquella victoria sobre los vándalos Dios ha hecho que se mantenga apartado de nuestro camino
45 en estos momentos. Además, nosotros hemos vencido en multitud de ocasiones a los vándalos y al haberles despojado de su poder, hemos convertido la victoria sobre ellos en una
46 tarea más realizable y cómoda para los romanos. Por lo tanto, ahora tenemos la esperanza de dominar a estos enemigos nuestros, si vosotros os comportáis como valientes en la contienda.»

47 Una vez pronunciada esta arenga, los jefes de los moros dieron comienzo a la batalla. Y al principio un gran desor-
48 den se apoderó del ejército de los romanos, pues sus caballos, inquietos por la visión de los camellos y por el ruido que éstos hacían, se encabritaban y, tras derribar a sus jine-
49 tes, la mayor parte de ellos huían en completo desorden. Y,

mientras tanto, los moros, cargando y disparando las lanzas
pequeñas que en sus manos tenían, provocaban que el ejér-
cito de los romanos se llenase de confusión y herían a los
soldados sin que pudieran éstos ni defenderse ni permanecer
en orden. Pero posteriormente, Salomón, observando lo que 50
estaba sucediendo, saltó de su caballo el primero y animó a
todos los demás a obrar de la misma manera. Y una vez que 51
hubieron desmontado, ordenaba a los otros que se estuvie-
sen quietos y que mantuviesen sus escudos delante de ellos
y que, recibiendo los disparos enviados por los enemigos,
permaneciesen en su puesto; sin embargo él, conduciendo
personalmente a no menos de quinientos soldados, se abatió
sobre la otra parte del círculo. A estos hombres les dio la 52
orden de que desenvainasen sus espadas y matasen a los
camellos que allí se encontraran[84]. Entonces, cuantos moros 53
estaban alineados en esa zona, se lanzaron a la fuga y los
hombres que acompañaban a Salomón mataron a unos dos-
cientos camellos e inmediatamente el círculo, una vez que
los camellos cayeron muertos, se hizo accesible para los ro-
manos. Y éstos avanzaban a la carrera hasta el centro del 54
círculo, donde permanecían sentadas las mujeres de los mo-
ros, en tanto que los bárbaros se retiraban completamente
fuera de sí de terror en dirección a la montaña, que se en-
contraba a muy poca distancia y, mientras escapaban ellos
con un completo desorden, los romanos los perseguían y les
daban muerte. Y se dice que murieron en este encuentro 55
diez mil moros, en tanto que la totalidad de las mujeres
junto con sus hijos pasaron a la condición de esclavos. Fi- 56

---

[84] La otra parte del círculo, la que miraba hacia la montaña, no había sufrido ningún ataque de las tropas de Salomón (cf. *supra*, § 20), pues éste quería evitar a toda costa que sus hombres quedaran entre los moros que formaban el círculo y, del otro lado, los soldados de caballería que estaban al acecho en la montaña (cf. *supra*, § 19).

nalmente, los soldados se llevaron como botín a todos los camellos que no habían matado. Así fue, pues, como los romanos llegaron a Cartago con el producto de todos sus pillajes para celebrar allí la fiesta del triunfo.

12 Pero los bárbaros, dejándose llevar por un arrebato de cólera, se pusieron en marcha contra los romanos de nuevo todos en masa sin que quedase atrás ni uno solo de ellos. Comenzaron por hacer incursiones por los territorios de Bizacio, no perdonando a nadie que viniera a caer en sus ma-
2 nos, fuese cual fuese su edad. Y a Salomón, que acababa de llegar a Cartago, le anunciaron que los bárbaros habían penetrado en Bizacio con un gran ejército y que estaban saqueándolo todo allí. En consecuencia, partió a toda velocidad con la totalidad de su ejército y se dirigió contra ellos[85].
3 Y cuando llegó al Burgaón[86], donde habían establecido su campamento los enemigos, durante unos días permaneció él acampado enfrente de modo que, tan pronto como los moros se encontrasen en terreno llano, pudiera emprender la bata-
4 lla. Mas como aquellos permanecían en la montaña, disponía y organizaba a su ejército como para entrar en combate, pero los moros no tenían ninguna intención en absoluto de trabar combate de nuevo con los romanos en terreno llano,

---

[85] Este episodio no tiene una datación clara pues, como se produjo justo después del regreso de Salomón a Cartago, habría que situarlo o a fines del año 534 o a comienzos del 535. Sin embargo, lo más recomendable, sin duda, es seguir el criterio de DIEHL, que lo sitúa en los primeros meses del 535 d. C. (*op. cit.*, pág. 69) teniendo en cuenta IV 13, 1 y 8.

[86] Hasta el día de hoy el monte Burgaón permanece sin identificar. Courtois lo sitúa a escasa distancia de un emplazamiento antiguo llamado Autenti, mencionado por Coripo y que está situado entre Sfax y Sbeitla a 45 kilómetros de esta última. Otras posibles localizaciones son, o bien en las montañas de Sidi Bel Aoun, entre Gafsa y Kairouan, o bien en el macizo montañoso de Tadjoura, al norte de Tebessa.

pues les había invadido a ellos ya cierto miedo irresistible,
sino que esperaban vencerles con mayor facilidad en la
montaña. Efectivamente, el monte Burgaón es escarpado en 5
su mayor parte y en la ladera que está orientada hacia el
Este, terriblemente difícil de subir, mientras que, en su parte
occidental, es de fácil acceso y está inclinado en suave pen-
diente. Además dos elevados riscos se levantan formando 6
una especie de valle en medio de ellos, extremadamente an-
gosto, pero que se prolonga hasta perderse en una profundi-
dad indecible. Los bárbaros no habían colocado hombres en 7
la cima de la montaña, pensando que desde allí no les ven-
dría ningún ataque enemigo y de la misma forma dejaron
desguarnecido también el espacio que había alrededor del
pie de la montaña donde el Burgaón era accesible. Por el
contrario fue a la mitad de la ascensión donde establecieron 8
su campamento de modo que, en el supuesto caso de que los
enemigos subieran y comenzaran el combate contra ellos, al
estar por encima, les pudiesen ellos ya disparar a la coronilla
de sus cabezas. Tenían ellos, además, en la montaña numero- 9
sos caballos preparados, ya para salir huyendo, ya para lle-
var a cabo la persecución en caso de que resultasen vence-
dores en la contienda.

Y Salomón, cuando vio que los moros ya no estaban 10
dispuestos a luchar abiertamente en el llano y que, al mismo
tiempo, el ejército romano contemplaba con desagrado la
posibilidad de efectuar un asedio en un lugar desierto, se
sintió deseoso de entablar combate con los enemigos en el
Burgaón. Pero al ver a sus soldados aterrorizados por el ele- 11
vado número de soldados adversarios, que era muchas veces
superior al que había sido en la batalla precedente, tras con-
vocar a su ejército, les dirigió las siguientes palabras: «El 12
temor que experimentan los enemigos hacia vosotros no re-
quiere otro acusador, sino que voluntariamente se declara cul-

13 pable presentando el testimonio de sus propios testigos. Pues
vosotros sin duda veis a nuestros adversarios reunidos en
tantas y tantas decenas de millares, pero no atreviéndose a
bajar hasta la llanura y encontrarse con nosotros, incapaces
siquiera de sentir confianza en ellos mismos, sino que se re-
14 fugian en lo dificultoso de este terreno. Por lo tanto, ni si-
quiera es necesario dirigiros a vosotros exhortación alguna,
al menos en el momento presente, pues aquellos a los que
las circunstancias y la debilidad de los enemigos les dan
ánimos, no necesitan además, creo yo, el auxilio adicional
15 proveniente de las palabras. Mas sólo será necesario recor-
daros una cosa más: que si llevamos a término este combate
con buen ánimo, nos quedará a nosotros, tras haber vencido
a los vándalos y haber llevado a los moros a sufrir idéntica
suerte, disfrutar de todos los bienes que Libia ofrece, no te-
16 niendo que pensar ya en ningún enemigo. Finalmente, yo
voy a tomar precauciones para que los enemigos no puedan
dispararnos a la cabeza desde una posición dominante y pa-
ra que no nos ocurra ningún percance debido a la naturaleza
del lugar.

17 Tras haber pronunciado Salomón esta arenga, ordenó a
Teodoro, que era jefe de los *excubitores*[87], pues éste es el
nombre que dan los romanos a sus guardias, que tomase
consigo a mil soldados de infantería, hacia el final de la tar-
de, y que, con uno de los estandartes, ascendiese a escondi-

[87] En los últimos tiempos del Imperio (concretamente a partir de León I, que reinó del 457 al 474), los *excubitores*, en número de trescientos, formaban la guardia selecta de palacio. Su jefe, el *comes excubitorum*, disfrutaba de una alta consideración en la corte; cf. VIII 21, 1, donde se nos dice que Belisario ostentaba este cargo y en *Historia Secreta* 6, 10, donde se menciona a Justino, el que más tarde se convertiría en emperador. Los *excubitores*, «guardias», «centinelas», eran reclutados solamente entre los súbditos del emperador, por lo tanto, se excluía a los bárbaros. Cf. Ferrill, *La caída del Imperio Romano, s. V.*

das la ladera este del Burgaón, por donde la montaña es más difícil de subir y casi se podría decir que es intransitable, encargándole que, cuando se encontrasen cerca de la cumbre de la montaña, permaneciesen allí sin moverse y pasaran el resto de la noche, para que, a la salida del sol, se dejaran ver por encima de los enemigos y, desplegando los estandartes, comenzaran a disparar sobre ellos. Aquél actuó con- 18
forme a estas instrucciones. Y cuando estuvo bien entrada la noche, alcanzaron, atravesando la zona escarpada, un punto cercano al pico elevado, pasando inadvertidos no sólo a los moros, sino también a todos los romanos; pues se les había 19
dicho a éstos que eran enviados a un puesto de guardia avanzado, a fin de que no llegara nadie al campamento desde el exterior con intenciones de causar daño. Y al despuntar el alba, Salomón con la totalidad del ejército ascendió hacia la cumbre del Burgaón para atacar a los enemigos. Y 20
cuando llegó la mañana y se vio de cerca a los enemigos, los soldados, al observar que la cima de la montaña ya no estaba desocupada como antes, sino repleta de hombres que estaban desplegando estandartes romanos, pues ya empezaba a haber algo de luz del día, se encontraban perplejos sin saber qué hacer. Mas cuando los que estaban en la cima die- 21
ron comienzo a las hostilidades, los romanos se apercibieron de que ese ejército era el suyo propio y, por su parte, los bárbaros cayeron en la cuenta de que se encontraban en medio de los enemigos, y al disparárseles desde ambos lados y no ser capaces de rechazar a los enemigos, ya no pensaban en resistir más, sino que todos en masa se daban inmediatamente a la fuga. Y como ni podían subir a la carrera hasta la 22
cumbre del Burgaón, que estaba ocupada por los enemigos, ni marchar a la llanura por parte alguna a través de la pendiente, pues desde allí presionaban sobre ellos los adversarios, se dirigieron entonces hacia el valle y hacia el otro pico

a todo correr, los unos montados en sus caballos, los otros a
23 pie. Pero comoquiera que formaban una masa humana considerable y huían dominados por un gran miedo y confusión, se mataban los unos a los otros y los primeros, al caer en el valle, que era extremadamente profundo, iban encontrando la muerte sucesivamente, sin que pudiesen hacer nada para que los que les seguían se apercibiesen de su triste
24 suerte. Y cuando el valle, se encontró ya repleto de hombres y de caballos muertos hasta el punto de permitir el paso desde el Burgaón hasta la otra montaña, entonces se pudieron salvar los que quedaban, abriéndose paso a través de los ca-
25 dáveres. Murieron en esta acción, de los moros, cincuenta mil, según declaraban los supervivientes, pero de entre los romanos no pereció ni uno solo, no recibiendo nadie herida alguna siquiera, ya sea a manos de los enemigos, ya sea porque le hubiese ocurrido algún accidente casual, sino que, por el contrario, todos disfrutaron de la victoria sin haber
26 sufrido daño. Todos los jefes de los bárbaros escaparon también, excepto Esdilasas que, tras recibir garantías, se entregó
27 a los romanos. Sin embargo, tan considerable botín de mujeres y niños, en lo referente a su elevado número, se cobraron los romanos que podían vender a un niño moro a los que
28 quisieran comprarlo por el precio de una oveja. Y entonces a los supervivientes de los moros les venía a la mente el recuerdo del oráculo que pronunciaron sus propias mujeres, el cual vaticinaba que su nación sería destruida por un imberbe[88].

29 Así pues, el ejército de los romanos, con el botín y con Esdilasas, marchaba en dirección a Cartago y a cuantos bárbaros no habían perecido les pareció que era imposible esta-

[88] Cf. IV 8, 14. Recuérdese que Procopio explicó en III 11, 6 que Salomón era eunuco.

blecerse en Bizacio, pues querían evitar que, debido a su re-
ducido número, fuesen tratados violentamente por sus veci-
nos los libios[89], y entonces, con sus jefes a la cabeza, llega-
ron a Numidia, donde fueron a suplicarle a Yaudas[90], que
era el que mandaba sobre los moros en el Aurasio. Los úni- 30
cos moros que se quedaron en Bizacio fueron aquellos sobre
los que mandaba Antalas, el cual durante ese tiempo había
guardado fidelidad a los romanos y, junto con sus súbditos,
permaneció en esta región sin sufrir daño.

Sin embargo, durante el tiempo en que sucedieron estos 13
acontecimientos en Bizacio, Yaudas, que gobernaba a los
moros en el Aurasio, llevándose a más de treinta mil hom-
bres aptos para el combate, saqueaba los territorios de Nu-
midia y reducía a la condición de esclavos a muchos de los
libios. Se dio la circunstancia de que Altias se encontraba en 2
Centurias, el cual tenía a su cargo la vigilancia de los fuertes
de aquella comarca[91], y éste, ardiendo en deseos de arreba-

---

[89] Alusión a los moros de la confederación tribal de los *Frexes* y de los *Naffur*, que estaba ya constituida en torno al 510 a instancias de Guenfan y que fue liderada por su hijo Antalas a partir del año 517 d. C.

[90] Yaudas era el jefe de las tribus moras del monte Aurasio (hoy Aurés) en el año 535 d. C. Durante el último cuarto del s. v dichas tribus se levantaron contra los vándalos y se independizaron (cf. III 8, 5), pero no sabemos nada más de ellos hasta la llegada de las tropas bizantinas, salvo que, en una fecha sin concretar perteneciente a este período, destruyeron las ciudades de Tamugadis (actual Timgad) y de Bagais (hoy Ksar Baghaï).

[91] Se mencionó ya anteriormente (en III 11, 6) a Altias en calidad de *comes foederatorum* o comandante de las tropas auxiliares. Como se nos dice en el texto, estaba al frente de la guardia en la plaza de Centurias, fortaleza que se encontraba a poca distancia de Tigisis (cf. *infra*, § 5) y que podría localizarse a 60 Kms. de Constantina (al sureste de esta ciudad) casi a medio camino de la ruta antigua Cirta (Constantina)-Madaura (ciudad situada entre Numidia y Getulia, conocida por ser la patria del escritor Apuleyo) y en la parte oriental de Bahiret Et Touila («Llanura Larga»).

tarles a los enemigos algunos de los prisioneros, salió fuera
de la fortaleza en compañía de los hunos que estaban a sus
3 órdenes, unos setenta aproximadamente. Y considerando que
no estaba en condiciones de trabar combate contra tan ele-
vado número de moros disponiendo sólo de setenta hom-
bres, deseaba ocupar algún desfiladero, a fin de que, mientras
los enemigos pasaban a través de él en su camino, pudiera
4 llevarse al asalto a algunos de los prisioneros. Y como no
hay por esa zona ningún paso estrecho de esas característi-
cas, pues aquellos territorios, en todas direcciones, están cons-
tituidos por extensas llanuras sin ningún accidente, tramaba
entonces el siguiente plan.

5 En las cercanías hay una ciudad llamada Tigisis[92], que
estaba por aquel entonces sin amurallar, pero que disponía
6 de un gran manantial en un lugar muy estrecho. Altias deci-
dió tomar posesión de este manantial, considerando que los
enemigos, obligados por la sed, con toda probabilidad se
llegarían hasta allí, pues no había más agua por ningún otro
7 sitio en absoluto. Sin embargo, a todos, al tener en cuenta la
diferencia de número existente entre las fuerzas de uno y
8 otro bando, el plan les pareció propio de un loco. Pero los
moros sintiendo una considerable fatiga y mucho calor, de-
bido a encontrarse en la estación veraniega[93] y, a consecuen-
cia de ello, como es natural, vencidos por una intensísima
sed, se precipitaron hacia la fuente con todo su ímpetu, no
9 pensando en encontrarse con obstáculo alguno. Mas cuando
descubrieron que el agua estaba vigilada por los enemigos,
todos se detuvieron sin saber qué debían hacer, habiendo
gastado ya la mayor parte de sus energías por culpa de su
10 ansia por beber; razón por la cual Yaudas llegó para parla-

[92] Sobre la ciudad de Tigisis, véase nota 73 (del libro IV).
[93] Verano del año 535 d. C.

mentar con Altias y le prometió entregarle la tercera parte de su botín a condición de que los moros pudiesen beber todos. Sin embargo, Altias no estaba dispuesto en modo algu- 11
no a dar su consentimiento a tal propuesta, sino que, por el contrario, le hizo la proposición de que luchara contra él en combate singular por el botín. Y tras aceptar Yaudas el de- 12
safío, se acordó que, si Altias resultaba derrotado, los moros podrían beber. Entonces, todo el ejército entero de los mo- 13
ros se alegró de este acuerdo, al sentirse esperanzados de que Altias fuese vencido, puesto que éste último era delgado y de escasa corpulencia, mientras que Yaudas era el más lozano y mejor dotado para el combate de entre todos los moros. Por tanto, ambos montaron entonces a caballo y Yaudas 14
disparó el primero su lanza, la cual Altias, mientras iba en dirección a él, fue capaz de agarrarla con su mano derecha de forma inesperada, llenando de estupor a Yaudas y al resto de los enemigos. Y tras tender su arco de inmediato 15
con su mano izquierda, pues era ambidextro, disparó al caballo de Yaudas y lo mató. Al caer éste al suelo, los moros 16
le trajeron a su jefe un segundo caballo, sobre el cual saltó Yaudas y, al instante, se dio a la fuga, seguido por el ejército de los moros en completo desorden. Entonces Altias, 17
tras arrebatarles los prisioneros de guerra y la totalidad del botín, adquirió una gran reputación por toda Libia a raíz de esta hazaña. Así fue, por tanto, como se desarrollaron estos acontecimientos.

Por su parte, Salomón, tras pasar una breve temporada 18
en Cartago, dirigió a su ejército hacia el monte Aurasio y Yaudas, alegando contra él que, mientras el ejército de los romanos estaba ocupado en Bizacio, él saqueó muchos de los territorios de Numidia. Y así era, en efecto. Además, los 19
otros jefes de los moros, Masonas y Ortayas, a causa de su enemistad personal con Yaudas, instaban a Salomón a lan-

zarse contra él: Masonas, por un lado, porque Yaudas había matado a traición a su padre Mefania, a pesar de que era su suegro[94], mientras que el segundo lo detestaba porque junto con Mástinas, que estaba al frente de los bárbaros de Mauritania, se había propuesto expulsarlo a él y a los moros a los que mandaba fuera de la tierra en la que habían estado
20 viviendo desde antiguo[95]. Por lo tanto, el ejército de los romanos, bajo el mando de Salomón y cuantos de los moros entraron en alianza con ellos, establecieron su campamento a orillas del río Abigas, que fluye junto al monte Aurasio,
21 regando las tierras de aquella zona[96]. Sin embargo, a Yau-

[94] Masonas reinaba en un sector próximo al macizo del Aurasio, aunque resulta en extremo complicado situar con precisión su ámbito de dominio. Recordemos que este sistema montañoso cierra por el sur la región de la meseta de Constantina y que a su espalda comienza el desierto. Teniendo esto en cuenta y que la zona occidental estaba ocupada por el reino del Hodna con Ortayas a la cabeza y que el norte durante este período estaba controlado, al parecer, por los habitantes del Aurasio, Ch. Courtois (*op. cit.*, pág. 343, nota 2) localiza, a modo de hipótesis, el reino de Masonas dominando la totalidad o una parte de la región de las estribaciones de los Nemenchas. Procopio menciona también a Mefania, padre de Masonas y suegro de Yaudas, el cual, sin embargo, no aparece nombrado por ninguna otra fuente.

[95] Según Ch. Courtois (*op. cit.*, págs. 336-7) Mástinas es el mismo personaje que el Mástigas que, conforme a lo que el mismo Procopio escribe en IV 20, 31 y 32, tenía bajo su control a la Mauritania Cesariana salvo la ciudad de Cesarea (actual Cherchell). Así pues, este reino de Mástinas o Mástigas habría dominado la Mauritania Cesariana, que el Imperio Romano occidental había abandonado en la segunda mitad del s. v, y se habría extendido hacia la parte oriental sobre unos 250 kilómetros lindando casi con la frontera occidental del reino del Hodna, al frente del cual estaba Ortayas, dominio que habría estado en trance de desaparición por efecto de la alianza entre el «reino del Ouarsenis» (cf. Courtois, *op. cit.*, pág. 336) de Mástinas / Mástigas y el de Yaudas, en el macizo del Aurasio.

[96] El río Abigas, sobre el cual se extiende Procopio en IV 19, 7 y, sobre todo, en 11-13 describiendo cómo los habitantes de la comarca por donde fluye desvían el curso de su corriente para aprovechar sus aguas

das le parecía desaconsejable colocarse frente a los enemigos en la llanura y hacía sus preparativos en el monte Aurasio de la manera que pensaba que ofrecería más dificultades a los que le atacaran. Dicha montaña está de Cartago 22
a una distancia de trece días de viaje y es la de mayor tamaño de todas cuantas conocemos nosotros[97]. Efectiva- 23
mente, su circunvalación, para un viajero desenvuelto, se completa en tres días de trayecto[98] y, para todo el que quiera ascender a ella, la montaña es de difícil acceso y terriblemente agreste, mas cuando se sube y se llega a un terreno plano, pueden divisarse llanuras y numerosas fuentes que forman ríos y un gran número de jardines dignos todos ellos de gran admiración. Y el grano que allí se produce, 24
así como todas y cada una de las frutas tienen el doble de tamaño que las producidas en todo el resto de Libia. Ade- 25
más, existen fortalezas allí en algunos puntos de la montaña que se encuentran en estado de abandono, por no pare-

para el riego de los campos, corresponde hoy día al Oued bou Rougal, que también recibe el nombre de Oued bou Duda. Como el mismo Procopio indica expresamente, el río nace en el monte Aurasio y riega la fértil llanura de Bagais (actual Ksar Baghaï).

[97] Los trece días de trayecto que nos indica Procopio equivalen a unos 500 Kms. aproximadamente. Sin embargo, no es tanta la distancia real, pues entre Cartago y la región de Khenchela, al pie del macizo del Aurés, hay unos 320 kilómetros en línea recta y en torno a los 380 siguiendo, por tierra, la ruta más directa que permite el relieve montañoso (por Souk Ahras).

[98] La circunvalación del macizo del Aurés requiere, al menos, el doble de los días que Procopio nos indica (tres concretamente, lo que supondría un perímetro de unos 120 Kms. para el Aurasio). Por lo tanto, el cálculo de Procopio es muy inferior al real, a menos que nuestro autor sólo considere la parte oriental del macizo —al suroeste de Khenchela—, que también recibe el nombre de Aurés (Djebel Aurés), y cuyo perímetro sí podría corresponderse con las dimensiones sugeridas por Procopio (cf., sobre el macizo del Aurés, nota 152 del libro III).

26 cerles necesarias a los habitantes de la zona, pues, desde que los moros les arrebataron a los vándalos el monte Aurasio, ni un solo enemigo ha llegado todavía hasta allí ni ha provocado en los bárbaros el temor de que fueran a hacerlo, sino que incluso a Tamugadis, populosa ciudad situada junto a la montaña, al comienzo de la llanura y orientada al Este, los moros la dejaron deshabitada y la destruyeron hasta los cimientos, a fin de que no sólo no les fuera posible a los enemigos establecer su campamento allí, sino que ni siquiera pudiesen poner como pretexto la existencia de la ciu-
27 dad para acercarse a la montaña[99]. Y los moros de la zona ocupaban también el territorio que quedaba al oeste del Au-
28 rasio, tierra extensa y fértil. Y más allá de estas tierras vivían otras poblaciones moras, cuyo jefe era Ortayas, el cual había llegado, como se ha dicho, en calidad de aliado de
29 Salomón y de los romanos[100]. Y yo he oído decir a este hombre que al otro lado del territorio que él gobernaba no habita hombre alguno, sino que la tierra desierta se extiende hasta una amplísima distancia, allende la cual habitan hombres no de piel negra, como los moros, sino de cuerpos muy blancos

[99] Tamugadis *(Thamugadi)* corresponde a la moderna Timgad, situada en el departamento de Constantina, en Argelia. Es una antigua ciudad romana, la *Colonia Marciana Trajana Thamugas*, próxima a Lambesa, de la cual conservamos unas ruinas que ofrecen gran interés. Su emplazamiento estaba a 1.072 metros de altitud en las cercanías (20 kms.) y al pie de las dos cumbres más elevadas del macizo del Aurés (cf. nota anterior). Efectivamente, la ciudad queda al este de una llanura. Lo mismo que Bagais (cf. IV 19, 7), hubo de sufrir las correrías de los moros del Aurasio, pero, al contrario de lo que afirma Procopio, no terminó siendo arrasada.

[100] Como hemos explicado anteriormente (cf. nota 95), Ortayas mandaba sobre las tribus bereberes del Hodna.

y cabello rubio[101]. Así pues, baste lo explicado sobre estas cuestiones.

Y Salomón, habiendo sobornado a los aliados de los 30
moros con grandes cantidades de dinero y tras animarles en-
carecidamente, inició la ascensión al monte Aurasio con todo
su ejército ordenado como para entrar en batalla, pensando
que aquel mismo día entablaría combate con los enemigos y
que la situación se resolvería de acuerdo con los deseos de
la Fortuna. En consecuencia, los soldados no llevaban con- 31
sigo ni siquiera comida, excepto una pequeña cantidad para
ellos mismos y sus caballos. Y tras avanzar por un terreno 32
muy dificultoso unos cincuenta estadios aproximadamen-
te[102], vivaquearon. Y cubriendo la misma distancia todos los 33
días, al séptimo llegaron a un lugar donde había una antigua
fortaleza y un río de corriente perpetua. Los latinos en su
lengua dan a este lugar el nombre de «Monte del Escu-
do»[103]. A ellos se les había anunciado que los enemigos es- 34

---

[101] Ch. Courtois *(op. cit.,* págs. 336 y 337) parece entender que cuando Procopio dice «más allá del territorio que él gobernaba» se está refiriendo al sur y, en concreto, al Sahara argelino, pero, si fuese así, no sabemos entonces de qué poblaciones de piel blanca y cabellos rubios se trata, pues, en ese caso, vivirían al otro lado del desierto, esto es, en África negra. Más verosímil parece la interpretación de este «más allá» del reino de Ortayas como que corresponda al oeste del Hodna (visto desde Cartago): en efecto, al oeste del Hodna comienza la zona de los *chotts,* que queda entre el Atlas Telliano y el Sahariano y que se extiende sobre un territorio de aproximadamente 800 kilómetros en dirección noreste-suroeste hasta terminar en la Alto Atlas marroquí. En tal caso, esas poblaciones de cabellos rubios corresponderían a otros tipos bereberes.

[102] Es decir: unos 9 kilómetros.

[103] *Clypea.* No es el mismo lugar que se menciona en IV 10, 24, pues esta fortaleza llamada «Monte del Escudo» que nombra aquí Procopio es desconocida. La distancia que Salomón ha recorrido es de unos 54 kilómetros o, lo que es lo mismo, 6 días de trayecto a 9 Kms. cada uno. El río de aguas perennes ha sido identificado por C. Courtois *(op. cit.,* pág.

taban acampados allí y en cuanto se encontraron en ese lu-
gar y no les salió al encuentro enemigo alguno, tras estable-
cer el campamento y prepararse para entrar en batalla, per-
manecieron allí y consumieron en ese mismo lugar un lapso
35 de tiempo de tres días. Y como los enemigos permanecían
completamente fuera de su camino y les faltaban las provi-
siones, les invadió a Salomón y a todo el ejército el temor
de que acaso se les pudiese tender a ellos alguna emboscada
36 por parte de sus aliados moros; y es que éstos, estando fa-
miliarizados con las condiciones del trayecto en el Aurasio
y estando con toda probabilidad al corriente de cuanto te-
nían decidido los enemigos, pues se apresuraban a encon-
trarse con ellos cada día clandestinamente e incluso eran
enviados con frecuencia por los romanos al territorio de los
moros para espiar, decidieron no revelar ninguna informa-
ción verdadera a fin de que, ciertamente, los romanos, no
teniendo ningún conocimiento previo, efectuasen la ascen-
sión al monte Aurasio sin llevar alimentos para un mayor
lapso de tiempo y sin estar preparados en lo referente a todo
37 lo demás de la manera más recomendable. Y teniendo en
cuenta todas estas circunstancias, los romanos abrigaban la
sospecha de que, por parte de los aliados, se les había tendi-
do una emboscada y comenzaban a sentir temor al pensar
que se considera a los moros como los más desleales por
naturaleza, en todo momento y ocasión, pero, especialmen-

341, nota 8) con el Oued el Abiod, río que desciende de la vertiente meridional del Aurasio después de haberse formado en el Djebel Chelia, la montaña más elevada del macizo del Aurés. Frente a éste se sitúa Diehl (*op. cit.*, pág. 71), el cual considera que se trata del Oued el Arab, río que brota del djebel Hamamra (perteneciente también al Aurés) y bordea el macizo por su lado oriental. Sea como fuere, al ser los datos de que disponemos muy imprecisos y los documentos escasos, no estamos en condiciones de precisar con exactitud a qué parajes se está refiriendo Procopio.

te, cuando van a la guerra actuando como aliados o de los romanos o de cualquiera contra otros pueblos moros. Tenien- 38
do en consideración, pues, todo lo cual y al mismo tiempo abrumados por el hambre, se retiraron de allí a toda velocidad sin llevar a cabo acción alguna y, una vez alcanzaron la zona llana, construyeron una empalizada.

Posteriormente Salomón dejó a una parte del ejército en 39
Numidia para la vigilancia del territorio y con los restantes marchó en dirección a Cartago, pues era ya invierno[104]. Allí 40
puso en orden y arregló todos los asuntos para que, nada más comenzar la primavera, estuviese en condiciones de ponerse de nuevo en marcha en dirección al Aurasio con más equipamiento y, si ello era posible, sin tener que recurrir a aliados moros. Y, de manera simultánea, él preparaba tam- 41
bién, bajo la dirección de los generales correspondientes, otro ejército y una flota de naves para marchar en expedición militar contra los moros que estaban establecidos en la isla de Cerdeña. En efecto, esta última es una isla de gran- 42
des dimensiones y, por añadidura, próspera, con una extensión de aproximadamente dos terceras partes de la correspondiente a Sicilia, pues el perímetro de la isla, si el viajero no tiene ningún impedimento, requiere veinte días de trayecto para recorrerlo, y, situada a medio camino entre Roma y Cartago, fue oprimida por los moros que allí vivían. En 43
efecto, los vándalos antiguamente, habiéndose dejado llevar por un arrebato de cólera contra estos bárbaros, enviaron entonces a unos pocos en compañía de sus mujeres a Cerdeña y los confinaron allí. Y, con el transcurso del tiempo, 44
éstos se apoderaron de las montañas que se alzan en las cercanías de Caranalis, primeramente llevando a cabo expediciones de saqueo furtivas contra los que habitaban en los al-

[104] El invierno del 535-536 d. C.

rededores, pero ya cuando su número no fue inferior a tres mil, realizaban también sus correrías abiertamente y, no deseando en modo alguno pasar desapercibidos, asolaban todos los territorios de la zona, por lo que, de parte de las gentes del país, recibieron el apelativo de «barbaricinos»[105]. Fueron,
45 por lo tanto, estos moros contra los que preparaba su flota Salomón durante el invierno aquel. Así fue, pues, la forma en que se desarrollaron los acontecimientos en Libia.

14 En esa misma época se dio la circunstancia de que sucedieron en Italia los acontecimientos que seguidamente voy a referir[106]. Belisario fue enviado contra Teodato y la nación de los godos por el emperador Justiniano[107] y, tras navegar rumbo a Sicilia, se aseguró la isla sin dificultad alguna. Aho-
2 ra me dispongo a relatar la forma en que lo consiguió en las páginas siguientes, cuando la historia me lleve a la narra-
3 ción de los sucesos de Italia, pues, por ahora, no me parece

---

[105] La región del interior de Cerdeña llamada Barbargia o Barbagia todavía en nuestros días conserva este nombre, que parece recordar el origen berebere de esta población. Sin embargo, la explicación que nos da Procopio sobre el origen de los colonos de esta zona no ha sido generalmente aceptada.

[106] La guerra contra los ostrogodos comenzó en el mes de junio del 535 d. C. Cuando Belisario celebró en Siracusa el final de su consulado el 31 de diciembre de ese año, ya estaba bajo el control de Constantinopla la totalidad de la isla de Sicilia.

[107] Teodato (lat. *Theodahadus; Theudatos* según la variante que aporta Procopio), rey de los ostrogodos en Italia, era sobrino de Teodorico, de la familia real de los Amalas, hijo de Amalafrida y hermano de Amalaberga. Después de la muerte de Atalarico, hijo de Amalasunta, el 2 de octubre del 534, ésta lo hizo proclamar rey en el 534 y, para evitar la molesta presencia de su protectora, la mandó asesinar, al año de haber sido elevado al trono. Justiniano aprovechó tal circunstancia para invadir Italia y conquistar Nápoles. Teodato huyó entonces de Rávena, pero sus propios soldados le dieron muerte antes de llegar al lugar de su refugio. Murió en el 536 d. C. (Véase también nota 226 del libro III).

que esté fuera de lugar referir primero la totalidad de los acontecimientos ocurridos en Libia, para pasar posteriormente a la parte de la narración relativa a Italia y a los godos.

Así pues, durante el invierno aquel, Belisario permane- 4
ció en Siracusa y Salomón en Cartago[108]. Sucedió que a lo 5
largo de ese año tuvo lugar un portento terrorífico, pues el sol emitió su luz desprovista de rayos, como la luna, durante todo aquel año entero, asemejándose muchísimo a un eclipse, pues despedía unos destellos apagados que no eran como los que emitía habitualmente. Desde que esto vino a suce- 6
der, los hombres no se vieron libres ni de las guerras, ni del hambre ni de ninguna otra calamidad de las que terminan por conducirlos a la muerte. Era el momento en que Justiniano se encontraba en el décimo año de su reinado[109].

Y al comienzo de la primavera, cuando los cristianos se 7
encontraban celebrando la festividad que ellos denominan «de Pascua»[110], se produjo un motín entre los soldados de Libia. Y al respecto de dicho motín, voy a pasar a contar de qué forma se produjo y en qué terminó.

Una vez que los vándalos fueron derrotados en la bata- 8
lla, como ha sido narrado por mí anteriormente[111], los soldados romanos tomaron por esposas legales a las hijas y a las mujeres de aquéllos. Y cada una de ellas instaba a su 9
marido a que reclamase la posesión de las tierras de las que era dueña de pleno derecho, afirmando que no era justo que, si habían disfrutado de ellas mientras estuvieron conviviendo con los vándalos, tras contraer matrimonio con los que les habían vencido, fuesen privadas después de lo que le-

[108] El invierno del 535-536 d. C.

[109] 536-537 d. C.

[110] En el año 536 d. C. la Pascua de Resurrección cayó el 23 de marzo.

[111] En III 18, 7 ss.

10 galmente les pertenecía. Y los soldados, teniendo en cuenta
estos razonamientos, pensaban que no tenían obligación de
ceder las tierras de los vándalos a Salomón, que tenía la in-
tención de registrarlas como pertenecientes al tesoro públi-
co y a la casa del emperador[112], afirmando que no era in-
conveniente que los esclavos y todas las demás posesiones
de valor sirvieran de botín a los soldados, pero que, en cam-
bio, la tierra propiamente dicha pertenecía al emperador y al
Imperio de los romanos, que los había criado a ellos y había
conseguido que se les pudiera dar el nombre de soldados y
que, de hecho, lo fueran, no con vistas a ganar para su pro-
pio beneficio aquellas tierras que pudiesen arrebatarles a
unos bárbaros que estaban traspasando los límites del Impe-
rio Romano, sino con el fin de que éstas fuesen a engrosar
el tesoro público, de donde precisamente recibían su ma-
11 nutención tanto ellos como todos los demás soldados. Ésta,
por un lado, fue una de las causas que provocaron el motín,
pero, por otro, hubo una segunda que coincidió en el tiempo
con la anterior, y que no contribuyó en inferior medida, sino
todavía más incluso a convulsionar toda la situación en Li-
12 bia y que fue la siguiente: En el campamento de los roma-
nos se daba la circunstancia de que había un número no in-
ferior a mil soldados que profesaban la fe de Arrio, de los
cuales la mayoría eran bárbaros y algunos de ellos pertene-
13 cían a la nación de los hérulos[113]. A éstos, entonces, los sa-
cerdotes de los vándalos los incitaban a la rebelión con el

---

[112] Una ley que fue promulgada por el emperador Justiniano en enero del 535 d. C. permitía a los herederos de aquellos que habían sido despojados de sus propiedades durante la dominación vándala reclamar los bienes en cuestión a lo largo de los cinco años siguientes. También Salomón había confiscado la totalidad de las tierras vándalas en espera de que los herederos reivindicasen sus derechos.

[113] Cf. IV 4, 30 y nota 23 del libro IV.

mayor celo posible, pues no les estaba permitido a ellos rendir culto a Dios de la manera a la que ellos estaban acostumbrados, sino que eran excluidos de todos los sacramentos y de todas las ceremonias religiosas. Y es que el 14
emperador Justiniano no permitía que ningún cristiano que no hubiese abrazado la fe ortodoxa recibiese el bautismo o cualquier otro sacramento[114]. Pero fue sobre todo la festivi- 15
dad de la Pascua la que los convulsionó, pues durante esta festividad no pudieron bautizar a sus propios hijos con el agua sagrada[115] ni llevar a cabo ningún otro ritual perteneciente a dicha festividad. Y como si esto todavía no le bas- 16
tase a la Providencia divina, que estaba ansiosa por arruinar el poder de los romanos, tuvo lugar además una nueva contingencia que sirvió de ayuda a los que estaban planeando el motín. En efecto, a los vándalos que llevó Belisario a Bi- 17
zancio, el emperador los distribuyó en cinco escuadrones de caballería de forma que estuviesen permanentemente establecidos en las ciudades orientales; a éstos los llamó «los vándalos de Justiniano» y les ordenó que se trasladasen en barcos a Oriente[116]. Entonces, la mayor parte de estos sol- 18
dados vándalos llegaron a la zona oriental y, completando los escuadrones a los que habían sido asignados, han estado combatiendo en campaña militar contra los persas hasta el

[114] A petición de Salomón, el 1 de agosto del 535 Justiniano había promulgado una ley en virtud de la cual, en el territorio perteneciente a la prefectura de África, se prohibía a los paganos, donatistas, arrianos y judíos practicar su religión.

[115] El bautismo se administraba sólo durante los cincuenta días entre la Pascua de Resurrección y Pentecostés. Justiniano había prohibido la administración de sacramentos (incluido, por supuesto, el del bautismo) a los arrianos (cf. nota precedente).

[116] No el Imperio Romano de Oriente, por oposición al de Occidente, sino la diócesis de Oriente (sur de Turquía y Oriente Próximo), dentro de la parte oriental del Imperio.

momento presente, pero los restantes, en número aproximado de cuatrocientos, después de arribar a Lesbos, en el momento en que las velas estuvieron ya hinchadas por el viento, obligaron a los marineros a seguir navegando hasta al-
19 canzar el Peloponeso. Y tras hacerse a la mar desde allí, desembarcaron en Libia en un lugar desierto, donde abandonaron los barcos y, después de proveerse de víveres y equipo, marcharon al interior en dirección al Aurasio y Mauritania.
20 Animados por la llegada de éstos, los soldados que estaban planeando la revuelta se sintieron todavía más unidos entre
21 ellos en su conspiración y, dentro del campamento, se multiplicaban las conversaciones sobre este asunto y se estaban prestando ya juramentos al respecto. Y cuando estaban ya a punto de celebrar la festividad de la Pascua, los arrianos, disgustados por su exclusión de las ceremonias religiosas, se mostraban extremadamente amenazantes.

22 Entonces los cabecillas decidieron dar muerte a Salomón en el santuario el primer día de la festividad, que recibe
23 el nombre de «el gran día»[117]. Y ciertamente no fueron descubiertos, al no denunciar nadie la conspiración, pues, comoquiera que fuesen muchos los que habían maquinado este terrible plan, ni una sola palabra de éste vino a dar en ninguna persona que estuviera en desacuerdo con él al ir siendo divulgado y de esa forma tuvieron éxito en pasar desapercibidos, pues incluso la mayor parte de los oficiales y soldados de la guardia personal de Salomón se habían unido al
24 motín llevados por su deseo de poseer tierras. Y cuando llegó el día señalado, Salomón, por una parte, se encontraba sentado en el santuario, ignorante por completo de las des-

[117] La festividad de la Pascua constituye un *triduum:* comienza el Viernes Santo y termina el Domingo de Resurrección, punto culminante de la fiesta. Por tanto, el primer día del triduo era el viernes 21 de marzo de ese año (536 d. C.).

gracias que le aguardaban y, por la otra, aquellos que habían 25
decidido asesinar a este hombre entraron y, haciéndose se-
ñales los unos a los otros con movimientos de cabeza, echa-
ron mano a sus espadas, pero no llevaron a cabo acción al-
guna, sin embargo, o bien porque sintieron respeto por las
ceremonias que en esos momentos se estaban celebrando en
el santuario, o bien porque se avergonzaban de dar muerte a
un general de tan gran reputación, o quizá incluso porque
una intervención divina se lo impidió.

Y una vez que la celebración de los rituales de aquel día 26
hubo llegado ya a su término y mientras todos se dirigían a
casa, los conspiradores se acusaban mutuamente de haberse
mostrado remisos en el momento menos oportuno y pospu-
sieron el plan para un segundo intento el próximo día. Sin 27
embargo ellos actuaron de la misma forma al día siguiente y
se marcharon del santuario sin haber llevado a cabo acción
alguna y, tras llegar a la plaza pública, se lanzaban imprope-
rios los unos a los otros a la vista de todos y, tachando cada
uno de ellos a su vecino de cobarde y de romper la unidad
del grupo, no consideraba indigno echarle en cara el respeto
sentido hacia Salomón. Por esta razón, pues, pensaban que 28
ya no podían permanecer en Cartago sin correr riesgos dado
que habían puesto al descubierto su plan ante toda la ciudad.
En consecuencia, la mayor parte de ellos, saliendo fuera de 29
la ciudad a toda prisa, saqueaban las tierras y trataban como
enemigos a todos los libios con quienes se encontraban, pe-
ro los demás permanecieron en la ciudad no dando indica-
ción alguna de las intenciones que tenían, sino que, por el
contrario, simulaban desconocer las maquinaciones que ellos
mismos habían tramado.

Sin embargo, Salomón, al enterarse de todas las accio- 30
nes que venían perpetrando los soldados en los campos, sin-
tiendo una gran agitación, no dejaba de exhortar a los que

permanecían en la ciudad, animándolos a guardar lealtad al
31 emperador. Aquéllos en un principio parecían acoger con
agrado sus palabras, pero al quinto día[118], cuando oyeron
decir que los que se habían marchado fuera se encontraban
seguros disfrutando de un poder absoluto, tras reunirse en el
hipódromo, insultaban libremente a Salomón y al resto de
32 los jefes. Entonces Teodoro de Capadocia, habiendo sido en-
viado allí por Salomón, intentaba disuadirles y apaciguarlos,
33 pero no prestaban oídos a nada de lo que se les decía. Pero
este tal Teodoro sentía una cierta animadversión hacia Salo-
món y existía la sospecha de que estaba tramando algo con-
34 tra él. Por esta razón, los conspiradores enseguida lo eligie-
ron por aclamación general suyo y junto con él llegaron al
palacio a toda velocidad portando armas y levantando un
35 gran tumulto. Allí dieron muerte a un segundo Teodoro, que
era comandante de la guardia, un hombre de grandísima va-
lía en cualquier otro aspecto, pero especialmente capacitado
36 para la guerra. Y una vez que ellos hubieron probado este
asesinato, inmediatamente iban matando a todo aquel que
tuvieran delante, fuese libio o fuese romano, conocido de
Salomón o que estuviese en posesión de dinero, después de
lo cual salieron para dedicarse a perpetrar actos de pillaje
subiendo a las casas dentro de las cuales no había soldados
para defenderlas, apoderándose de los objetos de más valor,
hasta que sobrevino la noche y la embriaguez que siguió a
estas acciones les obligó a parar.

37 Y Salomón consiguió escapar sin ser visto al gran san-
tuario que había en el palacio, donde Martino se reunió con
38 él a última hora de la tarde[119]. Y cuando todos los amotina-
dos estuvieron durmiendo, tras abandonar el santuario, en-

[118] Martes 25 de marzo del 536 d. C.

[119] De ese mismo día, el 25 de marzo del 536.

traron en la casa de Teodoro de Capadocia, el cual los obligó a cenar, aunque no tenían ninguna gana y, tras conducirlos al puerto, los hizo subir a un botecillo de un barco que dio la casualidad que estaba allí preparado por Martino. Y 39
les acompañaban Procopio, el autor de esta historia, y unos cinco hombres más pertenecientes a la casa de Salomón. Y 40
después de completar trescientos estadios de trayecto, llegaron a Misuas, el fondeadero de Cartago[120] y una vez que se encontraron en lugar seguro, al instante Salomón ordenó a Martino que se dirigiese a Numidia a ver a Valeriano y al resto de sus compañeros de mando y que probase a ver si cada uno de ellos, atrayéndose a algunos de los soldados que fuesen conocidos para él o con dinero o por cualquier otro medio, era capaz de llevarlos de nuevo a comportarse mostrando lealtad al emperador. Y, además de esto, Salo- 41
món envió una carta a Teodoro, encomendándole que permaneciese al cuidado de Cartago y que se ocupase del resto de los asuntos como a él le pareciese posible, en tanto que él personalmente en compañía de Procopio arribó a Siracusa a presencia de Belisario. Y tras informarle a él de todo cuanto 42
había sucedido en Libia, le pidió que se dirigiera a toda prisa hacia Cartago y defendiese la causa del emperador, que estaba sufriendo un trato escandaloso por parte de sus propios soldados. Tal fue, en definitiva, el comportamiento de Salomón.

Por su parte, los amotinados, habiéndolo saqueado todo 15
en Cartago, se reunieron en la llanura de Bula y eligieron a Estotzas[121], uno de los oficiales de la guardia personal de

120 300 estadios equivalen a unos 5'5 Kms. Se identifica a Misuas con Sidi Daoud, en la costa occidental del cabo Bon, a 56 Kms. de Cartago en línea recta (cf. COURTOIS, *op. cit.*, pág. 109, nota 3).

121 Cf. III 11, 30.

Martino, hombre apasionado y enérgico, como su jefe, con
el propósito de expulsar de toda Libia a los oficiales del
2 emperador y así tenerla en su poder. Y éste, después de ar-
mar a todo el ejército, reuniendo aproximadamente hasta
ocho mil hombres, los condujo en dirección a Cartago, con
la intención de tomar la ciudad al instante sin ningún es-
3 fuerzo. También les envió él mensajeros a los vándalos que
habían huido de Bizancio con las naves y a cuantos no ha-
bían acompañado a Belisario desde el principio, ya sea por-
que fueron ignorados, ya porque los encargados de acompa-
ñar a los vándalos en aquel momento no los tuvieron en
4 consideración. Éstos alcanzaban un número no inferior a mil
y, no mucho después, vinieron a unirse a Estotzas en su cam-
pamento con entusiasmo. Asimismo le llegó a él una consi-
5 derable masa de esclavos. Y una vez que se encontraron en
las proximidades de Cartago, Estotzas envió un mensaje en
el que ordenaba que se le entregara la ciudad a la mayor
brevedad posible, condición indispensable para que perma-
6 neciesen sin sufrir daño alguno. Sin embargo, las gentes de
Cartago y Teodoro se negaron rotundamente a esto, recono-
7 ciendo que estaban guardando Cartago para el emperador. Y
mandando a presencia de Estotzas a Josefo[122], el secretario
de los guardias del emperador, un hombre que no era de
origen humilde y que pertenecía a la casa de Belisario, el
cual había sido enviado recientemente a Cartago para cum-
plir alguna misión con ellos relacionada, le pedían a aquél
que no fuera más lejos en su violento comportamiento con-
8 tra ellos. Sin embargo, Estotzas, nada más escuchar estas
palabras, dio muerte a Josefo y se dispuso para realizar el
asedio. Los habitantes de la ciudad, sintiéndose aterroriza-

[122] Este personaje, de nombre Josefo o Josefio, no es mencionado por ninguna otra fuente.

dos ante el peligro que les amenazaba, estaban considerando la posibilidad de rendirse a Estotzas y entregarle la ciudad bajo condiciones. Así fue, pues, como se desarrollaron los sucesos relativos al ejército de Libia.

Por su parte, Belisario, tras seleccionar a cien hombres 9 de entre sus propios oficiales y soldados de la guardia personal y tomando consigo a Salomón, se hizo a la mar con ellos a bordo de una sola nave aproximadamente a la caída de la tarde, en el mismo momento en que los asediadores estaban aguardando a que la ciudad se rindiese al día siguiente[123]. Con tales esperanzas, vivaquearon la noche aque- 10 lla. Pero cuando se hizo de día y se enteraron de que Belisario había llegado allí, levantaron el campo lo más rápidamente que les fue posible y se lanzaron a la fuga de forma vergonzosa y en completo desorden. Belisario reunió entonces a 11 unos dos mil hombres del ejército y tras insistirles verbalmente en que debían guardar lealtad al emperador y animarles con grandes sumas de dinero, dio comienzo a la persecución de los fugitivos. Y les dio alcance en la ciudad de 12 Membresa, que dista de Cartago trescientos cincuenta estadios[124]. Allí acamparon ambos ejércitos y se prepararon pa- 13 ra la batalla, las fuerzas de Belisario a orillas del río Bagradas y los otros en una posición elevada y dificultosa, pues 14 ninguno de los dos bandos decidió entrar en la ciudad, al darse la circunstancia de que ésta se encontraba sin amurallar. Y al día siguiente entraron en batalla, los amotinados 15

[123] Estos sucesos tuvieron lugar durante el segundo trimestre del año 536 d. C., pues a través del relato se puede seguir un rápido desarrollo de los acontecimientos.

[124] 350 estadios equivalen a 63 Kms. La ciudad de Membresa se localiza en el emplazamiento de la actual Medjez el Bab, a 68 Kms. al suroeste de Cartago, a orillas del río Bagradas (el Medjerda hoy día, cf. § 13).

confiando en el elevado número de sus fuerzas y las tropas de Belisario desdeñando a sus enemigos por estar faltos
16 tanto de juicio como de generales que los dirigiesen. Entonces Belisario, con el deseo de que estas ideas se consolidasen firmemente en los espíritus de sus soldados, los convocó a todos y les dirigió las siguientes palabras:

«La situación, conmilitones, para el emperador y para los romanos, está por debajo de nuestras expectativas y de-
17 seos, pues en estos momentos vamos a afrontar un combate del cual no obtendremos, incluso en caso de victoria, más que lágrimas, puesto que nos disponemos a combatir contra parientes nuestros y hombres que se han criado en nuestra
18 compañía. De todas formas, un único consuelo de nuestra desgracia tenemos, que no somos nosotros los que empezamos la contienda, sino que nos hemos puesto en peligro en de-
19 fensa propia, pues el que ha tramado el plan contra sus seres más queridos y con los actos que ha perpetrado ha roto los lazos de parentesco, no muere, si es que así sucede, a manos de sus amigos, sino que, habiéndose convertido en su ene-
20 migo, paga la pena a los que han sido ultrajados. Y que nuestros rivales son enemigos públicos y bárbaros y cualquier otro apelativo más terrible que se les pudiese aplicar, lo demuestra no sólo Libia, que se ha convertido en botín en sus manos, sino también todos aquellos habitantes de este país que han sido masacrados por ellos sin ninguna necesidad, así como la gran cantidad de soldados romanos a los que estos perversos se atrevieron a asesinar, aun a pesar de que sólo les podían reprochar un único pecado: la lealtad
21 que ellos guardaban al Estado. Y es para vengar a estos hombres por lo que hemos venido contra ellos, habiéndonos convertido, de forma justificada, en enemigos de los que otrora
22 fueron nuestros seres más queridos. Pues no es la naturaleza la que hace que los hombres tengan relaciones de amistad o

enemistad entre ellos, sino que son las acciones de cada uno las que o bien los llevan a unirse en alianza por la similitud de sus motivaciones o bien las que los separan hasta la enemistad por la disparidad de sus intenciones, convirtiéndolos en amigos, en el caso de que así ocurra, o en enemigos los unos de los otros. Así pues, por una parte, con esto tenéis 23
suficiente para saber que ahora nos vamos a enfrentar con unos hombres impíos y hostiles, pero, por otra, yo os voy a demostrar ahora que ellos merecen nuestro desprecio. En 24
efecto, una masa de hombres que no están unidos por ley alguna, sino que basan su unión en la injusticia, en absoluto acostumbra por inclinación natural a comportarse con valentía, pues en modo alguno puede convivir el valor con la ilegalidad, sino que éste siempre se mantiene apartado de los que no actúan con justicia. Y ni siquiera conservarán la 25
disciplina ni atenderán a las órdenes de Estotzas, pues cuan- 26
do una tiranía ha sido establecida recientemente y todavía no ha obtenido la autoridad que emana del sentir confianza en uno mismo, es inevitable que sufra el desprecio de los que están sometidos a ella, pues ni se la honra gracias a una 27
buena disposición hacia ella, dado que la tendencia natural es a aborrecerla, ni puede dirigir a sus súbditos a través del miedo, pues el temor que siente el tirano le impide hablarles con franqueza. Finalmente, cuando los enemigos están fal- 28
tos de valor y de disciplina, la derrota es el resultado normal. Por lo tanto, como he dicho, es conveniente que nosotros marchemos contra estos nuestros enemigos con desprecio, puesto que no es por el elevado número de los combatien- 29
tes, sino por su disposición ordenada y su bravura, por lo que suele medirse la superioridad en la guerra.»

Hasta aquí las palabras pronunciadas por Belisario. Por 30
su parte, Estotzas animaba a sus tropas de la siguiente manera: «Hombres que juntamente conmigo os habéis librado

de servir como esclavos a los romanos, que ninguno de vosotros considere indigno morir en defensa de la libertad que
31 habéis obtenido gracias a vuestro valor y demás méritos. Pues no es tan terrible envejecer y acabar la vida en medio de desgracias como el retornar a éstas después de haber disfrutado de la libertad partiendo de unas condiciones adver-
32 sas. En efecto, ese intervalo de tiempo que permite degustar la liberación, como es natural, convierte a la desventura en
33 algo más difícil de soportar. Y, siendo esto así, es preciso que os acordéis de que, después de haber vencido a los vándalos y a los moros, vosotros de lo único que habéis disfrutado es de los trabajos de la guerra, mientras que son otros
34 los que se han hecho dueños de todos los botines. Considerad, por otra parte, que vosotros, como soldados que sois, estáis obligados a enfrentaros a los peligros que conlleva la guerra en todo momento, o bien en nombre de la causa del emperador, en el supuesto caso de que de nuevo volváis a ser sus esclavos, o bien en vuestra propia defensa, si es que
35 conseguís conservar esta vuestra presente libertad. Y cuál de las dos es preferible, en vuestras manos está la facultad de elegirla, o bien actuando como unos cobardes en la presente
36 ocasión, o bien deseando comportaros como valientes. Pero, además de esto, conviene que penetre en vuestras mentes esta idea: que habiéndoos levantado en armas contra los romanos, si terminéis cayendo en su poder, no probaréis a unos amos moderados e indulgentes, sino que sufriréis implacables castigos, a lo que se añadirá que vuestra muerte no habrá sido injusta. Así pues, si a alguno de vosotros le llega la muerte en esta batalla, queda claro que se tratará de una muer-
37 te gloriosa, en cambio, la vida, habiendo vencido a los enemigos, será independiente y próspera en todos los demás aspectos, mas, si resultáis derrotados, no podría yo mencionar nada más amargo a excepción de esto: que tendrá todas

sus esperanzas depositadas en la misericordia de los romanos. Y eso que el combate no se desarrollará en pie de igual- 38
dad con respecto a las fuerzas militares, pues en número de 39
soldados sobrepasamos de largo a los enemigos, aparte de que vendrán a nuestro encuentro sin el más mínimo entusiasmo, pues yo creo que también ellos están deseando compartir con nosotros esta nuestra libertad.» Hasta aquí las palabras de Estotzas.

Al entrar en combate los dos ejércitos, un viento fuerte y 40
terriblemente molesto les empezó a soplar de cara a los amotinados de Estotzas, razón por la cual consideraron entonces 41
que no era conveniente para ellos presentar batalla en ese mismo sitio, temiendo que el viento, con su extraordinaria fuerza, dirigiese los dardos de los enemigos derecho contra ellos, mientras que el impulso de los suyos propios se vería frenado en muy gran medida. En consecuencia, abandona- 42
ron su posición y se movieron perpendicularmente, considerando que si los enemigos cambiaban también de posición, como era probable que hicieran, para evitar así sufrir sus ataques por la retaguardia, el viento ahora les daría a ellos en el rostro. Pero Belisario, cuando los vio abandonar las fi- 43
las y girarse hacia el flanco sin orden alguno, inmediatamente dio la orden de que iniciasen el combate. Entonces, las 44
tropas de Estotzas, a consecuencia de esta inesperada maniobra, se vieron sumidos en la confusión y con un gran desorden se lanzaron a la fuga por donde les fue posible a cada uno de ellos y sólo cuando llegaron a Numidia pudieron reunirse de nuevo. En el encuentro, sin embargo, perecieron 45
unos pocos de ellos, la mayor parte de los cuales eran vándalos, pues Belisario de ningún modo llevó a cabo persecu- 46
ción alguna contra ellos, dado que a él le parecía suficiente, siendo su ejército muy reducido, que los enemigos, habiendo resultado vencidos por el momento, les dejaran el campo

47 libre. Y a sus soldados les permitió saquear la empalizada
de los adversarios y tomarla sin ningún hombre dentro. Sin
embargo, se encontró gran cantidad de dinero allí, así como
numerosas mujeres, esas mismas por causa de las cuales pre-
cisamente había estallado este conflicto bélico[125]. Y tras ha-
ber llevado a término por completo estas acciones, Belisario
48 retornó a Cartago. Una vez allí, cierto mensajero venido de
Sicilia le informó de que un motín que se había producido
en el seno del ejército estaba a punto de convulsionar allí to-
da la situación, a no ser que él personalmente regresase a toda
velocidad junto a ellos y tomase las medidas oportunas para
49 impedirlo. Así que Belisario, tras dejar arreglados como pu-
do los asuntos de Libia y confiar Cartago a Ildiger y a Teo-
doro, se puso en marcha rumbo a Sicilia.

50 Mas, por su parte, los jefes de los romanos en Numidia,
en cuanto se enteraron de que las tropas de Estotzas habían
llegado y se estaban reuniendo allí, se prepararon para en-
trar en batalla. Estos jefes eran los siguientes: de los federa-
dos, Marcelo y Cirilo; de las tropas de caballería, Barbato y,
51 de la infantería, Terencio y Sarapis. Todos, sin embargo, obe-
decían a Marcelo que era el que estaba al mando en Numi-
52 dia. Cuando este último se enteró de que Estotzas con un
reducido número de hombres se encontraba en un lugar lla-
mado Gazofila, que distaba de Constantina dos días de viaje
aproximadamente, deseando anticiparse a que todos los amo-
tinados pudieran reunirse, dirigió a toda velocidad su ejér-
53 cito contra ellos[126]. Y cuando ambos contingentes se encon-

[125] Véase capítulo 14, 8.

[126] Dos días de trayecto suponen algo menos de 80 Kms. Gadiaufala (forma preferible) es la Gazofila de Procopio, ciudad de Numidia que se identifica con la moderna Ksar Sbahi o Sbehi, situada a 66 kilómetros al sureste de Cirta (actual Constantina), en la misma zona de Tigisis y Centurias y a unos 75 Kms. si se sigue la ruta antigua.

traron a poca distancia uno del otro y la batalla estaba a punto de comenzar, Estotzas llegó solo hasta el centro de las filas enemigas y les dirigió las siguientes palabras:

«Conmilitones, no estáis obrando justamente al combatir 54
contra vuestros parientes y con aquellos que se han criado a vuestro lado y levantando las armas contra unos hombres que, disgustados por vuestras desventuras y por las injusticias que habéis sufrido, decidieron hacer la guerra al emperador y a los romanos. ¿O es que ya no os acordáis de que 55
habéis sido privados de la paga que se os viene debiendo desde hace tiempo y de que os han arrebatado los despojos de los enemigos que las leyes de la guerra tienen establecidos como recompensas por los peligros afrontados en las batallas? ¿y tampoco recordáis que los otros han reclamado 56
como suyo el derecho a vivir regaladamente toda su vida con los beneficios que produce la victoria, mientras que vosotros los seguís como si fuerais sus esclavos? En definitiva, 57
si vosotros estáis enojados conmigo, desahogad vuestra cólera sobre este mi cuerpo y evitad la mancilla que supone matar a los demás. En cambio, si no tenéis cargos que achacarme, es hora de que vosotros toméis las armas a favor de vuestros propios intereses.» Éstas, pues, fueron las palabras 58
de Estotzas, que fueron acogidas favorablemente por los soldados, los cuales lo saludaron con muy buena disposición. Al contemplar los jefes romanos lo que estaba suce- 59
diendo, se retiraron en silencio y se refugiaron en el santuario que había en Gazofila[127]. Por su parte, Estotzas, reuniendo a los dos ejércitos en uno solo, marchó contra los jefes y, tras encontrarlos en el interior del santuario y hacerles promesas, les dio muerte a todos.

[127] En realidad se trata de una iglesia, lo que convertía en inviolables a las personas que encontraban refugio en su interior.

16 Cuando el emperador estuvo enterado de estos sucesos, envió a su primo Germano, que era patricio[128], a Libia acom-
2 pañado de un reducido número de hombres. Iban con él también Símaco y Dómnico[129], hombres del Senado, el primero para ejercer la función de prefecto y encargarse de la manutención del ejército, mientras que el segundo tenía que ponerse al frente de las tropas de infantería, pues Juan[130], que desempañaba el cargo de prefecto, había muerto ya en-
3 tonces de enfermedad. Una vez que desembarcaron en Cartago, Germano efectuó el recuento de los soldados de los que disponían ellos y, consultando los libros de los escribas donde se encontraban registrados todos los nombres de los efectivos militares, encontró que la tercera parte del ejército se encontraba en Cartago y en el resto de las ciudades, en tanto que todos los demás se habían alineado bajo el mando
4 del tirano contra los romanos. Así pues, por este motivo no tomó él la iniciativa del combate, sino que, por el contrario le prestaba a su ejército la mayor atención posible. Y considerando que los que habían quedado en Cartago eran parientes o compañeros de tienda de los enemigos, él les iba dirigiendo a ellos toda suerte de seductoras promesas y, especialmente, les decía que él mismo había sido enviado por

[128] Germano llegó a Libia a comienzos del otoño del 536 d. C. Sobrino de Justino I y primo de Justiniano, habla nacido en fecha incierta en torno al año 500. Fue enviado a África como sucesor de Salomón, gozando de plenos poderes en calidad de generalísimo, función que desempeñó desde el 536 hasta el 539, año en el que se le ordenó regresar a Constantinopla.

[129] Lo único que sabemos de Símaco es que fue prefecto del pretorio de África entre el 536 y el 539 d. C., mientras que Dómnico, comandante de infantería en África durante el período de mandato de Germano, fue enviado más tarde como mensajero a presencia del rey de los ostrogodos Vitigis, según nos dice el mismo Procopio (cf. *Historia de las Guerras* VI 29).

[130] Juan de Capadocia: cf. I 24, 11 ss.

el emperador a Libia para defender a unos soldados que ha-
bían sido ofendidos y para castigar a aquellos que habían
actuado como instigadores de las injusticias cometidas con-
tra ellos. Al enterarse de esto los amotinados, comenzaron a 5
rendirse a su autoridad por grupos reducidos. A éstos Ger-
mano los acogía en la ciudad con una disposición amistosa
y, tras ofrecerles promesas, los honraba y les abonaba las
soldadas correspondientes al tiempo durante el cual habían
estado en armas contra los romanos. Y cuando los rumores 6
acerca de estos actos, circulando de un lado para otro, llega-
ron a oídos de todos, comenzaron ya a apartarse del tirano
en grupos numerosos y a dirigirse hacia Cartago. Y enton- 7
ces por fin Germano, esperando que en el combate contra
los enemigos él estuviese equiparado a aquéllos en efectivos
militares, comenzó a hacer sus preparativos para el encuen-
tro bélico.

Pero, entretanto, Estotzas, habiéndose apercibido ya del 8
peligro que lo amenazaba y temiendo que, a consecuencia
de la defección de un mayor número de soldados, todavía se
redujese más su ejército, se apresuraba a librar la batalla de-
cisiva de inmediato y a ocuparse de la guerra con mayor ar-
dor. Y puesto que él mantenía alguna esperanza de que los 9
soldados de Cartago hiciesen defección y pensaba que ellos,
si se les acercaba lo más posible, desertarían sin ningún
problema, hizo que todos sus hombres compartieran sus es-
peranzas. Y tras animarlos extraordinariamente de esta for-
ma, marchó con todo su ejército en dirección a Cartago a
toda velocidad. Y cuando se encontró a una distancia de 10
treinta y cinco estadios de la ciudad, estableció el campa-
mento no lejos del mar[131] y Germano, después de armar a la

[131] 35 estadios (de 180 metros) equivalen a 6,3 Kms. Estotzas se situó cerca del mar al norte de Cartago, según nos permite conjeturar la topo-

totalidad del ejército y ponerlo en disposición de entrar en
11 combate, marchaba hacia delante. Y una vez que se encontraron fuera de la ciudad y como se había enterado de cuantas esperanzas se había formado Estotzas, tras convocarlos a todos, les habló de la siguiente manera:

12 «Que no hay nada, conmilitones, que podáis reprocharle al emperador de forma justificada y que tampoco podréis censurarle ninguna de las acciones que él ha llevado a cabo en relación con vosotros, creo yo que ni uno solo de entre
13 todos vosotros podría negarlo. En efecto, fue él la persona que os acogió a todos en Bizancio, cuando veníais del campo únicamente con las alforjas y una túnica corta, y os ha hecho hasta tal punto importantes que el Estado romano de-
14 pende ahora de vosotros. Por otro lado, todos vosotros, sin duda, sabéis muy bien que él no sólo ha sido tratado de forma indigna, sino que ha sufrido de vuestra parte los más
15 infames ultrajes. Y con el deseo de que conservéis el recuerdo de estas acciones para siempre, él ha dejado a un lado las acusaciones por vuestros delitos, considerando justo que sólo estéis obligados a pagarle una única deuda: la ver-
16 güenza que sintáis por los desafueros perpetrados. En consecuencia, es razonable que vosotros, siguiendo por esta senda, volváis a aprender la lección de la lealtad y corrijáis
17 vuestra insensatez anterior, pues cuando en el momento oportuno surge el arrepentimiento en aquellos que han cometido faltas, éste suele volver indulgentes con los que han actuado injustamente a los que han sufrido el ultraje y un servicio prestado en la ocasión apropiada acostumbra a cambiar el

grafía del lugar; a 7,5 Kms. al noroeste de Cartago se alza el Djebel Khaoui de 104 metros de altura, que pudo muy bien constituir una punto estratégico a tener en cuenta.

apelativo que recibieron los que en su momento fueron tachados de ingratos.

Por otra parte, será preciso también que vosotros sepáis 18
esto: que si en el momento presente os mostráis especialmente leales al emperador, no quedará ningún recuerdo de
vuestros errores anteriores, pues la tendencia natural es que 19
toda acción humana sea calificada de acuerdo con su resultado final y mientras que un error, aunque haya sido cometido solamente una vez, nunca podría ser anulado durante todo el devenir de los tiempos, sin embargo, cuando ha sido compensado con acciones mejores por parte de quienes lo perpetraron, recibe la oportuna recompensa del silencio y,
por regla general, termina por ser olvidado. Sin embargo, si 20
en este momento actuáis con cierta complacencia hacia aquellos execrables adversarios y aunque en el futuro, luchando en multitud de guerras en nombre de los romanos, os ciñáis la corona de la victoria con frecuencia sobre diferentes enemigos, no parecerá que habéis correspondido al
emperador de la misma manera que él a vosotros. Pues aque- 21
llos que reciben el aplauso en ese mismo ámbito de actuación en el que han cometido una falta obtienen para sí mismos una justificación más clamorosa. Así pues, con respecto al emperador, que cada uno de vosotros conserve en su espí-
ritu estas mismas reflexiones. En lo que a mí concierne, yo 22
nunca he tomado iniciativas injustas contra vosotros de forma voluntaria y he hecho todo lo que he podido para mostraros mi benevolencia hacia vosotros, y al afrontar en las circunstancias actuales este peligro, he decidido pediros solamente esto: que nadie marche con nosotros al encuentro
de los enemigos contra su voluntad, sino que, si es del agra- 23
do de alguno de vosotros alinearse junto a aquellos, que se dirija sin dilación con sus armas al campamento de los enemigos, otorgándonos un único favor: que no tome su deci-

sión de agraviarnos a escondidas, sino a la vista de todos.
24 En efecto, ésta es la razón por la que estoy pronunciando mi discurso no en Cartago, sino encontrándome en el espacio que media entre los dos ejércitos, para no servir de obstáculo a nadie que desee pasarse al bando de nuestros adversarios, pues es posible para todos mostrar su disposición ha-
25 cia el Estado sin correr riesgos.» De esta forma puso fin a su discurso Germano. Un gran tumulto se produjo entonces entre las filas del ejército romano, pues cada soldado reclamaba para sí el derecho de ser el primero en demostrar al general su lealtad al emperador y en pronunciar los juramentos más solemnes para garantizar tales sentimientos.

17 Así pues, durante un cierto tiempo ambos ejércitos permanecieron formados el uno frente al otro. Mas, posteriormente, al ver los amotinados que ninguna de las previsiones de Estotzas iba a llegar a suceder en su beneficio, empezaron ellos a sentir miedo, pues habían quedado defraudados en sus expectativas en contra de lo que se podía esperar, y, tras disolver la formación, se retiraron y marcharon en dirección a Numidia, donde tenían entonces a las mujeres y el
2 dinero del botín. Hasta allí llegó también Germano con todo el ejército no mucho después, una vez hubo hecho sus preparativos de la mejor manera posible en todo lo demás, pero especialmente aportando multitud de carros para el ejército.
3 Y tras encontrarse con sus adversarios en un lugar que los romanos llaman «Escaleras Viejas»[132], hizo sus preparativos
4 para la batalla de la siguiente forma: Tras colocar los carros en línea y de frente, alineó a los soldados de infantería a lo largo de ellos bajo el mando de Dómnico, con idea de que,

---

[132] *Scalae Veteres* (la transcripción de Procopio es en el original *Skálai Béteres)*. La batalla de que nos habla el texto tuvo lugar en la primavera del 537 d. C. No se puede localizar con precisión este lugar, debido a la falta de indicios topográficos que nos ayuden.

al tener protegida la retaguardia, combatiesen ellos con me-
jor ánimo. Él en persona tenía en el ala izquierda de la infan- 5
tería a los mejores caballeros y también a aquellos hombres
que habían venido con él desde Bizancio, mientras que a to-
dos los demás caballeros los situó en el ala derecha, no dis-
puestos en formación homogénea, sino divididos en tres ba-
tallones aproximadamente. Al mando de uno de ellos estaba 6
Ildiger, al frente del segundo Teodoro de Capadocia, mien-
tras que el que quedaba, que era el más importante, estuvo a
las órdenes de Juan, el hermano de Papo[133], juntamente con
otros tres comandantes más. De esta forma, pues, quedaron
alineados los romanos.

Por su parte, los amotinados ocuparon sus puestos frente 7
a ellos, no colocados ordenadamente sin embargo, sino di-
seminados a la manera de los bárbaros. Y no a mucha dis- 8
tancia les seguían varias decenas de miles de moros, bajo el
mando de Yaudas y Ortayas, entre otros. Con todo, se daba 9
la circunstancia de que no todos eran leales a Estotzas y sus
hombres, sino que muchos previamente habían enviado emi-
sarios a Germano y habían prometido que, cuando entrasen
en acción, se alinearían con el ejército del emperador contra
los enemigos. No obstante, Germano no podía confiar ente- 10
ramente en ellos, pues la nación de los moros se caracteriza
de natural por la ausencia de lealtad hacia todo el mundo. Y 11
fue precisamente por esta razón por lo que tampoco se ali-
nearon con los amotinados, sino que permanecieron detrás
aguardando el desarrollo de los acontecimientos, con el fin

[133] Juan, el hermano de Papo, no es otro que Juan Troglita, el que más tarde se convertirá en jefe o maestre de los soldados en África y uno de los más destacados generales que sirvieron a Justiniano. Es el héroe protagonista de la *Juánide (Johannis)*, poema en ocho libros compuesto por Flavio Cresconio Coripo, gramático y poeta africano del tiempo de los emperadores Justiniano y Justino II.

de llevar a cabo la persecución de los vencidos acompañan-
12 do a los que resultasen vencedores. Con tal propósito, los moros no se mezclaban con los amotinados, sino que los seguían detrás.

13 Y cuando Estotzas se encontró a muy poca distancia de los enemigos, nada más ver el estandarte de Germano, ani-
14 mó a los presentes y cargó contra él. Sin embargo, los amotinados hérulos que se alineaban alrededor de él tampoco lo siguieron, sino que incluso lo retuvieron con todas sus fuerzas, afirmando que no conocían el alcance de las tropas de Germano, pero que, por el contrario, sabían bien que cuantos estaban formados en el ala derecha de los enemigos en
15 modo alguno podrían hacerles frente. En consecuencia, si ellos avanzaban contra ésta, no sólo se daría a la fuga al no poder resistir su acometida, sino que, con toda probabilidad, sembraría la confusión en el resto del ejército; si, por el contrario, Germano, al ser atacado por ellos, los rechazaba y ponía en fuga, su situación de inmediato sería totalmente
16 desesperada. Convencido por estos argumentos, Estotzas permitió al grueso de sus tropas luchar contra los hombres de Germano, mientras que él personalmente, junto con los mejores hombres, marchaba contra Juan y los que estaban for-
17 mados a su lado. Éstos, efectivamente, no pudieron resistir el ataque y se lanzaron a la fuga en completo desorden. Enseguida los amotinados se apoderaron de todos sus estandartes y los persiguieron mientras huían a todo correr, al mismo tiempo que algunos cargaban incluso contra la infantería, que ya había empezado a abandonar la formación.
18 Entretanto, el propio Germano, desenvainando su espada e invitando a toda aquella parte del ejército a que hicieran lo mismo, con gran dificultad pudo conseguir que se dieran la vuelta para huir los amotinados que estaban frente a él y a
19 la carrera avanzó contra Estotzas. Al tomar parte también en

esta acción los hombres de Ildiger y de Teodoro, los dos
ejércitos se entremezclaron de tal forma que, mientras los
amotinados perseguían a algunos de los enemigos, morían
ellos al ser alcanzados por los otros. Y como la confusión 20
iba en aumento, los hombres de Germano, que marchaban
en la retaguardia, presionaban todavía más mientras que los
amotinados, sobrecogidos por un fuerte miedo, ya no tenían
intención de resistir más. Sin embargo, ninguno de los dos 21
bandos podía ser distinguido ni por sus propios compañeros
ni por los adversarios, pues todos utilizaban la misma len-
gua e igual equipo de guerra y no se diferenciaban ni por su
fisonomía ni por su atuendo ni por ninguna otra característi-
ca en particular. Por esta razón, entonces, los soldados del 22
emperador, a instancias de Germano, cada vez que captura-
ban a algún adversario, le preguntaban quién era; y, poste-
riormente, si afirmaba ser un soldado de Germano, entonces
le ordenaban que pronunciara la contraseña de Germano y,
en caso de que en modo alguno fuese capaz de decirla, al
instante le daban muerte. En este encuentro, uno de los 23
enemigos, sin ser visto, mató al caballo de Germano, el cual
cayó a tierra y su vida hubiera corrido serio peligro, si los
oficiales de su guardia personal no lo hubiesen salvado con
toda presteza formando una muralla con sus propios cuerpos
alrededor de él y subiéndolo a otro caballo.

En cuanto a Estotzas, pudo éste escapar con un reducido 24
grupo de hombres en medio de aquel tumulto. Pero Germa-
no, estimulando a sus soldados, marchó directo al campa-
mento de los enemigos. Allí le salieron al encuentro aquellos 25
de los amotinados que habían recibido la orden de vigilar la
empalizada. Se produjo entonces una violenta refriega a 26
la entrada del campamento y por poco no llegaron a recha-
zar a sus adversarios los amotinados, pero Germano, envian-
do a algunos de los soldados que le acompañaban, les orde-

nó efectuar una nueva tentativa en otro punto del campa-
27 mento. Entonces éstos, al no defender nadie el campamento
por aquel lado, se encontraron en el interior del atrinchera-
28 miento tras un breve combate. Y los amotinados, en cuanto
los vieron, se lanzaron a la fuga, momento en que Germano
con todo el resto del ejército irrumpió dentro del campa-
29 mento de los enemigos. Al saquear los soldados sin ningún
problema las riquezas que había allí en el campamento, no
tenían en cuenta en absoluto a sus adversarios ni prestaban
oídos ya a los consejos de su general, pues el botín estaba a
30 su disposición. Por esta razón, pues, Germano, temiendo que
los enemigos recobrasen el ánimo y se lanzasen sobre ellos,
él en persona se colocó con un reducido grupo de hombres a
la entrada de la empalizada profiriendo múltiples lamentos e
invitando a sus soldados, que a nada atendían, a que recupe-
31 raran la disciplina. Muchos de los moros, al haberse produ-
cido de esta forma la huida, perseguían ahora a los amotina-
dos y, alineándose ellos mismos con el ejército del empe-
32 rador, saqueaban el campamento de los derrotados. Por su
parte, Estotzas, teniendo confianza al principio en el ejército
de los moros, cabalgaba a su lado para reanudar el combate.
33 Mas al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, a duras pe-
34 nas consiguió escapar con cien hombres. Y una vez más se
reunieron muchos en torno a él e intentaron trabar combate
con los enemigos, pero al ser repelido de forma no menos de-
cisiva que antes, sino todavía más, terminaron todos por pa-
35 sarse al bando de Germano. Por su parte Estotzas se retiró
solo a Mauritania en compañía de unos pocos vándalos y, to-
mando por esposa a la hija de uno de los mandatarios locales,
permaneció allí. Así fue, pues, como terminó la revuelta[134].

---

[134] La ausencia total de referencias cronológicas que tiene el texto sugiere, al parecer, que la revuelta encabezada por Estotzas pudo ser sofocada a lo largo del mismo año 537, quizá incluso en la primavera.

Había entre los oficiales de la guardia personal de Teo- 18
doro de Capadocia un hombre muy malintencionado de nombre Maximino. Este tal Maximino, que tenía un muy elevado 2
número de soldados, a los cuales había obligado a comprometerse bajo juramento a colaborar con él en su conspiración contra la autoridad política, se proponía ahora usurpar el poder. Y estando ansioso porque todavía un mayor núme- 3
ro de hombres se uniera a él en sus proyectos, les reveló su propósito, entre otros, a Asclepiades, personaje oriundo de Palestina, varón de noble estirpe y que era el que jugaba el papel principal entre los íntimos de Teodoro. Así pues, As- 4
clepíades, tras conversar con Teodoro, le comunicó de inmediato todo el asunto a Germano. Y éste último, no de- 5
seando dar lugar a ninguna otra perturbación, puesto que la situación estaba todavía sin resolver, decidió obtener lo mejor de este hombre a base de adularlo antes que por medio del castigo y comprometerlo con juramentos de lealtad a la autoridad del Estado. De acuerdo con esto, al ser costumbre 6
entre todos los romanos desde antiguo que nadie pueda convertirse en guardia personal de ninguno de los responsables a menos que previamente haya prestado los juramentos más solemnes y haya ofrecido garantías de su lealtad tanto al responsable como al emperador de los romanos, él mandó llamar a Maximino, lo elogió por su valentía y le encargó que fuera uno de sus guardias personales desde ese momento en adelante. Y él, mostrándose alborozado ante tan extraordi- 7
nario honor y suponiendo que, de esta forma, su plan progresaría más fácilmente, prestó el juramento y, contándose desde entonces entre los guardias personales de Germano, enseguida consideró conveniente desatender los juramentos que había prestado y reafirmar mucho más todavía sus proyectos de usurpar el poder.

8 La ciudad estaba celebrando entonces cierta festividad colectiva y muchos de los conspiradores de Maximino, aproximadamente a la hora del almuerzo, según lo que habían convenido entre ellos, llegaron a palacio, donde Germano se encontraba obsequiando a sus íntimos con un festín al cual
9 asistía Maximino. Y se prolongaba ya la fiesta bebiendo abundantemente, cuando alguien entró y anunció a Germano que un buen número de soldados con gran desorden estaban apostados delante de la puerta de palacio acusando al erario público de deberles a ellos la paga correspondiente a
10 un largo período de tiempo. Entonces Germano ordenó a los más leales de sus guardias de corps que mantuviesen en secreto estrecha vigilancia sobre Maximino, no permitiéndole de ninguna manera apercibirse de lo que se estaba produ-
11 ciendo. En esos momentos los conspiradores, profiriendo amenazas y provocando tumultos, avanzaban a la carrera en dirección al hipódromo[135] y los que estaban de acuerdo con ellos en el complot se iban reuniendo poco a poco saliendo
12 de sus casas y se concentraban allí mismo. Y si se hubiese dado la circunstancia de que todos hubieran logrado reunirse en el mismo sitio, nadie, creo yo, habría sido capaz de
13 desbaratar fácilmente la tropa que habrían conformado. Pero la realidad es que Germano se anticipó y al faltar todavía la mayor parte de la concentración, de inmediato envió contra ellos a todos los que estaban en buena disposición hacia él
14 mismo y hacia el emperador. Fueron entonces ellos al encuentro de los conspiradores, que no los esperaban. Mas al no tener en aquellos momentos con ellos a Maximino, al cual precisamente estaban esperando para que los dirigiese en la

[135] El emplazamiento del hipódromo (cf. IV 14, 31) estaría en el sector suroeste de la ciudad, en el interior del recinto amurallado del 425, a unos 600 metros de la colina de Byrsa, que estaba en el centro de Cartago, lo cual no implica necesariamente que quedase cerca de palacio.

batalla, y al no ver tampoco a la multitud reunida para ayu-
darles, como ellos pensaban que iba a suceder, sino que, por
el contrario, estaban constatando que sus compañeros de ar-
mas inesperadamente venían a luchar contra ellos, cayendo
en el desánimo a consecuencia de esto, fueron derrotados
con facilidad en la refriega y se lanzaron a la fuga en com-
pleto desorden. Sus adversarios dieron muerte a un buen nú- 15
mero de ellos y a otros muchos los capturaron vivos y se los
llevaron a Germano. Sin embargo, aquellos a los que toda- 16
vía no les había dado tiempo de llegar al hipódromo, no per-
mitieron que se pudiera apreciar cuál era su disposición de
ánimo con respecto a Maximino. Por su parte, Germano no 17
consideró conveniente interrogarlos exhaustivamente, pero les
preguntó si Maximino, después de haber prestado juramen-
to, había tomado parte en el complot. Y al haber quedado 18
demostrado que, contándose ya entre los guardias personales
de Germano, llevaba adelante todavía más sus preparativos,
lo hizo empalar en un lugar muy cercano a las fortificacio-
nes de Cartago y, de esta forma, pudo acabar completamen-
te con la sedición. Así fue, pues, como terminó la conjura-
ción de Maximino.

El emperador mandó llamar a Germano junto con Síma- 19
co y Dómnico y de nuevo confió toda la administración de
Libia a Salomón durante el decimotercer año de su reinado[136]
y proporcionándole a éste un ejército y, entre otros oficiales,
a Rufino y Leoncio, los hijos de Zauno, hijo de Faresmanes[137],

---

[136] 539-540 d. C. (contando desde el 1 de agosto).

[137] Faresmanes, oriundo de Lácica, fue *magister militum*, jefe de los soldados para Oriente a partir del año 505. Desde que en el año 527, cercano ya a la vejez, estuviera participando en unas conversaciones con los persas, no sabemos ya nada más sobre este personaje. Por su parte, Zauno y Leoncio son desconocidos, mientras que de Rufino sólo sabemos que más tarde fue probablemente *dux* de la provincia Tripolitana.

2 y a Juan, el hijo de Sisiníolo[138], pues ya anteriormente Martino y Valeriano habían llegado a Bizancio, a donde se les
3 había ordenado que vinieran. Por su parte, Salomón, habiendo desembarcado en Cartago y tras librarse de la rebelión de Estotzas, gobernaba con moderación y velaba por la seguridad de Libia reorganizando el ejército y enviando a Bizancio y ante Belisario a todos aquellos elementos sospechosos que encontrara en su seno, alistando a nuevos soldados para cubrir las bajas de efectivos y expulsando de toda Libia a los que quedaban de entre los vándalos y, especialmente, a todas sus mujeres. Rodeó cada una de las ciudades con una muralla y guardando las leyes muy estrictamente,
4 conservó la autoridad de la manera más firme posible. Y Libia llegó a ser, bajo su mandato, poderosa por sus recursos
5 financieros y, en los demás aspectos, próspera. Y cuando él lo tuvo todo dispuesto de la mejor manera posible, retomó la
6 guerra contra Yaudas y los moros del monte Aurasio. En primer lugar, envió a Gontaris, uno de los oficiales de su propia guardia personal, hombre capacitado para la guerra,
7 con un ejército. Y éste entonces, cuando llegó al río Abigas, puso su campamento cerca de Bagais, una ciudad deshabi-
8 tada[139]. Allí trabó combate con los enemigos y, resultando vencido en la batalla, se retiró a su atrincheramiento donde
9 fue presionado por el asedio de los moros. Posteriormente, sin embargo, el propio Salomón llegó con todo el ejército y cuando estuvo a una distancia de sesenta estadios del campamento que mandaba Gontaris, se hizo construir una em-

[138] Aparte de Procopio, solamente Coripo menciona a Juan, el hijo de Sisiníolo, en este caso, en calidad de *dux*.

[139] Bagais está situada a 90 Kms. al oeste de Tebesta (cf. IV 21, 19; la actual Tebessa) y a 100 Kms. al sureste de Cirta (la actual Constantina).

palizada y permaneció allí[140]; y tras escuchar todo lo que les
había sucedido a Gontaris y a sus hombres, les envió una
parte de su ejército y les pidió que lucharan contra los ene-
migos con ánimo. Pero los moros, habiendo sido superiores 10
en el combate precedente, como se ha contado, obraron de
la siguiente manera. El río Abigas fluye desde el Aurasio y, 11
descendiendo hasta la llanura, riega las tierras justo como
desea la población de la zona, pues los nativos dirigen su 12
corriente hacia aquel lugar que consideran que les puede
interesar en ese momento concreto, pues se da la circuns-
tancia de que en esa llanura existen multitud de canales en
los que el río Abigas se divide y, penetrando en todos ellos,
se pierde bajo tierra y reaparece al aire libre antes de juntar-
se de nuevo la corriente del río. Este fenómeno, que se pro- 13
duce en la mayor parte de la llanura, permite a los habitan-
tes de la región utilizar conforme a sus deseos las aguas de
este río o bien rellenando de tierra los canales o bien abrién-
dolos de nuevo. Así pues, en esas circunstancias, los moros, 14
tras obstruir todos los canales de la zona, permitieron que
toda la corriente entera fluyese en torno al campamento de
los romanos. A consecuencia de esto, se formó entonces un 15
profundo e intransitable pantano que los dejó completamen-
te aterrados y en total imposibilidad de actuar. Enterado de
esta circunstancia Salomón, llegó a toda velocidad. Los bár- 16
baros, sintiendo miedo entonces, se retiraron al pie del mon-
te Aurasio. Y en un lugar que ellos denominan Babosis[141]

[140] Sesenta estadios equivalen a 10,8 kilómetros aproximadamente. Con toda probabilidad Salomón estableció su campamento al este de Bagais en la ruta Tebesta-Bagais-Tamugadis, que rodea de este a oeste, por su vertiente norte, los montes de los Nemenchas y el Aurés.

[141] En el sistema montañoso del Aurés, su emplazamiento es desconocido, aunque puede identificarse con Iabûs, a 6 Kms. al este de Timgad (la antigua Tamugadis).

17 establecieron el campamento y allí permanecieron, momento en el que Salomón levantó el campo y llegó a ese lugar con la totalidad del ejército. Trabó el combate con los enemigos y los venció de forma decisiva y los puso en fuga.
18 Después de esto, los moros pensaron que no era conveniente para ellos combatir con los romanos en pie de igualdad, pues no albergaban esperanzas de derrotarles a ellos en una batalla de esa clase, pero sí las tenían, teniendo en cuenta las dificultades naturales del Aurasio, de que los romanos, debido a la fatiga que tendrían que soportar, se retiraran de allí en poco tiempo de la misma forma en que lo habían hecho an-
19 teriormente. En consecuencia, la mayor parte de los enemigos se encaminó hacia Mauritania y los bárbaros que vivían al sur del monte Aurasio, pero Yaudas permaneció allí con veinte mil moros. Se daba la circunstancia de que él había construido una fortaleza en el Aurasio, de nombre Cerbule[142], donde entró con la totalidad de los moros y permane-
20 ció sin moverse. Pero Salomón quería perder el menor tiempo posible en un asedio y, dándose cuenta de que las llanuras que rodeaban la ciudad de Tamugadis estaban repletas de trigo maduro, condujo su ejército hasta ellas e instalándose allí, devastaba el territorio. Más tarde, una vez que le hubo pegado fuego a todo, regresó de nuevo a la fortaleza de Cerbule.

21 Pero durante el tiempo en que los romanos estuvieron asolando el territorio, Yaudas, dejando atrás a algunos moros, tantos como consideraba que serían suficientes para la vigilancia de la fortaleza, ascendió él personalmente a la cumbre del Aurasio con el resto del ejército a fin de evitar que, en caso de ser asediados allí en Cerbule, les faltasen los ví-

[142] También en el monte Aurasio o macizo del Aurés. Su emplazamiento es desconocido.

veres. Encontró un lugar elevado con riscos por todas partes 22
y oculto por rocas escarpadas, que recibía el nombre de
Tumar[143], donde permaneció sin moverse. Por su parte, los 23
romanos estuvieron asediando la fortaleza de Cerbule durante tres días y, utilizando sus arcos, comoquiera que la muralla no era alta, alcanzaron a muchos de los bárbaros en
los parapetos. Y dio la casualidad de que todos los jefes de los 24
moros resultaron alcanzados por estos misiles y murieron. Y 25
una vez que hubieron transcurrido los tres días y cayó la noche, los romanos, que no se habían enterado en absoluto de la muerte de los cabecillas de los moros, estaban pensando
levantar el asedio, pues le parecía preferible a Salomón mar- 26
char contra Yaudas y la masa de moros considerando que, si podía capturarlos al término de un asedio, los bárbaros de Cerbule se rendirían ante ellos más fácilmente y oponiendo
menos resistencia. Pero los bárbaros, pensando que no po- 27
drían resistir el asedio, dado que todos sus jefes estaban ya muertos, decidieron escapar a toda velocidad y abandonar la
fortaleza. En consecuencia, huyeron todos inmediatamente 28
en silencio y sin permitir que los enemigos se apercibiesen de ninguna manera, y los romanos al amanecer se prepara-
ban para batirse en retirada. Como no aparecía nadie en la 29
muralla, a pesar de que sus enemigos se estaban retirando, se quedaron asombrados y se expresaron los unos a los otros
su perplejidad. Y en este estado de incertidumbre, le dieron 30
la vuelta a la fortaleza y encontraron abierta la poterna por
la cual los moros habían salido huyendo. Una vez penetra- 31
ron en la fortaleza, se dedicaron a saquearlo todo, sin pensamiento alguno de salir en persecución de los enemigos, unos hombres que habían partido con un equipo ligero y que

[143] Evidentemente en el Aurés, pero sin que podamos tampoco establecer su localización.

32 estaban familiarizados con las tierras de aquel sector. Y cuando lo hubieron saqueado todo, dejaron establecida una guarnición para vigilar la fortaleza y todos reemprendieron la marcha adelante a pie.

20 Y al llegar a la zona de Tumar, donde los enemigos se habían encerrado y permanecían sin moverse, establecieron el campamento por allí cerca en un sector accidentado, en el que no iban a tener abundancia ni de agua, excepto una escasa cantidad, ni de ninguna de las otras comodidades indis-
2 pensables. Y habiendo ya transcurrido bastante tiempo sin que los bárbaros efectuasen salida alguna contra ellos, los romanos mismos, no menos abrumados por el asedio que sus adversarios, sino más todavía, empezaban a impacientarse.
3 Más que nada, estaban molestos por la falta de agua, que en aquellos momentos vigilaba personalmente Salomón, dán-
4 doles no más de una copa a cada hombre por día. Y como él los vio manifestar abiertamente su descontento y su incapacidad de soportar ya por más tiempo sus sufrimientos de entonces, planeó efectuar una tentativa sobre la plaza, aun a pesar de que ésta era de difícil acceso y, tras convocarlos a
5 todos, les dirigió la siguiente arenga: «Después de que Dios nos ha permitido a los romanos asediar a los moros en el monte Aurasio, acción que anteriormente habría estado por encima de lo que podría esperarse y ahora todavía resulta completamente increíble al menos para los que no sean testigos de los hechos, es preciso también que nosotros secundemos la ayuda que nos viene de los Cielos y que no traicionemos su favor, sino que, por el contrario, afrontando con entusiasmo el peligro, aspiremos a la felicidad que emana
6 del éxito alcanzado. En efecto, en los asuntos humanos, el desenlace final depende siempre de la oportunidad del momento, pero si alguien, por haberse comportado como un cobarde, traiciona a su propia fortuna, no podría hacer re-

caer la culpa sobre esta última de forma justificada, cuando
es él el responsable de la situación. Sin duda, vosotros es- 7
táis apreciando la debilidad de los moros y el lugar donde se han encerrado y mantienen la vigilancia privados de todo lo
necesario. En lo que a vosotros respecta, es necesario optar 8
por una de estas dos soluciones: o bien dejar de sentiros hastiados de este asedio y esperar la rendición de los enemigos, o bien, desdeñando esta última posibilidad, aceptar la victoria que viene después de haber corrido los riesgos de la batalla. Y hacer la guerra contra estos bárbaros va a ser lo más 9
exento de peligro para nosotros, en tanto en cuanto ellos están luchando contra el hambre, por lo que yo estoy seguro de que ellos no vendrán a un encuentro con nosotros. Teniendo en cuenta, pues, todo esto en el momento presente, os conviene llevar a efecto todo lo que se os ha ordenado con entusiasmo.»

Tras haber pronunciado Salomón esta arenga, examinó 10
él a fondo desde dónde sería más recomendable para ellos efectuar una tentativa sobre la plaza y por un muy largo espacio de tiempo pareció estar indeciso pues las dificultades del terreno se le mostraban absolutamente insuperables. Pe- 11
ro mientras Salomón revolvía en su mente estas consideraciones, el azar le proporcionó la siguiente vía de realización
de su empresa: En su ejército había un tal Gezón, soldado de 12
infantería y que era *optio*[144] del destacamento al cual estaba adscrito el propio Salomón —en efecto, tal es el nombre que los romanos dan al encargado de pagar las soldadas—. Este Gezón, o bien por divertirse o por un arrebato 13
de cólera, o quizá incluso movido por un impulso divino, empezó a ascender solo, aparentemente yendo contra los

[144] Véase III 17, 1 y nota 245 del libro III.

enemigos, y a poca distancia de él iban algunos de sus com-
pañeros de armas, enormemente sorprendidos de lo que es-
14 taba sucediendo. Entonces, tres de los moros, que habían re-
cibido la orden de vigilar el acceso al lugar, sospechando
que el hombre iba a desafiarlos, fueron a su encuentro a la
15 carrera. Y como marchaban por un lugar estrecho, no po-
dían mantenerse formados ordenadamente, sino que cada
16 uno iba separado de los demás. Y Gezón golpeó al primero
con el que se encontró y le dio muerte, despachando poste-
riormente y de la misma manera a cada uno de los otros dos.
17 Al contemplar este espectáculo los que marchaban en la re-
taguardia, avanzaron contra los enemigos con un fuerte gri-
18 terío y gran agitación. Y cuando todo el ejército romano vio
y escuchó lo que se estaba llevando a cabo, sin esperar ni
que el general les mostrara el camino ni que las trompetas
dieran la señal de combate, como era costumbre, y sin con-
servar siquiera el orden de la formación, sino formando un
gran alboroto y dándose ánimos mutuamente, corrían en di-
19 rección al campamento de los enemigos. Allí Rufino y Leon-
cio, los hijos de Zauno, hijo de Faresmanes, hicieron un
despliegue de acciones dignas de mérito contra los enemi-
20 gos. Aterrorizados por esto, entonces, los moros, cuando
además se enteraron de que sus guardias habían sido elimi-
nados, inmediatamente se dieron a la fuga por donde a cada
uno le fue posible, y la mayor parte de ellos fueron intercep-
21 tados en el terreno dificultoso y murieron. El propio Yau-
das, aunque herido en un muslo por una jabalina, sin em-
22 bargo consiguió escapar y se retiró a Mauritania. Pero los
romanos, tras saquear el campamento de los enemigos, de-
cidieron no abandonar ya más el monte Aurasio, sino esta-
blecer guarniciones en las plazas fuertes que Salomón iba a
construir allí, para que esta montaña no fuera de nuevo ac-
cesible para los moros.

Hay en el Aurasio una roca perpendicular que se alza en 23
medio de los precipicios: a dicha piedra los nativos del lugar
la llaman «Roca de Geminiano»[145]. Allí las gentes de anta-
ño habían construido una torre, haciéndola extremadamente
pequeña, como una especie de refugio, sólida e inexpugna-
ble, ayudados por las características naturales del enclave.
En esta torre se daba la circunstancia de que Yaudas había 24
depositado pocos días antes su dinero y sus mujeres, dejan-
do a uno de los moros, un anciano, como guardián del dine-
ro, pues él nunca podía haber sospechado que los enemigos 25
accedieran a ese sector ni que en toda la eternidad pudieran
conquistar la torre por la fuerza. En aquel momento, sin em- 26
bargo, los romanos, que proseguían con sus prospecciones
por los terrenos difíciles del Aurasio, llegaron hasta allí y
uno de ellos intentó, entre risas, realizar la ascensión a la to-
rre, pero las mujeres comenzaron a burlarse de él porque, a
sus ojos, estaba él intentando una empresa imposible. Tam- 27
bién el anciano hacía lo propio, asomándose desde la torre.
Pero cuando el soldado romano, subiendo con ayuda de sus
manos y pies, se encontró cerca de ellos, desenvainó su es-
pada quedamente, saltó lo más rápidamente que pudo y
acertó a herir en el cuello al viejo, consiguiendo cortárselo
de parte a parte. Cayó entonces a tierra su cabeza y los sol- 28
dados, envalentonados ahora y sosteniéndose los unos a los
otros, subieron a la torre y sacaron de allí tanto a las mujeres
como el dinero, del cual había una cantidad extraordinaria.
Gracias a este dinero Salomón rodeó de murallas a muchas 29
de las ciudades de Libia.

---

[145] Se ha identificado en ocasiones esta «Roca de Geminiano» con Djemina, al suroeste del Aurés, pero, como Procopio no describe con precisión su emplazamiento, hay otros parajes en el flanco sur del macizo que también podían corresponderse con lo escarpado y difícil del lugar.

30 Y cuando los moros se hubieron retirado de Numidia,
derrotados de la manera que se ha descrito, el territorio de
Zabe, situado al otro lado del monte Aurasio y que recibe el
nombre de «La Primera Mauritania» y que tiene como me-
trópolis a la ciudad de Sitifis[146], fue anexionado al Imperio
31 Romano como provincia sujeta al pago de tributo, pues, de
la otra Mauritania, Cesarea es la primera ciudad, donde resi-
día Mástigas[147] con sus moros, que tenía todos los territorios
de la zona sujetos a tributo a excepción de la ciudad de Ce-
32 sarea. Esta ciudad, en efecto, la había recuperado Belisario
anteriormente para los romanos, como ha quedado indicado
en la narración precedente[148]. Los romanos viajan siempre
hacia ella en barco, pero no pueden ir por tierra puesto que
33 los moros habitan en esa región. Como resultado de esto,
todos los libios, que eran súbditos de los romanos, habién-
doles tocado en suerte disfrutar de una paz sólida, consideran-
do a Salomón un gobernante prudente y de gran moderación
y no teniendo en sus mentes desde entonces en adelante
ninguna intención de hacer la guerra, daban la impresión de
ser los más afortunados de todos los hombres.

21 Pero tres años más tarde sucedió que toda su general
prosperidad se transformó justo en lo contrario, pues en el

---

[146] Zabe y su territorio, es decir, la llamada «Primera Mauritania», frente a la Mauritania Cesariana, evidentemente, la que rodea la ciudad de Cesarea (Yol o Cherchell) corresponde a Zabi Justiniana (Bouchelga actualmente), se encuentra situada a 5 Kms. al sureste de Sila y, en consecuencia, a poca distancia del Chott el-Hodna. El otro punto de referencia lo constituye la ciudad de Setif (cf. nota 305 del libro III), de la cual está a una distancia de 45 Kms. al suroeste.

[147] Llamado Mástinas en IV 13, 19. En realidad, Mástigas vivía en la Mauritania Cesariana y no en la ciudad de Cesarea, aunque la sintaxis del texto nos lleva a entender, más bien, esto último.

[148] Cf. IV 5, 5.

decimoséptimo año del reinado del emperador Justiniano[149], Ciro y Sergio, los hijos de Baco, el hermano de Salomón, habían recibido del emperador el mando de las ciudades de Libia: Ciro, el mayor, de Pentápolis y Sergio, de Trípolis[150]. Y los moros que reciben el nombre de levatas[151] con 2
un gran ejército llegaron a la ciudad de Leptimagna[152] a presencia de Sergio propagando el rumor de que la razón por la que habían venido era para que éste les entregara los obsequios y las insignias acostumbrados[153] y asegurara de esa forma la paz. Sin embargo, Sergio, convencido por Puden- 3
cio, hombre oriundo de Trípolis, del cual precisamente he hecho yo mención en el libro anterior[154] por haber servido al emperador Justiniano frente a los vándalos al comienzo de la guerra contra éstos, recibió a ochenta de los bárbaros, sus hombres más notables, en la ciudad, prometiéndoles sa-

[149] El decimoséptimo año de su reinado comienza el 1 de agosto del 543 d. C. y concluye el 31 de julio del 544.

[150] Oficialmente, Ciro era *dux* de la Pentápolis, es decir, de la parte principal de la Cirenaica (en territorio de la actual Libia), mientras que Sergio fue nombrado *dux limitis Tripolitanae* en el año 543 d. C., quedando bajo la autoridad de Salomón: *dux*, por lo tanto, de *Trípolis*, esto es, de la Tripolitana o Tripolitania. Baco, el hermano de Salomón, es un personaje desconocido que no parece haber desempeñado ningún cargo político. De Ciro no se tienen más datos que los que nos proporciona Procopio.

[151] Los *Leuáthai* o levatas eran, en realidad, un conjunto de tribus bereberes que se instalaron en la provincia Tripolitana (la *Trípolis* de Procopio), donde ya a finales del siglo III d. C. hacen acto de aparición con ese nombre.

[152] Leptimagna o *Leptis Magna*, capital de la provincia Tripolitana, es la actual Lebida o Lebda en Libia, ciudad marítima al igual que su homónima de Numidia: *Leptes* o *Leptis Parva*. La Tripolitana empezó a tener problemas con unas tribus bereberes denominadas *Austuriani* ya a partir de los siglos IV y V.

[153] Cf. III 25, 4 ss.

[154] III 10, 22 ss.

tisfacer todas sus peticiones, pero al resto les ordenó que
4 permanecieran en los arrabales. Entonces, tras haberles dado
garantías en lo referente a la paz a los ochenta hombres es-
tos, los invitó entonces a un banquete. Sin embargo, se dice
que esos bárbaros habían llegado a la ciudad con intencio-
nes traicioneras, en concreto con la idea de tender una tram-
5 pa a Sergio y darle muerte. Y a lo largo de la entrevista que
tuvieron con él, profirieron múltiples acusaciones contra los
romanos y, en particular, afirmaban que sus cosechas habían
6 sido devastadas sin necesidad[155]. A estas acusaciones Sergio
no les prestó atención y finalmente se levantó de su asiento
7 con la intención de irse. Y uno de los bárbaros, cogiéndolo
8 por el hombro, intentó impedirle que se marchara. En ese
momento, los demás comenzaron a gritar, congregándose a
9 la carrera en torno a Sergio. Pero uno de los guardias perso-
nales de éste, tras desenvainar su espada, dio muerte a uno
10 de los moros. Como resultado de esto se produjo, lógica-
mente, un gran tumulto en la habitación y los guardaespal-
11 das de Sergio mataron a todos los bárbaros. Pero uno de
ellos, en cuanto vio muertos a todos los demás, salió de un
salto del edificio donde estaban teniendo lugar estos suce-
sos, pasando desapercibido a todos y, llegando ante sus com-
pañeros de tribu, les informó de la suerte que habían corrido
12 los otros. Enterados de todo lo sucedido, se retiraron a su
propio campamento y junto con todos los demás tomaron
13 las armas contra los romanos. Habiendo llegado ya ellos a las
proximidades de la ciudad de Leptimagna, vieron venir a su
encuentro a Sergio y a Pudencio, acompañados de la totali-
14 dad del ejército. Tuvo lugar entonces un encuentro cuerpo a
cuerpo en el que primeramente estaban venciendo los roma-

[155] En el verano del 543 d. C. tomando como punto de referencia la cronología de los sucesos posteriores.

nos y mataron a muchos de los enemigos y, saqueando el
campamento de éstos, se apoderaron de sus riquezas y con-
virtieron en prisioneros a un gran número de mujeres y
de niños; posteriormente, sin embargo, Pudencio, dominado 15
por un atrevimiento temerario, resultó muerto y Sergio, con
el ejército de los romanos, pues ya estaba oscureciendo, se
dirigió hacia Leptimagna.

Más tarde[156], los bárbaros se lanzaron a una nueva cam- 16
paña militar contra los romanos con una preparación mayor.
Sergio se dirigió al encuentro de su tío Salomón con el pro-
pósito de que también él fuese contra los enemigos con un
ejército superior; precisamente en casa de Salomón, por otra
parte, se encontró con su hermano Ciro. Los bárbaros, en- 17
contrándose ya en Bizacio, por medio de escaramuzas, sa-
quearon la mayor parte de las tierras de la zona[157] y Antalas
—personaje mencionado ya por mí en algún capítulo ante-
rior[158] por haber conservado su lealtad a los romanos y ser,
debido a eso, el único que gobernaba sobre los moros en Bi-
zacio— ya entonces había emprendido una guerra contra
Salomón, porque éste último lo había privado de las dota-
ciones de trigo con las que el emperador lo honró en su mo-
mento, habiendo matado además a su hermano[159] bajo la
acusación de que había sembrado el desorden producido en-
tre la población de Bizacio. Por lo tanto, en aquel momento 18
Antalas se alegró de ver llegar a esos bárbaros y, tras con-
cluir con ellos una alianza militar, los condujo contra Salo-
món y Cartago.

---

[156] O bien a finales del año 543 o, todo lo más, durante el primer trimestre del 544 d. C.

[157] Con toda probabilidad, el sur de la provincia bizacena o Bizacio, aproximadamente la mitad sur del Túnez actual.

[158] IV 12, 30.

[159] Gaurizila.

19 Sin embargo, Salomón, tan pronto como se enteró de esto, movilizando a todo su ejército y marchando contra ellos[160], se los encontró en las proximidades de la ciudad de Tebesta[161], que estaba situada a seis días de viaje de Cartago, y estableció su campamento en compañía de los hijos de su hermano Baco: Ciro, Sergio y el más joven, Salomón[162].
20 Y presa del temor a causa del elevado número de bárbaros, envió emisarios ante los jefes de los levatas, reprochándoles que, a pesar de estar entonces ligados a un tratado de paz con los romanos, hubiesen tomado posteriormente las armas contra ellos y los atacasen, y pidiéndoles que confirmasen la paz existente entre ambos pueblos; además él les prometió prestar los más solemnes juramentos de que verdaderamente él les aplicaría la amnistía por todas las acciones cometidas
21 por ellos contra los romanos. Sin embargo, los bárbaros, mofándose de sus palabras, respondieron que, sin ninguna duda, él invocaría en sus juramentos las Sagradas Escrituras de los cristianos, las que comúnmente se suele denominar
22 «Evangelios». Por lo tanto, después de que Sergio, tras haber pronunciado unos juramentos de esta clase, posterior-

[160] La revuelta de Antalas se produjo durante el invierno del 543 al 544 y los sucesos militares que a continuación se refieren datan de la primavera del 544 d. C.

[161] *Tebéstē*, transcripción usada por Procopio del *Thebesta* latino, antigua ciudad de Numidia que corresponde a la actual Tebessa, ciudad perteneciente hoy día a Argelia y que se encuentra en las proximidades de la frontera entre Argelia y Túnez. En línea recta está a una distancia de Cartago de aproximadamente 250 Kms. al suroeste, los cuales se corresponden con los c. 230 que suponen los seis días de ruta que indica Procopio.

[162] Primera vez que se menciona a Salomón el Joven, sobrino de Salomón y el menor de los tres hijos de Baco.

mente hubiera dado muerte a los que confiaron en ellos[163], era del agrado de los bárbaros desencadenar una batalla y poner a prueba a esas mismas Sagradas Escrituras, con el fin de verificar qué clase de poder tienen contra los perjuros, de tal forma que puedan tener una absoluta confianza en ellas y así finalmente llegar a un acuerdo con los romanos. Tras escuchar estas palabras, Salomón hizo sus preparativos para entrar en batalla.

Y al día siguiente trabó combate[164] con una porción de 23
los enemigos que llevaba consigo la mayor cantidad posible
de botín y, tras vencerlos en el encuentro, les arrebató todo
el botín y lo mantuvo bajo custodia. Y como a los soldados 24
les resultaba insufrible y llevaban muy a mal que él no distribuyera entre ellos el producto del pillaje, les decía que estaba esperando el resultado de la guerra con vistas a repartirlo todo en ese momento y que cada uno recibiera la
parte que le correspondiese de acuerdo con sus méritos. Pe- 25
ro cuando los bárbaros se lanzaron a su encuentro por segunda vez con la totalidad de su ejército, entonces algunos de los romanos se quedaron atrás y los demás marcharon a
la batalla sin entusiasmo. Al principio, pues, la batalla se 26
mantuvo indecisa, pero, más tarde, al superarles los moros gracias a la enorme masa de soldados que llenaban sus filas, la mayoría de los romanos se dieron a la fuga, mientras que Salomón y algunos de los hombres que estaban en torno a él resistieron durante un tiempo frente a los disparos de los enemigos, pero, posteriormente, obligados por la violencia de los adversarios, huyeron apresuradamente y llegaron a un barranco formado por una torrentera que corría por aquella

[163] Referencia a la matanza de los ochenta notables que aparece en IV 21, 7, pasaje en el que, sin embargo, no se menciona ningún juramento sobre las Sagradas Escrituras.

[164] En las proximidades de la ciudad de Tebesta.

27 zona, lugar donde tropezó el caballo de Salomón y tiró a tierra a su jinete; sin dilación, los oficiales de su guardia personal lo levantaron en brazos y lo depositaron de nuevo a
28 lomos del caballo. Pero al estar muy dolorido e incapaz de sostener las riendas, fue capturado por los bárbaros, que le dieron muerte a él y a muchos de sus guardaespaldas. Así fue, pues, como se produjo la muerte de Salomón.

22 Tras la muerte de Salomón, Sergio, que, como se ha dicho, era su sobrino, recibió el gobierno de Libia por conce-
2 sión del emperador[165]. Y este hombre llegó a ser el principal responsable de las numerosas pérdidas que sufrió entonces la población de Libia y todos estaban descontentos con su gobierno: por una parte, los oficiales porque, siendo él extremadamente estúpido e inmaduro tanto de carácter como de edad, se comportaba como el más presuntuoso de todos los hombres y les insultaba sin ninguna razón justificada y los menospreciaba valiéndose siempre del poder que le proporcionaba su riqueza y de la autoridad de su cargo; por otra, los soldados, porque era enteramente un cobarde y un pusilánime; finalmente, los libios, no sólo por estas mismas razones, sino también porque había mostrado una insólita inclinación por las mujeres y las riquezas ajenas.

3 Pero, por encima de todos, el que mostraba mayor animosidad hacia el gobierno de Sergio, era Juan, el hijo de Sisiníolo pues, aunque era un guerrero capacitado y un hombre que gozaba de una excepcional reputación, no encontró
4 en Sergio más que ingratitud. Razón por la cual ni él ni na-

[165] Parece ser que fue en la primavera del 534 cuando Sergio se convirtió en *magister militum* o jefe de los soldados y también, sin ninguna duda, en prefecto del pretorio, aun cuando no tengamos constancia documental de ello. Sergio estuvo desempeñando sus funciones hasta el otoño del 545 d. C., momento en el que Justiniano se vio obligado a destituirlo debido a su manifiesta incompetencia.

die más entre todos deseaba levantarse en armas contra los
enemigos. Pero casi todos los moros seguían a Antalas y 5
Estotzas, al que habían hecho venir de Mauritania. Y como 6
ningún enemigo salía a atacarles, empezaron a devastar el
país, haciendo presa de todo impunemente. Entonces Anta-
las le escribió una carta al emperador Justiniano, cuyo con- 7
tenido reflejaba lo siguiente:

«Que soy un esclavo de tu Imperio ni siquiera yo mismo
estaría en condiciones de negarlo, pero los moros, habiendo
sufrido un trato vejatorio a manos de Salomón en tiempos
de paz, se ven obligados ahora de la manera más acuciante a
tomar las armas, no levantándolas contra ti, sino rechazando
de nosotros a nuestro enemigo personal, y ése es particu-
larmente mi caso, pues él no sólo decidió privarme de las 8
dotaciones de trigo que precisamente, mucho tiempo antes,
había determinado Belisario para mí y tú me habías conce-
dido, sino que además mató a mi hermano, aun cuando no
tenía delito alguno que imputarle. En consecuencia, hemos 9
tomado venganza sobre el que ha cometido injusticia contra
nosotros. Pero si es de tu agrado que los moros sean escla-
vos de tu Imperio y que le sirvan en todo momento y cir-
cunstancia, como están acostumbrados a hacer, ordena a Ser-
gio, el sobrino de Salomón, que se marche lejos de aquí y
regrese a tu lado y, en su lugar, envía a Libia a otro general,
pues tú no estarás falto de hombres inteligentes y más dig- 10
nos que Sergio en todos los aspectos, dado que, mientras
que ese individuo esté mandando a tu ejército, será imposi-
ble establecer la paz entre los romanos y los moros.»

Tal fue el contenido de la carta de Antalas. El empera- 11
dor, sin embargo, aun después de leerla y habiéndose ente-
rado de la animadversión común de todos hacia Sergio, ni
siquiera así estaba dispuesto a relevarlo de su cargo por de-
ferencia a los méritos de Salomón y, especialmente, por la

manera en que éste último terminó su vida. Este fue, pues,
el curso que tomaron aquellos acontecimientos.
12 Por su parte, Salomón, el hermano de Sergio, que se
creía que había desaparecido de entre los hombres junto con
su tío Salomón, fue olvidado por su hermano y todos los
demás; nadie, en efecto, sabía que él estaba todavía con vi-
13 da. Pero se daba la circunstancia de que los moros lo habían
capturado vivo, pues era muy joven, y le habían preguntado
14 quién era. Él afirmó ser vándalo de nacimiento, pero esclavo
de Salomón; además, dijo que tenía un amigo, un médico
llamado Pegasio, en Láribo[166], ciudad que estaba situada
por allí cerca, y que lo podría comprar pagando el precio del
15 rescate. Así pues, los moros se aproximaron mucho a la mu-
ralla de la ciudad, llamaron a Pegasio y le mostraron a Sa-
lomón; finalmente, le preguntaron si era de su agrado com-
16 prarlo. Y como él estuvo de acuerdo en pagar el rescate, le
17 vendieron a Salomón por cincuenta piezas de oro. Pero cuan-
do se encontró Salomón dentro del recinto de la ciudad, se
burló de los moros porque los había engañado, siendo como
era un muchachillo y afirmaba ser Salomón en persona, el
18 hijo de Baco y sobrino de Salomón. Por su parte, los moros,
profundamente afectados por lo sucedido y considerando
cosa terrible el hecho de que, teniendo en la persona de Sa-
lomón una sólida garantía sobre el comportamiento de Ser-
gio y de los romanos, la hubiesen dejado escapar de tan ne-
gligente forma, llegaron a Láribo y pusieron sitio a la ciudad
con idea de capturar a Salomón y, al mismo tiempo, tomar
19 la ciudad. Y los sitiados, sintiendo auténtico terror ante el
asedio de los bárbaros, pues se daba la circunstancia de que

---

166 *Láribos* (transcripción griega del latín *Laribus)* es una pequeña ciudad perteneciente a Numidia, situada a 155 Kms. en línea recta de Cartago y a 17 al sureste de Kef y que corresponde a la actual Henchir Lorbeus.

ni siquiera se habían provisto de víveres, entraron en negociaciones con los moros, presentándoles la propuesta de que levantaran el asedio de inmediato a cambio de recibir una elevada suma de dinero. Por su parte, los moros, pensando 20
que no podrían tomar la ciudad al asalto, pues ellos no estaban en modo alguno ejercitados en el arte de atacar fortificaciones e ignorando por completo que los sitiados estaban escasos de provisiones, acogieron con agrado la propuesta y, tras haber recibido tres mil piezas de oro, disolvieron el asedio y todos los levatas se retiraron a sus lugares de residencia.

Sin embargo, Antalas y el ejército de los moros se re- 23
unieron de nuevo en Bizacio y junto a ellos estaba Estotzas, que venía acompañado de un reducido grupo de soldados y de vándalos[167]. Y Juan, el hijo de Sisiníolo, al pedírselo con 2
mucha insistencia los libios, reunió un ejército y marchó contra ellos. Se daba la circunstancia de que el tracio Hime- 3
rio[168] estaba al mando de los destacamentos de Bizacio y entonces a este hombre Juan le ordenó que se trajese todas las tropas de allí junto con los que estaban al mando de cada destacamento y se llegase a un lugar llamado Menefese, que está en Bizacio, y uniese sus fuerzas a las suyas[169]. Más tar- 4
de, sin embargo, al escuchar que los enemigos estaban acampados allí mismo, le escribió a Himerio comunicándole lo que había sucedido e indicándole que se reuniera con ellos en otro lugar, con idea de que fueran al encuentro de los enemigos no por separado, sino todos juntos. Pero por cierto 5

[167] Año 544 d. C.

[168] Prácticamente la única información de que disponemos sobre Himerio es lo que nos dice Procopio en este pasaje.

[169] Menefese, actualmente Henchir Djemmich, se encontraba situada a unos 25 kilómetros al noroeste de Susa, en las extensas llanuras que separan el lago de Kelbia de la Sebhka Djeriba, cerca del río El Menfedh.

suceso casual, los encargados de llevar la carta tomaron otra carretera y no pudieron encontrar en ninguna parte a Himerio, sino que éste vino a dar con todo su ejército en el cam-
6 pamento de los enemigos y cayó en poder de ellos. Pero había en el seno de ese ejército romano cierto joven, un tal Severiano, hijo de Asiático, fenicio nativo de Emesa[170], que
7 estaba al mando del destacamento de caballería. Éste solo, junto con los soldados que estaban bajo sus órdenes, en número de cincuenta, trabó entonces combate con los enemi-
8 gos. Y durante un tiempo ellos ofrecieron resistencia, pero, más tarde, obligados por el muy numeroso contingente de soldados enemigos, subieron a la carrera a una colina que se encontraba en las proximidades, un lugar donde también
9 había una fortaleza que no ofrecía seguridad. Por esta razón precisamente, se rindieron a los enemigos en cuanto éstos
10 subieron hasta allí para atacarles. Sin embargo, los moros no le dieron muerte ni a él ni a ninguno de sus soldados, sino que hicieron prisioneros a todos, a Himerio lo pusieron bajo vigilancia y a sus soldados se los entregaron a Estotzas, pues éstos aceptaron, mostrando un gran entusiasmo, marchar con ellos contra los romanos. Sin embargo, a Himerio lo amenazaron con matarlo en caso de no cumplir las órde-
11 nes que se le daban. Lo que á él le ordenaban era que pusiese en sus manos, por medio de alguna artimaña, la ciudad costera de Adrumeto[171]. Y dado que él persistió en afirmar

[170] Personaje desconocido. Con respecto a Emesa, debemos recordar que fue una ciudad antigua de cierto renombre, situada a unos 170 kilómetros al sur de Antioquía y que a comienzos del s. VI d. C. pertenecía a la provincia de la Fenicia Libanesa.

[171] La variante empleada por Procopio es *Adrametós*, que corresponde al latín *Hadrumetum* o *Adrumetum* (o incluso *Hadrumeta)*; del griego *Adroumetós*, nombre de la antigua ciudad marítima que fue colonia fenicia primero y romana en tiempos del emperador Trajano. Era la capital de la provincia Bizacena y, como tal, lugar de residencia del *dux* Hime-

que era de su agrado hacerlo, marcharon junto con él contra Adrumeto. Y cuando se encontraron en las proximidades de 12 la ciudad, enviaron a Himerio ligeramente adelantado en compañía de algunos soldados de los que seguían a Estotzas y llevando consigo a algunos moros, encadenados evidentemente, en tanto que los soldados, finalmente, le seguían por detrás. A Himerio le encargaron que les dijese a los que 13 estaban al mando de las puertas de la ciudad que el ejército del emperador había obtenido una victoria decisiva y que Juan llegaría de inmediato conduciendo a una incontable masa de prisioneros de guerra moros. Y cuando de este modo estuviesen abiertas las puertas, él debía penetrar dentro del recinto amurallado junto con los que le acompañaban. Él 14 actuó conforme a estas instrucciones. Y los ciudadanos de Adrumeto, tras ser engañados de esa forma —pues no podían desconfiar del jefe de todas las tropas de Bizacio—, abrieron de par en par las puertas y acogieron a los enemigos. En ese momento entonces los que entraron junto con 15 Himerio, tras desenvainar sus espadas, ya no permitieron a los guardias de la ciudad que cerraran las puertas, sino que al momento éstos recibieron resignados a todo el ejército de los moros en la ciudad. Los bárbaros, tras saquear la ciudad 16 y dejar a unos pocos guardias apostados allí, se alejaron. Y 17 de los romanos que habían sido capturados vivos, algunos, entre los que se encontraban Severiano e Himerio, huyeron y llegaron a Cartago, pues no les resultó difícil a los que deseaban escapar de los moros el poder hacerlo. Sin embargo,

---

rios. Durante el reinado de Honorico recibió el nombre de Honoricópolis y en tiempos de Justiniano el de Justinianópolis, aunque, más tarde, fue el nombre cristiano de *Sṓzousa* («la salvadora») el que ha pervivido en el actual Sousse o Susa. En cuanto a su localización, la ciudad se encontraba entre Cartago y Tapso, a unos 120 Kms. de la primera.

muchos otros permanecieron junto a Estotzas no en contra de su voluntad.

18 Mas no mucho tiempo después, uno de los sacerdotes, de nombre Paulo, que entonces estaba encargado del cuidado de los enfermos, tuvo una entrevista con uno de los notables de la ciudad y le dijo: «Yo personalmente voy a viajar a Cartago y tengo la esperanza de regresar rápidamente con un ejército, en tanto que vosotros os encargaréis de recibir
19 en la ciudad al ejército del emperador.» Así pues, ellos lo amarraron con unas cuerdas y lo bajaron por la noche desde lo alto de la muralla y éste, tras llegar a la orilla del mar, encontró casualmente un barco de pescadores que había por allí y, tras convencer a sus dueños con una elevada suma de
20 dinero, se hizo a la mar rumbo a Cartago. Después de desembarcar allí y llegar a presencia de Sergio, le contó la historia completa de lo sucedido y le pidió que le proporcionase un ejército considerable con el fin de recuperar la
21 ciudad de Adrumeto. Y como esto no le agradó lo más mínimo a Sergio, pues el ejército que había en Cartago no era numeroso, el sacerdote solicitó de él que le concediera unos pocos soldados; tras recibir no más de ochenta hombres,
22 concibió el siguiente plan. Empezó él por acumular un abundante número de barcos y esquifes e hizo subir a bordo de ellos a numerosos marineros y también a libios tras haberles hecho vestirse con los uniformes que los soldados romanos
23 acostumbran a llevar. Y zarpando con todo el ejército, navegó a toda velocidad directo a Adrumeto. Cuando se encontró muy cerca de la ciudad, envió a algunos hombres en secreto para anunciarles a los notables de la ciudad que Germano, el primo del emperador, había llegado recientemente a Cartago y les había mandado a los ciudadanos de Adru-
24 meto un muy considerable ejército. Y a ellos entonces les pidió que tuviesen ánimo y que aquella noche les dejaran

abierta una poterna de la muralla de la ciudad. Y ellos cum-
plieron estas órdenes. De esta forma, Paulo, con los que le
acompañaban, penetró dentro del recinto amurallado y dio
muerte a todos los enemigos, recuperando la ciudad de Adru-
meto para el emperador; además, el rumor en torno a Ger-
mano, que había partido de allí, llegó hasta Cartago. Y los 26
moros, por su parte, y también Estotzas junto con los que le
seguían, al escuchar estas noticias, se sintieron aterrorizados
al principio y salieron huyendo hasta los confines de Libia,
pero, más tarde, cuando conocieron la verdad, se indignaron
mucho por haber sufrido la suerte que les tenían reservada
los ciudadanos de Adrumeto, a los que ellos, sin embargo,
habían perdonado. Por esta razón efectuaron entonces esca- 27
ramuzas por todas partes y cometieron contra los libios toda
clase de actos vejatorios, sin perdonar a nadie tuviese la edad
que tuviese, por lo que el país quedó despoblado en su ma-
yor parte, pues, de los libios que sobrevivieron, unos escapa- 28
ron a las ciudades y el resto a Sicilia y las demás islas. Sin 29
embargo, casi todos los notables llegaron a Bizancio, entre
los que se encontraba también Paulo, el hombre que había
recuperado la ciudad de Adrumeto para el emperador. Y los 30
moros, sintiendo menos miedo, puesto que nadie venía a
atacarles, lo saqueaban y devastaban todo y, con ellos, Es-
totzas, que ahora había visto acrecentado su poder. En efec- 31
to, muchos soldados romanos le seguían, unos habiendo lle-
gado como desertores y otros que al principio habían sido
prisioneros de guerra pero que ahora permanecían a su lado
voluntariamente. Sin embargo, Juan, que verdaderamente era 32
un hombre que gozaba de cierta reputación entre los moros,
permanecía sin moverse a causa de la extrema animadver-
sión que sentía hacia Sergio.

Entretanto el emperador envió a Libia con unos pocos 24
soldados a otro general, Areobindo, un hombre que era miem-

bro del Senado y de buena posición social, pero sin ninguna
2 experiencia en asuntos bélicos[172]. Y con él mandó a Atanasio, un prefecto que había llegado recientemente de Italia[173], y a un reducido grupo de armenios al mando de Artabanes y de Juan, hijos de Juan y miembros de la familia de los Arsácidas[174], que habían abandonado hacía poco el ejército persa y habían llegado como desertores al bando de los romanos,
3 junto con los demás armenios[175]. Y con Areobindo estaba

[172] Areobindo, hijo de Dagalaïf y nieto de su homónimo Areobindo, que fue cónsul en el año 506, era un senador de noble estirpe al que Justiniano envió a Persia en calidad de embajador imperial. Poco antes de ser nombrado en el 545 d. C. jefe de los soldados de África, se casó con la sobrina de Justiniano, Preyecta.

[173] Prefecto del pretorio de África desde finales del año 545 d. C. hasta, por lo menos, el 548, según los datos de que podemos disponer.

[174] Cf. II 3, 32.

[175] Juan, el padre de Artabanes, perteneciente a la dinastía de los Arsácidas, fue asesinado a traición por Buces, jefe de las milicias, en otoño del 539, hecho por el que los nobles armenios rebeldes se decidieron a solicitar la ayuda del rey persa Cosroes I. Por su parte, de Juan, el hijo del anterior y hermano de Artabanes, sabemos que muere, en este mismo capítulo (§ 15, donde se le llama «Juan el Armenio»), durante el combate con Estotzas y sus tropas. Artabanes, presunto asesino de Acacio, el procónsul de la Primera Armenia (538 d. C.) y también del general armenio Sitas (el yerno de Teodora), encontró refugio junto al rey persa Cosroes en otoño del 539. Se considera que su acción fue una de las causas de que se reanudase el conflicto romano-persa en el año 540. Sin embargo, en fecha anterior al 543, los rebeldes armenios se rindieron al emperador Justiniano razón por la cual, más tarde, Artabanes y sus tropas de armenios pasaron a integrar el ejército de Bizancio. De hecho, el mismo Artabanes formaba parte del cuerpo expedicionario de Areobindo, cuando éste desembarcó en Cartago en la primavera del 545 d. C. Tras la muerte de éste último (finales del 545 o comienzos del 546) y el asesinato del rebelde Gontaris, Artabanes se convirtió en jefe de las milicias de África durante la primera mitad del 546, pero hubo de ceder su puesto siendo sustituido por Juan Trogiita antes de que finalizara el año.

su hermana y Preyecta[176], su mujer, la hija de Vigilancia, la
hermana del emperador Justiniano[177]. Y el emperador ni si- 4
quiera mandó llamar a Sergio, sino que les ordenó a él y a
Areobindo que actuasen como generales de Libia, repar-
tiéndose entre ellos el territorio y los destacamentos de tro-
pas. El emperador le impuso a Sergio la tarea de llevar a 5
término la guerra contra los bárbaros de Numidia y a Areo-
bindo, combatir con energía y sin descanso contra los moros
de Bizacio. Y cuando esta expedición hubo desembarcado 6
en Cartago[178], Sergio se puso en marcha sin dilación para
Numidia con su propio ejército y Areobindo, tras enterarse
de que Antalas y Estotzas tenían establecido su campamento
en los alrededores de la ciudad de Sicaveneria[179], que está
de Cartago a una distancia de tres días de viaje, le ordenó a
Juan, el hijo de Sisiníolo, que fuese contra ellos, tras esco-
ger a los mejores hombres de su ejército y además le escri- 7
bió a Sergio una carta en la que le pedía que uniese sus
fuerzas a las de Juan para que todos juntos avanzasen al en-
cuentro de los enemigos. Sergio, por su parte, decidió no 8
hacer caso del mensaje y de este plan de ataque y Juan, con un
reducido ejército, se vio obligado a trabar combate con una
incontable masa de soldados enemigos. El caso es que siem- 9
pre había existido una gran enemistad mutua entre él y Es-

---

[176] Sobrina de Justiniano, pues era hija de su hermana Vigilancia. Es la hermana del futuro emperador Justino II.

[177] *Bigléntia* es la transcripción griega del *Vigilantia* latino: hermana de Justiniano y esposa de Dulcidio, era asimismo la madre de Preyecta y del sucesor de Justiniano, Justino II.

[178] En la primavera del 545 d. C.

[179] Según Procopio, la ciudad de Sicaveneria (transcripción del latín *Sicca Veneria)* estaba a tres días de ruta de Cartago, por tanto, a unos 120 Kms. Esta ciudad actualmente recibe el nombre de Le Kef y, en realidad, está situada a unos 160 Kms. al suroeste de Cartago, en la Numidia.

totzas y cada uno de ellos dos deseaba ardientemente no abandonar este mundo sin haber sido el verdugo de su ad-
10 versario. En aquellas circunstancias, pues, tan pronto como el combate estuvo a punto de comenzar[180], los dos salieron cabalgando de sus respectivos ejércitos para ir al encuentro
11 el uno del otro. Entonces Juan tendió su arco y le disparó a Estotzas cuando todavía avanzaba hacia él, acertándole en la ingle derecha, y éste, mortalmente herido, cayó allí mismo a tierra, no muerto todavía, aunque la gravedad de la herida sólo le iba a permitir conservar la vida durante un corto
12 espacio de tiempo. Acudieron inmediatamente todos, cuantos le acompañaban y además el ejército de los moros, y colocaron contra un árbol a Estotzas ya con un hilo de vida, para lanzarse ellos seguidamente contra los enemigos con gran furia; y como eran muy superiores en número, pusieron en fuga a Juan y a todos los romanos sin ninguna dificultad.
13 Entonces, en efecto, cuentan que Juan afirmó que ahora la muerte tenía para él una cierta dulzura, puesto que sus plegarias en relación con Estotzas se habían cumplido. Había en aquella zona un terreno en pendiente donde su caballo
14 tropezó y lo tiró a tierra. Y cuando estaba intentando saltar de nuevo sobre él, los enemigos lo capturaron y le dieron muerte a él, un hombre que había llegado a ser destacado tanto en reputación como en valor. Al enterarse de esto Estotzas, expiró, diciendo únicamente que, a partir de ese momen-
15 to, morir le resultaba de lo más agradable. También murió en esa misma batalla Juan el Armenio, hermano de Artabanes, después de haber realizado un despliegue de acciones
16 de mérito frente a los enemigos. Y el emperador, después de

[180] El combate se produjo durante la primavera del año 545 d. C., en realidad en las proximidades de Tacia, la actual Bordj Messaoud, a unos 35 Kms. al noreste de Sica y, aproximadamente, a 125 al suroeste de Cartago.

escuchar todas estas noticias, se sintió profundamente consternado, pues apreciaba a Juan[181] por su bravura y considerando que no era conveniente que los dos generales[182] administraran la provincia, mandó llamar inmediatamente a Sergio y lo envió a Italia con un ejército[183], entregando todo el mando de Libia a Areobindo[184].

Y dos meses después de que Sergio hubiera partido de 25
allí, Gontaris intentó establecerse en el poder de la siguiente
manera. Se daba la circunstancia de que él mismo estaba al
frente de los destacamentos de Numidia y, por esa razón,
pasaba su tiempo allí, pero en secreto estaba tratando con
los moros para incitarles a que marchasen contra Cartago.
En el acto, pues, un ejército de los enemigos que había sido 2
concentrado en un solo lugar, procedente de Numidia y de
Bizacio, se puso en marcha para atacar Cartago lleno de ar-
dor. Al frente de los númidas estaban Cutcinas y Yaudas,
mientras que Antalas iba a la cabeza de los de Bizacio. Y 3
con él estaba también Juan el tirano con sus seguidores,
aquel al que los amotinados habían designado como su jefe
tras la muerte de Estotzas. Y cuando Areobindo se enteró 4
del ataque, hizo venir a Cartago a una serie de oficiales jun-

[181] Ambigua referencia, pues no sabemos con certeza si Procopio se está refiriendo a Juan, el hijo de Sisiníolo, que ha protagonizado los capítulos 23 y 24, o bien al recién nombrado Juan el Armenio, como parece indicar precisamente su proximidad en el texto. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que, al estar todo el capítulo centrado en la persona del hijo de Sisiníolo y en su rivalidad encarnizada con Estotzas, sea a éste a quien se refiera en verdad la muy poco clara mención de Procopio.

[182] Sergio y Areobindo.

[183] Sergio abandonó África en otoño, en noviembre como muy tarde; por lo demás, parece que no sirvió en Italia antes del año 547 d. C.

[184] Areobindo sólo tenía autoridad militar, puesto que Atanasio permaneció como prefecto del pretorio durante varios años más hasta que fue relevado de su cargo entre el 549 y el 552 d. C.

to con sus hombres y, entre ellos, a Gontaris. También tenía
5 a su lado a Artabanes con los armenios. Así pues, Areobin-
do ordenó a Gontaris que condujese a la totalidad del ejér-
6 cito contra los enemigos. Pero Gontaris, aunque le había
prometido servirle a él con celo en la guerra, obró de la si-
guiente manera. A uno de sus sirvientes, moro de naci-
miento y cocinero de oficio, le ordenó que se dirigiese al
campamento de los enemigos y diese a los demás la impre-
sión de que había escapado de su dueño, pero que a Antalas
le dijese en secreto que Gontaris deseaba compartir con él el
7 gobierno de Libia. Así pues, el cocinero actuó conforme a
estas instrucciones y Antalas escuchó encantado esta pro-
puesta, pero únicamente respondió que las empresas nobles,
por su propia naturaleza, no suelen ser presentadas a los
8 hombres por medio de cocineros. Cuando Gontaris escuchó
su reacción, inmediatamente envió junto a Antalas a uno de
sus guardias de corps, de nombre Uliteo, el cual se había
mostrado especialmente leal en su cometido, para invitarle a
9 que viniera lo más cerca posible de Cartago, pues si así
obraba, le prometía que haría desaparecer de la faz de la tie-
10 rra a Areobindo. En consecuencia, Uliteo, sin que lo supiera
el resto de los bárbaros, llegó a un entendimiento con Anta-
las para que éste gobernase sobre Bizacio disfrutando de la
mitad de las riquezas de Areobindo y tomando consigo mil
quinientos soldados romanos, mientras que Gontaris asumi-
ría la condición de rey y ejercería el poder sobre Cartago y
11 el resto de Libia. Y tras llevar a término esta misión, Uliteo
regresó al campamento de los romanos, que ellos habían le-
vantado en su totalidad delante de la muralla que rodeaba la
ciudad, distribuyéndose entre ellos mismos la guardia de
12 cada una de las puertas. Y los bárbaros, no mucho después,
marcharon con gran diligencia en dirección a Cartago y,
estableciendo su campamento en un lugar llamado Déci-

mo[185], permanecieron allí. Y levantando el campo al día siguiente, prosiguieron su marcha adelante. Pero algunos in- 13
tegrantes del ejército romano les salieron al encuentro y trabando combate con ellos inesperadamente, dieron muerte a
un reducido número de moros. Pero a éstos los hizo volver 14
Gontaris, censurándoles por haberse comportado con temeridad y atolondradamente y por querer exponer la situación de los romanos a un peligro manifiesto.

Mas, entretanto, Areobindo envió un emisario a Cutci- 15
nas y trataba en secreto con él sobre la traición. Cutcinas le prometió que, tan pronto como entrasen en acción, se volve-
ría contra Antalas y los moros de Bizacio, pues los moros 16
no guardan lealtad ni a nadie de los extranjeros ni la tienen tampoco entre ellos mismos. De todo esto informó Areobin-
do a Gontaris. Pero éste, que quería hacer fracasar la empre- 17
sa difiriéndola, le aconsejaba a Areobindo que no tuviera la más mínima confianza en Cutcinas, a no ser que le mandase
a sus hijos en calidad de rehenes. Así pues, Areobindo y 18
Cutcinas, enviándose constantemente emisarios el uno al otro en secreto, ocupaban su tiempo en el complot contra
Antalas. Gontaris, por su parte, mandó de nuevo a Uliteo 19
para informar a Antalas de lo que estaba sucediendo. Y este 20
último decidió no acusar de nada a Cutcinas y evitó que quedara de manifiesto que estaba al corriente del complot ni tampoco divulgó nada de lo que él había convenido con
Gontaris. Pues aunque ambos eran enemigos por la hostili- 21
dad y malevolencia que el uno inspiraba en el otro, se sintieron unidos por lo perverso de sus intenciones y cada uno de ellos dos recurría a la ayuda militar del otro contra su propio
amigo. Con tal propósito, Cutcinas y Antalas dirigían el ejér- 22
cito de los moros contra Cartago y Gontaris, por su parte,

[185] Cf. III 17, 11 y 21, 23 (y notas 253 y 262).

planeaba matar a Areobindo mas, para no dar la impresión
de usurpar el poder, quería hacerlo disimuladamente en ba-
talla, a fin de que pareciera que el complot contra el general
había sido tramado por otros y que él se había visto obliga-
23 do por el ejército romano a asumir el mando en Libia. En
consecuencia, envolviendo a Areobindo en un engaño, lo
convenció para que saliera al encuentro de los enemigos que
24 ya habían alcanzado un punto muy cercano a Cartago. A
Areobindo, pues, le pareció bien marchar contra los enemi-
gos con todo el ejército al día siguiente en cuanto saliese el
25 sol. Pero Areobindo, que era demasiado inexperto en estos
26 asuntos y, por añadidura, pusilánime, se demoraba sin nin-
guna razón, pues en practicar cómo ponerse su equipamien-
to militar y en hacer los demás preparativos para el asalto
27 consumió la mayor parte de la jornada. Por este motivo, en
efecto, aplazó la batalla para el siguiente día y permaneció
28 sin moverse. Pero Gontaris, sospechando que su demora ha-
bía sido a propósito, pues pensaba que él estaba enterado de
lo que se estaba tramando, decidió llevar a cabo abiertamen-
te el asesinato del general y, al mismo tiempo, su golpe de
mano al poder.

26 Y al día siguiente, procedió a actuar de la forma que pa-
so a describir. Tras abrir de par en par las puertas donde él
personalmente tenía su puesto de guardia, colocó unos blo-
ques de piedra debajo de ellas, para evitar que nadie pudiera
cerrarlas fácilmente; además, dispuso a un buen número de
hombres con la coraza puesta y con arcos en sus manos en
los parapetos y, tras ponerse él también la coraza, se plantó
2 en medio de las puertas. Sin embargo él no tomó estas dis-
posiciones por causa de los moros, porque pensara dejarlos
entrar en la ciudad —pues éstos, no siendo ellos en absoluto
3 fiables, tienen bajo sospecha al resto de la humanidad—. Y
lo cierto es que la actitud de ellos no está falta de lógica,

pues todo el que por naturaleza es desleal con sus vecinos,
tampoco puede él confiar en nadie en absoluto, sino que se
ve forzado a sospechar de todas las personas, pues se basa
en su propia manera de ver las cosas para sopesar el carácter
del prójimo. Ésta era, en efecto, la razón por la que tampoco 4
esperaba entonces Gontaris que confiaran los moros en él y
penetraran en el recinto amurallado, sino que, en realidad, hizo
todo eso para que Areobindo, sintiendo un miedo enorme,
se lanzase inmediatamente a la fuga y abandonando Cartago a
toda velocidad se dirigiese hacia Bizancio. Y él habría acer- 5
tado en su previsión si, entretanto, no hubiera llegado el in-
vierno[186] y éste hubiera hecho fracasar su plan. Por su parte, 6
Areobindo, cuando se enteró de lo que se venía haciendo,
mandó llamar a Atanasio y a algunos de los notables. Tam- 7
bién se presentó ante él Artabanes con otros dos más proce-
dentes del campamento e instaba a Areobindo a no decaer
en su ánimo y a no ceder ante la osadía de Gontaris, sino,
por el contrario, a marchar contra él con la totalidad de sus
hombres y entrar en acción, antes de que surgiese otra difi-
cultad ulterior. Entonces, en un primer momento, Areobindo 8
envió ante Gontaris a uno de sus partidarios, que atendía al
nombre de Fredas, con la orden de que pusiese a prueba las
intenciones de aquél. Y cuando Fredas estuvo de regreso e 9
informó que Gontaris no se negaba en absoluto a usurpar el
poder supremo, en ese mismo momento se propuso ir contra
él preparado para entrar en combate.

Pero, entretanto, Gontaris calumniaba a Areobindo ante 10
los soldados, acusándole de ser un cobarde y de que, simul-
táneamente, estaba dominado por el miedo hacia los enemi-
gos y no estaba dispuesto en modo alguno a pagarles a ellos
la soldada, así como de que estaba planeando su huida en

[186] Finales del año 545 d. C.

compañía de Atanasio y estaban a punto de zarpar de inmediato desde Mandracio[187], de forma que los soldados fuesen masacrados luchando tanto contra el hambre como contra los moros; seguidamente, él les preguntaba si estaban dispuestos a arrestar a ambos personajes y ponerlos bajo vigi-
11 lancia. En efecto, de esta forma él esperaba que Areobindo o bien se diese a la fuga una vez se hubiera apercibido de la revuelta, o bien que fuese apresado por los soldados y se le
12 diese muerte sin ninguna justificación. Además, él les prometió que adelantaría a los soldados, de su propio peculio,
13 el dinero que les debía el erario público. Dieron su aprobación ellos a las palabras de aquél y se sintieron dominados por una fuerte cólera contra Areobindo, pero, mientras esto
14 sucedía, llegó él allí con Artabanes y sus hombres. Se desencadenó entonces una batalla en los parapetos y a ras de suelo en torno a las puertas donde Gontaris mantenía su posición, batalla en la cual ninguno de los dos bandos se llevó
15 la peor parte. Y todos cuantos eran partidarios del emperador, reuniéndose desde los campamentos, estaban a punto de capturar a la fuerza a los sublevados, puesto que Gontaris todavía no los había engañado a todos, sino que la mayor parte de ellos permanecían incólumes en cuanto a sus inten-
16 ciones. Sin embargo, Areobindo, al ver matar a hombres entonces por vez primera —pues se daba la circunstancia de que no estaba todavía acostumbrado a contemplar tal espectáculo—, se quedó paralizado de miedo y, pasando a comportarse como un cobarde, escapó incapaz de soportar lo que sus ojos estaban viendo.

---

[187] El puerto de Cartago; véase III 20, 3 y nota 236.

Dentro del recinto de Cartago existe cierto templo[188] si- 17
tuado a poca distancia de la orilla del mar, donde habitan unos hombres que practican con rigor la religión, a los cuales siempre hemos acostumbrado a denominar «monjes»; este templo había sido edificado por Salomón no mucho tiempo antes y, al haberlo rodeado con una muralla, lo había
convertido en un fortín inexpugnable. Pues bien, encontran- 18
do refugio allí en su huida Areobindo, entró de un salto en el monasterio, lugar a donde previamente había enviado a su
mujer y a su hermana. Entonces también Artabanes salió 19
huyendo y todos los que quedaban se retiraron de Cartago
hacia donde cada uno buenamente pudo. Pero Gontaris, ha- 20
biendo tomado la ciudad al asalto, se apoderó del palacio junto con los amotinados y había puesto bajo vigilancia
permanente tanto los accesos como el puerto. Y en un pri- 21
mer momento hizo venir a Atanasio, el cual llegó a su pre-
sencia sin dilación y, mostrándole una gran adulación, trata- 22
ba de dar la impresión de que le agradaba sobremanera lo
que se estaba llevando a cabo. A continuación, Gontaris en- 23
vió como emisario al sacerdote[189] de la ciudad, ordenándole a Areobindo que, tras recibir garantías, se llegase a palacio, amenazándole con un asedio, en caso de que no le obedeciera, y con que ya no le daría más garantías sobre su seguridad, sino que, en ese caso, se valdría de todos los medios a su alcance para capturarlo y darle muerte.

---

[188] De nuevo aparece aquí el término *neós*, «templo», palabra arcaizante que ya Procopio ha utilizado para referirse, en realidad, a iglesias. Aquí la palabra se aplica a otro tipo de edificio de carácter religioso: en este caso, un monasterio.

[189] El término usado aquí, *hiereús*, sirve para designar al arzobispo de la ciudad de Cartago, de nombre Reparato (cf. § 24), el mismo que había presidido el Concilio general de la Iglesia africana en el año 535, justo al día siguiente de haber llevado a término la reconquista de los territorios.

24 Así pues, Reparato, el sacerdote, declaró firmemente que,
de acuerdo con la decisión de Gontaris, juraba a Areobindo
que no le sucedería a él nada desagradable de parte de
aquél, indicándole asimismo cuántas desgracias le amena-
25 zaban en caso de desobedecerle. En ese momento Areobin-
do, presa del miedo, estuvo de acuerdo en seguir inmedia-
tamente al sacerdote si éste, después de celebrar el ritual del
baño sagrado[190] en la forma acostumbrada, pronunciaba un
juramento solemne por dicho ritual y le daba garantías en
26 relación con su seguridad. Así pues, el sacerdote obró con-
forme a esta petición. Areobindo, por su parte, sin más de-
mora, le acompañó vistiendo un ropaje que no era apropiado
ni para un general ni para nadie que estuviese sirviendo en
la milicia, sino que más bien le cuadraba por completo a un
esclavo o un ciudadano particular: ese ropaje al que los ro-
27 manos denominan en lengua latina *casula*[191]. Una vez que
llegaron a las proximidades del palacio, tomando del sacer-
dote en sus manos las Sagradas Escrituras se presentó ante
28 Gontaris. Y tras caer de bruces yacía en el mismo sitio du-
rante un buen rato, presentándole a aquél la rama de olivo
que portan los suplicantes, las Sagradas Escrituras y, por úl-
timo, el niño que había sido considerado digno de recibir el
baño sagrado, niño sobre el que, como ha quedado dicho
29 por mí, el sacerdote le había ofrecido las garantías. Y cuan-
do a duras penas consiguió Gontaris levantarlo, Areobindo
le preguntó, en nombre de todo lo que es sagrado, si estaba
30 sobre seguro lo referente a su salvación. Entonces Gontaris
le pidió muy encarecidamente que tuviese ánimo, pues de su
parte no iba a sufrir daño alguno, sino que, al día siguiente,

---

[190] El bautismo cristiano, en este caso por inmersión.

[191] Casulla, ropaje provisto de una capucha que fue utilizado principalmente por los campesinos o aldeanos y por personas de escaso nivel social y, más tarde, también por los monjes.

se marcharía de Cartago con su mujer y sus posesiones. Más 31
tarde, dejó marchar al sacerdote Reparato y le pidió a Areo-
bindo y a Atanasio que cenaran con él en palacio. Durante 32
la cena honró a Areobindo, invitándole a ocupar su plaza el
primero en el lecho, pero, después de la cena, no lo dejó
marchar, sino que lo obligó a dormir solo en un aposento,
lugar a donde envió a Uliteo junto con algunos otros para
asaltarle. Y éstos, mientras él gimoteaba y profería abun- 33
dantes lamentos y les dirigía multitud de frases con el fin de
moverlos a la compasión, le dieron muerte a él[192], pero a
Atanasio, sin embargo, lo perdonaron, al tenerlo poco en
cuenta debido, según creo yo, a la avanzada edad de este
hombre.

Al día siguiente, Gontaris le envió a Antalas la cabeza 27
de Areobindo y decidió privarle del dinero y de los solda-
dos. En consecuencia, Antalas llevaba a mal que no le hu- 2
biera salido nada de lo que había acordado con él y, al mis-
mo tiempo, se sentía indignado al considerar los juramentos
de Gontaris y su actuación posterior con respecto a Areo-
bindo. En efecto, le parecía a él que un hombre que había 3
faltado a tales juramentos no podía ser leal jamás ni a él ni a
cualquier otra persona. Así pues, después de reflexionar du- 4
rante mucho tiempo consigo mismo, quiso unirse al bando
del emperador Justiniano, razón por la cual entonces marchó
hacia la retaguardia. Y habiéndose enterado de que Marcen- 5
cio, que estaba al mando de los destacamentos de Bizacio[193],
había huido a una de las islas vecinas de aquella región[194],

[192] A finales del 545 d. C.

[193] Parece que este tal Marcencio había reemplazado a Himerio, el cual, tras haber logrado escapar de los moros de Antalas y haberse refugiado en Cartago, no vuelve a aparecer más en la narración de Procopio.

[194] Procopio puede estar refiriéndose o bien al grupo de tres islas que se encuentran situadas a unos 10 Kms. de Monastir (las actuales Djeziret

le envió un emisario para referirle la historia completa de lo sucedido y, después de haberle dado garantías, consiguió
6 traerse al hombre. Marcencio permanecía con Antalas en el campamento, mientras que los soldados que estaban de servicio en Bizacio y que eran favorables a la causa del empe-
7 rador estaban vigilando la ciudad de Adrumeto. Pero los soldados de Estotzas, en número no inferior a los mil, apercibiéndose de lo que estaba sucediendo, se dirigieron a la carrera al lado de Gontaris, estando Juan al mando de ellos;
8 y aquél los recibió en la ciudad con agrado. Había quinientos romanos y aproximadamente ochenta hunos, mientras
9 que todos los restantes eran vándalos[195]. Y Artabanes, habiendo recibido garantías, subió a palacio con sus armenios
10 y prometió servir al tirano en todo cuanto dispusiera. Pero en secreto él se proponía eliminar a Gontaris y le comunicó tal proyecto a su primo Gregorio[196] y a su guardia de corps
11 Artasires. Entonces Gregorio, instándole a llevar a efecto esta acción, le decía lo siguiente:

«Artabanes, ahora está en tu mano y sólo en la tuya la oportunidad de asegurarte la gloria de Belisario, e incluso
12 de poder superarla todavía más. Pues él llegó hasta aquí habiendo recibido del emperador un muy considerable ejército y grandes cantidades de dinero, con oficiales que le acompañaban y un buen número de consejeros, además de una

Sidi el Ghadamsi y Dj. El Oustani son las dos más importantes), o bien a la isla de Kouriat, situada a 20 Kms. al este de Monastir y a unos 43 al este de Susa, lo cual, sin embargo, es menos probable.

[195] Estos vándalos, que apenas si superaban los cuatrocientos en número, pocedían de lo que había quedado del ejército vándalo vencido en el 535, a los cuales Belisario no los había podido llevar consigo a Constantinopla (cf. IV 15, 3) y también de los cuatrocientos *Vandali Justiniani* que habían regresado a África por su cuenta y riesgo (cf. IV 14, 18-19). Además, cf. *infra* IV 28, 4; IV 28, 34 y 39-40.

[196] Gregorio, oriundo también de Armenia, era primo de Artabanes.

flota de barcos más importante que todas aquellas de las que hemos oído hablar, una numerosa caballería, armamento y todo el restante aparato militar que, para decirlo brevemente, fue dispuesto para él de una manera digna del Imperio
Romano. Mas, aun estando preparado de esta forma, sin em- 13
bargo recobró Libia para los romanos sólo después de ímprobos esfuerzos. Y todos estos logros han sido neutraliza- 14
dos de tal forma que, en las circunstancias actuales, parece como si ni siquiera hubiesen existido, exceptuando al menos que actualmente, de la victoria de Belisario, les ha quedado reservado a los romanos el haber sufrido pérdidas en vidas y en riquezas, aparte de no ser capaces ni siquiera de conservar las ventajas que ellos consiguieron. Pero el recuperar 15
ahora todos estos bienes para el emperador depende únicamente de tu coraje, de tu buen juicio y de tu diestra. En con- 16
secuencia, considera que tú desciendes desde antiguo del linaje de los Arsácidas[197] y recuerda que a los hombres de noble estirpe les cuadra comportarse como valientes siempre y en todo lugar. Así pues, numerosas acciones dignas de 17
admiración han sido llevadas a cabo por ti en nombre de la libertad, pues, siendo todavía joven, diste muerte a Acacio[198],

---

[197] En efecto, Artabanes pertenecía a la familia de los Arsácidas, célebre dinastía parta fundada por Arsaces I. Treinta y un reyes pertenecieron a ella, los cuales reinaron en Persia durante cuatrocientos setenta y siete años, en concreto desde el 250 a. C. hasta el 227 de nuestra era. El último arsácida, Artabán IV (Arsaces XXXI), pereció en una guerra contra los romanos, traicionado por su lugarteniente Ardexir Babegan, que fundó la dinastía de los Sasánidas. Por otra parte, en Armenia, donde una rama arsácida había subido al trono en el primer tercio del s. I d. C., prolongó todavía su reinado, más o menos independiente de Persia y de Roma, hasta el año 389.

[198] Cf. II 3, 25. Acacio, que era armenio de nacimiento, había sido nombrado procónsul de la Primera Armenia en el año 536 d. C. Su gobierno provocó el descontento de la aristocracia armenia, de carácter feudal, por lo que estalló una revuelta en torno al año 538, en el transcurso

el gobernador de los armenios, y a Sitas[199], el general de los romanos, y, a resultas de ello, te hiciste conocido para el rey Cosroes y estuviste con él en campaña militar contra los
18 romanos[200]. Y como has alcanzado una posición tal que es tu deber no pasar por alto que el poder de los romanos esté bajo la autoridad de un perro borracho, demuestra en el momento actual que fue por la nobleza de tu sangre y por la bravura de tu corazón por lo que llevaste a cabo, mi buen amigo, aquellas proezas de antaño; yo, por mi parte, y también Artasires, aquí presente, en la medida de lo posible, te asistiremos en todo y obedeceremos tus órdenes.»

19 Tales fueron las palabras que Gregorio le dirigió, palabras que reforzaron todavía más las intenciones de Artaba-
20 nes de ir contra el usurpador de la tiranía. Pero Gontaris, por su parte, habiéndose traído de la fortaleza a la mujer y a la hermana de Areobindo, las obligaba a permanecer en una cierta casa, pero ni las ultrajó con palabra o acción alguna ni tenían ellas menos provisiones de las que necesitaban ni tampoco se vieron forzadas a decir o hacer ninguna otra cosa excepto, al menos, el hecho de que Preyecta fue obligada

---

de la cual encontró la muerte Acacio. Parece ser que la familia real de los Arsácidas y, sobre todo, Artabanes tuvieron mucho que ver con el asesinato del procónsul.

[199] Cf. II 3, 15. Sitas fue uno de los más destacados y brillantes generales que sirvieron a Justiniano, junto con Belisario y Juan Troglita. Participó activamente en la guerra contra los persas y, tras regresar a Constantinopla en el año 532, se convirtió en cónsul y patricio. Tras salir victorioso en el Danubio en el 535, fue enviado por Justiniano a Armenia para restablecer allí el orden, aunque resultó muerto a raíz de un combate, asesinado también, según parece, por Artabanes.

[200] Los rebeldes armenios (entre los cuales se incluía la familia de los Arsácidas) encontraron protección y ayuda en el rey sasánida Cosroes I (531-579 d. C.), cuya actitud fue la chispa que reavivó la llama del conflicto bélico romano-persa.

a escribirle a su tío[201] diciéndole que Gontaris las estaba honrando muy mucho y que él era inocente por completo de la muerte de su esposo, dado que tal tropelía había sido cometida por Uliteo, sin contar en absoluto con la aprobación de Gontaris. Éste actuó de esa forma persuadido por Pasífi- 21
lo[202], hombre que había sido el primero de los soldados de Bizacio en amotinarse y que había colaborado con aquél considerablemente en su empresa de usurpar el poder. Pasí- 22
filo, en efecto, sostenía que, si él actuaba así, el emperador le daría en matrimonio a la muchacha y que, en razón al parentesco de Justiniano con ella, añadiría además como dote una importante cantidad de dinero. Y Gontaris ordenó a Ar- 23
tabanes dirigir el ejército contra Antalas y los moros de Bizacio, pues Cutcinas, como se había mostrado en desacuer- 24
do con Antalas, se había apartado de él abiertamente para aliarse con Gontaris, al cual entonces le entregó a su hijo y a su madre en calidad de rehenes. Así que el ejército, bajo el 25
mando de Artabanes, enseguida partió a luchar contra Antalas. Y con Artabanes estaban también Juan, el jefe de los amotinados de Estotzas y Uliteo, el guardaespaldas de Gontaris; por último allí había también moros acompañándole, al mando de los cuales estaba Cutcinas. Después de dejar 26
atrás la ciudad de Adrumeto, se encontraron con sus adversarios que estaban por allí cerca y, tras establecer el campamento a cierta distancia de los enemigos, pasaron la noche. Y al día siguiente, Juan y Uliteo, con una porción del 27
ejército, permanecieron allí, mientras que Artabanes y Cutcinas condujeron el ejército contra los enemigos. Entonces, 28
los moros que acompañaban a Antalas no resistieron el ataque de aquéllos y se lanzaron a la fuga. Pero Artabanes, com- 29

[201] Justiniano, hermano de Vigilancia, la madre de Preyecta.
[202] Personaje desconocido.

portándose de repente como un cobarde, volvió su estandar-
30 te y se replegó hacia la retaguardia. Por esta razón, Uliteo
planeó entonces matarlo cuando regresara al campamento.
31 Sin embargo, Artabanes, a modo de excusa, afirmaba que
tenía miedo de que Marcencio viniera en ayuda de los ene-
migos desde la ciudad de Adrumeto, donde la casualidad qui-
32 so que se encontrara, y les hiciera un daño irreparable; pero
Gontaris, decía él, debía marchar a luchar contra los enemi-
33 gos con la totalidad del ejército. Y al principio Artabanes
estaba pensando en ir a Adrumeto con sus hombres y unirse
34 a las fuerzas del emperador; pero, después de una larga re-
flexión, le pareció preferible hacer desaparecer a Gontaris
de la faz de la tierra y librar al emperador y a Libia de una
35 situación dificultosa. Regresando, por tanto, a Cartago, le
comunicó al tirano que le haría falta un ejército mayor para
36 luchar contra los enemigos. Y Gontaris, después de haber
consultado esta cuestión con Pasífilo, consintió en equipar a
todo el ejército y en dirigirlo él personalmente contra los
enemigos, no sin establecer una guarnición en Cartago. Así
37 pues, él mataba diariamente a numerosos hombres de los
que abrigaba alguna clase de sospecha, aun cuando ésta ca-
38 reciese de fundamento. Y a Pasífilo, al cual tenía intención
de colocar al frente de la guarnición de Cartago, le ordenó
que diese muerte sin ninguna consideración a todos los grie-
gos[203].

28 Y después de dejarlo todo arreglado de la manera que le
pareció la mejor posible, decidió invitar a un banquete a sus
amigos, con la intención de efectuar la partida al día si-
2 guiente[204]. Y en una habitación donde estaban preparados

[203] Término despectivo empleado para referirse a los súbditos del emperador.

[204] Estos hechos se produjeron, sin duda alguna, durante el invierno del 545 al 546, en concreto en el primer trimestre de este último año.

tres lechos que se encontraban allí desde hacía tiempo, celebró la comida. Él se recostó, como es natural, sobre el pri- 3
mer lecho, en el que precisamente habían estado Atanasio y Artabanes y también algunos de los conocidos de Gontaris, así como Pedro[205], un tracio de nacimiento que anteriormente había sido oficial de la guardia personal de Salomón. Por 4
otro lado, en los dos lechos restantes, estaban recostados los primeros y más nobles de los vándalos. Sin embargo, a Juan, 5
el que estaba al frente de los amotinados de Estotzas, lo invitó a su propia casa Pasífilo y al resto de los líderes, donde le resultó de su agrado a cada uno de los amigos de Gontaris. En consecuencia, cuando Artabanes fue convocado a 6
este festín, considerando que la ocasión era propicia para llevar a cabo el asesinato del tirano, estaba planeando poner en práctica su propósito. Reveló, por tanto, el asunto a Gre- 7
gorio, a Artasires y a otros tres oficiales de su guardia personal y les ordenó a éstos que entrasen en palacio con sus espadas —pues es costumbre que los guardaespaldas permanezcan de pie detrás mientras sus jefes disfrutan de la cena—, que, una vez dentro, emprendieran el ataque de forma imprevista, cuando les pareciese que era el momento más oportuno y, por último, que Artasires fuese el primero que entrase en acción. A Gregorio le ordenó también que, 8
tras escoger entre los armenios a un buen número de los más valientes de ellos, los llevase consigo a palacio y que éstos portasen únicamente en las manos sus espadas —pues no es legal que los integrantes de una escolta de oficiales en una ciudad estén provistos de ninguna otra arma— y que, tras dejar a éstos en el vestíbulo, entrase con los oficiales de su guardia personal; y él no debía revelarles a ninguno de ellos su plan, sino limitarse únicamente a decirles las siguientes

[205] Personaje desconocido.

palabras, a saber, que tenía sospechas de que Gontaris había invitado al banquete a Artabanes para ocasionarle algún da-
9 ño y que, en consecuencia, deseaba que ellos estuviesen colocados junto a los guardias de Gontaris, los que precisamente habían sido apostados allí para vigilar y que, haciéndoles creer que estaban divirtiéndose, debían apoderarse de los escudos que ellos portaban y, agitándolos y moviéndolos de todas las formas y maneras, hacerlos dar vueltas arriba y abajo; y si se producía un tumulto o un griterío adentro, tras
10 tomar los escudos, debían venir en su auxilio[206]. Éstas fueron las órdenes de Artabanes y Gregorio procedió a ejecutarlas. Además, Artasires diseñó el siguiente plan: cortando en dos partes algunas flechas las colocó sobre la muñeca de su mano izquierda una por una[207] llegándole hasta el codo. Y después de apretarlas con mucho cuidado las cubrió con
11 la manga de su túnica corta. Y él obró de ese modo con idea de que si alguien levantando su espada sobre él intentaba herirlo, no sufriera ningún daño de consideración, pues poniendo su brazo izquierdo delante de sí y rompiéndose el acero al chocar contra la madera de las flechas, su cuerpo se libraría de resultar alcanzado en ningún punto. Con tal pro-
12 pósito, Artasires actuó como he relatado. Y a Artabanes le dijo lo siguiente: «Yo espero someterme a esta prueba sin vacilación alguna y alcanzar el cuerpo de Gontaris con esta espada, pero, con respecto a lo que sucederá después, no estoy en condiciones de decir si Dios, en su cólera contra el tirano, colaborará conmigo en esta mi arriesgada empresa, o

[206] Seguimos aquí la lectura que recomienda Haury, *autoús,* frente a la de Dewing, en cuyo texto aparece *autás* y en nota a pie de página, la propuesta de aquél.

[207] También aquí preferimos la lectura de Haury: *katà miás,* en lugar del *katà tàs tomás* de Dewing (también deja constancia de la variante en la nota correspondiente).

bien si, por castigarme a causa de algún pecado mío, me sal-
drá al encuentro y será un obstáculo en mi camino. En conse- 13
cuencia, si ves que el tirano no ha recibido una herida mor-
tal, mátame entonces tú con mi propia espada sin la más
mínima vacilación, para así evitar que, al declarar, sufriendo
las torturas de Gontaris, que fue por deseo tuyo que me lan-
zara a esta empresa, no sólo muera yo de una manera de lo
más deshonrosa sino que, además, me vea obligado contra
mi voluntad a provocar tu perdición.» Y después de que Ar- 14
tasires hubiese pronunciado estas palabras, entró en la habi-
tación donde estaban los lechos en compañía de Gregorio y
de uno de los guardaespaldas y ocupó su puesto detrás de
Artabanes. Y los demás[208], permaneciendo junto a los guar-
dias, ejecutaron las órdenes que habían recibido.

Así pues, Artasires, cuando el banquete sólo acababa de 15
empezar, estaba pensando entrar en acción y ya estaba to-
cando el mango de su cimitarra. Pero Gregorio se lo impidió 16
diciéndole en lengua armenia que Gontaris estaba todavía
entero y en sus cabales, pues aún no había bebido demasia-
do vino. Lamentándose, pues, Artasires dijo: «Pero, hom- 17
bre, teniendo yo tan buena disposición de ánimo, no debías
haberme detenido en este momento.» Y como se prolongaba 18
el festín con abundante bebida, ya Gontaris estaba comple-
tamente saturado de vino y comenzó a repartir viandas entre
los oficiales encargados de la guardia personal de los co-
mensales, dejándose llevar por cierta generosidad. Y éstos, 19
al recibir la comida, salieron inmediatamente fuera del edi-
ficio y se encontraban ya a punto de comérselas, habiendo
quedado junto a Gontaris solamente tres oficiales de su guar-

[208] Con esta imprecisa expresión Procopio parece estar refiriéndose a los otros dos oficiales de la guardia personal de Artabanes, así como a los soldados armenios a los que ellos mandaban.

20 dia personal, entre los que se encontraba Uliteo. También
estaba saliendo Artasires con la intención de degustar las
21 viandas junto con los demás. Pero justo en ese momento le
sobrevino una especie de sensación de temor a que, en caso
de que quisiese desenvainar su espada, algo se lo impidiera.
22 Así pues, en cuanto estuvo fuera, tiró disimuladamente la
vaina de su espada y colocándola desenvainada bajo su axi-
la, cubierta por su capa, entró de un salto adonde se encon-
traba Gontaris, como si fuese a decirle algo sin que los de-
23 más se enterasen. Al observar esto Artabanes, se sintió arder
de excitación y se vio sumido en una profunda inquietud por
efecto del exceso de ansiedad y comenzó a mover la cabeza
y el color de su rostro le cambiaba repetidamente y daba la
impresión de haberse convertido enteramente en una perso-
24 na inspirada por Dios ante la magnitud de la empresa. Y
cuando Pedro se apercibió de esto, alcanzó a comprender lo
que estaba ocurriendo, pero no se lo reveló a ninguno de los
demás porque, estando en buena disposición hacia el empe-
25 rador, se sentía encantado por lo que estaba pasando. Y a
Artasires, que se había aproximado muchísimo al tirano, lo
empujó uno de los sirvientes y, al retirarse un poco hacia
atrás, el criado vio la espada desenvainada y le dijo a voz en
26 grito: «¿Qué significa esto, mi excelente amigo?» Así que
Gontaris, llevándose la mano al oído derecho y volviendo la
27 cara, lo miró un instante. Y en ese mismo momento, Artasi-
res lo hirió con su espada cortándole una parte del cuero ca-
28 belludo junto con los dedos. Entonces Pedro lanzó un grito
y animó a Artasires a que diera muerte al más impío de to-
29 dos los hombres. Al ver Artabanes a Gontaris ponerse en
pie de un salto —pues estaba recostado cerca de él—, de-
senvainando la espada de doble filo que le colgaba junto al
muslo y que era de gran tamaño, la hundió del todo hasta la
empuñadura en el costado izquierdo del tirano y allí la dejó.

Gontaris intentó, no obstante, levantarse por segunda vez, 30
pero como había recibido una herida mortal de necesidad,
cayó muerto al suelo allí mismo. Entonces Uliteo dirigió su 31
espada contra Artasires con la intención de golpearle en la
coronilla, pero éste se protegió colocando su brazo izquier-
do por delante de su cabeza con lo que sacó partido de su
idea en el momento de mayor necesidad, pues al desviarse 32
la punta de la espada de Uliteo en cuanto vino a chocar
contra los trozos cortados de flechas que Artasires llevaba
en el antebrazo sobre su mano, resultó él ileso y mató a Uli-
teo sin ninguna dificultad. Por su parte, Pedro y Artabanes, 33
el primero cogiendo la espada de Gontaris y el segundo la
de Uliteo que yacía caído en el suelo, mataron allí mismo a
los oficiales de la guardia personal de Gontaris que queda-
ban. Y se produjo entonces, como era lógico, un fuerte gri- 34
terío y una enorme confusión. Y cuando se apercibieron de
esto cuantos armenios estaban situados junto a los guardias
del tirano, tomando al instante los escudos de acuerdo con el
plan que había sido convenido con ellos, penetraron a la ca-
rrera en la estancia donde se celebraba el banquete y mata-
ron a todos los vándalos y a los amigos de Gontaris sin que
ninguno les ofreciera resistencia.

Entonces Artabanes rogó encarecidamente a Atanasio que 35
se hiciese cargo de las riquezas que había en palacio, pues
todo lo que había sido dejado por Areobindo se encontraba
allí. Y cuando los guardias tuvieron noticia de la muerte de 36
Gontaris, muchos al instante se alinearon al lado de los ar-
menios pues la mayor parte de ellos pertenecían a la casa de
Areobindo[209]. Entonces todos, como un solo hombre, unie-
ron sus voces para proclamar a Justiniano vencedor glorio-

[209] Su casa militar: estos armenios son *buccellarii* de Areobindo.

37 so[210]. Y este grito, propagándose entre una multitud de personas y siendo como era extremadamente potente, pudo lle-
38 gar a la mayor parte de la ciudad. Y desde ese momento los partidarios del emperador entraron de un salto en las casas de los sublevados y al instante les dieron muerte, a unos mientras disfrutaban del sueño, a otros comiendo y a algunos, paralizados por el miedo y poseídos por una terrible
39 perplejidad. Y entre éstos se encontraba Pasífilo, pues Juan[211], con algunos de los vándalos se había refugiado en el santua-
40 rio[212]. A éstos entonces Artabanes les ofreció garantías y, tras hacerlos levantarse de allí, los envió a Bizancio y, habiendo recobrado de esta forma la ciudad para el emperador,
41 siguió guardándola. Y la muerte del tirano tuvo lugar en el trigésimo sexto día de su tiranía y durante el decimonoveno año del reinado del emperador Justiniano[213].

42 Y Artabanes obtuvo gran fama para sí mismo entre to-
43 dos los hombres a consecuencia de esta acción. Y enseguida Preyecta, la mujer de Areobindo, lo obsequió con una gran cantidad de dinero y el emperador lo nombró general de to-
44 da Libia[214]. Pero no mucho después, Artabanes solicitó del emperador que lo mandara llamar a Bizancio y el emperador
45 hizo efectiva su petición[215]. Y habiendo hecho venir a Artabanes, nombró a Juan, el hermano de Papo, único general de

---

[210] *Kallínikon*, es decir, «triunfador».

[211] Juan era el sucesor de Estotzas.

[212] Posiblemente la catedral de Cartago.

[213] Desde el 1 de agosto del 545 hasta el 31 de julio del 546 d. C.

[214] *Magister militum* o jefe de los soldados de África, cargo que desempeñó desde el primer trimestre del 546 hasta finales de ese año.

[215] Artabanes estaba enamorado de Preyecta y quería casarse con ella en Constantinopla: éste era el motivo de su partida. Entonces Justiniano le otorgó los títulos de jefe de los soldados con residencia en la corte imperial y *comes* de los federados o tropas auxiliares, así como la dignidad de cónsul.

Libia[216]. Este Juan, tan pronto como se encontró en Libia, 46
después de trabar combate con Antalas y los moros de Bizacio y de vencerlos en la batalla, dio muerte a un buen número de enemigos y, arrebatándoles a esos bárbaros todos los estandartes de Salomón, —estandartes que ellos habían obtenido como botín cuando Salomón desapareció de la faz de la tierra[217]— se los envió al emperador. Al resto de los moros se los llevó lo más lejos posible del territorio perteneciente a los romanos. Pero un tiempo después, los levatas 47
llegaron de nuevo a Bizacio con un gran ejército procedente de los territorios de Trípolis y unieron sus fuerzas a las de Antalas[218]. Y Juan, saliendo al encuentro de éstos, resultó 48
derrotado en el combate y, perdiendo a muchos de sus hombres, huyó a Láribo[219]. Y entonces ciertamente los enemi- 49
gos, efectuando incursiones por todos los territorios de aquel sector hasta Cartago, llevaron a cabo actos irreparables contra los libios con los que se encontraban de forma fortuita. Pero no mucho más tarde, Juan, tras reunir a los soldados 50
que habían sobrevivido y haciendo entrar en alianza con él a muchos moros y, especialmente, a los que estaban bajo las órdenes de Cutcinas, entró en batalla con los enemigos y, de forma inesperada, consiguió derrotarlos[220]. Y los romanos, 51

[216] Sobre Papo, cf. *supra*, nota 198 del libro III. Juan no es otro que Juan Troglita (apelativo que hace referencia al distrito de Macedonia de donde era oriundo), el héroe protagonista de la *Juánide* de Coripo, que desempeñó el cargo de jefe de los soldados de África desde finales del 546 hasta el 552, por lo menos, año en el cual todavía se le nombra con ese empleo militar.

[217] Véase IV 21, 27.

[218] Este segundo ataque se produjo aproximadamente a mediados del 547 d. C.

[219] Sobre la ciudad de Láribo, cf. *supra*, nota 166 del libro IV.

[220] Se trata de la tercera batalla, que tuvo lugar durante la primavera del año 548 d. C., en un lugar que no ha podido ser localizado, pertene-

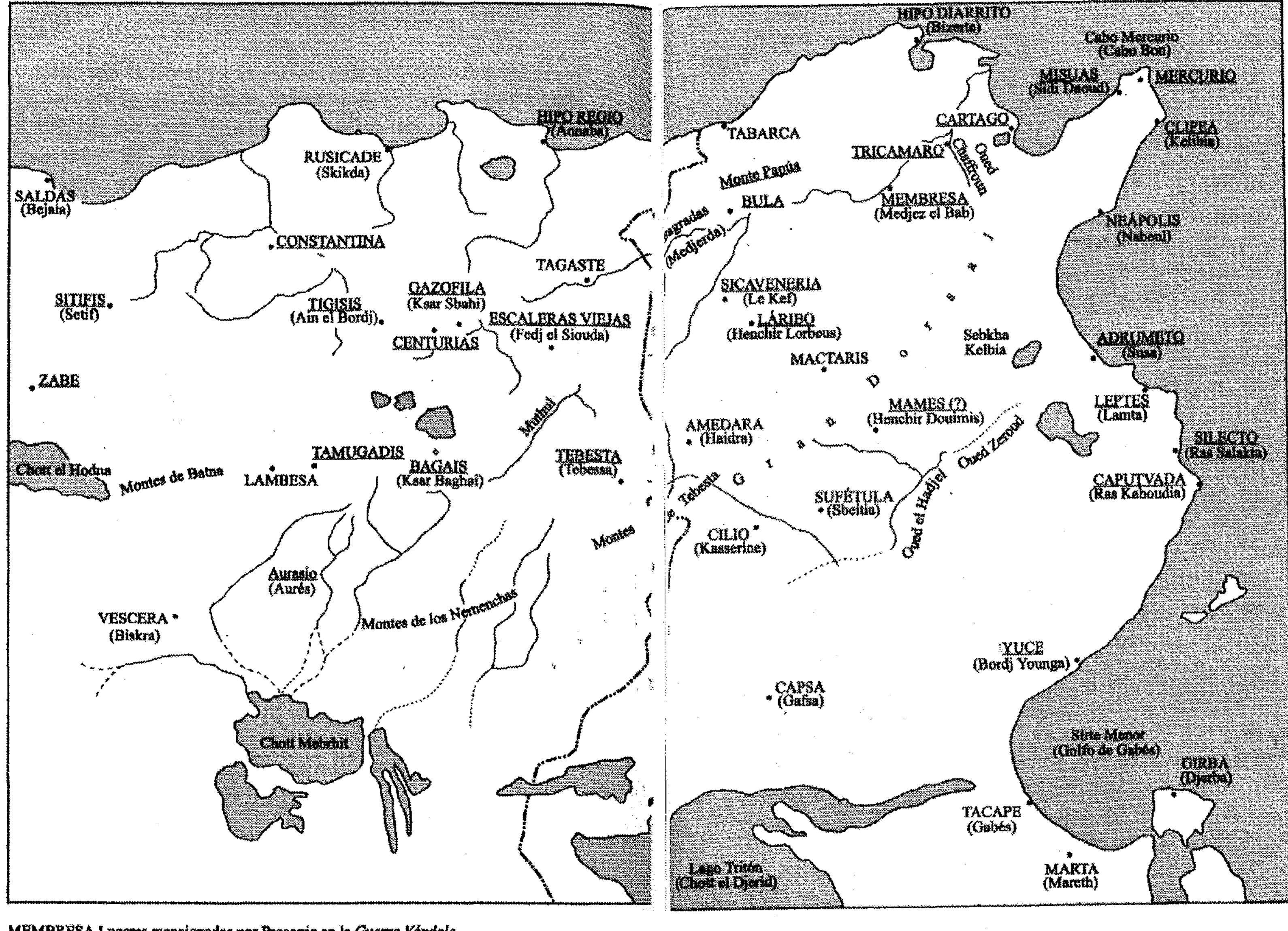
siguiéndoles mientras huían en completo desorden, mataron a una gran parte de ellos, mientras que el resto escapó a los
52 confines de Libia. De esta forma, a los que sobrevivieron de entre los libios, que eran pocos y extremadamente pobres, les ocurrió que, por fin y a duras penas, pudieron disfrutar de una cierta paz[221].

---

ciente a la zona meridional de la provincia Bizacena, que era conocido por el nombre de los «Campos de Catón».

[221] Esta paz duró algo más de catorce años, concretamente desde el 548 hasta comienzos del 563 d. C. Sin embargo, se rompieron las hostilidades de nuevo entre el 563 y el 565, más tarde durante el reinado de Justino II (565- 578), y, por último, a partir del 569.

MAPA
E ÍNDICES



MEMBRESA Lugares mencionados por Procopio en la *Guerra Vándala*.

Frontera actual entre Argelia y Túnez.

EL NORTE DE ÁFRICA EN TIEMPOS DE LA *GUERRA VÁNDALA*

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Se incluyen también gentilicios y otros términos de interés. A menudo se citan pasajes relacionados, aunque el nombre en cuestión no aparezca expresamente.

ÍNDICE GENERAL